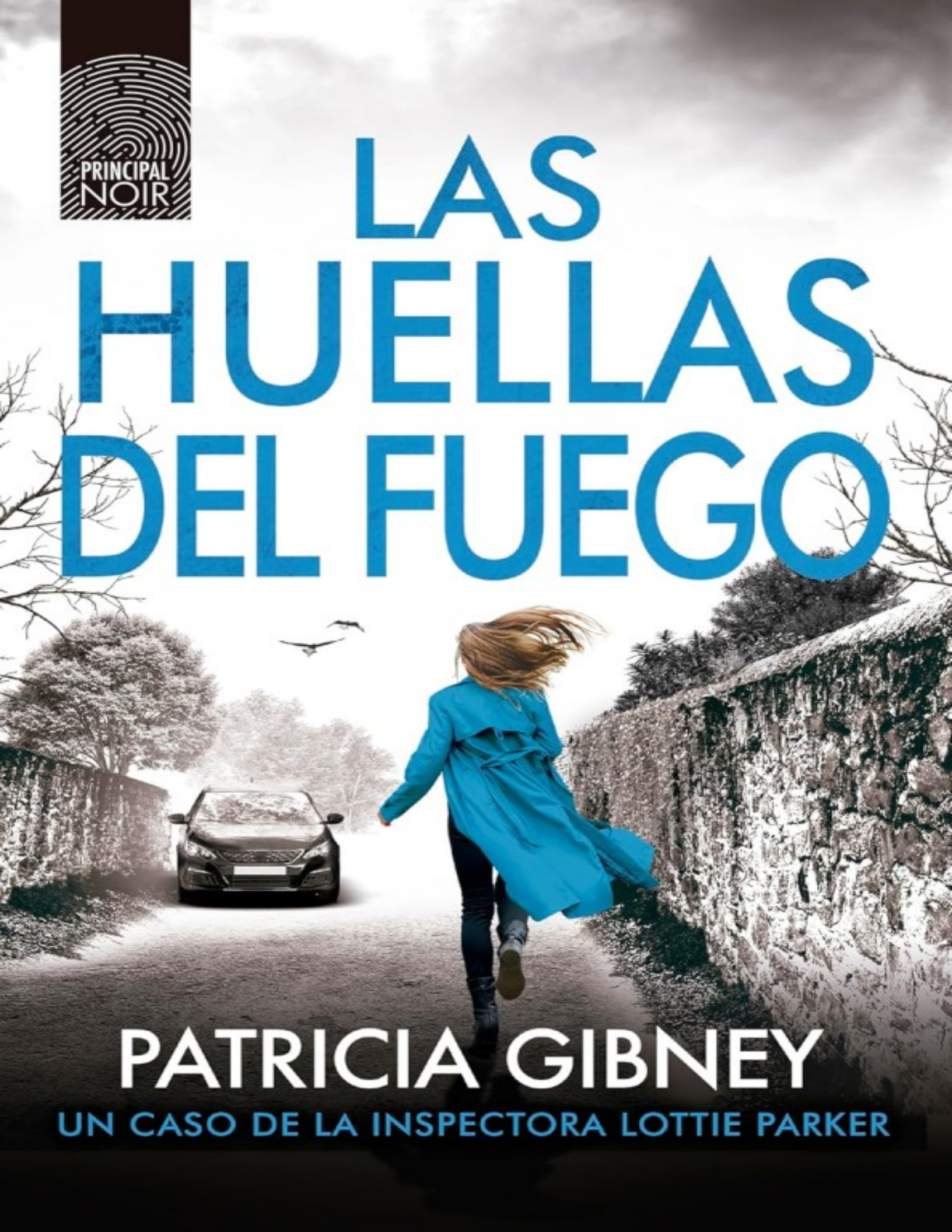
PRINCIPAL NOIR

LAS HUELLAS DEL FUEGO



PATRICIA GIBNEY

UN CASO DE LA INSPECTORA LOTTIE PARKER

Annotation

Ella solo quería volver a casa, pero alguien la estaba vigilando…

Cuando el cuerpo sin vida de una joven con la ropa empapada en sangre aparece junto a un cine, la inspectora Lottie Parker se estremece ante lo que a todas luces es un asesinato.

Lottie pronto descubre que la chica se llamaba Laura Nolan. La madre de la víctima, devastada al recibir la noticia, solo sabe que su hija tuvo una cita la noche anterior, pero desconoce con quién.

Mientras Lottie y sus compañeros reconstruyen las últimas horas de Laura, otra joven desaparece. Entonces, Lottie descubre un vínculo entre las dos chicas que cambia la investigación por completo: no fueron víctimas al azar. El asesino sabía exactamente quiénes eran y dónde iban a estar… ¿Conseguirá Lottie detenerlo antes de que vuelva a matar?

PATRICIA GIBNEY

Las huellas del fuego

Inspectora Lottie Parker Nº14

Traducción de Gemma Benavent Galbis

Taller de los Libros

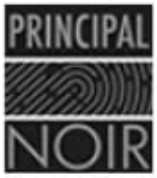
Título Original: *Her Last Walk Home*
Traductor: Benavent Galbis, Gemma
©2024, Gibney, Patricia
©2025, Taller de los Libros
Colección: Pincipal Noir
ISBN: 9788410424142
Generado con: QualityEbook v0.87

Las huellas del fuego

Patricia Gibney

Libro 14 de la inspectora Lottie Parker

Traducción de Gemma Benavent para Principal Noir



Contenido

Dedicatoria
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
Carta de la autora
Agradecimientos
Sobre la autora
Créditos

Para Lydia Vassar-Smith

Prólogo

Noche de San Valentín

Si pudiera volver atrás en el tiempo, jamás se habría montado en el coche. «Nunca te subas al coche de un extraño» eran las palabras que le habían grabado a fuego en el cerebro cuando era niña, pero ya no era una cría. Había aceptado que la llevaran. No se había percatado de que corría peligro. ¿Quién lo habría hecho cuando la persona que conducía era una mujer? Y con una sillita de bebé en el asiento trasero.

Había sucedido tras una cita para tomar algo, pero se había sentido incómoda con la compañía. Después de dos *gin-tonics*, se había escabullido por la salida trasera tras excusarse para ir al servicio. ¿Por qué le hacía sentirse incómoda?, se preguntó. Tal vez porque parecía más interesado en hacer comentarios sobre el resto de las chicas del *pub* y le había soltado unas cuantas frases bastante desagradables.

La temperatura había caído en picado en el exterior. El aire helado se arremolinaba a su alrededor. Por supuesto, había salido rápido, y se había dejado el abrigo en el respaldo de la silla, con el móvil, sin batería, en el bolsillo; realmente tenía mucha prisa por marcharse de forma inadvertida. Pero tenía el bolso, que contenía las llaves del apartamento y la cartera. Se lo había colgado a modo de bandolera y se abrazaba la cintura intentando protegerse de la crudeza de la noche.

El coche se había detenido a su lado justo cuando pensaba en meterse en algún lugar caliente hasta que volviera a sentir las extremidades. Las farolas arrojaban un tono sombrío y ella había caminado bajo la luz tenue sin temor a ninguna amenaza.

Agradecida, había aceptado la amable oferta de la mujer, que apenas daba muestras de confianza. Lo que siguió fue tan inesperado que su mente aún no le encontraba el sentido. Había terminado aquí, dondequiera que fuera ese lugar.

Centró la mirada en la mujer que caminaba a su alrededor en círculos cada vez más pequeños. Tumbada boca arriba en el suelo de madera, veía los vaqueros azules y los pies descalzos con las uñas pintadas de carmesí.

¿Qué era ese ruido? Cerró los párpados hinchados e intentó adivinarlo. No se le ocurría nada. Al abrir los ojos, vio a la mujer moverse con un cuchillo en la mano. Quiso gritar. Le resultó imposible. Tenía la boca amordazada bajo la cinta adhesiva que le rodeaba la cabeza.

Un grifo goteaba en alguna parte. Se abrió una puerta.

Ya no estaba sola con la mujer del cuchillo. No veía a quien acababa de entrar, pero oyó a su captora resoplar molesta. Y entonces escuchó un sonido tan ajeno a aquel entorno y circunstancias que todo su cuerpo se puso rígido.

Una risa infantil. Cerca. ¿En otra habitación? ¿Se trataba de otro secuestro? ¿O formaba parte de esta terrorífica experiencia?

Sus pensamientos se interrumpieron cuando la mujer se puso en cuclillas y le alzó la barbilla con la punta del cuchillo. Observó esos ojos, tan oscuros que centelleaban. Y no oyó nada más.

1

Un año más tarde

Jueves

Mark Boyd esperaba fuera del despacho de la terapeuta mientras Sergio, su hijo de ocho años, asistía a su sesión de las tres de la tarde. Desconocía de qué trataba la conversación que se producía tras esa puerta, pero habitualmente Sergio salía con una sonrisa, así que no podía ser tan malo. Sin embargo, una vez llegaban al apartamento, el humor del chico derivaba en silencio, casi melancolía, y Boyd no sabía cómo lidiar con ello.

Solo habían transcurrido seis semanas desde la traumática experiencia en la que Sergio casi había perdido la vida, y Boyd había pasado cada día desde entonces a su lado, observándolo y cuidándolo. Se había saltado las normas en la última investigación, se había dirigido al noroeste del país en medio de una ventisca en busca del pequeño. A pesar de que había dado con él, hubo recriminaciones. Se había marchado sin permiso, había actuado fuera de su jurisdicción y había sido bastante agresivo en su cometido. Pero con la buena prensa que se había granjeado con el rescate y el hecho de que Boyd hubiera resuelto el misterio de la mujer que había fallecido en el accidente de coche, la comisaria Deborah Farrell le había dejado marchar con una advertencia grave y una nota en su expediente personal. Le traía sin cuidado. Tenía a su hijo a salvo en casa y eso era lo único que importaba.

Había llegado el momento de volver al trabajo. El dolor de estar separado de su hijo le había atenazado tan fuerte el corazón que pensó que iba a sufrir un infarto. Al menos, se reincorporaría un viernes, lo que les facilitaría la vuelta a la rutina.

Tras la sesión de terapia, acomodó a Sergio en el sofá mientras metía un pollo en el horno para preparar la cena.

—¿Cuándo llega Grace? —preguntó Sergio, que se cubrió con una manta hasta la barbilla mientras sujetaba el mando de la televisión en la mano.

Boyd le había pedido a Grace, su única hermana, que viniera a pasar una o dos semanas con ellos hasta que él se reincorporara del todo al trabajo. Sergio no iría al colegio hasta que pasaran las vacaciones de febrero, así que estaba en proceso de buscar una niñera. Ya no podía contar con las hijas de Lottie. Chloe había sido fabulosa, pero ahora que su abuela Rose sufría los primeros síntomas de la demencia, las chicas debían vigilarla.

—Viene en el autobús de las siete. La recogeremos en la estación.

—¿Le caeré bien?

—Por supuesto que sí. Grace es la persona más simpática que conozco.

—Creía que Lottie era la persona más simpática que conocías.

El chico lo miró por debajo de sus largas pestañas con una ligera sonrisa en los labios que alegró a Boyd.

—Supongo que podría decirse que son las dos personas más simpáticas que conozco, aparte de ti.

—Mmm. —Sergio apuntó al televisor con el mando.

Cuando iba a sentarse junto a su hijo, Boyd escuchó el timbre. No esperaba que llamara nadie y fue dudoso a abrir la puerta. Necesitaba pasar tiempo a solas con Sergio para explicarle más cosas de Grace.

También debía hablarle sobre el colegio y la posibilidad de mudarse a una casa nueva en algún momento, una vez que diera con el lugar adecuado y consiguiera la hipoteca. Lottie y su familia tenían que considerar esa posibilidad, pero no tenía ni idea de cómo

funcionaría, si funcionaba. Ese pensamiento lo entristeció mientras abría la cerradura de la puerta.

—No te quedes ahí como un pasmarote, Mark Boyd. Déjame entrar a ver a mi único sobrino.

Las palabras lo abandonaron. Abrió la puerta, que tendía a quedarse atascada en la alfombra con la humedad, y vio cómo su hermana dejaba la enorme maleta con ruedas en el suelo antes de pasar por su lado.

Para cuando Boyd llegó al comedor, después de conseguir al fin cerrar la puerta empujando con el hombro, Grace se había deshecho del abrigo y estaba sentada junto a Sergio. Con un vestido de lana, medias gruesas y botas, tenía un aspecto totalmente distinto al que recordaba. Parecía mucho mayor de los treinta y tres años que tenía.

—Grace, este es Sergio. Sergio, esta es tu tía Grace. Ha venido desde más allá de Galway para quedarse con nosotros.

—Grace es guay —dijo el niño.

—Señorito Sergio, me han llamado muchas cosas en mi vida, pero es la primera vez que oigo mi nombre y la palabra «guay» en la misma frase. —Grace miró a Boyd—. Nos llevaremos bien. ¿Vas a preparar té, Mark?

—Eh, tengo la cena en el horno, pero si prefieres un té...

—No lo habría mencionado si no lo quisiera.

—Preparo una tetera.

En la pequeña cocina recordó que Grace veía las cosas o blancas o negras. Parca en palabras, decía en voz alta lo que otros solo pensaban. No se casaba con nadie. Y se dio cuenta de algo más. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Su reducido apartamento de una habitación sin duda era muy pequeño para los tres.

Con la tetera hirviendo, se apoyó en la mesa alta y estudió a su hermana. Llevaba el pelo recogido con una cinta de satén roja en una meticulosa cola de caballo. Tenía las mejillas ligeramente hundidas. ¿Desde cuándo tenía el rostro tan delgado? Ella lo pilló mirándola.

—Recuerda lo que he dicho de quedarte ahí como un pasmarote, Mark. Tienes que ir con cuidado.

—Se suponía que iba a recogerte más tarde a la estación. ¿Has cogido un autobús que salía antes?

—Será eso. Si no, ¿cómo podría estar aquí ahora?

—Cierto. ¿Y has cogido un taxi desde la estación?

Ella puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Tu papá es un tontorrón. Apenas podía andar con la maleta a rastras y con este tiempo —le dijo a Sergio.

—Podrías haberme llamado —dijo Boyd, consciente de la petulancia que se había colado en su voz.

La tetera silbó. Era imposible tener una simple conversación con ella. Quería llamar a Lottie y pedirle que viniera y lo rescatara. Pero tenía que preparar el té, después la cena y disponer las camas para la noche. Tal vez haberle pedido a Grace que se quedara no había sido una de sus ideas más brillantes.

2

Sentada en lo alto de las escaleras, Katie Parker vio a su madre llegar del trabajo justo después de las seis de la tarde. Lottie cerró la puerta de un golpe, se quitó el abrigo negro acolchado, lo enrolló soltando por los aires plumas que volaban como motas de polvo y lo apretujó en el suelo bajo el desbordado perchero. Se descalzó las botas pisando los talones y estirando para no tener que agacharse. Entonces, se pasó las manos por el pelo húmedo y desgreñado, respiró hondo un par de veces y se dirigió a la cocina. Se oyó otro portazo.

—¿Un mal día, mamá? —preguntó Katie al aire.

Se agarró de la barandilla, se levantó y se encaminó hacia la habitación que compartía con Louis, su hijo de tres años. Tenía diecinueve años cuando su novio, Jason, fue asesinado sin saber que estaba embarazada. Ella tampoco era consciente de estarlo en aquel momento. Louis era adorable. El padre de Jason, Tom Rickard, quería mucho a su nieto y le ingresaba con regularidad un estipendio en la cuenta de Katie, pero ella se negaba a tocarlo.

Los pocos empleos que había tenido no le habían ido bien. La guardería era cara y, a menudo, se hallaba sin trabajo y en condiciones no aptas para trabajar. Los días parecían tan infinitos como la imposibilidad de mantener un empleo.

Se dejó caer en la cama. Con la cabeza enterrada en la almohada, gritó contra la espuma sintética. No le sirvió para aliviar la ansiedad, pero al menos hacía algo.

Se dio la vuelta y observó el techo amarillento. Había una gotera en el tejado de la vieja casa desde la semana después de Navidad y su madre no podía permitirse la reparación. El novio de Lottie, Boyd, y su compañero de trabajo, Kirby, se habían adentrado en el ático y habían clavado unas tablas donde las tejas se habían deteriorado. Pero la lluvia seguía colándose en su habitación. Ahora,

Louis tenía tos y Katie temía que se le disparara el asma. Tal vez debería utilizar parte del dinero de Tom como fianza para un apartamento. No, necesitaba un buen trabajo. Necesitaba volver a ser la auténtica Katie Parker. Necesitaba tener una vida. Y entonces se dio cuenta de qué se hallaba en el centro de su angustia: echaba de menos a su padre.

Llamaron a la puerta y apareció su madre con Louis de la mano.

—Puedo ocuparme de este granuja esta noche. ¿Por qué no sales? Queda con algunas amigas.

—¿Qué amigas? Siguieron adelante con sus vidas mientras la mía se estancaba.

No pretendía sonar tan irritada, pero no pudo evitarlo. Se había distanciado de sus amigas. Dejar la universidad no había ayudado. Y las pocas citas que había tenido habían huido por patas en cuanto había mencionado a su hijo.

—¿Qué pasó con aquel chico con el que salías el año pasado? Creía que la cosa iba en serio. ¿Qué ocurrió?

A Katie se le encogió el estómago. Se irguió y se sentó sobre las manos para ocultar los temblores. Aquello había sido un desastre. Otro motivo por el que se había convertido en Katie, la sin novios. Forzó una sonrisa.

—Llamaré a algunas chicas. Y gracias, mamá.

—Date un respiro. La vida es muy corta. Conseguir un empleo es solo una parte de la vida; no debes dejar que te consuma. Ya vendrá. Mientras tanto, diviértete.

—Sí, pero necesito trabajar para conseguir dinero.

—¿Tom Rickard no te da dinero?

—Eso es para Louis, no para mí. Lo que necesito es un *sugar daddy* —añadió Katie en tono irónico.

—¿¡Cómo!?

Se rio ante la expresión de horror en el rostro de su madre.

—Estoy de broma, mamá.

—Por favor, no bromees con cosas como esa.

Louis se liberó de su abuela y saltó a la cama.

—Yo quiero un *sugar daddy*. Por favor, ¿puedo tener uno? Yo no tengo papá.

Katie también necesitaba a su padre. Advirtió la mirada ilegible de su madre.

—No pasa nada, Louis. ¿Me ayudas a prepararme? Voy a salir y la yaya Lottie se queda contigo.

—¡Sí!

El pequeño bajó de la cama de un salto, corrió al tocador y comenzó a agitar en el aire una brocha de maquillaje.

—La brocha mágica de mamá.

—Ojalá —susurró Katie mientras la puerta se cerraba con cuidado y su madre la dejaba sola.

3

Llenó el maletero con cosas que esperaba no tener que usar, pero ella le recordaba constantemente que debía estar preparado. Como si no lo estuviera ya.

—Debes estar alerta. —El tono de su voz era demasiado agudo. Demasiado exaltado—. No puedes permitir que te cojan por sorpresa.

—Lo sé, lo sé —respondió, intentando que la irritación no tiñera sus palabras con algo que ella pudiera reprocharle.

—No seas sarcástico conmigo. De no ser por mí, ¿dónde te crees que estarías? Me merezco tu respeto, ya lo creo.

Le ofreció la mejilla para el obligado beso, lo que le asqueaba. Pero antes que sufrir otra regañina, él lanzó un beso al aire sin acercarse.

—Creo que lo tengo todo —murmuró, y deseaba poner distancia entre ellos.

—¿Te has acordado de las tijeras?

—Sí.

Contuvo el gruñido en su garganta. Se había olvidado de las tijeras.

—No puedes cortar la cinta adhesiva con los dientes y dejar tu ADN. ¿Has cogido la cuerda por si la necesitas?

—Claro. —Al menos se había acordado de eso—. ¿Puedo irme ya? Se está haciendo tarde.

—Hacemos esto por nosotros. Sabes que te quiero, ¿verdad?

Fuera lo que fuera lo que ella llamaba amor, él no lo consideraba tal cosa. Una opinión que jamás podría verbalizar. No en su presencia.

—No haría esto por ti si no me quisieras. Me voy. No quiero levantar sospechas.

—¿Cómo vas a levantar sospechas con lo idiota que pareces?

Su humor cambiaba tan deprisa que no entendía cómo no se confundía.

Una vez en el coche, soltó un fuerte suspiro de alivio. La libertad. Un golpe junto a su oreja hizo que se sobresaltara. El rostro de ella presionado contra el cristal mientras gesticulaba con un dedo para que bajara la ventana. Obedeció.

—Toma esto. Tengo una buena sensación sobre esta noche.

Le puso una funda de cuero en la mano y volvió a la casa.

Pasó un dedo por encima y se estremeció. Era su queridísimo cuchillo. ¿Cómo era capaz de pensar en todo? Ella era mucho más inteligente que cualquiera que hubiera conocido jamás, y eso le aterraba.

Con cada giro de las ruedas que aumentaba la distancia entre él y la casa, empezó a relajarse, hundiéndose en el cómodo asiento de cuero. Para cuando alcanzó la esquina al final de la calle y se incorporó a la carretera, estaba eufórico de alivio.

Un vistazo al cuchillo envuelto en cuero en la consola central fue suficiente para que se sentara derecho y se concentrara. Esta noche podía ser breve y tranquila. O podía ser larga y sangrienta. Aunque sabía que ella siempre le haría sombra, la noche era el momento en que él podía ejercer su poder sin sentir su influencia latiendo entre sus omoplatos.

4

El bronceado era un desastre. Si se hubiera tomado su tiempo, habría salido de maravilla. Se había aplicado bronceado falso en demasiadas ocasiones en sus veinticinco años de vida, pero esta noche debía estar perfecto y no lo estaba. Era un maldito desastre.

—Típico —protestó Laura Nolan a su reflejo en el espejo manchado.

En un esfuerzo por no llorar, lo que habría sido catastrófico para su maquillaje, intentó llenarse de positivismo. Le habían lavado y secado el pelo, aunque le dolió en el alma tener que apoquinar los veinte euros que no podía permitirse. El efecto valía la pena, ¿no? Eso esperaba ella. Ya había manchado la falda plateada de lentejuelas y había tenido que recurrir a un par de vaqueros oscuros. El top negro de gasa con tiras de circonita estaba bien. Eso esperaba.

Mientras se aplicaba un poco más de máscara en las pestañas, oyó una voz tras ella.

—Deja de toquetearte eso. Lo vas a empeorar.

Laura gruñó cuando su madre apareció en el reflejo del espejo, con el rostro un poco desalineado a causa de la grieta en la esquina superior derecha. Pequeña, demasiado delgada, sin una sola cana en su fina melena, pues podía permitirse ir a la peluquería, las pulseras de Diana tintinearon mientras movía la mano para recolocarle un pelo suelto de la nuca.

—¡Para! —espetó Laura—. Lo vas a estropear.

—Sería difícil estropear algo que ya es un desastre, señorita.

—¿Puedes dejarme sola? ¿Por favor?

—¿A dónde vas?

—Voy a salir.

—Ya lo veo. ¿A dónde?

—¿Por qué te importa?

—Quiero asegurarme de que estarás bien. ¿Vas a quedar con alguna amiga?

—Sí, para cenar y tomar algo —dijo Laura para acallar a Diana.

Sus amigas se habían distanciado cuando se quedó embarazada de Aaron. Tenía casi cuatro años ya y lo quería con todo su corazón, pero echaba de menos a sus amigas.

—No puedo estar disponible para hacer de niñera a todas horas, ¿sabes?

—Lo sé, y te lo agradezco. Significa mucho para mí.

Su madre sonrió. Laura sabía que era un gesto forzado.

—No olvides que tienes un niño pequeño que querrá verte cuando se despierte por la mañana.

—No lo olvidaré.

¿Cómo podía cuando Diana se lo recordaba a todas horas?, pensó Laura. ¿Cómo podía con lo mucho que quería a su hijo? «Un error, un rollo de una noche, ¿cómo has podido? Sin condón, sin tomar la píldora, ¿cómo has podido ser tan estúpida?». Las palabras de su madre de la noche en que se lo contó resonaban en su cerebro. No había podido hacer otra cosa que contárselo. No había tenido otra opción que dejar la universidad y perder la beca. Tuvo que volver corriendo a casa porque ya no podía pagar el alquiler. Todo eso. Pero Diana insistió en que se quedara con el bebé. «Ninguna hija mía —ella era su única hija, que supiera— va a abortar. Por encima de mi cadáver».

Había accedido a ayudar, y Laura había aceptado su ayuda. Pero no se dio cuenta de que se la había ofrecido a regañadientes. Venía acompañada de un sinfín de quejas y palabras mordaces. La retahíla de sermones cosidos a esa ayuda le rodeaba el cuello y amenazaba con estrangularla hasta la muerte. Pero ahora no quería pensar en todo eso.

Frunció los labios acicalados con brillo, guardó la máscara de pestañas en su estuche de maquillaje y metió a presión el estuche junto con el móvil en el diminuto bolso de mano. Tal vez, esta noche, conocería al hombre al que no le importaría salir con una chica con un hijo de casi cuatro años a cuestas. Una mujer joven que aún vivía con su madre.

Una podía soñar.

* * *

¿Por qué la música de los *pubs* sonaba tan fuerte? Solo eran las nueve y Shannon Kenny ya se sentía como si el grupo hubiera montado un ensayo en sus oídos. Se inclinó hacia su cita para decirle algo. Él se volvió al mismo tiempo y sus narices se tocaron sin querer.

Él se rio.

—Eso es un beso de esquimal.

Al menos eso creía ella que había dicho. Podría haberle propuesto matrimonio y ella no se habría enterado.

Intentando no parecer ridícula, dijo tan fuerte como pudo:

—Me encantaría tomar otra copa.

—¿Lo mismo?

Fue capaz de leerle los labios.

—Que sea doble —respondió gesticulando.

Mientras él estaba en la barra, Shannon estudió la anchura de sus hombros, y se percató de que su cintura parecía demasiado pequeña y las piernas demasiado cortas. De hecho, se le veía totalmente desfigurado. ¿O eran los efectos de estar bebiendo con el estómago vacío?

Debería haber sido la primera señal de advertencia. Le había prometido que la llevaría a cenar al restaurante del Joyce Hotel, pero después había insistido en tomar antes unas copas en el Danny. Y ahora daba la sensación de que no tenía intención de marcharse. Tal vez debería haberse pedido una bolsa de patatas fritas.

Miró a su alrededor buscando a alguien conocido. El lugar estaba abarrotado y la banda había comenzado a tocar más fuerte —si el martilleo en sus oídos era un buen indicador—. Él aún estaba en la barra hablando con la camarera. Cómo podían mantener una conversación por encima de aquel bullicio escapaba a su comprensión. Tal vez debería marcharse. Coger el abrigo y salir de allí.

«Debo de estar haciéndome mayor», se dijo a sí misma, a pesar de que acababa de celebrar su vigésimo quinto cumpleaños. No hacía tanto, todo esto era su idea del Paraíso. Pero eso era antes...

—Eso fue entonces, esto es ahora —dijo.

Mierda, estaba hablando sola. Dios santo, ¿esto era a causa de la rehabilitación? Entrabas con un problema y salías con unos cuantos nuevos. Próxima parada: el psiquiátrico.

Riéndose por su propio humor negro, le vio girar la cabeza para mirarla. Una sonrisa rápida antes de volverse hacia la barra. ¿Estaba comprobando que no se había fugado? Más bien le estaba diciendo a la chica que su cita de esta noche había sido un error.

¿Cuánto tiempo más aguantaría ahí sentada mientras él flirteaba con otra y el estruendo de la banda se apoderaba de sus oídos? La respuesta era no mucho más. Pero mientras se guardaba el móvil en el bolso, él llegó con su ginebra doble en una bonita copa de balón, y ella decidió que no podía desperdiciar un buen trago.

* * *

Laura estaba sentada sola en el Casey. El *pub* estaba menos lleno de lo habitual. Se preguntó si debería haber llamado a Shannon. No se habían visto desde hacía casi un año. Pero, a veces, una necesitaba hablar en confianza con alguien que no fuera su maldita madre.

Su cita no había aparecido. Miró el teléfono. Todavía era pronto. Había tiempo de sobra. Estaba en el *pub* correcto, ¿verdad? Bajó por los mensajes de la aplicación y lo encontró. Sí. Entonces, ¿dónde narices estaba él?

Miró la foto y sonrió a su pesar. No era tan feo. Cerró la *app* y estiró el cuello para mirar de nuevo a su alrededor. No, no estaba. Se pidió una Coca-Cola *light*. Ya pediría él el alcohol cuando llegara, si llegaba.

Entonces, notó un toque en el hombro. Se volvió despacio, con la esperanza de que fuera él, y una sensación cálida y acogedora se apoderó de su pecho mientras esperaba a que sus ojos se encontraran con los de él por primera vez.

Pero solo era alguien que intentaba acercarse a la barra para pedir una copa. Sintió que se le hundían los hombros y que su expectación se esfumaba con una exhalación.

* * *

Eran más de las diez y volvía a conducir por Ragmullin, con cuidado de circular por las vías de acceso y los atajos de las urbanizaciones. No quería que lo grabaran las cámaras de la autovía o las del centro de la ciudad, ni que lo pararan los guardias y le preguntaran cuando estaba en una misión de reconocimiento. Y de eso iba esta noche. Buscaba a la candidata ideal. La edad y el físico aproximados estaban grabados en su cerebro, como tallados en piedra a golpe de cincel. Sabía a quién buscaba, aunque todavía no supiera quién era ella. Pero le habían proporcionado suficiente información para reconocerla en cuanto la viera.

Aparcó en una inmobiliaria y permaneció sentado con el motor apagado durante unos veinte minutos, repasando la lista de las herramientas que guardaba en el maletero para mantener la mente alerta mientras ignoraba el cuchillo que había metido en la guantera.

Si los guardias lo llegaban a parar, tenía una historia plausible: la luz del taxi estaba apagada porque se había roto. Tampoco iba a dar ningún motivo para que lo pararan. Sintió una punzada de emoción. Tal vez esta noche tendría éxito.

Echó un vistazo al teléfono. Hora de moverse. Tras encender la calefacción para desempañar la luna delantera, se puso en marcha una vez más. Si no tenía éxito, volvería a intentarlo más tarde. No podía dejar la ciudad con las manos vacías. Ella no estaría contenta.

5

Al final, Katie le había mentido a su madre y le había dicho que había quedado con unas amigas en el Danny. En lugar de eso, había ido al Fallon y se había sentado sola en la barra mientras su hermana le ofrecía unas palabras de sabiduría entre un cliente y otro.

—Métete en una página de citas. Te crearé un perfil. —Chloe sonrió—. Yo tengo uno, y así es como consigo citas.

—No has salido con nadie en años.

—Últimamente no he tenido tiempo. Trabajé todas las Navidades y, antes de eso, estuve cuidando a la abuela. Venga, suéltate, Katie, por una vez en tu vida.

—Ya lo hice y mira cómo me fue. —Le dio unas vueltas a los restos de su *gin-tonic*, como si por arte de magia la copa fuera a llenarse de nuevo.

—Lo que tú digas, pero necesitas hacer algo. Lo digo en serio. Antes de que te des cuenta, tendrás treinta años, y entonces ¿qué?

—Seguiré siendo madre, seguiré teniendo un niño pequeño y estaré con mi familia. ¿No es eso lo que importa?

—En parte sí, pero mamá se marchará a empezar una nueva vida con Boyd. La otra noche lo vi mirando casas en la página web de una inmobiliaria. Si se muda, ¿qué será de nosotras?

—No se mudaría sin nosotras.

—Tal vez no lo haría sin Sean, porque todavía va al colegio, pero Katie, somos adultas. Tenemos que apañárnoslas. Vivir nuestras vidas.

—¿Cuándo te convertiste en la sabia de la familia?

Una voz brotó del final de la barra.

—Eh, dos pintas de Guinness cuando puedas.

Katie vio a su hermana poner las cervezas sin dejar de hablar.

—No es sabiduría. Es sentido común —dijo Chloe con la cabeza girada mientras se iba hacia otro cliente y las pintas reposaban.

Katie sopesó sus palabras. Chloe tenía razón. Debía empezar a vivir. Con el móvil en una mano, pulsó la pantalla con el pulgar y seleccionó la aplicación en la que se había creado un perfil esa misma tarde. Con el dedo planeando sobre el icono, se mordió el labio y rezó para que hubiera algo de actividad. Sin embargo, antes de que pudiera darle, alguien chocó contra su espalda. Se le cayó la copa, pero salvó el teléfono.

—Oh, lo siento mucho. Este sitio es una locura esta noche. ¿Qué estabas bebiendo? Te pediré otro.

—No, no hace falta. Iba a marcharme de todas formas.

Fue a bajarse del taburete, pero el cuerpo de él se lo impedía. Sentía la aspereza de los vaqueros de él en la pierna. Esperaba que no le hiciera una carrera en las medias.

—No puedo moverme —dijo él—. Acaba de entrar una despedida de soltero. Estoy atrapado. Dame un minuto.

Observándolo de reojo, vio que era bastante mayor que ella. Aunque no estaba mal. Moreno, pelo corto y una perilla incipiente que parecía intencionada. Sus ojos, con las pestañas pequeñas, estaban cansados, con una areola negra alrededor y las pupilas dilatadas. Quizá estaba drogado. Quizá trabajaba muchas horas. Quizá estaba casado. Quizá ella debía irse a casa.

—Un minuto —le respondió.

—Si capto la atención de esa camarera tan mona, te pido otra copa. Y no digas que ya te marchas. ¿Por favor? Una copa para disculparme, ¿vale? —Una mano apareció delante de ella—. Jackson —dijo—. Mi madre me llama hijo, pero los demás me llaman Jack.

—No creo que yo vaya a llamarte hijo. —Se rio, y se sintió bien al tener una sonrisa dibujada en la cara. Por lo general, solo se reservaba las sonrisas para Louis—. Yo soy Katie.

—¿Y qué hizo Katie luego?

—¿Eh?

—Como en el libro.

—Me he perdido.

Tenía que gritar por encima del escándalo, y el olor del alcohol mezclado con el de la colonia y el sudor le estaba provocando dolor de cabeza. Quizá debería irse.

—Sé que estás pensando en salir corriendo, pero quiero invitarte a esa copa.

—Vale, bien. Eh, ¿Chloe?

Él puso los ojos como platos y pidió un *gin-tonic* para ella y una pinta para él. Cuando Chloe dejó las bebidas en la barra, levantó los pulgares de forma muy sutil hacia su hermana.

Jack pareció ignorar el gesto y se apoyó en la barra tras haberse metido poco a poco en un pequeño hueco. Ahora que lo veía bien, pensó que rondaría la treintena. Demasiado mayor para sus veintitrés años. Aun así, no iba a negarse a una copa gratis.

—Debes de venir a menudo por aquí si te sabes los nombres de las camareras —comentó.

—¿Sueles ligar así siempre? ¿O...? —Se detuvo. Tal vez era bueno que no supiera que Chloe era su hermana.

—Ja, me has pillado. ¿Siempre está tan lleno?

—No, simplemente se acerca el fin de semana. La noche del jueves es la nueva noche del viernes por lo que veo.

—¿Qué te parece si nos terminamos las copas y salimos de aquí? El Wallace es más tranquilo. Podemos conocernos mejor.

—¿Y si no quiero conocerte mejor?

—Entonces podemos hablar de libros. Me encantaría contarte lo que Katie hizo después.

Ella no iba a dejarle ganar con tanta facilidad.

—Mejor te digo yo lo que Katie hizo después. Dio las gracias por la copa, salió a la calle, cogió un taxi y se marchó a toda prisa a casa con su hijo de tres años.

—Vale. Pero ¿puedo contarte lo que Jack hizo luego?

Le sorprendió que no se inmutara ante la mención de Louis. O quizá no la había oído.

—¿Subió la colina con Jill para llenar un cubo de agua?

—Eres graciosa. No. Le dio su número a Katie, le pidió un taxi, la dejó marcharse a casa con su hijo y la llamó al día siguiente para

invitarla a cenar. En algún lugar tranquilo donde servían buena comida y vino.

Alucinada, Katie sintió que estaba al borde de las lágrimas. ¿Había tenido la increíble suerte de haber conocido a un chico realmente bueno? ¿O era demasiado bueno para ser verdad?

Alguien más le golpeó la espalda y, de nuevo, fue incapaz de salvar la copa. Se quedó mirando cómo le goteaba sobre el regazo y se esparcía por la barra hasta que Chloe apareció con un trapo sin dejar de mirarla.

Se inclinó hacia delante y le susurró a su hermana en la oreja:

—A caballo regalado, no le mires el diente.

6

Si no hubiera estado lloviendo, jamás se habría metido en su coche. Él miró a través del parabrisas hacia la peligrosa oscuridad de la noche y la titilante luz de las farolas, perforada por gotas de lluvia como dagas plateadas lanzadas a la tierra. Era una mala noche para salir, desde luego.

La vio de pie, bajo un paraguas barato maltrecho, mientras diluviaba. ¿Cómo no iba a parar y ofrecerle llevarla en su coche? *Ella* estaría encantada cuando él llegara a casa.

—Mil gracias —dijo la joven, que se sentó y se sacudió con tanta fuerza que el agua salió volando en todas direcciones. No se disculpó por haber mojado todo, y eso le molestó un poco. Sin mirarlo, se fijó en la sillita infantil que había detrás. Pareció reconfortarla. Bien—. ¿Estás fuera de servicio? La luz del taxi está apagada.

—Estoy pendiente de repararla y, discúlpame, mi mujer olvidó sacar la sillita. —Se pasó una mano por la barba cuidada, orgulloso de habérsela dejado crecer.

—He tenido una noche de perros. El viento me ha puesto el paraguas del revés, y te juro por Dios que he estado a punto de echarme al suelo y llorar.

—¿Y eso de qué sirve?

Ella se sacó el abrigo por los hombros, lo hizo una bola y se lo colocó a los pies.

—Perdona por haberte mojado estos asientos tan bonitos.

Al fin, una disculpa. Tal vez tuviera modales, después de todo.

—Ya se secarán, y tú también.

Le lanzó una mirada, sorprendido por lo bonita que era a pesar de estar hecha unos zorros, mojada y nerviosa. Entonces, la observó más despacio, y un escalofrío de miedo le recorrió la columna. Se subió la bufanda con disimulo hasta la boca.

Ella cerró la puerta y las luces del interior del coche se apagaron. Mientras se ponía el cinturón de seguridad, él metió la marcha y arrancó despacio.

—¿Dónde te dejo?

—En el puente me viene genial.

Tenía la cabeza agachada, y escurría la pernera de sus pantalones de campana a pesar de que hacía menos de un minuto que se había disculpado por mojarle el coche. Otro punto en la columna negativa.

—Puedo dejarte en la puerta de tu casa. No te cobraré. No querrás acabar empapada de nuevo.

Pensó que tal vez se lo discutiría, pero en cambio contestó:

—¿Conoces Redwood Court?

—Por supuesto. ¿Y querías que te dejara en el puente? No hay nada que temer, preciosa. Incluso me esperaré a que entres. Tus padres deben de estar esperándote. —Iba dando palos de ciego, pero ella no se esforzó por corregirlo diciendo que vivía sola o con amigas—. ¿Vas a la universidad?

—Ahora mismo no. Iba a Maynooth, pero era una mierda ir y volver a diario.

—Suena complicado. ¿No hay alojamientos allí?

—Son demasiado caros. Las ayudas son solo para los más jóvenes.

—Los cabrones saben cómo pillarte. Este país va fatal.

—Supongo.

Ella permaneció en un silencio incómodo y él sintió la necesidad de llenar el vacío para evitar estirar el brazo y tocarle la rodilla.

—No pareces una estudiante mayor. —Se detuvo en el semáforo en rojo frente al puente. La ciudad estaba extrañamente tranquila. Cualquiera que siguiera por ahí debía de estar en los *pubs.*

—Tengo veintisiete años —respondió ella con altanería.

Él sabía que era mentira. Tamborileó en el volante a la espera de que las luces cambiaran.

—¿Qué te ha sacado de casa esta noche?

—He ido a tomar unas copas con una amiga.

—Menuda amiga, que te ha dejado volver andando con este tiempo.

—Es complicado.

—Como todo.

La luz cambió a verde y él giró a la izquierda en el puente, todavía despacio, intentando concentrarse en lo que quería hacerle.

—Eh, era por allí. —Señaló hacia la derecha y se removió en el asiento, pero el cinturón la tenía atrapada. Lo agarró por el codo—. Te has pasado mi calle. Déjame salir.

Era realmente patética.

Él se zafó de su agarre y le golpeó en la garganta con el codo. Ella se desplomó hacia delante, con la barbilla hundida en el pecho. Mientras se recolocaba para cruzar la enorme rotonda del psiquiátrico Saint Declan, parpadeó al ritmo de los limpiaparabrisas, inspirando y espirando el aire estancado del coche. Olió su aroma femenino mezclado con las gotas de lluvia en su ropa y sintió una descarga de excitación en la entrepierna.

«No la mires —se advirtió—. Sigue conduciendo». No era tan tarde, pensó. Tal vez aún tenía tiempo de volver y llevarse a otra. Eso lo animó mientras conducía.

7

El resplandor verde del reloj digital había quedado grabado en los ojos de Diana. Las dos de la madrugada. ¿Dónde estaba Laura? Ya estaba tirando demasiado de la cuerda. Volvió a llamarla al móvil. La muy bruja lo había apagado. Al menos su nieto dormía. No hacía un solo ruido. Echó a un lado la ropa de cama y se dirigió a la cocina en plena oscuridad.

Abrió la nevera, y la luz dibujó un arco en el suelo. Sacó el cartón de leche, dejó que la puerta se cerrara sola y la oscuridad volvió a engullirla.

Cogió un vaso a tientas y se sirvió la leche. Treinta segundos en el microondas. Luego volvió a la cama. La leche caliente debería ayudarla a dormir. Esta vez, Laura había metido la pata hasta el fondo. Con la espalda apoyada en las almohadas, Diana tomó un trago de leche y pensó exactamente qué le diría a su hija en cuanto atravesara la puerta.

* * *

George Kenny apartó la cortina y se asomó a la noche lluviosa. Su hermana, Shannon, lo estaba poniendo de los nervios. No podía confiar en ella. Consultó la hora en el teléfono. Las dos y cuarto. Y seguía por ahí.

Dejó que la cortina se deslizara de nuevo hacia su sitio, y se reprendió por pensar como solía hacerlo su madre. Llevaban tres años viviendo sin su presencia y, en ese tiempo, él había adquirido los roles de madre y padre. Debido a los problemas que Shannon había tenido el año anterior, sentía que no había mucho que pudiera hacer ahora. Ambos eran adultos, aunque ella se comportaba como una niña mimada. Era absurdo permanecer despierto preocupado por ella. Podía cuidar de sí misma, ¿verdad?

Metió el móvil debajo de la almohada, se giró y volvió a dormirse.

* * *

El reloj dio las dos y media. Lottie había oído a Chloe llegar del trabajo hacía media hora. ¿Se había dormido y no había escuchado a Katie? Se había quedado traspuesta, pero no había llegado a dormirse del todo. Encargarse de cuidar a Louis implicaba estar alerta. Podía ahogarse con la tos en mitad de la noche. Su asma estaba empeorando, y ella sabía que la humedad de la casa tenía buena parte de culpa.

Se preguntó si Grace habría llegado a casa de Boyd. Estaba deseando tenerlo de vuelta en el equipo. Había venido unas cuantas tardes a su casa. A Sergio le encantaba estar con Sean. O quizá eran los juegos de la PlayStation lo que le encantaba. A Sean también le encantaba estar con Sergio, así que era algo positivo en un mundo lleno de cosas negativas. Boyd insistía en que vivieran todos juntos, pero ella no lo veía práctico. Se burlaba de él cuando, en realidad, rehuía el compromiso.

Apoyada sobre el codo, escuchando, pensó que sería reconfortante tener a Boyd en la cama junto a ella. La vida conspiraba continuamente contra ellos. Seguro que pronto les tocaría ya algo bueno, ¿no? Aunque la vida pocas veces le otorgaba lo que pedía.

Otro vistazo al reloj.

—¿Dónde narices estás, Katie Parker?

8

Viernes

Rex no quería ir al colegio. Ya había soportado bastante a los abusones. Pelirrojo esto. Pelirrojo lo otro. Incluso había pensado en teñirse el pelo, pero su madre se subió por las paredes cuando se lo propuso. Quería llevarlo corto, pero ella le había dado un tirón de orejas y le había dicho que de ningún modo. Solo tenía siete años, pero sabía que había niños más pequeños que llevaban al menos un degradado. Tampoco pedía demasiado. Su madre hasta había empezado a recogerle el pelo en casa, así de largo lo tenía. Fantaseó con la idea de robarle las tijeras y cortárselo él mismo, pero ella lo mataría. La discusión entre su madre y su padre la noche anterior había sido tan seria que esa mañana había cogido la mochila del cole, se la había echado a la espalda y se había escabullido por la puerta delantera antes incluso de que se despertaran.

Aún estaba oscuro, ni siquiera eran las seis, pero no estaba asustado. Iba a llegar demasiado pronto al colegio. Tal vez podría tomarse el día libre. Colarse en el cine que estaba cerca de su casa y pasar el día acurrucado en un asiento blando del fondo. Si pudiera colarse.

Una bruma neblinosa se cernía sobre el campo de la Asociación Atlética Gaélica, y le dieron ganas de sentarse en el centro para dejar que se lo tragara. Observó la carretera que conducía al cine. ¿Era una buena idea? ¿Cómo iba a entrar sin que nadie lo viera? No abría hasta mediodía. Ese era el problema. Pero Rex no dejaba que los problemas lo detuvieran. Salvo una bronca de su madre por el pelo. ¿Cuánto daño le haría tomarse un día libre? Un día sin burlas.

Decidido, giró a la derecha, en dirección opuesta al colegio y la ciudad, y se encaminó hacia el complejo del cine. Tal vez podría averiguar qué era aquello que había visto la noche anterior desde la ventana de su habitación.

La barrera estaba cerrada, así que saltó el muro y avanzó despacio por la hierba alta. Había muchísimas tiendas alrededor de los cines; hasta una cafetería que vendía *smoothies*. Estaba contando mentalmente el dinero que llevaba en el bolsillo cuando su pie tocó algo. Al esquivar por un lado lo que fuera (seguramente un zorro muerto), no pudo contenerse. Miró al suelo.

Dos pies llenos de barro. Sin zapatos. Pantalones vaqueros, mojados y sucios. Sus ojos ascendieron por el pecho ensangrentado y los brazos retorcidos hasta llegar a la cara. Era una mujer. Una chica, tal vez. Era difícil saberlo cuando la única iluminación eran las farolas a lo lejos. Estaba muy pálida, y sucia. Unas manchas negras bajo los ojos le surcaban las mejillas. Y sus labios tenían un tono tan cenizo como su piel.

Rex se preguntaría más tarde por qué había estado tan tranquilo. Por qué no había gritado ni salido corriendo. En lugar de eso, sus pies de niño de siete años se habían quedado clavados en la hierba húmeda. Sacó el móvil, que no debía llevarse al colegio, y encendió la linterna. La escena ante él era impactante. Aun así, permaneció impasible, con la lengua pegada al paladar. Sentía que los ojos se le iban a salir de las cuencas ante el terrible hallazgo. Notaba cómo se le estiraba la piel.

Había visto a su abuelo muerto en el ataúd, así que sabía que la mujer estaba muerta. Debía llamar a los guardias. Pero no quería tener que explicarles a ellos, a sus padres y a su profesora qué hacía allí a esa hora intempestiva.

Apagó la linterna y se sentó sobre su mochila en la hierba mojada. Inclinó la cabeza hacia un lado y estudió el cuerpo roto de la chica al tiempo que se preguntaba quién era y cómo había acabado ensangrentada y muerta en el suelo. Y entonces pensó en quién la habría matado. ¿Lo matarían a él también?

9

La catedral de agujas gemelas dominaba el horizonte de Ragmullin. Enclavada en una hondonada natural, las casas, tiendas y fábricas se esparcían como los pétalos de una flor en busca de luz bajo la que florecer. La corriente sinuosa del canal, con las vías del ferrocarril a un lado, discurría alrededor como un rastro de caracol a punto de adueñarse de todo a su paso.

Una niebla gris baja dominaba la oscuridad. Se avecinaba lluvia, como era habitual. Los lagos en las afueras de la ciudad en la región central garantizaban que el clima fuera húmedo durante la mayor parte del año, aunque en verano podías tener la suerte de disfrutar de una semana cálida, si los dioses del tiempo estaban de tu parte. Pero, desde luego, no a finales de enero. La primavera aún tardaría en llegar.

En la orilla de uno de estos lagos se alzaba una antigua casa que ocultaba muchos secretos aún por desvelar, aunque algunos de ellos se habían descubierto en los últimos tiempos.

Lottie estaba de pie fuera de la casa, envuelta en su chaqueta, que no conseguía protegerla del aire frío. Taza en mano, daba sorbos a su café. Debería haberse puesto un jersey encima de la camiseta blanca de manga larga. El mordaz viento le traspasaba los vaqueros negros. Se miró las botas y vio que ya habían acumulado barro cuando había ido hasta la verja. Lo habitual.

Aún estaba oscuro mientras contemplaba Lough Cullion desde la valla que rodeaba su casa. Casa provisional, se corrigió. Pertenecía a su hermanastro, Leo, que vivía en Nueva York. Más de una vez le había prometido que la pondría a su nombre, y hasta llegó a creer que había rellenado el papeleo, pero cuando revisó las escrituras con un abogado que no podía permitirse, descubrió que no era el caso. Leo era un mentiroso y un criminal, a pesar de que trabajaba para el Departamento de Policía de Nueva York.

Tras una noche sin dormir, se preguntó si debía mudarse. Encontrar un hogar para su familia, con Mark Boyd y su hijo. Pero no tenía el capital, ni ahorros, ni nada. ¿Iba a quedarse atrapada en esa vieja casa destartalada el resto de su vida?

Contempló en la oscuridad cómo el lago relucía con las primeras luces del amanecer. Suspiró ante la belleza que la rodeaba y se reprochó no sentirse más agradecida a la vez que deseaba, por una vez en su vida, tener lo que anhelaba. Desde que su marido Adam había fallecido hacía seis años, había intentado no hundirse, pataleando para poder respirar cada vez que le llegaba el agua al cuello. Boyd la mantenía a flote, y sus hijos también.

Sabía que tenía que pensar en su familia antes que en ella. Sean, de diecisiete años, estaba a punto de comenzar la época de exámenes y quería estudiar un curso de creación de videojuegos. En una universidad privada con matrículas astronómicas. Chloe trabajaba turnos eternos en el *pub* Fallon. Y después estaba Katie, que era incapaz de conservar un trabajo el tiempo suficiente para tener una oportunidad digna en la vida. Por supuesto, el pequeño Louis le daba trabajo a su hija, pero estar encerrada en casa no era vida para una joven de veintitrés años que había sufrido tantas tragedias. Al menos, se había levantado de su cama esta mañana, aunque Lottie no tenía ni idea de cuándo había llegado.

Con el último trago de café, sus pensamientos se centraron en su madre. Antes de Navidad creyó que tendría que tomar una decisión desgarradora sobre el cuidado de Rose. Pero en el transcurso de su última investigación, se topó con una vieja amiga de su madre, y su amistad renació de forma espectacular. De algún modo, Betty revitalizó a Rose. Tal vez Lottie podía retrasar decidir sobre el cuidado futuro. Seguía siendo una preocupación que Rose viviera sola con los riesgos que la demencia implicaba. Pero, como ella, Rose era cabezota y obstinada cuando le convenía. Betty se había marchado a Birmingham unos días a visitar a un familiar, así que faltaba ver cómo lo sobrellevaba Rose.

Lottie inclinó la taza y apartó los grumos de café pegados a los lados. La falta de paciencia era otro de sus defectos. ¿Quién tenía tiempo de esperar a que la tetera hirviera? ¿Quién tenía tiempo para

contemplar la belleza del lago bajo la primera luz del alba, lamentándose de todo lo malo en su vida? ¿Quién hacía eso cuando debería estar de camino al trabajo? Alguien que estaba quedándose sin excusas para ocultar su creciente ansiedad.

¿Tal vez podría fingir que estaba enferma? ¿Llamar a la jefa y decir que se estaba muriendo o algo parecido? La mera idea de llamar a la comisaria Farrell para algo que no fuera una orden de registro la alentó a mover el culo hasta la comisaría. Dio la espalda a la belleza que se revelaba despacio con el comienzo de un nuevo día.

Lottie ni siquiera había tenido tiempo de aparcar junto a la comisaría cuando tuvo que conducir hasta el cine del centro comercial de Connell. Un joven había encontrado un cuerpo mientras iba al trabajo. Sintió la presión de la angustia habitual que la acompañaba en estas investigaciones.

Tras ponerse el traje de protección y los cubrezapatos, firmó en el registro, atravesó los cordones policiales y observó a la mujer fallecida tendida sobre la hierba. Sabía que su muerte necesitaría una investigación completa, porque era evidente que la joven había sido asesinada. ¿Cuándo iba a acabar? Vidas jóvenes apagadas por cabrones narcisistas. Era frustrante.

Apartó la mirada un momento y respiró hondo. Los autobuses escolares circulaban por la carretera principal, y Lottie agradeció que los técnicos forenses hubieran levantado tan pronto la carpa. Se estaban organizando los desvíos, pero no lo bastante rápido.

Se quedó dentro junto a Grainne Nixon, la mujer que lideraba el equipo de investigación de la escena del crimen. Los ojos verdes y el tirabuzón pelirrojo eran lo único que la hacía humana. Equipada de pies a cabeza con mono de trabajo, mascarilla, cubrezapatos y guantes, Grainne estaba más callada de lo normal.

—¿Qué opinas? —La voz de Lottie rompió el silencio en el ajustado espacio.

—Una joven a la que le han arrebatado la vida antes de que pudiera vivirla. Hay mucho cabrón suelto, ¿verdad? ¿Por qué se creen con el derecho divino de quitar una vida? De acabar con la existencia de un ser humano. No le veo el sentido. Es injusto.

—Estoy de acuerdo contigo en todo. ¿Has descubierto cómo murió?

Grainne se arrodilló sobre una plancha de acero junto al cuerpo y señaló las heridas de la mujer.

—No soy patóloga, pero sospecho que hay, al menos, tres heridas de arma blanca. Una en el cuello, donde también hay signos de estrangulamiento. Otra en el brazo, tal vez una herida defensiva. Tiene la camiseta empapada en sangre, así que imagino que encontraremos una tercera en su pecho. ¿Cuál de las tres la mató? Eso lo determinará la patóloga, pero yo diría que hubo lucha.

La mujer fallecida iba vestida con unos vaqueros y un top fino, pero no había rastro de los zapatos ni del abrigo. Yacía en un ángulo extraño, con una pierna parcialmente debajo de la otra y los brazos doblados, como si hubiera caído desde lo alto. Faltaba un tirante del top, o, tal vez, solo tenía uno.

La zona donde se había descubierto el cuerpo estaba cerca del cine, la cafetería y las pequeñas tiendas a las afueras de la ciudad. El descampado estaba rodeado por un muro de piedra y por arbustos. La barrera de entrada estaba bloqueada, así que era probable que alguien hubiera levantado a la chica por encima del muro y la hubiera tirado al suelo.

—¿Quién la ha encontrado? —preguntó Lottie, en un intento de despegarse del horror que le habían infligido a la mujer todavía anónima.

—Un adolescente. El detective Kirby te pondrá al día.

—Vale. ¿Algún documento de identidad en el cuerpo?

—No hemos encontrado nada todavía, pero su cartera e incluso su móvil podrían estar en algún lugar entre los arbustos. Tengo un par de hombres buscándolos. ¿Tu equipo ya está por aquí?

—Les estaba diciendo que se den prisa. ¿Puedes darme algo antes de que llegue la patóloga?

—La víctima parece tener veintipico años y estaba en forma, por lo que tal vez practicara deporte. La ropa no es muy cara. Iba maquillada y llevaba un bronceado falso, que se le ha corrido. Tiene las uñas limpias, pero ya se le tomarán muestras. Tiene los pies enfangados. No hay rastro de los zapatos. La cremallera de los

vaqueros está subida y el botón abrochado, por lo que puede que no hubiera agresión sexual, pero es solo una observación. Necesito ponerme a trabajar.

—No lleva nada encima de ese top tan fino. ¿Dónde está su ropa de abrigo? ¿Y sus zapatos? ¿Es posible que la secuestraran estando en su casa? —sopesó Lottie.

—Diría que iba vestida para salir por la noche.

—Anoche llovía. Imagino que llevaría una chaqueta si salió. —Lottie pensó que era algo a tener en cuenta—. ¿Alguna idea de cuánto tiempo lleva aquí?

Grainne abrió mucho los ojos y las dos esmeraldas brillaron con desdén.

—Ambas sabemos que es la patóloga quien debe darnos esa información y, aun así, no hay forma de saberlo con exactitud.

—Lo sé, pero necesito una aproximación para hacerme una idea.

—La ropa está húmeda. Tal vez a causa del rocío, pero anoche llovió mucho. Madre mía, esto es muy triste.

—Lo es. Gracias, Grainne.

—Ah, una última cosa. Parece que se ha removido la tierra a su alrededor. Huellas. Son bastante pequeñas. He revisado las del chico que la encontró. Sus pies son más grandes, pero examinaremos sus zapatos. Y hay hierba aplastada allá. —Señaló a un punto—. La he mandado cubrir para proteger las pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—No lo sé todavía, pero tal vez el asesino se sentó allí para verla morir.

Fuera de la carpa, Lottie se quitó la mascarilla y respiró el aire fresco de la mañana. Para cuando el detective Larry Kirby se le unió dentro del cordón policial, ya se había deshecho de todo el equipo de protección y lo había metido en una bolsa de basura.

—¿Dónde está el chaval que encontró el cuerpo? —le preguntó Lottie.

Kirby infló las mejillas y se pasó una mano por el pelo espeso en un intento de domar el amasijo de rizos.

—Lo he mandado a la cafetería. No me arranques la cabeza aún. El agente Lei está con él. Ha dicho que lo conocía.

—Ven conmigo y ponme al día.

—Se llama Shane Santos. Tiene diecinueve años y nos ha contado que su familia vive en Enfield, pero que él vive en un piso compartido junto a Saint Declan.

—Sigue.

—Ha llegado pronto para abrir la cafetería. A las siete y media. El resto de las tiendas abren a las nueve, aunque el cine no lo hace hasta más tarde. Prepara el café para llevar del personal del centro comercial, que suele llegar hacia las ocho y media. Eso nos ha contado.

—¿Cómo ha entrado aquí? ¿No estaba la barrera bajada y bloqueada antes de que nuestros agentes la abrieran?

—Ha trepado el muro.

—¿Es habitual que la barrera esté bajada?

Kirby se encogió de hombros.

—Solo sé lo que él me ha contado. Los de la científica se han llevado sus zapatos para examinarlos y han dicho que harán moldes de las huellas alrededor del cuerpo para analizarlas. Tiene unas zapatillas de repuesto en la cafetería.

—Vamos a ver si Shane puede ayudarnos.

Eso esperaba.

10

La recibió el aroma del café recién hecho. La cafetería era un bonito espacio abierto con mesas negras de PVC rodeadas de sillas blancas. A un lado había una larga barra de acero inoxidable y, en la pared del fondo, había un rincón con taburetes altos. El local estaba vacío, a excepción del agente Lei y el adolescente. Tenían un par de vasos desechables en la mesa, pero ninguno de los dos bebía.

Ella estiró el brazo.

—Inspectora Lottie Parker. Tú debes de ser Shane.

Sacó una silla y se sentó. El joven de diecinueve años llevaba el pelo negro azabache corto y sus ojos marrones reflejaban la terrorífica escena con la que se había topado.

—No me lo podía creer —dijo—. Estaba... Estaba ahí, tumbada así. Como si se hubiera caído o estuviera dormida o algo. Pensaba que iba a darme un ataque al corazón. Habría echado la pota, así que menos mal que no he desayunado esta mañana.

Las manos le temblaban con fuerza mientras hablaba. Cuando terminó, se forzó a bajarlas hasta su regazo bajo la mesa, fuera de la vista, y ocultó la barbilla en el cuello desbocado de la sudadera negra como si, de ese modo, pudiera disimular los temblores.

—Lamento mucho que hayas tenido que ver eso, Shane. Eres un testigo muy relevante y tal vez puedas proporcionarnos información que nos ayude a descubrir qué le ocurrió a esta joven. ¿Crees que podrías responder unas preguntas?

—Sí, claro. Lo que sea. Es impactante.

—¿Has visto a alguien más esta mañana antes de dar con el cuerpo?

—A nadie. Lo juro. Ha sido terrible.

—¿Conoces a la fallecida?

—¿Yo? ¿Conocerla? Qué va. No la he visto nunca. Lo juro por Dios. —Se detuvo y se pasó la mano por debajo de la nariz—. Pero

no me he fijado demasiado. Tenía los ojos abiertos. Estaba muerta. Ay, Dios mío... No volveré a dormir.

Bajó la cabeza sollozando sin parar. Lottie miró a Lei y a Kirby para pedirles un pañuelo y ellos se encogieron de hombros como respuesta.

—¿Qué has hecho tras saltar el muro? —preguntó con delicadeza—. ¿Después de verla ahí tumbada?

—He retrocedido enseguida y he corrido hacia la barrera. He estado a punto de vomitar, pero he conseguido evitarlo. —Alzó la cabeza y dirigió una mirada furtiva a Lottie. Le goteaba la nariz—. He llamado a emergencias de inmediato.

Ella se preguntó por qué de pronto parecía que Shane estaba a la defensiva.

—¿De verdad?

—¿A qué se refiere?

Lottie lo sabía todo sobre los adolescentes, y era lógico pensar que la primera cosa que Shane habría hecho era sacar el móvil, por traumática que fuera la escena.

—¿Has hecho fotos?

Se sonrojó.

—Eso es absurdo.

—¿Puedo ver tu móvil?

—No, ¿por qué?

Se echó para atrás y las patas de la silla chirriaron. El agente Lei le puso una mano en el brazo.

—Shane, es mejor que seas sincero ahora y no acabes metido en un buen lío más adelante. Sé que, de haber sido yo, lo primero que habría hecho es sacar una foto de la escena.

Lottie alzó una ceja hacia él y el chico sacudió la cabeza rápidamente para darle a entender que no era verdad.

—No es un delito, ¿verdad? —Shane se sacó el teléfono del bolsillo y lo deslizó hacia Lottie—. Estaba en estado de *shock* cuando la he encontrado, pero supongo que, como siempre llevo el móvil en la mano, he hecho la foto por impulso.

—¿El pin?

Se lo dio. Ella desbloqueó el dispositivo y fue directa a la galería. Había una imagen del cuerpo tomada desde una ligera distancia. Lottie sacudió la cabeza.

—¿Qué ibas a hacer con ella?

—Nada. Borrarla. No lo sé.

«Claro», pensó ella.

—¿Se la has enviado a alguien? ¿La has publicado en algún sitio?

—No. Puede revisar mis mensajes y redes sociales. Solo he tomado una foto y he salido corriendo.

—¿Has caminado alrededor del cuerpo?

—No.

—¿Te has quedado sentado para observarla?

—¿Qué?

—¿Has movido el cuerpo?

—¿Se está quedando conmigo?

—Shane, te garantizo que lo último que quiero hacer ahora es bromear. —Se inclinó más cerca del chico—. Esta es una situación muy seria. Tengo que contarle a la familia de esa joven que la han asesinado, y necesito tu ayuda para descubrir qué ocurrió.

—¿Asesinada? Dios, mierda. No. No la he tocado. ¿Por qué he tenido que encontrarla?

Le devolvió el teléfono junto a una tarjeta con los datos de contacto.

—Mándame la foto y luego bórrala. Ahora.

—Se la puedo enviar por AirDrop.

—¿Qué?

—Ya sabe... —empezó—. No importa. —Con los dedos visiblemente temblorosos, hizo lo que le pidió—. Hecho.

—Necesitamos interrogarte de manera oficial en la comisaría. Tendremos que tomarte las huellas dactilares y una muestra de ADN para compararlas. ¿De acuerdo?

—Ya le he dicho que no la he tocado.

—De todas formas, estabas en los alrededores. Como he dicho, nos resultarás de ayuda.

—Claro. Lo que sea. ¿Puedo hacerlo cuando salga del trabajo? Mi jefe llega pronto y ni siquiera he barrido el suelo todavía.

—Creo que ahora sería mejor. —Lottie se esforzaba por mantener la impaciencia a raya. El chico estaba traumatizado—. Ningún establecimiento abrirá hoy. Necesitamos realizar un análisis forense de toda la zona.

Lottie se levantó y señaló a Lei con la cabeza.

—Lo dejo en tus manos.

Fuera, echó un vistazo a la escena y también al otro lado del muro y la barrera.

Se había empezado a formar una multitud de curiosos.

Después llegarían los periodistas.

Y las preguntas necesitarían respuestas.

* * *

No debería haber salido de casa tan pronto esa mañana. Debería ir al cole, pero ¿no se había metido ya en un lío? Rex se limpió las lágrimas frías de las mejillas. ¿Por qué se había quedado? ¿Por qué no se había alejado corriendo a miles de kilómetros de aquella historia de terror? Pero seguía allí. Escondido. Observando. ¿Sabrían que había estado allí, junto al cuerpo? ¿Que se había sentado y la había observado como a una estatua hasta que el otro chico había aparecido? Había pensado que las venas azules en su piel la hacían parecer hecha de mármol.

En el aire frío, había oído al chico silbar al otro lado del muro y había salido corriendo justo a tiempo. Casi se había olvidado la mochila, pero se acordó de ella en el último momento.

Ahora la zona estaba llena de tipos vestidos de blanco de la policía científica. Buscando. ¿A él? ¿Sabían que había estado justo al lado del cuerpo? Más lágrimas le encharcaron los ojos y se las limpió con los dedos congelados.

Miró cómo la mujer alta caminaba de aquí para allá con un hombre pequeño y rechoncho al que le daba órdenes antes de marcharse. Pero no podía irse a casa y tampoco podía afrontar ir al colegio. O tal vez eso era lo que debía hacer. ¿Qué era lo mejor?

Bueno, no podía salir por la puerta principal; los agentes habían cortado el acceso. En vez de eso, tendría que escabullirse por detrás del cine y saltar la zanja que separaba el complejo comercial de la parte trasera de su urbanización.

Sin embargo, esperó y observó, sin saber por qué no podía alejarse de allí. Pero, en su corazón, estaba seguro de que la mujer fallecida tenía relación con lo que había visto la noche anterior a través de la ventana de su dormitorio. Y se asustó muchísimo.

11

Los temblores recorrían las manos de Kirby en el exterior de la cafetería. Sintió cómo le subían por la garganta y tragó. El cadáver de la fallecida le había enervado de una forma que ni siquiera habían logrado las muertes de las dos niñas de su última investigación. ¿Era porque le traía recuerdos del ataque que sufrió su novia, Amy? Era posible. Amy aún tenía terrores nocturnos e iba a rehabilitación en un intento de volver a caminar sin dolor.

Sentía la necesidad de llamarla para ver cómo le estaba yendo la mañana. Luego se despreocupó. Amy había empezado un trabajo nuevo la semana anterior en la oficina de un abogado de la ciudad. Dos mañanas a la semana. Le había traído el color de vuelta al rostro, pero no ocultaba el dolor que sufría. Podía leerlo en su mirada, como si lo tuviera inscrito en palabras.

Al menos estaba viva, a diferencia de la mujer que yacía en la tierra húmeda dentro de la carpa de la escena del crimen. «Recopilad todas las imágenes de videovigilancia de los negocios y del cine. Descubrid quién es», había ordenado la jefa. Eso era lo que haría. Se encaminó hacia la carpa.

Grainne Nixon apartó la mirada de su trabajo cuando él asomó la cabeza.

—Márchate, Kirby. Ni siquiera llevas el traje.

—Mierda. Perdona. Solo quería saber si ya tenías algo para mí.

—¿Como qué?

—¿Un nombre?

—Wonder Woman no es el mío, y ya le he dicho a la inspectora Parker que no hay ni bolso, ni móvil, ni carné de identidad por ninguna parte.

—Tampoco hay rastro del abrigo.

—Ostras, jamás me habría dado cuenta sin tu ayuda, Sherlock.

Kirby suspiró.

—No voy de listo, solo es una observación.

—Ponte el traje y...

—¿Hay posibilidad de darle la vuelta?

—No hasta que llegue la patóloga.

—Solo un poquitín.

—¿Para qué?

—Puede que tenga algo en los bolsillos de los vaqueros. El móvil, a lo mejor, o un carné de estudiante. —La víctima parecía joven, pero no era una adolescente—. Algo que nos dé una pista de su identidad.

Miró a Grainne en silencio, implorándole que le hiciera ese favor.

—Tráeme a Gerry y echaré un vistazo rápido, ¿vale?

Él salió corriendo de la carpa y agarró al agente de la científica que estaba grabando la escena alrededor de donde se encontraba el cuerpo.

Una vez lo metió de un empujón en la carpa, Kirby se encorvó frente a la abertura y miró cómo los dos agentes le daban la vuelta a la víctima con cuidado. Grainne palpó los bolsillos de los vaqueros, luego miró a Kirby. Le manaba la expectación por los poros. Con una pinzas largas de acero inoxidable sacó una tarjeta fina y la mostró.

—Tarjeta bancaria.

Gerry echó unas fotos mientras Kirby sacaba una bolsa para pruebas y Grainne la metía dentro.

—Gracias —dijo Kirby.

Le dejó la bolsa a ella y salió de la carpa. Ya tenía el nombre de la víctima, pero no sentía un ápice de euforia. La pobre mujer seguía muerta.

12

Llevó al niño al colegio y luego se dirigió a casa por la zona de los cines en Connell, donde estaba el centro comercial. Se habían montado las barreras a toda prisa y habían colocado las señales de desvío.

Habían encontrado el cuerpo.

Rápidamente repasó la lista en su cabeza para asegurarse de que no se había dejado nada suyo que condujera a los guardias a su puerta. Si no era así, puede que estuviera mejor muerto. Había destrozado su móvil con un martillo que había sacado del maletero y lo había lanzado por la ventanilla en la autovía. De camino a casa, había desgarrado el abrigo y el bolso con el cuchillo y repartido los pedazos, junto con los zapatos, en las acequias. Lo había hecho bien.

Había limpiado el coche hasta la madrugada para asegurarse de que no quedaba una gota de sangre en ninguna parte. Por supuesto, no estaba minuciosamente desinfectado, pero si en algún momento se convertía en un sospechoso, habría otras pruebas que lo condenarían, aparte de que ella hubiera estado en su coche. ¿Y no habría tenido un buen motivo para llevarla en el taxi? Pensó en las cámaras de videovigilancia. No, estaba seguro de que las había esquivado todas.

Abrió la verja robusta de tres metros de alto y aparcó con cuidado en el espacio designado. Después caminó despacio por el lateral de la casa, pegado al muro de hormigón que rodeaba los cuatro lados. Abrió la puerta de atrás con la llave y entró después de quitarse los zapatos y dejarlos fuera. No tenía sentido añadir leña a la diatriba que estaba seguro de que se avecinaba. El coche de ella seguía delante, por lo que supo que todavía no se había ido a trabajar.

—No me creo que hayas metido la pata —dijo.

—¿Qué?

—No te hagas el tonto conmigo. Lo he oído por la radio, en las noticias de las Midlands. Un cuerpo. Imbécil, más que imbécil.

Él sacó una silla de debajo de la mesa y se sentó. El aroma del café que emanaba de la cafetera le deleitó la nariz, y el olor de las tostadas recién hechas danzaba en el aire. Le rugió el estómago, pero, aun así, permaneció en silencio. Había aprendido por las malas que era mejor dejarla despotricar hasta que se cansara. Todo estaría bien en un ratito. Solo tenía que esperar.

—Te pedí específicamente que la trajeras aquí. ¿Qué ha ido mal? Y no te atrevas a decirme que te ha atacado. Ya he oído eso antes.

Su encogimiento de hombros provocó un latigazo en la nuca con un trapo de cocina.

—Menudo idiota eres. Ragmullin va a estar plagada de policías y de agentes de la científica. La quería. Formaba parte de mi plan. ¿Cómo voy a hacerme con la siguiente y a deshacerme de la otra ahora? Respóndeme, genio.

—N-no lo sé. Lo s-siento.

—Más te vale. Siempre me toca limpiar tus cagadas. De verdad que no sé por qué te sigo teniendo aquí. ¿Sabes qué? —Alzó una mano para evitar que le respondiera—. Eres un desperdicio de espacio.

La observó dando vueltas por la cocina con aspavientos, golpeando con el trapo la encimera, los armarios, la nevera y el horno. Todos los objetos inertes que no podían defenderse. Y él sabía que no era más que esos objetos para ella.

Esperar su ataque era más aterrador que el propio golpe. La anticipación temerosa una vez hizo que mojara los pantalones. Gran error. Ahora, sin embargo, tenía un mayor control de sus emociones, de sus palabras y, por supuesto, de su vejiga. Sabía lo que se avecinaba, así que podía distanciarse, colocarse en un plano elevado y ver cómo el hombre de debajo recibía una paliza. Le había llevado años de práctica, pero sentía que por fin lo había dominado.

Ella dio vueltas y vueltas hasta que se detuvo. Él respiró profundo por si le golpeaba en las costillas. Una vez le rompió una y no le permitió ir al hospital. Pero, esta vez, lo tomó por sorpresa

cuando su puño aterrizó sobre su hombro. Él gritó. Era demasiado para el plano superior.

—Sal de mi vista —silbó su voz, atravesando el aire alrededor de su cabeza.

Se resistió a frotarse el hombro. No es que fuera a hacerle mucho bien. Pasarían horas hasta que el dolor desapareciera. Estaba hambriento y le habría encantado poder tomarse un café. Pero sabía que era mejor esperar. Se escabulló por la puerta trasera, se puso los zapatos y caminó hacia su caseta al fondo del jardín tapiado, donde permanecería hasta que ella se tranquilizara. Hasta que le permitiera volver dentro.

13

En la comisaría, Lottie dejó la chaqueta en el respaldo de una silla y se sentó frente a un escritorio vacío en la oficina general. Observó la foto que había tomado Shane Santos. Mientras estudiaba a la mujer de pelo largo y ondulado, lamentó la pérdida de una vida arrebatada con tal brutalidad. Pensó en la familia que despertaría esa mañana para descubrir que la joven no había vuelto a casa, en la conmoción que les provocaría al darles la noticia y, luego, en el consiguiente escrutinio público al que se sometería la vida de la chica. Estos pensamientos le oprimieron el pecho.

Boyd se le unió y se sentó en el filo del escritorio. Le puso un café del Bean Café en la mano.

—¡Eh! Bienvenido de nuevo, Boyd. Eres mis salvador.

—Es mi segundo nombre. Me alegro de haber vuelto.

Lottie le dio un sorbo al café, agradecida por el azúcar que le había añadido, y giró el móvil hacia él.

—¿La conoces?

—¿Es el cuerpo que habéis encontrado esta mañana? No, no la conozco.

Ella se levantó y se dirigió a su oficina.

—Comprueba si ha llamado alguien denunciando una desaparición.

—Tu chaqueta. —Boyd se la dio y la siguió dentro, donde le tomó la mano y tiró de ella para acercarla a su cuerpo. Él olía bien y tenía el rostro relajado—. Necesitas tomarte las cosas con más calma, Lottie. Te estás matando.

—Y alguien ha matado a esa pobre mujer. Tengo que hacer mi trabajo.

—Entonces, baja el ritmo. No le dediques las veinticuatro horas del día como sueles hacer en cada investigación. Lo digo en serio. —Ella le sonrió y él se aferró a ello—. Eh, ¿qué te parece si cenamos

juntos esta noche? Pago yo. Necesitamos pasar algo de tiempo solos y tú tienes que relajarte.

Seguían prometidos y no hacía mucho que habían estado a punto de casarse, pero el destino había intervenido y habían empezado a alejarse, aunque no por culpa de Lottie.

—¿Y Sergio?

—Grace ha llegado. Su tía favorita.

—Su única tía. —Lottie sonrió—. ¿Cuándo empieza el colegio?

—Después de las vacaciones de febrero. Aún le quedan unas semanas.

—¿Cómo os las estáis apañando en tu pequeño apartamento?

—Es una pesadilla. Estoy buscando casa.

—Yo estaba pensando en hacer lo mismo esta mañana.

—Creía que ibas a pedir un préstamo para reformar Farranstown House.

—¿Reformar? Hay que derribarla. De todas formas, no es mía, sino de Leo, así que no me meteré en ese jardín.

—Ya hemos hablado de esto, y de verdad creo que deberíamos buscar una casa para los dos. Unir recursos. Hay una nueva casa piloto en Pine Grove, la urbanización nueva, que creo que deberíamos ir a ver y...

—¿Personas desaparecidas, Boyd?

Pulsó el teclado para encender su ordenador.

—Voy. Y también llamaré a la agente inmobiliaria.

Le guiñó el ojo mientras se marchaba, y Lottie sintió una sensación cálida que le cosquilleaba en el estómago.

Se dispuso a organizar un equipo de investigación. Con recursos limitados. Esa era su principal tarea esa mañana. Cuando Kirby entró de golpe en su despacho, deseó que tuviera buenas noticias.

—Llevaba la tarjeta de crédito encima —jadeó—. He contactado con el banco. Me han mandado un correo con una dirección y una foto. Es ella.

—Buen trabajo. ¿Tenía familia?

—Sí.

—¿Y las cámaras de vigilancia?

—Algunos negocios tenían cámaras, pero dudo que sean de ayuda. Por lo que he visto, no había nada orientado hacia donde hallamos el cuerpo.

—Cuando organicemos las visitas puerta a puerta, recopila todas las grabaciones que puedas. McKeown las examinará. Tendré a la comisaria encima, así que voy a necesitaros a todos en esto. Le diré a Boyd que me acompañe a dar la mala noticia a la familia de esta pobre chica.

Sabía que Kirby se sentía decepcionado por no ir, pero Boyd tenía más experiencia. Además, quería pasar tiempo con él.

14

—La semana que viene tendremos que cerrar el sitio, John —dijo Patrick Curran. Al no recibir una respuesta, le dio un toque a su amigo en el brazo—. ¿Me estás escuchando?

John Morgan había oído lo que le había comentado el jefe de obra, pero no quería escuchar. Cuando se aseguró el empleo en la obra, no era consciente de lo mucho que iba a mejorar su autoestima. Además, estaba el bonus de ser el capataz. Estaba orgulloso de su logro; quizá, por primera vez en su vida, se sentía alguien importante. Los trabajadores le pedían opinión y él la ofrecía con gusto. Disfrutaba dando órdenes y observando con asombro cómo la última fase de la casa tomaba forma bajo su visión de mando. Incluso sospechaba que era el primero de la lista para el puesto de jefe de obra, cuando Patrick se marchara a Canadá ese verano a pasar tiempo con su hija.

—¿A qué te refieres con cerrar la obra? —había conseguido decir al final.

—¿Me has estado escuchando, chico? —Los carrillos de Patrick se bambolearon cuando estampó el puño contra la inestable mesa de formica que servía de escritorio en la oficina prefabricada—. Crees que eres indispensable aquí, ¿verdad? Bueno, chico, deja que te diga que no importa lo bueno que seas en el trabajo, al final no cuenta para nada. Es el dinero lo que importa. El dinero.

—¿De qué hablas?

John se rascó la cabeza, un poco perdido. Siempre le habían pagado a tiempo y el salario estaba bien. Por lo que sabía, no había rumores de que fuera a ocurrir nada raro.

Patrick se quitó el casco de la cabeza y se pasó una mano por el fino pelo.

—La otra noche en el Cafferty escuché que el jefazo tiene problemas de capital. No le dan más préstamos, y tiene que

devolver los que ya tiene. En resumidas cuentas, no podemos pagar ni el cemento, ni los ladrillos, ni los sueldos. Y por eso, la obra cerrará al final de la semana que viene.

John se apoyó en la pared.

—Pero si solo fue una charla de taberna, ¿cómo es posible que estés tan seguro?

—He llamado al jefe esta mañana y me lo ha confirmado. Solo estoy transmitiendo la mala noticia. Se lo contaré al resto de la plantilla más tarde. Y a ti te lo estoy diciendo ahora.

John negó con la cabeza frenéticamente mientras una oleada de temor y rabia se agolpaba bajo su caja torácica.

—No puedes ir en serio. La mayoría de las casas en esta fase cuentan con contratos de reserva. Debemos terminarlas. Y ya hay gente viviendo en las de la fase 1... No podemos simplemente echar el cierre y darle la espalda a una urbanización medio terminada.

Sintió como sus emociones se transformaban en una bola de pánico que le subió hasta el pecho a la velocidad de un tiro de golf.

—Tenemos que hacerlo. Puede que solo sea temporal, hasta que los peces gordos nos den más fondos. No te preocupes. Hay bastante trabajo por aquí.

John tragó de forma audible, intentando deshacer la bola de pánico. No le gustaba la idea de rogar a otros constructores que le dieran un trabajo. Quería quedarse aquí. Creía que GC Construcciones era una empresa seria. Definitivamente, no había oído los rumores sobre los problemas financieros. Casi no consiguió pronunciar las palabras:

—¿Vas en serio?

Patrick asintió despacio.

—Muy en serio. Lo lamento, chico. Este sitio cierra el viernes que viene. En una semana, y no sé cuándo reabrirá.

Se levantó, le dio una palmada a John en el hombro y salió al aire frío. Con la corriente que entró al abrir la puerta, la estufa de gas crepitó y se apagó. John sintió que un carámbano se filtraba por su pecho y le congelaba el corazón.

Golpeó la frágil pared con el puño y no se sorprendió cuando se tambaleó y los mapas que había pegados en ella se agitaron. Tenía

que hablar con Gordon Collins. No podía permitir que su trabajo desapareciera. De ningún modo. Debía permanecer en la obra. Necesitaba estar ocupado. No podía volver a la misma situación que el año pasado. Se había dejado la piel en este empleo; no dejaría que muriera. Gordon Collins lo arreglaría. Siempre lo hacía.

15

—Cuántas veces te lo tengo que decir, ¡que te sientes!

George Kenny se retorció ante el sonido de su propia voz. No le gustaba gritarle a Davy, pero su hermana no había vuelto a casa y estaba preocupado. Era buena con su sobrino de dos años. Hoy, Davy estaba cubierto de pequeñas ampollas y no podía ir a la guardería. Había confiado en que su pareja, Niamh, se fuera de viaje a Lanzarote durante las vacaciones de invierno con sus amigas y lo dejara a él con su hijo. Y se había perdido la sesión matutina en el gimnasio. Como para recordárselo, flexionó los músculos y echó los hombros hacia atrás.

—Shannon se quedará una hora contigo más tarde. —Eso si aparecía por casa—. ¿Te parece bien?

Davy se encogió de hombros. Metió de golpe la cuchara en los cereales y lo repitió. La leche salpicó por toda la mesa. El pequeño se giró y su codo golpeó el bol, que terminó en el suelo boca abajo.

George contó en silencio y dijo:

—Ve a ver la tele.

Davy no necesitó que se lo dijera dos veces.

Una vez solo con el desastre, George se hundió en la silla y comenzó a quitarse bolitas de pelusa de los pantalones negros de chándal con una mano mientras desplazaba la pantalla del móvil con la otra. ¿Por qué su vida era un puto desastre? Literalmente, un desastre.

En Facebook había una foto granulosa hecha a distancia de un grupo de agentes alrededor del cine. Echó un vistazo a los comentarios. La mayoría había puesto el emoticono del corazón roto. Uno de ellos le llamó la atención. Una mujer había sido encontrada muerta. Miró el reloj de la cocina, que siempre iba quince minutos adelantado.

Se pegó el móvil al pecho, corrió arriba y entró en la habitación de Shannon. Definitivamente, había pasado la noche fuera. El teléfono parecía una mancuerna en su mano, como si lo que acababa de leer le pesara. Se sentó en su cama y la llamó de nuevo. Ni un sonido. ¿Se había quedado sin batería? ¿Había perdido el móvil? Le mandó un mensaje y esperó a que aparecieran los tics azules que le indicarían que lo había leído. Nada.

Bajó las escaleras corriendo y caminó arriba y abajo por la entrada de la casa. En el proceso, golpeó un perchero y lo tiró al suelo. No tenía la energía para recoger los abrigos, así que los apartó con el pie hacia una esquina y se dirigió a la cocina desastrosa. *Baby Shark* sonaba a todo volumen desde el salón. Davy podía ver lo que quisiera por ahora. De manera automática, George empezó a limpiar los cereales sin dejar de mirar el reloj, preguntándose si debería denunciar la desaparición de su hermana.

Tal vez debería escribir a su amiga Jess por si había dormido en su sofá. Un escalofrío inquietante se apoderó del vello de su nuca. No importaba lo mucho que Shannon se emborrachara, siempre lo avisaba cuando no dormía en casa. «Por lo general, aunque no siempre», se recordó a sí mismo. Sin embargo, tenía una sensación desagradable de que algo iba realmente mal.

Se aferró al teléfono, incapaz de deshacerse de la creciente corazonada.

—¿Dónde estás, Shannon?

Entonces sonó el timbre.

* * *

No sabía nada de Laura. Su madre había dormido a trompicones toda la noche, lo que no había hecho más que empeorar su enfado. Sin embargo, ahora lo había sustituido una sensación de inquietud.

Vistió a Aaron y le dio de desayunar. A medida que avanzaba el reloj, su preocupación iba en aumento. Siempre que Laura pasaba la noche fuera, la llamaba o le escribía. Siempre. Y siempre volvía a casa. Tampoco es que saliera demasiado.

Sonó el timbre y sintió una oleada de alivio. Laura estaba en casa. Se había dejado la llave. Gracias al cielo. «La voy a matar».

Abrió la puerta lista para regañar a su hija. Entonces se detuvo.

—Buenos días, ¿Diana Nolan?

La mujer alta en el escalón de la entrada iba cubierta con una chaqueta oscura.

—Soy yo. Perdone. Creía que era mi hija. ¿En qué puedo ayudarla?

La ansiedad de Diana se disparó cuando los dos desconocidos se miraron entre ellos. La mujer le habló.

—¿Le importa si pasamos? Soy la inspectora Lottie Parker y él es el detective Boyd.

Diana sintió que la sangre abandonaba su cuerpo. Se agarró a la puerta para mantenerse de pie.

—Es sobre Laura, ¿verdad? Le ha ocurrido algo. Siempre me llama o escribe. Es una buena chica. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

Guio a los dos detectives hacia la cocina porque Aaron estaba en el salón. Por sus rostros sombríos sabía que no le traían buenas noticias. Entumecida hasta la médula, se hundió en una silla y dejó que le contaran lo que fuera que habían venido a decirle.

16

La casa le resultaba claustrofóbica. Había demasiado de todo en la cocina. El olor a tostada quemada persistía en el aire y los platos del desayuno se secaban en fila en el escurridor.

Lottie sacó una silla y se sentó. Boyd permaneció de pie junto a la puerta con el abrigo abierto y las manos en los bolsillos del pantalón. Diana se sentó frente a la inspectora sin ofrecerle un té o un café.

—¿Le parece bien si la llamo Diana?

La mujer asintió con el rostro sombrío y los ojos anegados en lágrimas.

—Lamento mucho tener que darle esta mala noticia, Diana. Se ha encontrado el cuerpo de una joven esta mañana. No hay una manera sencilla de decir esto, pero tenemos motivos para pensar que se trata de su hija, Laura.

Diana tragó y negó con la cabeza despacio.

—No, no es ella. No puede ser. En serio, no es Laura.

—Lamento decirle que creemos que es su hija. Usted o alguien cercano a la familia deberá identificar el cadáver, pero hemos recibido una foto de su carné de identidad de su banco. Lo lamento muchísimo, aunque en estos casos no hay nada que le pueda decir. Solo quiero darle mis condolencias y decirle que haremos todo lo que esté en nuestras manos para encontrar a quien lo hizo.

—¿Hacer qué? ¿Qué le ha ocurrido?

Parecía que Diana no había escuchado las noticias de la mañana.

—Se ha encontrado su cuerpo en los alrededores del cine en el centro comercial de Connell. Me temo que ha sufrido una agresión mortal.

—Eso no puede ser cierto. ¿Qué hacía por allí? Eso debe de estar a casi dos kilómetros de la ciudad.

—Está más o menos a un kilómetro y medio de distancia. ¿Salió anoche?

—Fue a la ciudad. Me dijo que con una amiga. Yo estaba aquí con su hijo. Apenas he dormido esperando a que volviera a casa. Creía que tal vez había conocido a alguien...

—¿Su hijo? —Boyd se sacó las manos de los bolsillos. Cogió una silla y se sentó junto a la mujer llorosa.

—Mi nieto. Aaron. Tiene casi cuatro años.

Lottie exhaló. No solo una madre había perdido a su hija, también un pequeño había perdido a su joven madre. Maldita sea.

—Ha dicho que Laura salió anoche. ¿Sabe con quién había quedado?

—Solo me dijo que con una amiga. Creo. Dios, no lo sé. Era reservada con esas cosas.

—¿A dónde fue?

—A uno de los pubs, supongo. No es que saliera muy a menudo. No desde que Aaron... Ahora que lo pienso, sí que dijo algo de salir a cenar.

—Necesitaré los nombres y algunos detalles sobre sus amigas. Una de ellas podría ayudarnos a rellenar los huecos en blanco.

—No... No creo que tenga muchas amigas. Las cosas han sido complicadas desde que tuvo a Aaron.

—Entonces, ¿con quién había quedado?

—No tengo ni idea. Nunca le preguntaba demasiado. Creo que ya la ponía bastante de los nervios de normal.

—¿Laura trabajaba fuera de casa? —preguntó Boyd.

—Sí. En el Lidl. En la caja y como reponedora. Dejó la universidad cuando se quedó embarazada. Le arruinó la vida, ya lo creo. —Debió de cruzarse con la mirada de Lottie, porque añadió—: No lo decía de ese modo. Aaron es dulce y lo quiero con locura. Laura también. Solo es que me habría gustado que volviera a la universidad para conseguir un trabajo decente.

Lottie había pensado lo mismo sobre Katie.

—¿Tenía un portátil?

Le encantaría ver el calendario de Laura. Tal vez les indicaría si había tenido una cita. Su actividad en internet también ayudaría.

—No. Guardaba su vida en el móvil, como todos los jóvenes. —Diana alzó la barbilla—. Tienen su teléfono, ¿verdad?

—Por desgracia, no lo hemos encontrado. Necesitaré su número para intentar localizarlo. ¿Llevaba bolso?

—Sí, uno pequeño. Solo le cabía el móvil, unos cuantos cosméticos y la tarjeta de crédito. No es que tuviera mucho que gastar... Han dicho que han obtenido sus datos del banco. ¿Cómo lo han conseguido?

—Llevaba la tarjeta en el bolsillo de los tejanos. No había bolso ni móvil.

—No entiendo nada de esto. ¿Están seguros de que es Laura?

—Eso me temo. ¿Cuándo fue la última vez que habló con su hija?

—Estaba en su dormitorio acabando de maquillarse. Tuvimos unas palabras por el estado en el que había dejado el baño. —Diana bajó la cabeza como si acabara de darse cuenta de lo insignificante que eso era ahora—. Nuestra relación era tensa por decir algo. ¿Pero no ocurre siempre lo mismo con las madres cuando están decepcionadas con las decisiones de sus hijas?

—¿Qué decisiones la decepcionaron? ¿La de quedarse con el niño?

—No, esa fue mi decisión —dijo Diana con tono triste—. Jamás le habría permitido que lo hubiera dado en adopción. Quería a su niño. Era una madre magnífica. Nuestra relación es lo que no iba bien. Fui demasiado dura con ella y... ahora se ha ido. —Se dobló sobre sí misma y sollozó con fuerza. Lottie veía que la mujer estaba completamente rota—. La quiero en casa. La quiero de vuelta. Siento muchísimo todo lo que le dije, y ahora es demasiado tarde para decírselo.

—¿Y el padre de Aaron?

—No sé quién es. Laura nunca me lo dijo, aunque indagué mucho sobre él. Nunca apareció. Yo misma soy viuda. Ocurrió no mucho después de que Laura naciera. Y ahora, ella... —Los sollozos bloqueaban sus palabras.

—¿Diana? —dijo Lottie—. ¿Puedo echar un vistazo a su dormitorio, por favor? No moveré nada a no ser que sea necesario

para la investigación y, si necesito algo, le preguntaré primero.

—Claro. —Diana hizo un gesto con la mano hacia la puerta—. Está arriba. ¿Puede contarme cómo murió? ¿Sufrió?

—Necesitamos hacer una autopsia para responder a esas preguntas.

Mientras Lottie se ponía de pie, un niño rubio entró corriendo en la cocina.

—¿Abu, dónde está mami? ¿Está trabajando?

Entonces, se percató de la presencia de los dos desconocidos y se subió al regazo de Diana.

—Iré a mirar arriba —anunció Lottie, y le hizo un gesto con la cabeza a Boyd para que se quedara en la cocina.

17

—¿A dónde narices crees que vas a estas horas del día? —gritó George antes de que Shannon pusiera un pie en el umbral.

Ella pasó por debajo de su brazo estirado.

—No encontraba mi llave.

No tenía ni idea de dónde la había dejado. Ahora tendría que hacerse una copia. Más gastos. Y estaba mareada.

—Has vuelto a faltar al trabajo. Me han llamado para preguntarme dónde estabas. He estado a punto de llamar a la policía. Madre mía, Shannon, no puedes seguir así. Tienes que frenar.

—¿Qué? ¿Y volverme tremendamente aburrida como tú? Que te den, George. Necesito una ducha.

—Necesitas crecer. Me prometiste que me ayudarías a cuidar de Davy esta semana. Intento trabajar desde casa para estar con él.

—Es tu hijo, no el mío. Yo no me he ido dos semanas de vacaciones como Niamh, así que cállate.

—¿De dónde puñetas estás sacando el dinero para pasar tantas noches fuera?

—Tengo un novio rico.

—Cuéntame otra.

—Créetelo o no, me da igual.

La agarró por el brazo cuando ella puso un pie en las escaleras.

—No puedo volver a pasar por esto.

—¿Esto? —chilló por encima de su hombro.

—Tú y la bebida y... creo que estás consumiendo otra vez. ¿Es así?

—Ya quisiera yo.

Al mirarlo a los ojos tristes, supo que su preocupación era sincera, y enseguida se sintió una cabrona. Él solo tenía tres años más que ella, pero envejecía día a día. Vio un mechón gris en su

pelo oscuro. Y estaba olvidando cómo vestir. La camiseta descolorida y el pantalón de chándal ancho no le favorecían nada.

—George, no me estoy drogando. He tomado unas copas. Me he quedado con una amiga. He perdido mi llave. Y ahora estoy en casa. Una vez me haya duchado, cuidaré de Davy, ¿vale?

—Vale.

—Pon agua a calentar. Mataría por una taza de café.

Mientras entraba en la cocina, ella soltó un suspiro de alivio. Su hermano era bueno con ella. Demasiado. Pero ella no podía pararse a pensar en ello. Necesitaba ducharse, tomar un café y echarse una siesta. Entonces, estaría lista para volver a la carga.

18

Lottie sintió una punzada de desesperación al entrar en la habitación de Laura. Había dejado a Boyd abajo, reconfortando a Diana y el pequeño. Sabía cómo tratar a la gente, sobre todo a aquellas personas que habían sufrido un trauma. Era mucho más hábil que ella a la hora de mostrar compasión. Ella era de esas personas que tendían a mantener todos sus sentimientos bajo llave. Bajo siete llaves.

La habitación apenas estaba amueblada y había prendas de ropas tiradas por todas partes. Una mesita hacía las veces de tocador con un montón de brochas, tubos y botes de maquillaje. Nada caro. Nada que señalara que Laura tuviera un novio que le hacía regalos.

Aparte del uniforme del Lidl, hecho una bola en el suelo junto con otras prendas, encontró ropa interior y camisetas en un cajón, y pantalones vaqueros y sudaderas colgados de un armario ropero de Ikea al que le había quitado la puerta. O tal vez se había caído.

Con las manos enguantadas, hurgó entre la ropa de la joven, que era principalmente de Penneys, como la de sus hijas. No encontró ningún pedazo de papel con anotaciones o nada que le diera pistas sobre lo que le había ocurrido a Laura. Nada bajo el colchón y las almohadas ni debajo de la cama. Tampoco había un ordenador portátil ni otros aparatos electrónicos.

Antes de bajar las escaleras, echó un vistazo a las otras habitaciones. La del niño estaba bien pintada y había cajas de juguetes ordenadas a los pies de la cama. Lottie cerró la puerta con el corazón atenazado por la tristeza. Pobre niño. El cuarto de baño era pequeño y estaba limpio, aunque veía una mancha de bronceador en la puerta de la ducha y alrededor del desagüe. Diana ya no tendría que discutir con su hija por dejar todo hecho un

desastre. Esa banalidad hizo que sintiera más pena todavía por la diezmada familia.

De vuelta en la cocina, posó una mano en el hombro de Diana y presionó ligeramente.

—La llamaremos para... —Le costaba hablar delante del niño acerca de identificar el cuerpo de su madre—. Cuando la necesitemos, la llamaremos. ¿De acuerdo?

—Vale.

—Aquí tiene mi tarjeta. Por si le viene algo a la mente que nos sea de ayuda. No importa lo insignificante que le parezca, díganoslo. —Boyd se unió a Lottie en la puerta mientras ella seguía diciendo—: Y no hable con ningún periodista. Por favor. Le designaremos un oficial de enlace con la familia para que la mantenga informada de todos los avances antes de comunicar nada a la prensa.

—Abran la puerta ustedes. No creo que pueda levantarme. Aunque no necesitamos a nadie. Estamos bien así.

—Aun así, creo que le sería de ayuda tener a alguien aquí unos días.

La mujer inclinó la cabeza con un pañuelo pegado a la nariz.

Los agentes salieron solos como les había pedido.

* * *

Tras la marcha de los dos agentes, Diana permaneció sentada con Aaron en su rodilla, acariciándole el pelo durante lo que le parecieron horas, aunque era posible que solo fueran unos minutos. No era propio del niño que estuviera tan callado. Era como si supiera que había sucedido algo terrible, algo de lo que no podían hablar. No preguntó por Laura y se durmió donde estaba.

Diana sentía que le habían arrancado el corazón. Un vacío se acrecentó en su pecho y amenazó con arrastrarla a la oscuridad. Le resultaba difícil hacerse a la idea de que su hija ya no entraría por la puerta como un torbellino, dejando sus compras de ropa barata por el camino.

¿Y Aaron? ¿Qué iba a pasar con él? Diana sabía que podía cuidar de él, pero solo tenía cuatro años y ella también tenía una

vida. «No, basta —se advirtió—. No seas egoísta». Se preguntó por qué no sentía una profunda tristeza, solo un vacío. Entonces, se dio cuenta de que estaba entumecida a causa de la conmoción. No existía ningún manual que indicara cómo debía sentirse uno o reaccionar. Ahí estaba ella, paralizada en el tiempo y el espacio, con un niño durmiendo en sus brazos.

Un escalofrío la sacó del entumecimiento. Trató de visualizar cómo serían los días y las semanas que se avecinaban. No tenía amigos, así que nadie llamaría a la puerta con fiambreras llenas de comida. Pero había otra cosa que le preocupaba: que la prensa invadiera su privacidad. Y cuando los periódicos agotaran el interés de Laura como víctima, ¿no empezarían a indagar en su propia vida? Si eso ocurría, podrían encontrar información nada agradable sobre la que escribir. Cosas antiguas. Algo feo. No podían hacerle eso a Aaron. Ni a ella.

Sin embargo, antes de que los periódicos se hicieran eco de cualquier escándalo, estaba segura de que la policía lo descubriría. Pero si algo sabía con certeza, es que no sería ella quien se lo iba a contar.

19

—¿Con quién hablabas? —le preguntó Lottie a Boyd mientras subían las escaleras hacia la comisaría.

—Con una agente inmobiliaria. Sé que tenemos esta investigación de asesinato entre manos, Lottie, pero ¿podríamos escaparnos, al menos, media hora esta tarde para ir a ver la casa piloto en Pine Grove?

—¿Lo dices en serio?

Lottie presionó su identificación contra el panel y subió las escaleras hacia la oficina.

—Solo un vistazo rápido. Charlie dice que es el único hueco libre que tiene. A las tres y media. Hoy.

—¿Y qué hay de malo en hacerlo mañana? ¿O la semana que viene? ¿O cuando demos con el asesino de Laura Nolan? ¿Y quién narices es Charlie? Mierda, Boyd, es tu primer día de vuelta al trabajo.

—Hazme el favor, por una vez. —Abrió la puerta y la dejó pasar —. Charlie es la agente inmobiliaria. Solo serán diez minutos.

—Creía que habías dicho media hora.

—No seas quisquillosa. Por favor, Lottie.

—Ya veremos.

—Tengo que avisarles.

—Ve tú. Puede que yo no pueda escaparme.

—Quiero que vayamos los dos a verla.

—Boyd. —Se volvió hacia él—. Déjalo por ahora. —Luego se dirigió al resto de personal en la oficina y preguntó—: ¿Cuáles son las últimas novedades?

—La comisaria realizará un comunicado de prensa a las tres y quiere toda la información disponible antes de eso. A poder ser, un sospechoso. Eso ha dicho —dijo Kirby.

—No pide nada —respondió Lottie—. Acabamos de darle la noticia a la madre de la víctima. Está totalmente destrozada. Necesitaré un agente de enlace con la familia. Garda Brennan, esa serás tú.

—Ah, jefa, no puedo.

Lottie levantó una ceja.

Martina Brennan se había aislado después de su último gran caso, en el que cometió un error que les podría haber salido más caro de lo que ya lo hizo. Y después estaba todo el lío de su romance destinado al fracaso con el detective Sam McKeown, que estaba casado.

—Metí la pata la última vez, jefa —añadió.

—Ponte las pilas —le contestó Kirby—. Es la única forma de superarlo.

Le lanzó una mirada burlona de reojo.

—Hazlo tú, entonces.

—Yo no tengo experiencia en ese ámbito. Tú sí.

—La detective Lynch también.

—Está de vacaciones —comentó Lottie, con la esperanza de dispersar cualquier tipo de discusión—. Y el agente Lei todavía no ha completado el entrenamiento.

El aludido alzó la cabeza.

—No me importaría...

Lottie se quitó la chaqueta.

—Es tarea de Martina. Fin de la historia.

—Claro —respondió ella con una mueca de indignación.

—¿Qué más habéis encontrado mientras Boyd y yo estábamos con la madre de Laura?

Kirby se levantó.

—Trabajaba en el Lidl. He hablado con su jefe por teléfono. Laura caía bien. Era buena trabajadora. Puntual y amable. Me acercaré más tarde para ver si puedo averiguar algo más.

—Necesitamos identificar a la persona con la que salió anoche. Su madre, Diana, cree que había quedado con una amiga, tal vez para cenar, pero entonces añadió que Laura no tenía amigas. Me ha dado el número de teléfono de Laura. ¿Dónde está McKeown?

—Vuelve a llegar tarde —dijo Kirby.

La puerta se abrió detrás de él. McKeown entró y se sentó en su escritorio.

—De ti hablábamos. —Lottie le dejó un folio delante—. Este es el número de teléfono de Laura Nolan. A ver si puedes descubrir cuándo y dónde se utilizó por última vez. Y cualquier otra cosa que nos sea de ayuda. Necesitamos rastrear sus movimientos de anoche.

—Oído.

—Kirby, ve a hablar con sus compañeros de trabajo y con su jefe. Después ve al banco y pide que te den el registro de la tarjeta. Si no lo hacen, prepara una orden.

—Por supuesto, jefa.

—Alguien tiene que saber dónde estuvo. Alguien sabe cómo llegó hasta el sitio donde encontramos su cuerpo. ¿Esta cita misteriosa, si es que hubo una, fue quien la arrastró hasta allí y la mató? ¿O la atacaron mientras volvía a casa? Necesitamos todas las imágenes de videovigilancia que puedas conseguir, McKeown.

—Ayudaría saber dónde se la vio por última vez.

—Estoy de acuerdo. Por eso tenéis que trabajar rápido. ¿Cómo llegó a la zona comercial y al cine? ¿Fue a pie? ¿Con quién iba? Quiero saberlo.

—Es un paseo largo desde su casa, o incluso desde la ciudad —dijo Boyd.

—Estoy pensando opciones. ¿Alguna idea brillante?

—No, lo siento. Podrían haberla matado en cualquier lado y simplemente haberla dejado allí.

—Fue un ataque brutal —rebatió Kirby—. Por la forma en la que la apuñalaron, podría haber sido personal. ¿Alguien a quien conociera?

—Fuera algo personal o aleatorio, todavía no tenemos ninguna pista. —Lottie se giró hacia McKeown de nuevo—. Analiza todas las imágenes disponibles de videovigilancia de anoche alrededor de la zona para averiguar qué pasó antes de que se hallara el cuerpo, y localiza cualquier otra cámara que sea relevante. Si das con algo o alguien sospechoso, tira del hilo. Nos ayudará a seguirle la pista.

—Haré todo lo que pueda —dijo McKeown.

—¿Habéis interrogado ya a Shane Santos?

—Sí —respondió Kirby—, y he revisado su coartada. Está limpio.

—Gracias. Le pediré a la superintendente que ponga un anuncio para pedir a quienes asistieron a la última sesión del cine que se acerquen a comisaría. Mientras tanto, interroga a cualquiera que estuviera trabajando allí y a quien cerró la barrera.

—Eso es mucho pedir —comentó McKeown, que se pasó una mano por la cabeza rapada—. Ni siquiera tenemos la hora de la muerte.

—Contactaré con Jane para ver cuándo tiene programada la autopsia. —Se volvió hacia Kirby—. ¿Ya ha llegado a la escena?

Aunque Lottie no se llevaba bien con muchas personas, admiraba a Jane Dore, la patóloga estatal.

—Todavía no había llegado cuando yo me he marchado, pero la han llamado.

—Me pondré al día con ella. No creo que nos haga daño descubrir quién es el padre del hijo de Laura. Diana ha dicho que no tiene ni idea, y no he considerado que fuera apropiado presionarla. Garda Brennan, tal vez puedas descubrir si me ha dicho la verdad. Eres más diplomática y sutil que yo.

—Claro.

Pero Martina no sonaba nada segura.

20

La caseta era su refugio dentro de la fortaleza en la que se había convertido su hogar. Su forma de escapar de la realidad. Con sus plantas como única compañía.

Le encantaba plantar semillas y verlas brotar y crecer. Las patatas eran sus favoritas. Tenía dos estantes repletos de semillas de patatas. Una vez se asegurara de que no habría más heladas, por lo general en marzo, las sacaría y las plantaría en el jardín trasero. Si ella se lo permitía.

La maceta se le estaba clavando en su huesudo trasero. Vio la silla plegable en la esquina. Estaba cubierta de telarañas, así que no se sentaría ahí. Había fumigado la caseta para deshacerse de esas desgraciadas, pero parecían materializarse como fantasmas para burlarse de él.

—Eso voy a hacer —dijo en voz alta—. No volveréis a huir de mí.

Registró un armario de madera en busca del insecticida. Le dolía tener que confinar su labor a la caseta. Le habría encantado tener su propio invernadero. Ella le había dicho que no era lo bastante bueno para tener uno. Otra forma de humillarlo, como hacía con cualquiera que le cayera mal y que entrara en contacto con ella. Él tampoco era inocente, pero le reconfortaba pensar que nada de esto era culpa suya.

* * *

Se tumbó en la cama dura y estrecha. Ya no tenía noción del tiempo que llevaba allí. ¿Semanas? ¿Meses? No tenía ni idea, pero ya le parecía un año. La habían incluido en su rutina, lo que significaba esperar a que la llamaran para trabajar.

Aguzó el oído y escuchó. La casa estaba en silencio. Eso era bueno, ¿verdad? Pero había escuchado la discusión de esa mañana,

y lo había oído a él cerrar de un portazo la caseta, donde iba a lamerse las heridas. Patético.

No había forma de escapar, de abrir la puerta principal y salir corriendo. La casa estaba rodeada de altos muros de piedra y árboles. Había asumido que se encontraba en el campo, en algún lugar al que solo se acercaban los propietarios del terreno. La caseta de él era de madera, con una larga ventana que hacía esquina. Él la vería si intentaba salir por la puerta trasera. Tampoco es que lo hubiera intentado. Todas las ventanas de la casa estaban cerradas a cal y canto, y parecían de triple vidrio. Por no hablar de la puerta de entrada, que tenía varias cerraduras y unos cerrojos de acero enormes.

Lo que no entendía era por qué la querían, por qué la retenían. Vale, les hacía algunas tareas domésticas, pero lo utilizaban como técnica de humillación, al igual que cubrirle la boca con cinta americana. ¿Cuál era su motivo oculto? Porque, en el fondo de su alma, sabía que no la habían llevado allí solo para lavar los platos.

Si no hubiera sido tan curiosa, si hubiera dejado el pasado atrás, esto nunca habría ocurrido.

En el tiempo que llevaba secuestrada, había aprendido que no era inteligente hacer preguntas, pues iban seguidas de una paliza. Le negarían la poca comida que ya le daban. Su cuerpo demacrado lo atestiguaba. Así que permaneció en silencio. Le habían arrebatado las ganas de luchar, y esa derrota la abatía más que todos los castigos que había soportado.

21

—Y como te he dicho por teléfono, Mark, la fase 2 de Pine Grove acabará a finales de verano —explicó Charlie Lennon, que dirigió su atención hacia Boyd.

La agente inmobiliaria tendría unos cuarenta años, pero no aparentaba más de treinta. Alta, con su reluciente pelo teñido de rubio recogido en una despreocupada cola de caballo —que Lottie sospechaba que era cualquier cosa menos despreocupada—, llevaba un traje verde hecho a medida y era muy guapa. A la detective no le gustaba.

—¿La casa piloto está en venta? —preguntó Boyd con demasiado entusiasmo.

Lottie quería darle un puñetazo para que se callara. En su lugar, hundió la barbilla en el cuello de la chaqueta mientras deseaba no haber venido. Era una locura dejar una investigación tan frenética para esto. A Boyd le brillaban los ojos y ella luchó contra el impulso de llevárselo a rastras. «No te emociones tanto —pensó—, no podemos permitirnos esta casa».

—Lo siento. —Charlie hizo una mueca triste—. Ya la hemos vendido. Los nuevos propietarios siguen en Londres, pero se mudarán aquí en los próximos seis meses. Es perfecto tener acceso a ella, ya que nos ayuda a vender casas sobre plano para la siguiente fase.

Lottie no había querido ver la casa piloto. Y salir mientras la comisaria Farrell daba una rueda de prensa no había sido la mejor idea que Boyd había tenido. Era muy consciente de que haber ido a ver la casa no le iba a hacer ninguna gracia.

—Tres dormitorios arriba y otro abajo que puede servir de despacho. Los dos podríais trabajar desde casa. La banda ancha es excelente en esta zona. Os lo enseño...

Charlie iba delante, contoneando las caderas, y su voz flotaba tras ella.

Lottie encogió un hombro hacia Boyd, cuya cara era la viva imagen de la emoción.

—Es perfecta —dijo él.

—Para ti y Sergio tal vez, pero ¿qué pasa con mis hijos? Tendríamos que construir una extensión. ¿Y lo de trabajar desde casa? ¿De dónde ha sacado esa idea?

—Puede que le soltara una mentira piadosa cuando reservé la visita. No tiene sentido asustarla diciendo que dos detectives están interesados en comprar una casa en esta urbanización.

—¿Pero qué urbanización? Apenas han comenzado con la segunda fase.

Lottie sintió ganas de acabar con la discusión. La casa era demasiado pequeña, y punto.

Lo siguió a la cocina de mala gana, donde Charlie había extendido unos dibujos sobre la encimera de cuarzo. Todo era de un blanco y gris resplandeciente. Los muebles eran de color gris claro y las paredes blancas. «Buena suerte con eso», pensó, visualizando a Louis correteando con las manos manchadas de chocolate o, Dios no lo quisiera, con un rotulador. Unas puertas dobles correderas de cristal daban a un patio minúsculo rodeado de un jardín del tamaño de una caja de cerillas con un césped impecable. Era tan perfecto que podría ser artificial. Esta casa no estaba hecha para ellos.

Se le encogió el corazón cuando vio a Boyd inclinado sobre los dibujos mientras señalaba y hacía preguntas, cada vez más emocionado con lo que Charlie le contaba. ¿Era una batalla perdida?

Su diálogo interior destacaba los aspectos negativos. Era demasiado cara, pequeña, nueva y blanca. Se había acostumbrado a vivir en la destartalada Farranstown House.

—Hay mucho blanco y gris —murmuró.

—No te preocupes por eso —se entusiasmó Charlie—. Puedes elegir los colores que quieras. Y no es gris, es cachemira.

—Creía que la cachemira era un jersey de lana.

Charlie sonrió y sus dientes perfectos brillaron bajo los focos empotrados. Lottie se preguntó si había ido a Turquía a por ellos.

Los dientes, no los focos. Con la comisión que habría sacado solo con esta casa, podría pedir dentista a domicilio.

—Puedo enseñaros el piso de arriba, ¿o preferís echar un vistazo por vuestra cuenta?

Charlie guiñó un ojo y Lottie ahogó un gemido.

—Podemos arreglárnoslas —dijo con amargura, y giró sobre sus talones hacia las escaleras.

Boyd se acercó a ella.

—¿Por qué estás de mal humor? ¿Qué es lo que no te gusta de la casa?

Sin contestar, entró en lo que supuso que era el dormitorio principal. Los muebles parecían de alta gama, tal vez de diseño. Le dieron ganas de deshacer la cama, que estaba perfectamente hecha, como las de los hoteles. O de tumbarse en ella para dormir unos minutos.

—¿Te imaginas tener que quitar todos esos cojines de la cama cada noche? Tendrías que apilarlos en el suelo y volver a colocarlos por la mañana. ¿Quién tiene tiempo para eso? Apenas me da para meterme en la ducha, y menos para hacer la puta cama.

—Es una casa piloto, Lottie. Hacen estas cosas para que quede chic.

—¿Chic? ¿Es una palabra nueva?

—Vamos. Mantén la mente abierta.

—Oh, la tengo muy abierta. Solo veo espacio para tu parte de la familia. ¿Dónde hay sitio para Sean y Chloe? Por no hablar de Katie y Louis. Y también necesitaré espacio para que mi madre se quede de vez en cuando.

—Suena como si quisieras una casa para la tribu de los Brady.

Boyd abrió una puerta, que ella había creído que era un armario, para revelar un enorme cuarto de baño cromado y de un blanco cegador.

—Guau —dijo ella, asombrada de verdad—. Es increíble. —Y lo era. Los azulejos del suelo al techo eran blancos con lechada gris—. La ducha parece sacada del Centro Espacial Kennedy.

—¿Has estado allí? —preguntó con una sonrisa en los labios.

—Ya sabes lo que quiero decir, listillo.

Se apartó de su lado y encontró otro dormitorio. Era luminoso y amplio, y estaba decorado para un niño. Se imaginó a Louis aquí, jugando en la mullida alfombra sin miedo a que se le clavaran astillas en las rodillas con los viejos tablones. Pero tres dormitorios, cuatro si contaba el despacho, no eran suficientes. Sergio necesitaba su propia habitación, más sus tres hijos y su nieto. Y una para ella y Boyd.

—Vámonos —añadió, cuando él hubo terminado de abrir las puertas sin dejar de salivar ante las bonitas habitaciones.

—Quiero oír qué más tiene que contarnos Charlie.

Boyd bajó las escaleras a toda velocidad.

Ella se quedó en el último escalón apretando los dientes.

22

Armada con un folleto colorido y una lista de precios, Lottie por fin consiguió alejar a Boyd a rastras de la encantadora Charlie.

En el camino de entrada, dijo:

—Es demasiado pequeña. Demasiado cara. No es para nosotros.

Estaba mirando de nuevo la casa.

—Oh, hay un garaje. Me lo he saltado al llegar. Podríamos convertirlo en una habitación extra.

Lottie no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—El tiempo sigue pasando y la comisaria Farrell va a estar hecha un basilisco si no volvemos ya.

—Eh, Charlie —llamó a la agente inmobiliaria mientras esta cerraba la puerta principal—. ¿Podemos ver el garaje?

—Lo he olvidado por completo. Podemos entrar por el cuarto de la lavadora. No tengo la llave de fuera.

Los guio dentro de nuevo. Lottie los siguió como una niña reticente y enfadada.

—Dadme un minuto hasta que encuentre la que es. —Charlie sacó un manojo de llaves.

—Boyd, vámonos. Estamos demasiado ocupados para esto y no nos sirve.

—¡Ajá! La tengo. —Sacudió la llave y abrió la puerta blanca—. Cabe un coche familiar y podéis guardar todo lo que no quepa en vuestro cobertizo.

—¿Nuestro cobertizo? —le susurró Lottie a la oreja a Boyd.

Charlie encendió la luz y se tambaleó hacia atrás mientras se cubría la boca con las manos.

—¡Dios mío!

Lottie pasó junto a ella para ver qué le había hecho gritar.

—No toques nada. Vuelve a la cocina, Charlie. Ya.

—No lo entiendo —chilló la agente inmobiliaria—. ¿Qué es eso?

—¡Vete! —le ordenó Lottie a la mujer anonadada. Charlie se retiró con la mano aún en la boca—. ¿Qué narices, Boyd? —Lottie se pegó a su hombro en el pequeño espacio.

—No lleva mucho aquí. No huele a nada.

—Pero está muerto, ¿verdad? —dijo Charlie desde la cocina—. Será mejor que llame a la policía.

—¿Se lo dices tú o yo? —preguntó Lottie.

—Voy a por los guantes y algunas cosas del coche —añadió él —, y daré el aviso.

Mientras Boyd se marchaba, Lottie vigiló el interior de la sala y observó la escena. El garaje estaba vacío a excepción del cuerpo masculino, que yacía contra la pared en una esquina a la izquierda. Estaba segura de que era un hombre a pesar de que la cabeza estaba agachada hacia el pecho. Iba vestido con un mono de obrero y unas botas de seguridad negras. Tenía el pelo rubio y corto. Luchó contra la necesidad de correr hacia el cadáver y levantarle la cabeza, aunque su rigidez escultural le indicaba que estaba muerto, al igual que el charco de sangre que se había formado bajo él.

Acababan de encontrar un cuerpo en la casa de los sueños de Boyd.

Mientras esperaba a que el equipo llegara, volvió a la brillante cocina. Charlie estaba sentada en un taburete frente a la isla.

—¿Sabes quién es? —preguntó Lottie.

Charlie tragó.

—No estoy segura. Podría ser un trabajador de la obra, ¿no?

—Dímelo tú.

—No le he visto la cara, solo la ropa. Tal vez deberían hablar con los constructores.

Masticaba un chicle que Boyd le había dado para tranquilizarse.

—Hablaremos con ellos. ¿Has revisado la casa antes de que llegáramos?

—Sí, pero no he entrado en el garaje. Ni siquiera he pensado en él hasta que Mark lo ha mencionado.

—¿Has recibido muchas visitas recientemente?

—Sois la primera pareja en semanas.

—¿De verdad? Creía que había una escasez de casas ahora mismo.

—Escasez de casas económicas. Las de aquí son de gama alta. Esperaba vender unas cuantas en la fase 2, pero está todo un poco muerto ahora mismo. Suele ocurrir en invierno, sobre todo durante las vacaciones de Navidad. —Abrió más los ojos y su boca formó una o perfectamente cubierta de pintalabios rojo—. Pobre hombre. Y su familia. ¿Crees que pudo sufrir un ataque al corazón mientras trabajaba aquí?

—Creía que la casa estaba terminada.

—Por supuesto. Qué tonta.

—No parece que hayan forzado la entrada. ¿Quién más tiene llaves aparte de ti?

—El jefe de obra. El capataz también, supongo. Y el constructor, por supuesto, Gordon Collins, de GC Construcciones.

—¿Cómo se llama el jefe de obra?

—Patrick Curran. Es un buen hombre.

Lottie tomó nota.

—¿Has desactivado la alarma antes de que llegáramos?

—No, no se activará hasta que los nuevos propietarios se muden. No hay necesidad. La diseñadora de interiores nos da los muebles y otros elementos decorativos, y luego lo mueve todo a la siguiente casa piloto.

—¿La diseñadora también tiene una llave?

Charlie negó con la cabeza.

—Nunca viene una vez ha completado su labor. Cuando necesita la llave para vaciar la casa, se la pide a Patrick o a mí.

—¿Conoces bien al jefe de obra?

—Un poco. Colaboro con él de vez en cuando. Es mi contacto aquí.

—Vale. ¿Cuándo fue la última vez que le viste o hablaste con él?

—Hoy. Le he llamado para decirle que tenía una visita. Esos sois vosotros dos. —Miró a Boyd, que había vuelto a entrar en la casa—. No me dijiste que erais detectives cuando hablamos.

Él se sonrojó ligeramente, pero se recuperó enseguida.

—Lo lamento, pero creí que era mejor no mencionarlo.

—Deberías agradecer que estuviéramos contigo cuando has abierto la puerta —dijo Lottie.

—De no haber sido por vosotros —Charlie miró a Boyd—, puede que nunca la hubiera abierto. Ahora tendré pesadillas durante el resto de mi vida.

23

Jane Dore, la patóloga estatal, llegó poco después del equipo forense. Cuando terminó el examen preliminar del cadáver, Lottie la acompañó al vestíbulo, fuera del alcance del oído de Charlie.

—Qué bien que hayas llegado tan rápido.

—Estaba terminando con la víctima de esta mañana —dijo Jane —. Todavía estaba en Ragmullin.

—¿Puedes decirme algo del hombre de ahí atrás?

—Varón, de unos veinte años. Una sola herida en la parte posterior de la cabeza. Trauma por objeto contundente.

—¿Por qué hay tanta sangre?

—Se rompió el cráneo. No murió de inmediato, aunque estaba inmovilizado. De hecho, diría que tuvo una muerte lenta y dolorosa. Sabré más cuando le haga la autopsia. Y no me preguntes cuánto tiempo lleva muerto, porque no lo sé. El calor aquí ha jugado su parte. ¿Cómo puede vivir la gente en casas tan cálidas? Me estoy asando.

—Podrías decirle eso a Boyd. Está pensando en comprar una. Por eso estábamos aquí.

—Bueno, por suerte para ti, de haber pasado dos horas más inadvertido, el cuerpo habría empezado a apestar y a llenarse de moscas zumbando como una orquesta.

—¿Qué opinas de la muerte de Laura Nolan? La joven que hemos encontrado en la zona del cine esta mañana.

—Apuñalada tres veces. También hay signos de estrangulamiento. Y antes de que preguntes, no veo nada que la conecte con este hombre.

—¿Hora de la muerte de Laura?

—Es difícil de decir. Estaba a la intemperie. Sabré más cuando la examine en la morgue.

—Gracias, Jane.

La patóloga se despojó de su traje de protección en la puerta principal, donde se había levantado una carpa. Lottie la vio desaparecer en la tarde oscura.

De vuelta en la cocina, Charlie parecía haberse recuperado un poco de la conmoción y volvió a centrarse en el trabajo.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que lo saquéis? Me refiero al cuerpo.

—Lo que sea necesario. Tendremos que interrogarte de manera oficial, tomarte las huellas y una muestra de ADN. Ese tipo de cosas. ¿Cuándo puedes acercarte a la comisaría?

—Ahora, si quieres. No tengo más visitas programadas hoy. Y será mejor antes de que la verdadera conmoción se asiente.

«Aquí tenemos a una mujer con los pies en la tierra», pensó Lottie.

—Llamaré antes para que haya alguien esperándote y no te hagan perder el tiempo.

—Te lo agradezco.

Una vez que Charlie recogió sus pertenencias y se fue, Lottie regresó al garaje. Boyd estaba en plena conversación con Grainne, la jefa del equipo forense.

—¿Habéis encontrado algo que nos sea de ayuda?

Los ojos verdes de Grainne y los marrones de Boyd la miraron por encima de las mascarillas.

Boyd levantó una bolsa de pruebas.

—El teléfono. Necesitaremos el pin, pero Gary, el informático, debería poder desbloquearlo.

—Primero necesitamos saber quién es la víctima —comentó Lottie—. Vamos a buscar al jefe de obra.

Esperó a Boyd fuera, al aire libre.

—Te has tomado tu tiempo —dijo—. ¿Has tenido una buena conversación con Grainne?

—Sí, maravillosa. Es una fuente de información.

—¿Sabe quién es el desconocido y cuánto tiempo lleva muerto?

—No, pero sabe mucho sobre comprar una casa nueva. Me ha dicho...

—Maldita sea, Boyd, no me importa lo que te haya contado sobre comprar una casa. Hay un hombre asesinado ahí dentro.

—De acuerdo. Vale. No hace falta que montes un pollo.

Ella estaba a punto de responderle cuando un tipo nervioso trató de abrirse paso a través del cordón policial. El agente Lei se enzarzó en una batalla perdida para intentar contenerlo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lottie.

Lei se arregló la gorra y el hombre se desinfló derrotado.

—Dice que es el jefe de obra y que tiene derecho a saber lo que está pasando.

—¿Patrick Curran? —preguntó Lottie.

Olió lo que ella creía que era cemento en su chaquetón, que estaba lleno de polvo debajo de un chaleco amarillo fluorescente. Llevaba un casco en la cabeza sobre un gorro. Se quitó los dos y se los metió bajo el brazo.

—Ese soy yo. ¿Qué ha pasado? He oído que ha muerto alguien. ¿Es verdad? ¿Quién es? ¿Lo saben?

Hablaba de forma atropellada mientras se revolvía el pelo con los dedos y el polvo ondeaba a su alrededor como luciérnagas. Las arrugas de preocupación se dibujaban alrededor de sus ojos hundidos en ese rostro gris. Por un momento, sintió lástima por él.

—Patrick, me gustaría hablar con usted.

Le agarró del codo con suavidad y le condujo a un coche de la Garda que estaba esperando.

—¿Quién es? ¿Puede decírmelo al menos?

Caminó con él. Cuando lo tuvo sentado en el coche, se apoyó en la puerta abierta.

—¿Falta algún obrero?

—Oh, mierda, no es uno de mis chicos, ¿verdad?

—Todavía no lo sabemos.

—Dios mío, pero esto es muy fuerte, en serio. ¿Sabe que van a despedir a muchos de mis hombres? Hemos recibido instrucciones de detener el trabajo de la fase 2 a partir de finales de la semana que viene. De momento, la obra quedará cerrada. El jefe nos ha dicho que se alargará hasta que decida qué es mejor para él. No puede permitirse perder más dinero. Eso nos ha explicado.

—¿Y el jefe es Gordon Collins?

—Así es. Un pez gordo, según él.

—¿Podría mostrarle una foto del fallecido? No es muy agradable.

Se pasó por la boca una mano sucia con las uñas llenas de tierra.

—Enséñamela.

Ella deslizó el dedo por la imagen que había tomado a toda prisa con el teléfono. Grainne sostenía entre las manos la cabeza del hombre, que parecía dormido. Ojalá. Giró la pantalla hacia Patrick Curran.

—Ah, no. No me diga que es él. Joder.

—¿Lo conoce?

—Sí. Que Dios lo tenga en su gloria, pobre desgraciado.

Se santiguó y Lottie notó que se le anegaban los ojos en lágrimas.

—¿Quién es, Patrick?

—John Morgan. Un muchacho joven. Llevaba con nosotros menos de un año. Era un gran albañil. Acababa de ascender a capataz. ¿Se cayó o algo?

«O algo», pensó Lottie.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hemos tenido mucho jaleo. Creo que lo he visto esta mañana. He pasado bastante tiempo fuera de la obra. He tenido una reunión con el jefe. Hostias, esto va a dañar aún más las ventas potenciales.

La inspectora observó que había sustituido muy rápido la preocupación por su colega por pensamientos sobre el trabajo. Echó los hombros hacia atrás e hizo ademán de levantarse. Ella se apartó para dejarle salir del coche.

—Necesitaré los datos de contacto de John. Parientes cercanos. Ese tipo de cosas.

—En la oficina. Todo está allí.

Señaló la caseta situada en el medio de la obra sin terminar, detrás de una valla metálica.

—El agente Lei lo acompañará. Tendrá que venir a comisaría para hacer una declaración completa.

—Haré lo que sea para ayudar. Pobre infeliz.

Lottie vio como Lei se iba con Patrick. El jefe de obra, con los hombros encorvados, parecía haber envejecido una década en los pocos minutos que ella había estado hablando con él.

Volvió en busca de Boyd.

—Nuestro muerto tiene nombre. John Morgan. Era el capataz de la obra.

—Bueno, eso era evidente.

—¿Que era el capataz?

—Que trabajaba aquí. Por la ropa y todo.

—¿Alguna vez pensaste en ser detective, Boyd?

—No hace falta que seas sarcástica. Solo quería decir...

—Olvídalo. Pídele a tu club de fans que me envíe el informe forense lo antes posible. Tenemos que movernos rápido antes de que el rastro se enfríe.

—¿Te refieres a Grainne? Lottie, ¿por qué recurres a los clichés?

—¿Boyd?

—¿Qué?

—Lo digo de la mejor manera posible, pero ¿podrías irte a la mierda?

24

Jane Dore estaba sentada en el frío y estéril entorno de su sala de autopsias en la morgue. El cadáver de Laura Nolan yacía sobre una mesa de acero. Había llegado mientras ella estaba en Pine Grove, y se había puesto a trabajar nada más regresar.

Volvió a rodear el cuerpo desnudo de Laura. Había inspeccionado su ropa antes de embolsarla y etiquetarla. Había tomado muestras para enviarlas al laboratorio, pero ni siquiera con el microscopio había encontrado rastro alguno de semen en las prendas. Quizá, cuando abriera el cadáver, este le contaría una historia diferente. Sin embargo, el hecho de que la joven estuviera completamente vestida indicaba que no había habido agresión sexual.

Examinó el cuerpo de pies a cabeza. Además de las tres puñaladas, tenía hematomas en el cuello. Al estudiar la decoloración, Jane estaba segura de que primero la habían estrangulado parcialmente y luego la habían acuchillado. Vio que la joven se había aplicado bronceador falso y que sus uñas eran de gel. Tomó muestras de cada una para examinarlas con el microscopio antes de llevarlas al laboratorio forense. Bajo la del índice derecho encontró lo que parecía un pequeño montoncito de arcilla. También tenía un rastro en el cuello. ¿Procedería del suelo donde la habían encontrado? Una vez analizado, lo tendría más claro.

Raspó y frotó. Luego inspeccionó las puñaladas y comprobó que las habían ejecutado sin vacilación. El asesino las había asestado una vez en cada punto, de forma limpia. Dentro y fuera. ¿La herida del cuello habría sido para ocultar el estrangulamiento? Tal vez. Y era probable que la herida del brazo se produjera cuando Laura trató de defenderse tras el intento de ahogarla. Se encontraba en la parte trasera del brazo derecho, lo que indicaba que había tratado de defenderse, concluyó Jane. La herida del pecho era la última. Habría

esperado algún tipo de vacilación por parte del asesino, pero el cuchillo había entrado limpiamente a través de la ropa. Se fijó en los bordes de la herida, que coincidían con lo que Laura llevaba puesto.

Se giró para mirar las fotos del lugar donde habían encontrado a la joven. Poca sangre.

—¿Dónde te atacó, cariño? —murmuró.

Estaba segura de que Laura ya había muerto o agonizaba cuando la dejaron en los alrededores del cine del parque comercial de Connell.

* * *

Lottie apenas había tenido tiempo para recobrar el aliento de camino a la morgue de Tullamore. Ahora observaba mientras Jane le detallaba la autopsia de Laura Nolan, agradecida porque la patóloga hubiera puesto a la chica al principio de su lista.

—Intentó estrangularla —explicó la mujer—. Puede que tratara de defenderse y la apuñaló en el antebrazo. Es posible que la cuchillada del cuello fuera para disimular las pruebas del intento de estrangulamiento. Debió de haber mucha sangre, y debió de haber salpicado al asesino. La última puñalada fue la del pecho. Un golpe hacia arriba a través de la ropa. Era, o más pequeño que ella de pie, o ambos estaban sentados.

—¿Podrían haber ido en un coche?

—Es posible. ¿Qué te hace pensarlo?

—Que si iba en el asiento del copiloto tendría sentido que la mayoría de las heridas estuvieran en el lado derecho de su cuerpo.

—Podría ser, pero «podría» es la clave. Tienes que encontrar pruebas.

—Entonces —musitó Lottie—, estoy buscando un coche con una inmensa cantidad de sangre dentro. Aunque es posible que ya lo hayan limpiado a conciencia.

—O un lugar cercano a donde la habéis encontrado en el que haya, como has dicho, una inmensa cantidad de sangre.

—¿Algo más?

—He encontrado suciedad, como si fuera barro, bajo una de las uñas y un rastro en el cuello. Lo he mandado al laboratorio. La científica también ha tomado muestras del suelo alrededor del cuerpo. Y han hecho moldes de las huellas que también han encontrado allí.

—Este barro —dijo Lottie—, ¿cuándo tendremos los resultados del análisis?

—En cuanto lo tengan, los recibiré y luego te los daré a ti. Estas cosas necesitan su tiempo.

—Lo sé, lo sé. ¿Has encontrado algo de ADN?

—De momento, he recogido muestras del cuello y de todas las uñas. Llevaba extensiones de gel, así que, si le arañó, habrá ADN. ¿Será suficiente? Esperemos que sí.

—¿Algo más que sea relevante?

—¿Ves las estrías? Estuvo embarazada.

—Tenía un niño pequeño. Tiene casi cuatro años.

Jane rodeó la mesa.

—Qué triste. Odio ver vidas tan jóvenes destrozadas de este modo. —Miró el cuerpo sobre la mesa de acero inoxidable—. Laura tenía toda la vida por delante. Un hijo al que querer y criar. Todo eso se ha esfumado en una noche. ¿Por qué? ¿Y por quién? Tienes que encontrar a esa persona, Lottie.

La detective asintió.

—¿Has podido echarle un vistazo al cuerpo de John Morgan?

—Todavía no ha llegado. Le realicé un examen rápido en la escena del crimen. Tenemos que analizar su ropa y todo eso, pero, aparentemente, la única herida que vi fue el golpe en la parte de atrás de la cabeza. Cráneo roto. Se necesita una fuerza considerable para eso. Mi observación inicial es que no se defendió, así que es posible que le tomaran por sorpresa y lo golpearan desde atrás.

—¿Lo mataron donde lo encontramos?

—Es muy probable.

—¿Crees que son dos asesinos distintos?

—No te lo puedo asegurar hasta que no examine el cuerpo aquí. Pero si hay dos asesinos, es posible que necesites pedir refuerzos. No te avergüences de tener que pedir ayuda extra.

Lottie se quedó boquiabierta.

—¿A qué te refieres?

—Buscar a un asesino ya es bastante difícil con los recursos que tienes como para querer echarle el guante a dos...

—Lo entiendo. Veré como avanzan las cosas. Mándame el informe lo antes posible para que sepa a qué nos enfrentamos. Y, Jane, gracias por hacer esto tan rápido. Es de gran ayuda.

25

Lo había visto en un programa nocturno; solo Dios sabía el nombre. Algo sobre amor y salir de tu zona de confort. Pero mientras Kirby esparcía pétalos de rosa por encima de la cama, se sintió como un imbécil. Por la mañana tendría que recogerlos de nuevo. Aun así, observó el efecto: el edredón nuevo parecía fresco y suave, incluso aunque fuera barato.

Quería que Amy se sintiera especial porque había pasado por una época muy complicada. Como poco, la haría reír.

Cuando la oyó llegar a casa, ya estaba sudando al encender la última vela. Cerró el dormitorio despacio y bajó a saludarla.

—¿Qué tal el día?

La besó en la coronilla.

—Bien. Sin más. Mataría por una copa de vino.

—Oh, no hagas eso o tendré que arrestarte.

Ella se rio.

—Eso está muy visto.

La tomó de la mano para llevarla a la cocina, donde había estado cocinando curri antes de subir a decorar la habitación.

—Huele... —Se detuvo—. ¿Larry, se está quemando?

—Maldita sea. —Sacó la sartén de la placa. La salsa de curri, que debería tener un color amarillo cremoso, era de un marrón quemado. Los trozos de pollo se habían encogido hasta convertirse en puntos negros como los botones de un abrigo, y el arroz se había convertido en una masa pastosa.

Apagó el electrodoméstico y se rascó la cabeza.

—Quería hacer algo especial para ti. Ha resultado ser un megafracaso.

—Lo que cuenta es la intención. Podemos pedir comida. La mesa está genial, por cierto.

Sintió que una sensación cálida le teñía las mejillas. Había colocado los platos y la cubertería nuevos, que había comprado a mitad de precio en las rebajas de enero de Guineys, y también había esparcido unos pétalos de rosa por encima. A pesar de todo, se sentía como un grandísimo idiota.

Ella sacó una silla y se sentó con una mueca de dolor. Él se acomodó frente a ella.

—¿Quieres que te quite la rodillera?

—Antes necesito mis pastillas. ¿Me harías el favor?

—Tus deseos son órdenes. —Llenó un vaso de agua y sacó las pastillas del armario. Cuando se las tragó, se dio cuenta de que tenía ojeras—. ¿El nuevo trabajo te exige demasiado?

—Es agotador, pero lo necesito para mantenerme cuerda. Me estaba volviendo loca mirando las mismas paredes día tras día. Y, Larry, te agradezco mucho todo esto. —Extendió la mano sobre la mesa—. ¿Qué vamos a pedir?

—Me encantaría un McDonald's.

Ella se rio.

—Pues eso pediremos. Llama y, mientras esperamos, puedes quitarme esta maldita cosa de la pierna.

—Con mucho gusto.

Kirby sonrió. Tal vez esa noche no sería un completo desastre.

26

Estuvo en su caseta, entrando y saliendo durante casi todo el día, después de haber restregado el interior del coche y a sí mismo por tercera vez. Pensó en el hombre asesinado en la obra. Esperaba que se diera a conocer su nombre. Hasta ahora, no se había filtrado nada. Tenía miedo, y eso le enfurecía.

Tenía que dejar todo eso a un lado y dirigir su rabia hacia otra parte. Primero, sin embargo, tenía que pensar en cuál había sido el fallo con la joven que habían encontrado en los cines. Tras darle muchas vueltas, y plantar diez macetas con sobres de semillas, llegó a la conclusión de que ella tenía razón. Tenía que vigilarlas durante más tiempo antes de llevárselas. Tenía que escucharla y seguir sus indicaciones. A ella no le gustaría que volviera a cometer un error tan grave.

De una cosa estaba seguro, tenía que ser consciente de que la próxima víctima podría oponer resistencia como había hecho Laura. La aplicación de noticias daba algunos datos sobre ella. Laura Nolan. Veinticinco años. Así que le había mentido sobre su edad. Cabrona. ¡Y tenía un hijo! Eso no entraba en la ecuación. Menos mal que la había matado. Si la hubiera traído a casa, lo habría pagado caro cuando *ella* se hubiese enterado de lo del niño. Así las cosas, le había gritado durante diez minutos hasta quedarse sin aliento.

—Todas son prostitutas —le había dicho—. No le importan a nadie. Desaparecen enseguida de la primera plana y, si los medios de comunicación no insisten, la policía no se esfuerza. Se olvidan de ellas. Como el otro desperdicio de espacio que tenemos aquí. Nadie la echa de menos. ¡Pero Laura tenía un hijo! ¿Eres imbécil o qué?

No le recordó que ella había tomado parte en la elección de Laura. ¿Por qué no sabía lo del niño? No era todo culpa suya, ¿verdad? Se guardó ese pensamiento para sí.

Subió a su coche y condujo hasta la ciudad. Olía la lejía. A pesar de ello, dudaba que hubiera eliminado hasta la última mancha de sangre. Ahora tenía que ser todavía más cuidadoso. Aparcó, salió, cerró el coche y se dirigió al Fallon, adonde iban todas las jóvenes.

Era hora de acechar a la siguiente presa.

* * *

Shannon Kenny sostenía una botella de Coors *light* en la mano mientras su amiga Jess engullía una pinta de Orchard Thieves. A las nueve y media el Fallon estaba lleno, siendo viernes por la noche y eso, pero habían encontrado un rincón desde el que veían todo el *pub.*

—¿Y lo dejaste allí? —dijo Jess mientras apoyaba el vaso—. ¿Anoche plantaste a tu cita?

—Era un ligón. Venga a mirar a la camarera de la barra y a ignorarme. Ya me he hartado de esa mierda.

—Estabas celosa.

—No me importaba una mierda, la verdad.

—¿Al menos te pagó?

—Ni siquiera me llevó a cenar. Era un tacaño.

—Eso no está bien, Shannon. ¿Leíste la letra pequeña? ¿No está en los términos y condiciones que te lleven a cenar?

—Para ya, Jess. No tiene gracia. Sinceramente, estaba un poco asustada.

—Quizá deberías borrar tu nombre de la página. Intenta tener citas a la antigua.

—Quiero uno con dinero.

Jess levantó su pinta y la apuntó hacia la barra.

—Hay unos cuantos bastante atractivos allí.

—¿Te tirarías a alguno? Son viejos.

—Son los que tienen el dinero.

—Y no lo olvides, son los que tienen mujer y cuatro hijos en casa.

Jess inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Divorciado, tal vez?

—El divorcio significa equipaje. Maletas llenas.

—¿Qué hay del hombre al final de la barra? Solo. Ojos bonitos. Le he pillado mirándonos hace un minuto.

—Apenas le ves la cara, por no hablar de los ojos.

—Deja de quejarte, Shannon. Vamos a divertirnos. —Jess bebió más sidra—. ¿Dónde dormiste anoche si no fuiste a casa?

—En casa de Karen. No le importó. No puedo decir lo mismo de George cuando he llegado a casa esta mañana sin llave.

—A tu hermano se le va la olla a veces. ¿Qué te ha dicho?

—Más bien, qué no ha dicho.

Jess se lamió los labios.

—No mires, pero tu hombre al final de la barra es bastante mono. Me gustan los que tienen barba.

—¿Quieres parar? Apuesto a que es uno de esos que viaja con paquetes.

—¡No me importaría ver su paquete! —Jess se rio.

Shannon tuvo que sonreír. Estar con su amiga era como un bálsamo, sin embargo, sintió una punzada de celos. Jess tenía una belleza natural, mientras que ella tenía que aplicarse base de maquillaje y bronceador, y su pelo era una maldita pesadilla. Aun así, debía admitir que salía bien en la página web de la agencia. Le había costado una pequeña fortuna contratar a una maquilladora que hiciera maravillas, pero valdría la pena, ¿no? Tal vez su salvador estaba ahí fuera, mirando su cara en una pantalla, con los millones quemándole en el bolsillo. Ese pensamiento la hizo sentirse mejor antes de que su humor cayera en picado.

—Jess, ¿has oído lo del asesinato de esa chica?

De repente, se sintió vulnerable y se tiró de la falda hacia las rodillas.

—Ay, Dios, sí. Ha sido horrible. Tenía veinticinco años, como nosotras. ¿La conocías?

—Algo así. Hacía tiempo que no hablaba con ella.

—Y tenía un hijo.

—Qué fuerte.

Shannon se preguntó si debía recordarle a Jess dónde había conocido a Laura Nolan. Un hilo de inquietud le atravesó las

vértebras y se estremeció.

—No mires —dijo Jess—, pero no nos quita ojo.

—¿Quién?

Se alegró de que la conversación hubiera tomado otro rumbo.

—Tu hombre de la barra.

—Menudo cliché.

—¿Menudo qué?

Jess no era la más avispada del lugar, pero Shannon la quería. Era una de las pocas amigas que la habían apoyado el año pasado, cuando tuvo que aguantar toda esa mierda. Dio un sorbo a su Coors *light* y contuvo las ganas de tomar algo más fuerte. No, eso ya había destrozado a su familia. No podía recaer.

—¿A cuál de las dos está mirando? —forzó un tono alegre.

—No lo sé. Está bastante bien, en mi opinión.

—No te he preguntado, y deja de mirar. Le estás animando.

—Me tienes a raya, Shannon, y...

—Raya. ¿Qué? ¿Dónde?

—Qué mala eres. —Jess miró fijamente su vaso de cerveza casi vacío—. ¿Otra?

—¿Por qué no? Cuando salimos, salimos.

* * *

Pensaba que la joven detrás de la barra era mona, pero parecía tener las cosas claras. De cualquier modo, no entraba en la categoría de prostituta, y tampoco estaba en la lista. Las dos que estaban sentadas en la esquina eran otra historia. Una era completamente rubia y preciosa. La otra tenía el pelo más oscuro e iba maquillada como un niño en Halloween. El objetivo. Sacó el móvil y entró en la página web para asegurarse de que era ella.

Ahí estaba, parecía una estrella de cine de primera. Shannie. ¿Qué clase de nombre era ese? Entró en su perfil. Veinticinco. ¿O su edad era tan falsa como su nombre? No importaba. Estaba en la lista, así que eso era suficiente. Se alegró de haber decidido echar un vistazo en el Fallon primero. Le ahorró ir de bar en bar buscándola.

Llamó a la joven camarera y pidió otra Heineken sin alcohol para permanecer alerta. Después de todo, la noche podría merecer la pena. Entonces recordó que ella le había dicho que la vigilara más tiempo. ¿Cuánto más? No se lo había especificado.

* * *

—El tipo de la barra os manda esto —anunció Chloe mientras colocaba las bebidas en la mesa delante de las dos mujeres.

—Otro cliché —dijo Shannon.

Jess le dio a Chloe los vasos vacíos.

—Dile que muchísimas gracias.

—Se preguntaba si podía acompañaros. —Chloe parecía dubitativa.

—Claro. —Jess se encogió de hombros.

—De ninguna manera —contradijo Shannon.

—Personalmente, yo me negaría —añadió Chloe, pero siguió esperando.

—Será divertido. —Jess le dio un codazo a su amiga—. Venga.

Shannon se inclinó hacia delante.

—Dile que gracias por las bebidas, Chloe, pero que es noche de chicas.

Chloe les guiñó un ojo y volvió al bar.

—Aguafiestas —dijo Jess.

—No olvides que anoche asesinaron a una chica de nuestra edad en la ciudad. Podría haber sido ese tipo de la barra.

Jess fingió sorprenderse.

—¿Alguna vez has pensado en escribir una novela negra? Tienes una gran imaginación.

—Cállate. No me gusta salir con extraños.

—¿Pero puedes salir con un extraño de la agencia?

—A ellos los investigan. A este no. Podría ser... el destripador de Yorkshire, no lo sabemos.

—¿No está en la cárcel o muerto o algo así?

—Sabes muy bien a qué me refiero. —Shannon metió el teléfono en el bolso—. Vamos a otro sitio. No me gusta que nos

invite a copas cuando ni siquiera le conocemos.

—Me gusta que los hombres me inviten a copas, sobre todo cuando estoy casi sin blanca. Quédate.

Shannon se mordió el interior del labio mientras consideraba qué hacer. ¿Se estaba comportando como una idiota al rechazar una bebida gratis? Por alguna razón que desconocía, el hombre de la barra estaba haciendo que su cerebro emitiera señales de alarma. «Vete», se dijo a sí misma.

—No, vamos, Jess. Yo también estoy sin blanca, pero he metido la tarjeta de mi hermano en el bolso. Te invitaré a un chupito en el Danny. ¿Trato hecho?

—Sabes que George volverá a perder los papeles. A la mierda. Trato hecho. —A Jess le brillaron los ojos más de lo normal.

Al salir del *pub*, Shannon se dio cuenta de que su amiga saludaba con la mano al barbudo que estaba sentado en la barra.

No podía esperar a estar lo bastante lejos de aquel lugar.

27

Kirby se había comido dos Happy Meals y un McFlurry mientras que Amy había preferido una hamburguesa con patatas. Habían permanecido en silencio durante casi toda la cena. Él no se veía capaz de cargarla con la angustia de su trabajo. Pero la joven asesinada vagó por su mente toda la noche, y solo escuchó la mitad de lo que Amy le estaba diciendo, sin que le importara de qué trataba la nueva serie de Netflix.

—¿Qué? Lo siento, Amy, estaba en las nubes.

—A eso me refiero.

—Lo siento mucho. La nueva investigación no es el tema de conversación más agradable para acompañar una sesión de McDonalds y Netflix. —Se dio cuenta de que seguían sentados en la mesa de la cocina, desde donde veían la televisión a través de las puertas dobles del salón.

—Decía que quizá deberíamos irnos de vacaciones. —Debió de ver la expresión de su cara, porque añadió—: No me refiero a la semana que viene.

—Dios, no sé cuándo fue la última vez que me fui de vacaciones de verdad. Me refiero a ir en avión a otro país. Suena increíble. Hagámoslo.

Dio palmas como una niña.

—Genial. ¿A dónde vamos?

—Adonde sea, siempre que estemos juntos.

—¿Sabes qué? Eres un romántico empedernido.

Y entonces él recordó.

—Joder, mierda.

Corrió escaleras arriba y dejó a Amy peleándose con su pierna mala detrás de él.

—¿Qué pasa, Larry?

Abrió la puerta del dormitorio y fue recibido por una columna de humo negro. Encendió la luz, corrió las cortinas y abrió la ventana.

—Dios mío —dijo Amy—. ¿Qué has hecho?

Con los ojos llorosos por el humo, empezó a soplar las velas. Dos, en tarros, se habían quemado hasta el fondo y eran la causa del humo negro. Cuando las hubo apagado todas, miró las paredes desesperado.

—Esto es una pesadilla —dijo—. Habrá que redecorar toda la habitación. Lo siento mucho. —Se hundió en el edredón, ahora ennegrecido, mientras el humo se disipaba por la ventana—. Se suponía que era una sorpresa romántica para ti.

—Eres tan dulce, Larry Kirby. —Se inclinó hacia él y apoyó la cabeza en su hombro—. Podemos dormir en la habitación de invitados.

—Adelántate. Quiero asegurarme de que no queda nada que se pueda quemar. Limpiaré la cocina.

—Olvídate de la cocina. Mañana será otro día.

—Mañana tengo que encontrar al asesino de una joven. No, limpiaré la cocina y volveré a la cama. No te duermas antes de que llegue.

—No es mi intención.

Cuando la habitación estuvo medio decente y la cocina bastante despejada, apagó todas las luces y se dirigió a la habitación de invitados. Antes incluso de empujar la puerta, oyó sus suaves ronquidos, que subían y bajaban.

Y a pesar de todo, le resultaba el sonido más dulce del mundo, porque significaba que ya no vivía solo.

28

El sitio favorito de Lottie en su casa era el exterior. Se quedó delante de la valla y observó el lago a través de la silenciosa oscuridad. Las estrellas brillaban en el cielo y habría sido un escenario muy romántico si no fuera por la bola de rabia que se había alojado en su pecho. Tras unos minutos, la causa de su irritación apareció junto a su codo.

—Lottie, tenemos que hablar de la casa —dijo Boyd.

—Oh, ¿te refieres a la casa donde hemos encontrado el cadáver de un hombre?

—Solo era la casa piloto.

Ella se volvió hacia él y se echó hacia atrás, con los brazos apoyados en la estacada húmeda.

—No podemos permitirnos nada en esa urbanización, y las casas no son lo bastante grandes.

—Podríamos construir una bastante grande.

Se separó de la valla y apretó los puños con frustración.

—No me creo que estés hablando de reformar un garaje en una casa nueva.

—He hablado con el jefe de obra, después de que hiciera su declaración, y me ha contado que íbamos a comprar sobre el plano, así que solo es cuestión de convertir el garaje en una habitación. Es muy simple. Y no nos saldrá por mucho más dinero si lo hacemos antes de que empiecen a construir.

—Pero van a cerrar la obra.

Sacudió la cabeza e hizo ademán de pasar a su lado, pero él la agarró por el codo.

—Al menos háblalo conmigo.

Estaba tan cerca que pudo oler la desesperación en su aliento.

—Incluso aunque convirtiéramos el garaje en una habitación, no habría espacio suficiente, Mark.

—Podría haberlo.

—¿A qué te refieres?

—Tus hijas son adultas. Chloe trabaja. Katie trabaja cuando puede. Deberían tener su propia casa. Juntas, con Louis.

Le dio la espalda y miró las estrellas. Todo lo que vio fue una niebla roja de rabia que cubría el cielo y las estrellas resplandecientes. En ese momento, lo quería y lo odiaba a la vez. «¿Puede haber mayor contradicción?». Estaba harta de discutir consigo misma, así que le gritó:

—¡Cómo te atreves! ¿Cómo coño te atreves, Mark Boyd? —Se giró de nuevo e invadió su espacio personal—. ¿Quieres separar a mi familia para jugar a las familias felices conmigo?

—Por el amor de Dios. No pretendía que sonara así.

—¿Qué querías decir entonces? ¿Eh? Dime exactamente qué querías decir.

—Tienes que aceptar que ya no son niñas. Son adultas, y no pueden chupar del bote..., quiero decir, depender de ti para siempre.

—Creía que te conocía. De verdad pensaba que te conocía a fondo, Mark. ¿Cómo he podido estar tan equivocada?

La niebla roja se volvió oscura, y ella se sintió impotente ante su inmensidad.

—Por favor, Lottie, lo siento. De verdad. Es solo que me estresa tener a Grace y a Sergio en la mía. Necesito su ayuda mientras trabajo, pero no hay espacio.

—Deberías haberlo pensado antes.

—Pensé que una casa nueva sería perfecta —insistió—. Con los ingresos de los dos conseguiríamos una hipoteca y...

—Quiero que te vayas, Mark. Ahora mismo. Vete a casa y cómprate la nueva para ti y para Sergio. ¿Y sabes qué? Hay bastante espacio para Grace allí también sin transformar el garaje. Incluso puedes aparcar el coche dentro. Por favor, déjame en paz.

Sintió el sabor de las lágrimas en la comisura de los labios y se dio cuenta de que estaba llorando. Él alargó la mano y le tocó el brazo. Ella se encogió apartándose y volvió a la casa, donde cerró lo más fuerte que pudo.

Cuando Boyd se marchó, se sentó en la mesa esperando a que hirviera la tetera.

Entrelazó las manos y se miró el anillo de compromiso, que al final había aceptado llevar. El único diamante brillaba bajo la luz fluorescente. Con una ira incontrolada que aún le corría como un huracán por las venas, tiró de él hasta que se lo quitó. Con la tetera silbando de fondo sin respuesta, puso la joya en el centro de la mesa y la observó durante mucho mucho tiempo. Luego se la volvió a poner y se preparó el té.

* * *

Katie abrió la ventana para ventilar la habitación, que olía a humedad y al alcohol que se había echado por encima de la ropa la noche anterior. Se había olvidado de ponerla en la lavadora y, ahora, la prendas yacían en un montón apelotonado en el suelo. Louis estaba en el dormitorio de Sean, seguramente viendo cómo su tío jugaba una partida de fútbol en línea. Debería meterlo en la cama, pero quería disfrutar de este momento a solas para relajarse.

De pie tras la ventana, vio a su madre y a Boyd junto a la valla. ¿Estaban discutiendo? Se inclinó hacia delante para escuchar mejor. Era raro ser testigo de una discusión real entre ellos. Se apartó enseguida, impresionada por lo que acababa de oír. No parecía haber malicia en lo que Boyd decía. Fue la vehemencia de la respuesta de su madre lo que la dejó atónita.

Alejándose de la ventana, recogió la ropa sucia y se sentó en la cama con el montoncito entre los brazos. Reflexionó sobre lo que Boyd había dicho. ¿Era cierto? ¿Chloe y ella debían mudarse y dejar que su madre siguiera con su vida? Estaba tan atrapada en sus propios problemas que rara vez consideraba a Lottie como una entidad separada. Necesitaba evaluar su vida, su futuro. Tenía veintitrés años y un hijo de tres. ¿Qué le tenía reservado el futuro? Se merecía algo mejor. Tenía que ser proactiva con su vida, o esta le pasaría de largo.

El olor a alcohol de la ropa era repugnante. Recordó cuándo se le había derramado. Al conocer a Jackson. Cogió el móvil. Podía

llamarlo para ver si quería invitarla a esa cena que había mencionado. Eso sería hacer algo proactivo.

Sin dudarlo, marcó su número y lo escuchó sonar mientras rezaba para que se acordara de ella. Luego, rogó porque no contestara y, así, poder colgar y olvidarse de todo. Era una idea absurda de todos modos.

—Katie —dijo él, justo antes de que ella colgara—. Sabía que no podrías resistirte.

Ella se rio y sintió que la tensión abandonaba su cuerpo.

—Jackson. Sobre esa cena...

29

Shannon estaba borracha. Cocida, como diría George. Mierda. No quería ni pensar en cómo iba a devolverle todo lo que había pagado con su tarjeta. Se había despedido de Jess, que cogió un taxi en la puerta del Danny. Sabía que le costaría otros diez euros de la tarjeta bancaria de George, así que caminar era su única opción.

Se abrochó el abrigo de pelo y se acurrucó en el cálido cuello, se colgó el bolso al hombro y echó a andar calle abajo. Hacía un frío horrible, y la falda era demasiado corta y sus medias demasiado finas para protegerle las piernas de la brisa. Miró por encima del hombro hacia la parada de taxis, pero estaba vacía. Quince minutos, quizá veinte con estos tacones, y estaría en casa.

Cuando llegó al puente, giró a la izquierda en dirección a Cairnbeg, su urbanización. Ya casi había llegado. Cinco minutos más. No tendría que pasar por los cines donde habían encontrado el cuerpo de Laura. Eso era bueno. No podía soportar pensar en ella, tirada con ese frío toda la noche, muerta.

Las luces de Cairnbeg la llamaban. Casi en casa. Sin embargo, tenía la inquietante sensación de que alguien la seguía. Miró por encima del hombro, pero solo vio el brillo del canal, que fluía despacio bajo el puente. «Sigue andando. No mires atrás». Tropezó con los tacones y apoyó una mano en la pared de una casa para estabilizarse. Maldita sea, estaba muy borracha. George se pondría hecho una furia. Al entrar en la urbanización, su respiración agitada se calmó un poco.

¿Se había imaginado que la seguían? O de verdad había alguien merodeando detrás de ella en la oscuridad, siguiendo sus pasos. Ahora caminaba entre las luces, las casas y los jardines. Sin embargo, un escalofrío de terror hizo que se estremeciera hasta la médula.

Casi había llegado a casa.

Estaba a salvo.

Casi...

* * *

Andaba a una buena distancia de ella. Entonces, ella miró hacia atrás y él se deslizó en la entrada de una casa antes de que lo viera. Caminaba a paso regular. No corría. Eso era bueno. Pero con ese abrigo de pelo rosa tenía el aspecto de la puta que era. Todo piernas largas y tacones estrechos de aguja. Una puta llamada Shannie. Por el amor de Dios.

Permaneció bien atrás, fuera de la vista de sus miradas nerviosas, y observó como ella giraba hacia la urbanización. Su coche estaba aparcado en el *pub*. ¿Cómo iba a raptarla y llevarla hasta allá? Se había equivocado ofreciéndose a invitarles a unas copas. Eso la había asustado. Aun así, las había seguido a ella y a su amiga hasta el Danny. El bullicio de la gente le había ayudado a permanecer oculto. Y al marcharse, la había seguido sin que se diera cuenta.

Se detuvo a cierta distancia, observando y esperando a ver en qué casa entraba. Entonces decidiría qué hacer a continuación.

* * *

Sin encender la luz, Shannon deslizó la tarjeta de crédito en la cartera de su hermano, que estaba en la mesa de la cocina, donde él la había dejado. Había puesto un pie en el primer peldaño de la escalera cuando lo oyó hablar desde la profundidades de la casa.

—Eres una cabrona, Shannon Kenny.

A través de la puerta abierta del salón, vio a su hermano sentado en un sillón en la penumbra. La lámpara de pie que había a su lado se encendió cuando pisó el interruptor del suelo.

—¿Qué haces a oscuras, George? —Ella no se movió.

—Más bien, ¿qué haces tú?

—Me voy a la cama. ¿Estás bien? —Seguía sin moverse.

—¿Te lo has pasado bien con mi dinero?

Joder. Lo sabía.

—Te lo devolveré. Lo siento. Estoy sin blanca.

—¿No has encontrado un hombre elegante que te saque del apuro, entonces?

—¿Quieres parar? Mira, estoy agotada. Podemos hablar de esto por la mañana.

Él saltó de la butaca y en un instante estaba en el vestíbulo. La agarró por el brazo y tiró de ella.

—Me prometiste que me ayudarías con Davy. Pero luego desapareces, y yo no puedo ni trabajar ni ir al gimnasio. Y encima tienes la desfachatez de robarme la tarjeta de crédito. Hace falta ser torpe.

Exhaló aliviada. Estaba enfadado, pero no tanto como para no hacerla sonreír.

—Lo siento. ¿Cómo está Davy? ¿Se le ha pasado la varicela?

—Como si te importara.

—Es tu hijo, pero me preocupa.

Volvió al salón, donde se dejó caer de nuevo en el sillón.

Ella lo siguió, aunque en realidad quería desmaquillarse, tirarse en la cama y olvidarse mientras dormía de que alguien la había seguido hasta su casa en la oscuridad.

—Shannon, tienes que encontrar un trabajo decente —le dijo—. Gastas más de lo que ganas y luego te gastas lo mío. Tenemos facturas y suministros que pagar. Estoy harto de ser el responsable. Te vas al *pub* y vuelves cuando te apetece. ¿Dónde estuviste anoche? Creía que eras la chica que encontraron muerta en el cine. Y llegas a la mañana siguiente con toda la tranquilidad del mundo.

—Ya te lo he dicho. Me quedé con Karen. Pero escucha, George, creo que alguien me ha seguido a casa esta noche. He tenido una sensación muy rara y...

—No tiene nada que ver con que estés como una cuba, ¿verdad?

—¿Quieres parar? No he bebido una puñetera gota.

—Mi cuenta bancaria no dice lo mismo. Shannon, tienes un problema. ¿Has consumido drogas esta noche? ¿Todo el dinero que invertí en tu rehabilitación no ha servido para nada?

—Suenas igual que mamá.

—Y mira lo que le hiciste. —Se levantó de un salto—. No quería decir eso, Shannon. Lo juro.

—Pero lo has pensado tantas veces que lo tenías en la punta de la lengua.

Volvió al pasillo. Sintió un nudo en el pecho. George tenía razón. La tensión de su adicción había matado a su madre. Bueno, al final se la llevó el cáncer, pero lo que Shannon había hecho bajo el efecto de las drogas fue una de las causas del estrés que sufrió. George se lo recordaba a menudo, antes de arrepentirse.

—Lo siento, hermanita. Vete a la cama —le dijo—. Tengo que ponerme al día con el trabajo por la mañana y necesito que cuides de Davy.

Ella asintió. Cuando se volvió para subir las escaleras, le pareció ver una sombra moverse fuera, a través del cristal de la puerta. Debía de ser la bebida, se dijo, pero aquello solo sirvió para consolidar la idea de que la habían seguido hasta casa.

Arriba, descartó desmaquillarse. Solo quería dormir.

30

Seguía afectado por la discusión con Lottie cuando llegó a su apartamento. Su apartamento abarrotado. Grace estaba usando su cama. Sergio dormía en la cama plegable en el suelo. A Boyd lo habían relegado al sofá. Dar vueltas y más vueltas no lo ayudaría a dormir. A las dos se levantó. Se preparó un bocadillo con los restos de pollo que había cocinado el día anterior.

No se creía la vehemencia de Lottie. ¿Qué mosca le había picado? Dos asesinatos no ayudaban. Eso lo entendía. Bajo la ira notaba inseguridad. Miedo tal vez. Pero ¿miedo a qué? ¿Por qué no hablaba con él?

—Pensar en voz alta es la primera señal.

Se volvió en el taburete alto para ver a Grace en el umbral del dormitorio ataviada con una bata roja atada a la cintura.

—Dios mío, menudo susto me has dado, Grace. ¿Qué ocurre?

—Quiero saber qué ha hecho que mi hermano se levante a las dos de la madrugada. Es Lottie, ¿verdad?

No iría por ese camino con Grace.

—Ha sido mi primer día de vuelta al trabajo. Esta mañana han encontrado a una joven asesinada. Más tarde, hemos dado con el cadáver de un hombre. Estoy exhausto.

—¿Alguna vez has pensado en dejarlo?

—¿Dejarlo? —Se quedó horrorizado—. ¿A qué te refieres?

—Tu trabajo. Dimite, Mark. No es bueno para ti y, desde luego, tampoco lo es para Sergio.

Quiso arremeter contra ella verbalmente, preguntar qué sabría ella de tener un hijo, pero se contuvo.

—Solo necesitaba comer algo. Vuelve a la cama.

—Has dejado el pollo fuera de la nevera. Seguro que ya apesta a salmonela.

—Está cocinado. Está bueno. Y ya no le queda nada.

—No me vengas llorando cuando vomites por la mañana. —Giró sobre los talones y se fue a la cama.

Le entraron ganas de llorar. Grace se parecía mucho a su difunta madre. Se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos en su vida a aquella matriarca del oeste de Irlanda. Entonces lloró.

* * *

El viento despertó a Lottie a las dos de la madrugada. Se incorporó de un salto al oír otro ruido aparatoso fuera.

Se dio cuenta de que se había olvidado de correr las cortinas, tal había sido su enfado con Boyd por su actitud hacia su familia. ¿Había reaccionado de forma exagerada? Era posible. Sabía lo que había querido decir, pero no quería oírlo. Sí, sus hijas eran jóvenes adultas, pero ella era su madre y cuidaría de ellas mientras la necesitaran.

Se oyó otro estruendo en el exterior.

Se asomó a la ventana y contempló la noche de ébano. Ya no había estrellas ni luna. El viento y la lluvia golpeaban el cristal. Se puso una sudadera con capucha y bajó las escaleras sin luz. En la cocina, encendió la luz exterior y abrió la puerta trasera antes de asomar la cabeza. Se acercaba una tormenta desde el lago y llovía a cántaros. Miró al suelo y encontró el origen del ruido. En el camino de cemento había unas tejas rotas. Al oír un crujido arriba, se metió dentro justo a tiempo antes de que otra se estrellara contra el suelo.

Mierda.

Echó el cerrojo de la puerta y subió a la habitación de Katie, donde habían tenido una gotera en Navidad. En efecto, oyó el goteo del agua desde el techo. Su hija dormía profundamente, así que, en lugar de encender la luz, esperó a que su vista se adaptara a la iluminación del rellano. Entonces, se dio cuenta de que el techo estaba lleno de agua en un rincón.

Se apoyó contra la pared y se abrazó al cuerpo mientras temblaba. Quizá Boyd tenía razón. Había llegado el momento de buscarse una casa decente donde vivir.

Cogió un cubo de la cocina y lo subió al piso de arriba. Lo colocó bajo la gotera y volvió a la cama. No podía hacer nada a esas horas aparte de cruzar los dedos y rezar para que lo peor permaneciera lejos de su casa y de su familia.

31

Seguía despierta a las dos y media de la madrugada, cuando él aparcó delante y apagó el motor. La luz que brillaba a través del hueco de las cortinas del salón era una advertencia. Él sabía lo que le esperaba. Le había fallado, pero entró con paso firme por la puerta principal. Aguantaría el castigo que ella le pusiera, pues, en su frío corazón, sabía que no se había fallado a sí mismo.

—Bueno, ¿ha habido suerte? —Miraba por encima de él, como si algo o alguien lo acechara por la espalda.

—Es demasiado pronto. Hay guardias por todas partes. Fuera de los bares y en las esquinas. Patrullando en sus coches.

—Es todo culpa tuya, imbécil. ¿Por qué llegas tan tarde? ¿Por qué no has dado la vuelta y has vuelto a casa?

Esta era la parte difícil. Podía mentir a las putas, pero le resultaba difícil engañar a la mujer que tenía delante.

—Quería explorar los alrededores. Para ver si había alguna zona de la ciudad que la policía se hubiera olvidado de patrullar.

—¿Y?

—Hay algunos sitios, pero nada bueno para mi misión.

—Nuestra misión, tarugo. La nuestra.

—Claro. Tienes razón. Creo que me voy a ir a dormir.

—Esa tiene que desaparecer pronto —soltó en tono cortante mientras le impedía salir de la habitación.

—Pensé que iba bien.

—¿Bien? ¿Estás ciego? Es un desastre en potencia. Es imposible doblegarla. Justo cuando creo que he avanzado, va y comete una estupidez.

—A lo mejor necesita más tiempo para adaptarse a sus circunstancias.

—Lleva aquí el tiempo suficiente. —Hizo una pausa. Peligrosa, pensó él—. ¿Y a qué circunstancias te refieres?

Siempre le confundía cuando le hablaba así. ¿Por qué no podía decir lo que quería? ¿Por qué no podía decirle lo que pensaba? ¿Lo que sentía?

—Veo que no tienes respuesta porque eres idiota perdido. Solo Dios sabe qué hice en una vida anterior para tener que cargar con alguien como tú y...

La interrumpió un grito ahogado procedente del piso de arriba. Ella le soltó una torta en la oreja.

—Necesito tener la paciencia de un santo con vosotros. La paciencia de un santo...

Sus palabras la acompañaron escaleras arriba. Se frotó la oreja mientras llenaba la tetera para prepararse una taza de té. Ella había absorbido toda la energía de la habitación y le había quitado la motivación.

Estaba atrapado.

32

Sábado

La tormenta nocturna había amainado hasta nada más que una brisa cortante y chubascos intermitentes a medida que Lottie se acercaba a la comisaría. Su estado de ánimo se había transformado en irritabilidad para cuando llegó a la sala de incidencias. Tenía un techo con goteras, una pelea con Boyd, a la vez que dos asesinatos que resolver, y no sabía en qué dirección ir. La detective Maria Lynch solía tener los paneles de incidencias actualizados, pero estaba en algún lugar cálido y soleado con su familia. Menuda suerte tenía.

Mientras su equipo entraba en tropel para la sesión informativa matinal, Lottie se paseaba por delante de los paneles escasamente poblados. Uno contenía la fotografía de Laura Nolan, imágenes de la escena del crimen e información sobre su asesinato. En el otro había una foto de John Morgan con aún menos información.

—¿Quién se supone que actualiza esto?

Giró sobre el tacón y lo oyó crujir sobre algo bajo sus pies. Al mirar abajo, vio que era el propio tacón el que había cedido. Volvió a colocarlo en su sitio.

El agente Lei levantó la mano como un colegial tímido.

—Yo, jefa. Pero tengo que recopilar información antes de poner algo útil. Todavía estamos interrogando a la gente de Pine Grove.

—¿Tienes algo de lo que informar?

—La verdad es que no. En cuanto al asesinato de Laura, no hay más testigos que Shane Santos, que encontró el cuerpo. Ha prestado declaración, pero estuvo allí después del suceso, así que no hay nada nuevo por su parte. En la rueda de prensa, la

superintendente pidió ayuda pública con grabaciones de las cámaras de los coches y similares. Todavía no ha llegado nada.

—De acuerdo. ¿Algo que añadir a la pizarra de John Morgan?

—Como he dicho, aún estamos entrevistando a los residentes y a los trabajadores. Estamos yendo casa por casa. Hay veintinueve viviendas ocupadas, pero la mayoría de los residentes trabajan durante el día. Dos lo hacen desde casa, pero tienen las oficinas en la parte trasera. Nadie vio ni oyó nada inusual. Dijeron que lo único que se escucha de normal es la obra de la segunda fase.

—¿Patrick Curran hizo alguna declaración?

—¿El jefe de obra? —dijo Boyd.

No se había dado cuenta de que se había sentado al fondo de la sala.

—Lo conociste —añadió ella—. ¿Qué te contó además de tratar de venderte una casa?

Maldita sea. ¿Por qué no podía mantener la boca cerrada?

—Estaba conmocionado. No se creía que alguien hubiera sido capaz de hacerle daño a John.

—¿Has localizado a su familia?

—Sus padres están divorciados y no tenía hermanos. De momento no tenemos la información de contacto de ninguno de los padres. Curran no ha encontrado nada en su expediente, pero dijo que habláramos con Gordon Collins. Aún no lo hemos entrevistado. John vivía en un estudio en Main Street. Llevaba las llaves encima, por lo que procedimos a registrarlo, pero no encontramos nada sospechoso. Nos llevamos su portátil y el móvil, que estaba en el mismo bolsillo que las llaves. Gary lo tiene todo para ver si da con algo.

—Detective McKeown, tenías que rastrear el teléfono de Laura Nolan. ¿Has encontrado algo interesante?

—El operador me pidió una orden. Como solo tenemos el número y no el aparato, le encargué a Gary que averiguara lo que pudiera. Resulta que el teléfono dejó de funcionar cerca de donde se encontró su cuerpo. He mandado un equipo de vuelta para que realicen otra búsqueda. Esperemos que esta vez encuentren algo.

—Ayer se realizó un registró y no apareció nada. Después de la tormenta de anoche, dudo que encontremos algo hoy. ¿Alguien tiene buenas noticias? ¿Dónde está Kirby?

—Aquí, jefa —dijo Kirby al entrar—. Siento llegar tarde. He tenido que ayudar a Amy esta mañana. La pierna le está dando guerra otra vez.

Lottie contó hasta diez en su cabeza. De acuerdo, era sábado y el segundo día de la investigación, pero su equipo parecía desaliñado y desconcentrado. Supuso que ella también. Enderezó la espalda.

—Vamos, chicos, necesitamos algo. Una chica de veinticinco años no suele ser invisible. Debe tener amigos y presencia en las redes sociales. ¿McKeown? ¿Algo?

Lo único que vio fue la parte superior de su cabeza afeitada mientras él se inclinaba sobre su iPad, tecleando de forma frenética.

—Espera. Un momento —le dijo.

Y ella lo hizo. Los sonidos de la habitación la inundaron. El tintineo de las radios antiguas, la respiración agitada de Kirby, el zumbido de los portátiles, el iPad de McKeown.

Cuando levantó la cabeza, tenía una sonrisa en la cara.

—No te lo vas a creer, jefa.

—No tengo tiempo para...

—Laura Nolan aparece en una página web de modelos.

Le dio la vuelta al iPad para que los demás lo vieran. Lottie caminó hacia él para que le entregara el dispositivo. La imagen del busto de Laura mostraba a una hermosa joven, con los ojos brillantes y el pelo seductoramente peinado detrás de una oreja, que descansaba sobre un hombro desnudo.

—Right One Modelling —leyó—. ¿Es de aquí?

—Podría ser tan solo una página web.

—Alguien le hizo una foto y la publicó con sus datos. Alguien tiene una base, aunque sea en un ático o un cobertizo. ¿Qué más puedes decirme sobre el sitio?

McKeown dejó el iPad a un lado y acercó el portátil.

—El nombre y el logotipo del fotógrafo aparecen en la parte inferior derecha de la foto. Greg Plunkett. Es una agencia de modelos y fotógrafos relativamente nueva en la ciudad. Vale la pena

intentarlo. Voy a mirar en Facebook. —Dio un toque—. Mierda. Hay un grupo cerrado con Plunkett como administrador.

—¿Y?

Unos segundos después, añadió:

—Creo que es una especie de agencia de chicas de compañía.

—¿En serio? —Lottie se devanó los sesos intentando recordar si eso era ilegal o no—. ¿Aparece la dirección del fotógrafo?

—Tiene una oficina en Barrack Lane. —McKeown giró el portátil para que viera la pantalla.

—Envíame los detalles. Boyd, vendrás conmigo.

—Pero lo he encontrado yo —soltó McKeown con petulancia—. ¿No debería ir yo?

—No hay pero que valga, detective McKeown —dijo ella.

—Disculpa.

—Tienes que investigar a Greg Plunkett y averiguar si la agencia de modelos es una tapadera de la prostitución. —Volvió al frente de la sala—. Además, la garda Brennan está en casa de Laura. Acompáñala y, de la forma más diplomática posible, averigua si la madre sabe lo del modelaje o si su hija trabajaba para una agencia de acompañantes.

Asintió, pero su cara le decía que era el último lugar donde quería estar. Era duro.

—Kirby, vuelve a la obra y consigue más información sobre John Morgan. No puedo reunirme con la super sin algo que contarle. —Miró a su alrededor—. Ve tú también, Lei, y continúa investigando a los vecinos y los trabajadores de la obra. Rellena el tablón. No quiero ver espacios vacíos con las fotos de dos personas asesinadas mirándome.

—Claro, jefa —respondieron los dos hombres.

—¿Sabemos algo de los forenses? ¿Algo sobre esas pequeñas huellas alrededor de Laura?

—Nada todavía —contestó Boyd.

—¿Qué hay de la suciedad bajo sus uñas? ¿El laboratorio ya ha informado?

—Todavía no. Todo ocurrió ayer y...

—Kirby, haz un seguimiento del laboratorio y de la científica. Boyd, ¿estás listo? Vamos a interrogar a ese tal Greg Plunkett.

33

Se había afeitado la barba. Lo había visto anoche y no podía arriesgarse a que lo reconociera la próxima vez. Se sentó a la mesa de la cocina y observó los movimientos robóticos de la chica mientras le servía el desayuno. Estaba muy delgada y tenía una aspecto frágil, aunque nadie iba a notarlo. Nunca salía. Puede que fuera por la falta de vitamina D.

Tenía la sensación de que estaba a punto de suceder algo terrible. Solía tener ese tipo de presentimientos, pero hacía mucho tiempo que la oscuridad se había posado como un peso detrás de sus ojos.

Se sacó el teléfono del bolsillo y seleccionó la aplicación de noticias. Cerró los ojos con la esperanza de que no hubiera nada sobre la joven muerta en las primeras crónicas. Cuando las abrió, echó un vistazo a los titulares. La habían degradado al segundo nivel de interés. El primer artículo era sobre el cadáver hallado en la obra de la urbanización Pine Grove.

El miedo se apoderó de su pecho y le costó respirar. Al pinchar en la noticia, apareció la imagen de una casa rodeada de precinto policial. Se desplazó por la página mientras leía con rapidez. Lo habían encontrado en la casa piloto. Un obrero de GC Construcciones. Aún no había un nombre. Pero sabía quién era. Lo supo ayer, cuando escuchó las primeras informaciones.

Bloqueó el móvil cuando la chica le puso un plato delante.

Los huevos fritos se habían roto en la sartén y parecían una tortilla plana y grasienta. Rara vez se mostraba agresivo en casa, sobre todo cuando tenía que ir a trabajar. Pero no pudo evitarlo. Todos los años de represión, de doblegarse ante *ella*, surgieron de repente como un torrente, y arremetió contra la mujer cautiva gritando.

* * *

El sonido estrangulado que salió de sus labios hizo que la espátula se le cayera sobre las baldosas que se había pasado una hora frotando aquella mañana a las seis. La grasa se esparció por las puertas de los armarios y unas motas microscópicas le mancharon las piernas. Ella recogió el objeto transgresor a toda prisa, justo cuando él levantó el plato y lo lanzó contra la pared detrás de ella. Lo esquivó de forma automática, aunque sus reflejos fueran más lentos. Llevaba demasiado tiempo encerrada en un espacio pequeño. Demasiado tiempo con la boca cubierta con cinta americana. Demasiado tiempo obligada a ser sumisa.

Se encogió contra la puerta del horno, sin atreverse a mirar el desastre que había detrás de ella en la pared. Mantuvo los ojos fijos en él, que se tiró del pelo y se golpeó las mejillas con esos dedos horrendos. Había estado aterrorizada desde el día en que la habían traído aquí, pero lo que acababa de ocurrir la había dejado petrificada. Sus piernas eran como gelatina, le temblaban las manos y quería llorar. Temía estar perdiendo el control.

—¿Qué estás mirando? —le gruñó—. Limpia esta pocilga antes de que ella vuelva.

Se encogió a la espera de recibir un golpe. Pero la puerta trasera se abrió y cerró mientras él se marchaba al cobertizo.

Hundió los hombros y dejó salir un suspiro de alivio. Al menos no le había pegado. Agarró el trapo para limpiar cuando oyó la puerta principal. El terror la atravesó de nuevo.

La mujer había vuelto.

34

Lottie sospechaba que Greg Plunkett era más que un fotógrafo. McKeown le había mandado más información que había descubierto.

—Parece una tapadera para una agencia de *escorts* —dijo ella.

—Supongo que la chicas que trabajan para Right One no son prostitutas, pero sí que aceptan dinero por tener una cita con un hombre. Vender sexo no está prohibido, solo pagar por él. Es un vacío legal —añadió Boyd.

—Vayamos a ver qué tiene que decir don Divo.

—¿Quién?

—Greg Plunkett. —Echó un vistazo a la imagen que McKeown le había enviado—. Su foto parece clonada de una web de estrellas de Hollywood. Probablemente esté retocada.

Le dio la vuelta al móvil con la imagen antes de detenerse en la puerta en la mitad de Barrack Lane, que estaba ubicada al final de la ciudad. La oficina estaba apiñada entre una tienda de bicicletas y una de regalos.

—Te la saltarías si no estuvieras buscándola —comentó Boyd.

Ella presionó el timbre de latón y esperó.

—Puede que no trabajen los sábados —añadió.

El intercomunicador pitó y una voz con eco preguntó:

—¿Tienen cita?

—Soy la inspectora Parker. Me gustaría hablar con el señor Plunkett.

—Lo siento, pero solo atiende con cita previa.

Lottie ya había tenido suficiente a lo largo de la semana.

—Puede dejarme entrar ahora o volveré con diez coches patrulla para arrestarlo, y me aseguraré de que todo el mundo sepa a qué se dedica su oficina.

Boyd sacudía la cabeza a modo de advertencia para que se calmara, pero ella tenía a una mujer muerta tendida sobre una mesa

de autopsias en la morgue, cuya familia necesitaba respuestas.

La puerta se abrió con un zumbido y entraron. Justo delante de ellos había una escalera de madera con una alfombra roja en el centro. Las paredes estaban pintadas de negro, por el amor de Dios. Lottie reprimió el impulso de enarcar una ceja y subió las escaleras, seguida de cerca por Boyd.

El pasillo de la planta de arriba conducía a una puerta de cristal con un escritorio detrás, donde una mujer joven y guapa estaba sentada aplicándose máscara en lo que Lottie solo podía describir como unas pestañas postizas.

Le mostró la placa policial y dijo:

—¿El señor Plunkett? ¿Está aquí?

—Hoy solo trabajamos medio día. Me ha dicho que le den un par de minutos. Siéntense.

—Me quedaré de pie, gracias.

No se dejaría intimidar porque Plunkett la hiciera esperar. Boyd se sentó en una de las sillas descoloridas de terciopelo azul marino. Adiós al frente unido.

Se paseó por el pequeño espacio. Las paredes estaban desnudas, pintadas de negro como el vestíbulo, así que no había nada que mirar, ni material de lectura en la pequeña mesa de cristal. ¿Un fotógrafo no tendría sus fotos expuestas?

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —le preguntó a la joven.

—Empiezo a las nueve, así que no demasiado.

—Quería decir en este trabajo.

—Oh, disculpe. —La mujer cerró la cremallera de su neceser y colocó un teclado sobre el escritorio—. Alrededor de un año. Greg es un fotógrafo fantástico. A las chicas les encanta trabajar con él.

—Seguro que sí —murmuró Lottie, y luego sonrió con dulzura—. ¿Les encuentran mucho trabajo una vez que se han hecho las fotos?

—Las ayudamos a crearse un álbum y les proporcionamos contactos. Es muy emocionante.

—¿Ha hecho de modelo?

La chica se sonrojó bajo el maquillaje.

—Un poco. Nada glamuroso. Pero me encanta trabajar para Greg.

—¿Inspectora Parker? —Plunkett caminó hacia ella, con la mano extendida. Al menos, no se había acercado a Boyd primero, porque, si hubiera cometido ese error, le habría hervido la sangre—. ¿Ha pedido verme?

—Sí. ¿Podemos hablar en su despacho?

—Desde luego. Cathy, saca mi agenda. Necesito la lista de localizaciones para las sesiones de hoy.

—Por supuesto —dijo la chica, batiendo las pestañas postizas.

«Ayúdame, señor», pensó Lottie.

Estudió a Greg Plunkett. Su mandíbula bien afeitada era tan elegante como su traje gris, pero sintió que su amabilidad era forzada. ¿Intentaba caer bien? Tal vez. Y llegó a la conclusión de que no había retocado su foto. Era un hombre atractivo, con el pelo corto y rubio y unos sorprendentes ojos azules.

Cuando entraron en su despacho, no le impresionó su ordinariez. Había un pequeño escritorio con un ordenador portátil encima y una silla detrás, y otras dos en un rincón junto a un archivador. Tampoco había fotos en las paredes. Nada que atrajera a una joven a ser modelo. Tenía que ser una tapadera para otra cosa.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

Se sentó detrás del escritorio y señaló las otras dos sillas. Boyd se acomodó en la esquina. Lottie permaneció de pie.

—¿Es usted consciente de que ayer apareció el cuerpo de una joven?

—Lo leí en internet. Es algo terrible.

—¿Cómo funciona esta agencia de modelos?

Frunció el ceño por la confusión.

—¿Por qué quiere saberlo?

No estaba dispuesta a darle demasiada información. El nombre de Laura aún no se había dado a conocer a los medios, pero Twitter estaba en ello. En cualquier caso, ella quería ver qué le revelaba él primero.

—Forma parte de nuestra investigación. Es todo lo que puedo decir por el momento.

Alternó la mirada entre los ojos de ella y los de Boyd y viceversa. Ella esperó. El silencio que reinaba en aquel pequeño

espacio le asfixiaba como una ola de calor. Deseó haberse quitado el abrigo.

—¿Esta mujer muerta tiene algo que ver con mi agencia?

—Dígamelo usted.

—Ni siquiera sé su nombre.

Tal vez lo sabía o tal vez no, pero se lo dijo de todos modos.

—Laura Nolan.

Frunció los labios y se pasó un dedo por la barbilla, con la cara blanca como la tiza.

—El nombre no me dice nada ahora mismo.

—Le hiciste una foto.

—¿Ah, sí? Hago muchas fotos. Hay más de cincuenta mujeres jóvenes y algunos hombres registrados en mi agencia. Déjeme comprobarlo. Jugueteó con un portátil y finalmente levantó la cabeza.

—Lo siento, pero hay ninguna Nolan registrada aquí.

—Quizá debería comprobar los nombres registrados en su otra agencia.

Sus ojos adquirieron una mirada fría y penetrante.

—Usted también dirige Right One Escorts.

—¿Qué?

—Encontramos la foto que le hizo a Laura en esa web.

—Aunque pagara por una sesión de fotos, yo no controlo dónde las publica después.

—Vamos, Greg. Déjese de tonterías. Laura fue brutalmente asesinada. Usted tomó la foto.

Dirige esta agencia de modelos como tapadera.

Esperaba que no le pidiera que lo demostrara, porque no tenía tiempo para eso.

—Solo es una página de citas. No es ilegal.

—No he dicho que lo sea.

Él cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz antes de añadir:

—¿Qué necesita?

—Cualquier registro que tenga relación con Laura Nolan. Y su base de datos de empleados.

—Cathy es la única empleada que tengo.

—¿En serio? ¿Cómo paga a las acompañantes? Debe de tener un registro o alguna base de datos.

Se quedó boquiabierto.

—Esto es absurdo.

Lottie golpeó el suelo con el pie y esperó.

—Vale, vale. Inscribo a las chicas como asesoras. No hay salarios.

«Bingo», pensó Lottie.

—Ya veo —dijo tranquila—. Pero debe saber quiénes son estas «asesoras».

—Bueno, en realidad no son asesoras, son... acompañantes, pero, aun así, no puedo darle detalles sin una orden judicial. Por la protección de datos y todo eso.

—«Y todo eso» —se burló—. ¿Y si es una de sus modelos la que ha sido brutalmente asesinada?

—Sigo sin poder darle nada.

Decidió cambiar de táctica.

—¿Cuándo montó su negocio?

—Hace un año.

—¿Por qué se introdujo en el mundo de las acompañantes?

—Ya se lo he dicho, solo son citas, y es más lucrativo que buscar trabajo a las modelos.

—¿Más lucrativo para usted? ¿O para la acompañante?

—Para todos. Es beneficioso para aquellos a quienes no les gusta ligar por internet o las citas tradicionales y para los que no quieren comprometerse. Emparejamos al cliente con una mujer adecuada para él. Y luego salen. Fin.

—¿En serio? ¿Fin?

—Sí.

—A mí me suena a que está prostituyendo a estas mujeres. No es más que un proxeneta moderno, señor Plunkett.

Enrojeció tan rápido que ella temió que estuviera a punto de sufrir un ataque al corazón. Tardó unos instantes en calmarse en aquel silencio sofocante.

—No he hecho nada malo. Me gustaría que se marcharan. Si tienen más preguntas, diríjanse a mi abogado.

Lottie se sacó una fina carpeta del bolso y deslizó una foto a través de la mesa hacia Plunkett.

—¿La reconoce?

Él no bajó la mirada.

—He dicho que hable con mi abogado.

—Mire la foto, por favor. —Le irritaba tener que suplicárselo, pero no podía irse con las manos vacías. Y Boyd era tan bueno como inútil sentado en silencio en la esquina—. Usted tomó esta foto.

Plunkett echó un vistazo a la imagen y luego centró la mirada en su regazo. Tragó saliva, y ella supo que reconocía a la mujer.

—¿Es ella? —Su voz carecía de la arrogancia de antes—. ¿La mujer que encontraron muerta ayer?

—¿La conoce?

—Ahora la recuerdo. Le hice una foto hace unos meses. No le interesaba mucho el trabajo de modelo. Me dijo que tenía problemas económicos porque necesitaba un depósito para solicitar una hipoteca, así que le propuse otras opciones.

—¿Qué más puede decirme de ella?

—Ya se lo he dicho, no puedo darle información personal.

—Está muerta. Tengo que atrapar a su asesino. Necesito su ayuda.

—De acuerdo. Tuvo una cita. Hace dos noches. Era su primera vez.

—¿Con quién tuvo la cita?

Frunció el ceño.

—Sabe que no puedo desvelar eso sin una orden. Si me da un minuto, haré que Cathy le imprima la información de Laura.

—Pídale que también me la envíe por correo electrónico. —Le entregó su tarjeta de visita.

Él salió a la recepción con la tarjeta en la mano. Lottie se volvió hacia Boyd.

—Estás muy callado. ¿No tienes nada que aportar?

—Lo estás haciendo genial. Le has sacado de quicio. No quería interrumpir la conversación.

—Qué amable. —Sus palabras estaban teñidas de sarcasmo y él lo notó.

—Estaba observando a Plunkett. Es muy escurridizo.

Plunkett regresó y le entregó una sola página mecanografiada a Lottie.

—Esto es todo lo que tengo.

—Podría haber conseguido esto de su madre.

—Bueno, ahora puede compararlo con lo que dice su madre. Estoy seguro de que habrá discrepancias. Las jóvenes suelen darme información falsa muy a menudo.

—Creía que lo habría verificado.

—Hasta donde llego, pero no dirijo una agencia de detectives.

Lottie se aguantó una réplica.

—¿Qué puede decirme sobre la cita de Laura de hace dos noches? ¿Quién era y dónde se vieron?

—Me estoy repitiendo, pero de verdad que no puedo decirle con quién la emparejamos, lo siento. Y no tengo ni idea de dónde fueron.

—¿Cómo le pagan?

—Me dan un anticipo. —Hizo una pausa, con la mano en alto—. Si quiere, compruebe su cuenta bancaria para ver si el cliente le pagó algún dinero extra. Pero eso no tiene nada que ver conmigo.

—¿Para qué sería ese dinero extra?

—Estoy seguro de que puede usar la imaginación, inspectora.

—¿Son habituales estos extras?

Se le revolvió el estómago. Si ese era el caso, apuntaba a que las mujeres eran algo más que simples chicas de compañía, y entonces Plunkett estaría en un buen lío.

—No que yo sepa.

Echó un vistazo a la página con los datos de Laura y no vio nada que no supiera ya. Menuda pérdida de tiempo. Necesitaba saber con quién había estado la noche que murió. Tendría que conseguir esa orden.

Boyd se quedó atrás mientras ella se dirigía a la puerta. Cogió una tarjeta de visita del escritorio.

—¿Cómo publicita su agencia de acompañantes..., perdón, de citas?

—Mi sitio web tiene una pestaña para consultas. También tengo un grupo cerrado en Facebook. Hay que mandar un mensaje para solicitar unirse.

—Cuando acepta a alguien en este grupo de Facebook, ¿le permite acceder a la web?

—No. El grupo de Facebook les proporciona información sobre la página web de Right One. Hay unos criterios que deben cumplir y una solicitud que rellenar, que después me llega a mí.

—Tengo que probarlo. Lo he intentado todo para conocer a una buena mujer. Echo de menos tener a alguien a quien llevar a comer, con quien charlar y compartir vivencias. Es la primera vez que me topo con Right One. Las circunstancias son trágicas, pero me alegro de haberle conocido, señor Plunkett.

Boyd extendió la mano y Plunkett la estrechó con cautela.

Afuera, Lottie se metió rápido en el coche y mantuvo la cabeza baja.

—Eso ha sido increíble, Boyd. Has estado brillante.

—¿Crees que estaba bromeando? Ni siquiera puedo hacer que aceptes salir a comer conmigo, así que ¿por qué no intentar...?

—Conduce el maldito coche, Boyd.

Él se rio mientras se ponía en marcha, y a pesar de la gravedad de su investigación, ella también se rio.

35

La garda Martina Brennan estaba a punto de borrarse de la lista de agentes de enlace con las familias. Había metido la pata en su último caso, y aquí estaba con otro niño pequeño echándole miradas ansiosas. ¿Cómo lo soportaba?

Sonó el timbre. Con suerte, no serían periodistas. Diana abrió la puerta y una voz familiar e inoportuna resonó en el pasillo.

Sam McKeown. Seguramente quería asegurarse de que estaba bien. Podía irse a la mierda. Con ese pensamiento, lo observó caminar hacia el salón y sentarse en el enorme sillón reclinable. La madre de Laura permaneció junto a la puerta, sin dejar de mirarlo, y después se centró en Martina.

—Su colega quiere hacerme algunas preguntas. ¿Le importa llevarse a Aaron a la cocina y darle algo de picar?

«Sí que me importa», quiso decir ella. Necesitaba oír en persona lo que McKeown tenía que decir. Pero no tenía opción, así que cogió al pequeño de la mano y se lo llevó fuera de la habitación. Dejó la puerta entreabierta, con la esperanza de captar lo esencial de la conversación.

* * *

Cuando Martina salió de la sala con el niño, McKeown dejó salir un ligero suspiro para deshacerse de la tensión. El ambiente entre ellos estaba tan tenso últimamente que se podía cortar con un cuchillo. La mujer, encogida en el gran sillón, parecía diminuta. Como si fuera una niña. Una palidez grisácea se había apoderado de su rostro.

—Siento mucho la muerte de su hija. Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para dar con el culpable.

—¿Como qué? —Su voz fue un susurro cuando se ahogó con sus propias lágrimas—. Dígame qué están haciendo.

—Tenemos una serie de pistas. Por eso estoy aquí.

—Adelante. —Se sacó un pañuelo de la manga.

—Necesito que esté preparada, porque puede que no le guste lo que estoy a punto de decirle y quiero disculparme de antemano.

—Detective, solo cuénteme lo que ha venido a decirme. Nada puede ser peor que descubrir que mi hija ha sido asesinada. —Su tono mordaz hizo que McKeown se estremeciera.

—Vale. Bien. —Se sentía como una mierda, pero lo único que podía hacer era soltar la bomba—. ¿Sabía que su hija estaba inscrita en una agencia de citas? ¿Una agencia de acompañantes?

—¿Cómo? No lo entiendo. No bromee conmigo.

Diana estiró el pañuelo con las dos manos y lo rasgó por la mitad, despidiendo motas de polvo en el aire.

—Estaba inscrita en Right One Escorts. Básicamente, le pagaban por tener citas con hombres.

—Eso es una locura. ¿Mi Laura? No era una prostituta.

—Estoy seguro de que no lo era. No es así como esto funciona.

—¿Y entonces qué es?

Su voz se había vuelto más afilada. El pañuelo había vuelto a desaparecer dentro de la manga, con los fragmentos flotantes posados en su rodilla.

—La agencia la empareja con un cliente y tienen una cita. Sin compromiso ni nada parecido. Por lo general solo es cenar y tomar unas copas. Le pagaban por ello.

—¿Y cómo ha descubierto esto, detective?

—Investigando. Mi jefa, la inspectora Parker está ahora mismo con la persona que dirige la agencia.

—Pues yo no tenía ni idea de ello. Debe de ser un error.

—¿Laura nunca se lo mencionó?

—No me dijo una sola palabra.

—¿No le contó con quién salía la otra noche?

—No.

—¿Y en alguna otra ocasión?

—Nunca.

—¿Y desconocía que salía con hombres en calidad de señorita de compañía?

—¿Puede parar ya? —Diana se levantó de golpe del sillón y lo observó desde arriba—. Mi Laura tenía un niño pequeño. Trabajaba duro para salir adelante y yo la ayudaba con lo que podía. Le puedo decir con la mano en el corazón que conocía a mi propia hija, y jamás se habría vendido por dinero. Creo que debería marcharse ahora, detective.

Parecía nerviosa y, a pesar del duelo, McKeown pensó que podría estar mintiendo. O escondiendo algo. Pero no tenía ni idea de qué.

—Queremos encontrar al asesino de su hija. Por favor, si sabe algo, debe contárnoslo.

—Lo único que sé es que mi hija no volverá a entrar por esa puerta. Tengo que enterrarla en una tumba oscura y criar a su hijo. Su trabajo es dar con el cabrón que nos ha hecho esto.

Él se levantó y se apoyó contra la puerta mientras ella le daba la espalda frente a la ventana.

—¿Al menos puede decirme quién el padre de su nieto? Necesitamos eliminarlo de la lista de sospechosos.

—No porque no lo sé. Mi hija ni siquiera tenía un novio formal, por lo que sé. Aaron es el resultado de un lío de una noche, y Laura estaba de cuatro meses cuando se dio cuenta de que estaba embarazada. —Diana se volvió hacia él—. Me dijo que no sabía el nombre del padre. Dudo que él sea consciente de que tiene un hijo.

—Vale, está bien. Gracias. Siento haberla molestado, pero tengo una última pregunta. ¿Conoce a Greg Plunkett?

La miró fijamente y vio cómo la poca sangre que le quedaba en el rostro desaparecía.

—No, nunca he oído hablar de él. ¿Es..., es el padre de Aaron?

—No que sepamos. ¿Está segura de que no lo conoce? —insistió McKeown.

—No, y le valdría más estar en la calle, llamando a las puertas, buscando al asesino de mi hija en lugar de acosar a su afligida madre.

Sintió que debía presionar un poco más, o tal vez probar una nueva estrategia.

—Un hombre fue asesinado ayer, Diana. En Pine Grove. Es una nueva urbanización que está construyendo GC Construcciones. El hombre asesinado es John Morgan. ¿Alguna vez ha oído hablar de él?

Diana se hundió en el sillón de nuevo.

—¿Han matado a alguien más? —Su voz sonaba frágil—. ¿Es el mismo asesino? ¿El mismo cabrón que acabó con la vida de mi Laura?

—No lo sabemos. Puede que no esté conectado con ella, pero tenemos que considerar todas las opciones.

—¿Así que ese loco podría matar a alguien más?

—No podemos sacar conclusiones precipitadas. Como he dicho, la muerte del señor Morgan podría no tener nada que ver con la de Laura. Solo quería saber si había oído hablar de él. Puedo mostrarle una foto suya.

Sacó el móvil y desplazó el dedo por la pantalla.

—Puede que no sea agradable, pero agradecería que echara un vistazo rápido. Después la dejaré tranquila.

Asintió sin mucho entusiasmo. Él se acercó y le tendió el teléfono. Ella lo aceptó y se mordió el labio con fuerza. Tras observar la imagen rápidamente, le devolvió el móvil.

—Lo siento.

—¿Jamás lo vio con Laura?

—No.

—¿Alguna vez mencionó a John Morgan o la urbanización de Pine Grove?

Diana tragó de forma audible antes de añadir:

—Una vez, Laura me habló de mudarse con su hijo. Pero le denegaron la hipoteca por falta de ahorros. Tal vez mencionara las casas nuevas de Pine Grove, pero eso fue hace un año. Antes de... De todas formas, no significa nada, ¿verdad?

Se volvió a derrumbar y buscó el pañuelo hecho trizas.

—No estoy seguro, pero gracias.

McKeown se guardó el móvil en el bolsillo. Se sentía como un capullo en ese momento, y seguramente había cruzado una línea, pero estaba dispuesto a conseguir información. Al dejarla allí, con

más preguntas que respuestas, McKeown estaba completamente seguro de que Diana Nolan no había sido completamente sincera con él.

36

El cielo de la mañana se había aclarado un poco, aunque una brisa helada le atravesaba el grueso abrigo. Kirby apagó el cigarro, se lo guardó en el bolsillo y se limpió las manos en los pantalones. Había aparcado fuera del cordón policial en Pine Grove y había pasado junto a la casa piloto, que ahora estaba precintada como escena del crimen. Había mucha actividad: los técnicos forenses seguían trabajando tras un descanso nocturno. Pensó en entrar en la casa para ver si Grainne tenía alguna información, pero decidió que era mejor continuar hacia la oficina de la obra para cumplir con la tarea que le habían encomendado.

Había coches aparcados en las entradas de algunas casas, pero todo estaba extremadamente silencioso y no había nadie en los alrededores. Era como una urbanización fantasma. Y se lo pareció aún más cuando atravesó la puerta de la valla metálica que separaba las casas a medio construir rodeadas de andamios.

La oficina de la obra era una caseta en la parte trasera de la promoción, y Kirby se lamentó de que sus zapatos ahora estuvieran cubiertos de fango. Llamó a la puerta y, sin esperar a recibir una respuesta, bajó la manilla y entró.

Una oleada de calor le dio la bienvenida. Una estufa Superser escupía aire caliente, y se aflojó la corbata de forma instintiva. El espacio estaba abarrotado y el suelo lleno de barro. Había dibujos y planos con las esquinas enroscadas pegados con celo a las paredes. Había un hombre y una mujer a ambos lados de un escritorio repleto de papeles.

—Estoy buscando a Patrick Curran —anunció Kirby.

—Ese soy yo —dijo el hombre sin levantarse.

Tenía los ojos inyectados en sangre y el pelo pegado al cuero cabelludo sudoroso. Tenía el aspecto de un hombre privado de sueño. Kirby se presentó y esperó. Curran se acarició la barbilla.

—Ha tenido suerte de dar conmigo hoy. No solemos estar operativos los fines de semana. Pero estoy seguro de que no hay nada normal en el día de hoy.

La mujer se puso de pie y le tendió la mano.

—Charlie Lennon. Agente inmobiliaria. Estaba hablando con Patrick sobre cuál debería ser nuestro siguiente paso.

Su agarre era cálido y firme. No era la caricatura de una mujer endeble.

—Encantado de conocerla, Charlie.

—Aunque las circunstancias no sean las mejores —añadió ella, y caminó hasta la pared.

Curran se inclinó sobre el escritorio para tenderle la mano a Kirby. La suya era callosa y dura a diferencia de la de Charlie.

—¿Se sabe algo de lo que le ha ocurrido a John?

—Estamos siguiendo unas cuantas pistas. Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Ya hice una declaración, ¿no es suficiente? —Patrick se hundió en su incómoda silla de escritorio.

Charlie cogió la chaqueta de detrás de la silla y un bolso grande de cuero del suelo.

—Yo también he dado mi declaración, así que os dejo con lo vuestro. Repasaremos los planos el lunes, Patrick.

Asintió con la cabeza hacia él y le hizo un gesto con la cabeza a Kirby mientras se dirigía a la puerta. Una ráfaga de aire helado llenó el espacio cuando ella salió. Desapareció en cuanto cerró la puerta.

—¿Cómo puedo ayudarle, detective?

La voz de Curran sonaba ronca a causa del cansancio. Su nariz era de un rojo brillante. ¿Se había pasado la noche bebiendo? Kirby sabía mucho de eso y se enorgullecía de tener a Amy para enderezar su vida.

—Nos está costando entender el asesinato del joven John Morgan. Espero que pueda resolverme algunas dudas, señor Curran.

—Llámeme Patrick. Lo intentaré, pero apenas conocía al pobre desgraciado. Llevaba con nosotros menos de un año.

—¿Dónde trabajo antes de venir aquí?

—Les mandé su currículum a la comisaría. ¿No les ha llegado?

—Los detalles son escasos, por decir algo.

—¿Le importa si fumo?

—Solo si puedo acompañarle.

Mientras Patrick sacaba un cigarrillo de un paquete arrugado, Kirby encontró el suyo en el bolsillo. A medida que los encendían, un humo acre llenó el espacio. Patrick se echó hacia atrás y abrió la pequeña ventana tras él. Kirby agradeció el aire fresco y esperó a que el otro hombre rellenara el espacio con palabras.

—Mi jefe recomendó a John Morgan —dijo Patrick—. Gordon Collins.

—¿Eso era poco habitual?

—Trabajo para Collins desde hace casi una década y es un buen hombre. Jamás pondría en duda nada de lo que dijera o hiciera.

—¿Por eso no puso en duda su recomendación?

Patrick echó la ceniza al suelo y tomó otra calada.

—John resultó ser un trabajador excelente. Yo no tenía ninguna queja. Lo ascendieron a capataz. Hizo un buen trabajo. Es una gran pérdida. Solo era un chaval. Me resulta difícil de creer que se haya ido.

—Era un poco joven para ser capataz, ¿no?

Kirby recordó que John Morgan tan solo tenía veintiséis años.

—Tenía mucha experiencia gracias a su estancia en Australia. Trabajó en las minas de allá durante dos años. No había ningún empleo demasiado duro para él.

—Necesitamos localizar a su familia.

—Creo que sus padres están divorciados y su madre vive en el extranjero. No sé dónde está su padre. No hablaba mucho de su familia.

—¿Novia? ¿Novio?

—Parecía un poco solitario.

—Es raro que alguien tan joven no tenga amigos. ¿Hacía deporte? *¿Hurling*, fútbol? ¿Algo?

Kirby se aferraba a lo conocido, y Patrick lo sabía por la mirada de soslayo que le echó.

—Sé tanto como usted, detective.

—¿De verdad?

—Compartía esta oficina con él, pero él solo vivía para trabajar. No hablaba de nada personal.

—¿Ese era su escritorio?

Kirby señaló la pequeña mesa cuadrada detrás de él.

—Ni siquiera tenía un cajón, así que no creo que encuentre nada relevante.

El detective apagó el cigarro y se acercó al escritorio. Ojeó los papeles que había encima y buscó en el suelo. Como Patrick había dicho, no hizo ningún descubrimiento trascendental.

—No era un fantasma —añadió Kirby.

—¿Han mirado en su piso?

—Sí. Llevaba las llaves en el bolsillo. —Recordó el dormitorio escasamente amueblado. Tampoco habían dado con nada útil en su móvil—. Debía de tener una vida fuera del trabajo —dijo, medio para sí mismo.

—Si la tenía, yo no sabía nada de ella.

—¿Qué pasó con su capataz anterior?

—Se jubiló.

—¿Alguno de los trabajadores se ofendió cuando ascendieron a John?

—En absoluto. Ya nadie quiere esa responsabilidad. Puede hablar con ellos.

—Ya los estamos interrogando.

Kirby se rascó el cuero cabelludo. Nadie en la obra tenía nada de utilidad. John Morgan era sin duda un maldito fantasma.

37

Mientras Kirby abandonaba la oficina de la obra, un Range Rover plateado llegó a la valla metálica. Observó como la puerta se abría y dos pies enfundados en lo que le parecieron unas botas de agua de diseño pisaron el suelo. El hombre que siguió a los pies era alto y delgado, e iba vestido con unos vaqueros y un chaquetón verde encerado que ondeaba con la brisa sobre una camisa de cuadros. Se llevó una mano al sombrero de fieltro negro de su cabeza. Era alguien que quería causar una impresión, pensó Kirby, o se moría por parecer alguien que no era.

Se acercó a Kirby y, después de que el detective le mostrara su identificación, el hombre se quitó el sombrero para revelar un pelo oscuro y brillante cortado de una forma tan elegante como afilados eran sus ojos azul zafiro. Era más joven de lo que Kirby había pensado en un principio. De cincuenta y pocos, quizá. Tenía la piel bronceada, pero no curtida, y sujetaba el sombrero contra su pecho con los dedos largos de una mano mientras le tendía la otra.

—Gordon Collins —se presentó, y agarró con firmeza la mano de Kirby—. Bienvenido a mi proyecto estrella, que está a punto de irse a pique.

—Detective Larry Kirby.

—¿Esto es sobre el joven John Morgan? No me entra en la cabeza.

«Ni a usted ni a mí», pensó Kirby.

—¿Podemos hablar?

—¿Está Patrick dentro? —Collins señaló la oficina con su sombrero.

—Sí.

—En mi coche, entonces. Patrick es un cabrón entrometido.

Le dio la espalda a Kirby y subió al todoterreno.

—Bonito cuero —comentó Kirby sobre el diseño en color crema mientras se sentaba al calor del vehículo.

—Es un incordio mantenerlo limpio. ¿En qué puedo ayudarle, detective?

—Háble me de John. Creo que usted lo recomendó para este trabajo.

—Así es.

—¿Cómo lo conoció?

—A través de su madre, Brenda.

—Oh. Vale.

—No es lo que piensa. —Una sonrisa socarrona le atravesó el rostro antes de corregirse—. Es una conocida del negocio.

—No hemos identificado a ningún pariente cercano.

—No me sorprende. Brenda es una mujer reservada.

—Me gustaría ponerme en contacto con ella. Debemos informarla de la muerte de su hijo antes de que su nombre aparezca en la prensa.

—Ya lo sabe. La he llamado.

—Humm... —Kirby resopló—. Tenemos que llamarla a título oficial. —No le gustaba la petulancia de Collins—. Le agradecería que me diera su número y dirección.

—Podría, pero vive en Londres.

—Bien, aun así necesito los datos. ¿La conoce bien?

—Compró una de mis casas. Tenía la intención de trasladarse aquí dentro de un año. —Collins miró a través del parabrisas hacia algún punto en la distancia—. Dudo que eso ocurra ahora.

—¿Porque su hijo ha muerto o por otro motivo?

—Creo que su intención era vivir aquí con John hasta que enderezara su vida.

—¿Le ocurría algo?

—No, no quería decir eso, sino que la pusiera en orden.

—¿No la tenía en orden?

—Está tergiversando mis palabras.

—Perdóneme, señor Collins, pero nos está resultando difícil obtener información sobre John. Agradecería su ayuda.

—Mire, le di un trabajo como favor hacia su madre.

—¿Entonces la conoce bien?

—Solo de manera informal. La conocí en Londres en una conferencia sobre inversiones. Trabaja en la banca.

—De acuerdo. Continúe.

Kirby no estaba del todo seguro de que Collins le estuviera contando el verdadero alcance de su relación con la señora Morgan, pero no quería detenerlo.

—John había estado dos años en Australia con su padre, trabajando en las minas. Un trabajo agotador. Ganó mucho dinero, pero lo perdió jugando. Como he dicho, conocí a Brenda en una conferencia. Escuché su historia y me preguntó si podía darle trabajo a su hijo. Ella respondió por él y resultó ser un excelente empleado.

—¿Imagina quién lo querría muerto?

—No. A menos que una deuda de juego volviera para atormentarle.

—¿Una antigua o algo más reciente?

—Me aseguró que había terminado con eso. No tenía motivos para dudar de él. Patrick nunca se quejó de él.

—Patrick no ha mencionado nada sobre el juego —añadió Kirby.

—Por eso creo que lo había superado.

—Si no fue por una deuda de juego, ¿se le ocurre algo más?

—Su madre me preguntó lo mismo por teléfono y le daré la misma respuesta: no se me ocurre ninguna razón por la que alguien quisiera matarlo.

Kirby miró el lodazal a través del parabrisas.

—Parece que era solitario.

—Por lo que sé, le costaba hacer amigos y era muy reservado. Era muy trabajador; iba más allá de sus responsabilidades. Se llevaba bien con sus compañeros. Es una pena que los buenos mueran jóvenes.

—Eso dicen. —Kirby tenía la esperanza de vivir mucho tiempo—. John consiguió el puesto de capataz con mucha facilidad. ¿Alguno de los trabajadores no estuvo de acuerdo con la decisión?

—No que yo sepa. Patrick no mencionó nada y nadie se ha quejado.

Kirby se rascó la barbilla mientras pensaba si había alguna pregunta más que debía hacer, pero no le vino nada a la mente.

—Puede enviarme los datos de la señora Morgan por correo electrónico o con un mensaje de texto.

Le entregó su tarjeta.

—Lo haré enseguida.

—Y el padre de John, ¿cómo podemos contactar con él?

—Debería hacerle esa pregunta a su madre. Puede que siga en Oz. —Collins se giró con brusquedad en el asiento de cuero para mirarlo—. Mi empresa tiene problemas financieros y voy a cerrar la obra. Es algo temporal, hasta que recuperemos el flujo de caja. No intente relacionar la muerte de John con mis problemas económicos.

Kirby puso la mano en la puerta, listo para salir.

—Haremos lo que tengamos que hacer.

—Le advierto, no obstante, que Brenda es una mujer con mucho poder en el mundo de las finanzas. Harían bien en no hacerla enfadar, y sé que querrá que lleven al asesino de su hijo ante la justicia. Más pronto que tarde.

—Gracias por el aviso.

Una vez fuera del todoterreno, Kirby volvió a encenderse el cigarro. Se pasó una mano por el pelo alborotado y espeso, y caminó despacio por la parte inacabada de la urbanización hasta llegar a su coche. Se sentía más confuso que nunca.

* * *

Gordon permaneció sentado en su Range Rover durante un buen rato después de que el detective se alejara fumándose un cigarro. Vio llegar el camión de cemento que venía a verter la cimentación. ¿Patrick no había recibido el comunicado? Todos los suministros se habían cancelado.

Salió del coche y se colocó el sombrero en la cabeza. Se detuvo en la puerta de la caseta, se giró y echó un vistazo al trabajo realizado y al que quedaba por hacer una vez que se recuperara económicamente. Pero todo eso desapareció en cuanto pensó en John Morgan. El chico había sido un buen trabajador. Eso era cierto.

Y él lo había acogido bajo su ala. Pero su madre era un incordio. Brenda le llamaba con regularidad en busca de noticias sobre su hijo. ¿Volvía a jugar? ¿Cómo le iba en el trabajo? Él no era su padre, por el amor de Dios. Pero le había enseñado lo mejor que había podido. Nunca había querido un hijo. Demasiados problemas. Adoraba a sus hijas.

Entró en el despacho para desahogar su frustración con Patrick, que rara vez le contestaba. Justo lo que necesitaba.

38

Mientras limpiaba la cocina, sintió una presencia detrás de ella. Pero no se volvió. Permaneció concentrada en la pared. En la mano con la que sostenía el trapo húmedo.

—¿Qué les has hecho a mis baldosas?

No podría responder aunque quisiera, que no era el caso.

—¡Contéstame!

Ahora miraba a la mujer para que viera sus labios pegados con cinta adhesiva.

—Cielo santo. Eres estúpida. Igual que él.

La mujer avanzó y le arrancó la cinta de golpe, causando un doloroso escozor en los labios agrietados. Luego la examinó.

—Ha sido un accidente —graznó.

La mujer pasó el dedo por la pared y la olió.

—Huevos. Has tirado huevos contra mi pared, ¿verdad?

—No. S-sí. Lo siento.

—Lo lamentarás cuando termine contigo. Límpiala. La quiero reluciente y con olor a limón. ¿Hablo claro?

—Sí.

—Entonces, ¿qué haces ahí con la boca abierta? Ponte a trabajar.

La joven volvió a lo que estaba haciendo. Mientras metía el trapo en el fregadero, sintió un dolor agudo en la nuca cuando la mujer la golpeó con fuerza. Quiso gritar, pero se mordió los labios hasta que sangraron. Cuando la presencia desapareció detrás de ella, enjuagó el paño y volvió al trabajo.

Se preguntó si alguna vez escaparía, pero era un error. Debía concentrarse en el cuándo, no en el si.

39

Eran casi las once de la mañana cuando Shannon se levantó. El dolor de cabeza y de estómago eran el resultado de haber consumido demasiado alcohol y muy poca comida. Posó los pies en el suelo y apartó la mirada de la maraña de prendas de ropa desparramadas por la habitación. Un vistazo a la almohada manchada de máscara de pestañas le indicaba que se había dormido sin desmaquillarse.

Y entonces recordó.

La incómoda sensación de que la seguían a casa.

Pensó en llamar a Jess para contárselo, pero entonces se acordó de que estaría en el trabajo. ¡En el trabajo!

—Oh, no —gimió.

George estaba tan enfadado con ella que no la había despertado para que fuera a trabajar. Otro día de ausencia por enfermedad no le gustaría a su jefe, por mucho que odiara trabajar de limpiadora en el hospital. Quizá debería llamar a la agencia de acompañantes para comprobar si la habían emparejado con alguien.

Rebuscó debajo de la almohada hasta que encontró el teléfono. Sin batería. Con el cuerpo dolorido, buscó el cargador. Aún estaba en el enchufe de la pared. Lo conectó y esperó. Cuando cobró vida, apareció la fecha. Sábado. No tenía que trabajar. Gracias a Dios

Acurrucada en la cama, con el móvil en la mano, fue incapaz de deshacerse de la sensación que había tenido la noche anterior de camino a casa. Y entonces había aparecido una sombra en la puerta principal. ¿Debía decírselo a George? No, primero tenía que devolverle el dinero que se había gastado. Tenía miedo de preguntarle cuánto le debía. Sin duda, le soltaría la cifra a lo largo del día.

Cuando el teléfono se hubo cargado suficiente, vio cómo se iluminaba la pantalla con notificaciones, llamadas perdidas y

mensajes.

—¿Qué narices?

Con los ojos como platos, se preguntó qué estaba pasando. Las notificaciones eran de Facebook e Instagram. Pero las llamadas perdidas y los mensajes eran todos de Jess.

Los leyó a toda prisa.

John Morgan estaba muerto. ¿Cómo? ¿Cuándo?

Pasó la mirada por el resto de los mensajes de su amiga. En su mayoría eran preguntas: «¿Dónde estás? Coge el teléfono», «¿Te has enterado?», «Responde ya, venga», «¿Es el John que conocías?», «Está muerto», «Asesinado».

Releyó el último mensaje.

«Asesinado».

Las manos le temblaban sin control. Dejó caer el móvil sobre la cama. ¿Qué estaba ocurriendo? Lo único que sabía con certeza era que estaba aterrorizada.

Tras darse una ducha y recogerse el pelo en un moño desaliñado, Shannon se vistió con unos tejanos limpios y un jersey blanco de punto. Se puso los calcetines y las botas, y descolgó un chubasquero de la parte de atrás de la puerta de su habitación antes de bajar.

—Por fin se levanta la Bella Durmiente —dijo George cuando ella entró en la cocina.

—Creía que tenías trabajo que hacer.

—Estoy cuidando de Davy, ya que mi hermana borracha, que se ofreció a ayudar, tiene resaca.

—Podrías haber llamado a la puerta.

Metió una rebanada de pan en la tostadora.

—¿Crees que no lo he intentado? Era como si estuvieras muerta. He hecho de todo menos echarte agua fría por encima.

—Vale. Perdona. Esta noche no saldré.

—¿A dónde vas ahora?

—A ver a Jess.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Accionó el interruptor de la tostadora y el pan apareció, todavía blando. Sin esperar a untarlo, mordió una esquina

y masticó—. ¿Has oído algo más sobre el asesinato de esa chica?

—Solo lo que ha salido en las noticias.

—Jess me ha dicho que han matado a alguien más. Un hombre.

—Lo he leído en internet. Un obrero de la nueva urbanización de lujo. Pine Grove.

—Va a ser un lugar maravilloso cuando esté terminada. Algún día viviré allí. ¿Han dicho quién es o qué le ha pasado?

—Todavía no hay un nombre. ¿Por qué? ¿Lo conoces?

—¿Cómo voy a saber si lo conozco, Einstein, si no sé su nombre?

Se preguntó cómo Jess tenía el nombre si aún no se había hecho público. Tal vez estaba por todo Twitter.

—Madre mía, necesitas dejar la bebida. Tratar contigo es como tratar con diez bolsas de gatos resacosos.

—Solo tengo hambre. —Se dio la vuelta para irse—. Me compraré un burrito de pollo en la gasolinera de camino a la ciudad.

—Hazme un favor, ya que te gastaste todo mi dinero anoche.

—¿Qué quieres? ¿Uno doble de pechuga de pollo?

—No, llévate a Davy. Anoche me dijiste que te ocuparías de él, y tengo trabajo que hacer o me despedirán, y entonces sí que tendremos un problema.

Señaló el portátil sobre la mesa.

—Pero está enfermo.

—Un par de viajes en los columpios del parque lo animarán. No es bueno que esté encerrado todo el día.

—Si me prestas veinte dólares, me lo llevo.

—Virgen santa, Shannon, no estoy hecho de dinero. Voy a por su abrigo.

—El dinero primero.

Rebuscó en su cartera.

—Solo tengo uno de cincuenta.

Ella se lo arrebató de la mano.

—Te devolveré el cambio. Te lo prometo.

* * *

Tras el incidente del plato volador, no podía relajarse en su espacio seguro habitual. Entró en el coche y se marchó de la casa justo cuando ella llegaba. Bien, porque se veía incapaz de enfrentarse a ella. Ahora no. No después de todo lo que había ocurrido.

Un imán invisible lo atrajo hasta Cairnbeg, la extensa urbanización en la que había estado la noche anterior. Aparcó en el lado opuesto a la casa donde la había visto entrar y echó el asiento hacia atrás ocultándose.

La puerta se abrió al cabo de un rato y ella salió. Llevaba un gorro infantil en la cabeza y un chubasquero morado. ¿A qué esperaba? «Venga, guapa, muévete», pensó.

La chica estiró la mano y fue entonces cuando vio el carrito.

—Un niño. ¡Otra con un niño! ¿Todas tienen hijos? —Cuando su aliento empañó el parabrisas, se dio cuenta de que había hablado en voz alta. ¿Su vida podía ir a peor?

La observó mientras se abría paso por la urbanización. ¿Debía seguirla? Sí. ¿En el coche? No. Podría estar de camino a algún sitio donde él no pudiera conducir. A pie, entonces.

Sacó su bufanda del asiento trasero y cerró el coche. Se la ciñó al cuello para protegerse de la brisa de media mañana y se colocó detrás de ella. Caminaba despacio, así que él aflojó el paso. ¿A quién vería si miraba hacia atrás? A un hombre con una gorra calada hacia la frente y una bufanda alrededor de la boca. Su chaqueta negra y anodina y sus pantalones del mismo tono.

Tal vez podría alcanzarla. Hablar un poco. Averiguar qué le gustaba. «No, mantén las distancias y no cometas ningún error». Sus pensamientos se hacían eco de lo que *ella* diría, y eso le enfurecía. Se metió las manos en los bolsillos y caminó tan despacio como pudo, sin parecer más sospechoso de lo que ya era.

* * *

Sentada en el frío banco del parque, Shannon tenía la vista fija en Davy. Los granitos habían desaparecido un poco y ella esperaba que la fase contagiosa hubiera pasado. Además, no quería que nadie

hiciera comentarios sobre su varicela. Jess podía ser muy insistente cuando quería.

Mientras miraba el móvil con un ojo puesto en el pequeño, descubrió que no había recibido noticias de su amiga desde que le había pedido que quedaran. Cuando se disponía a guardarlo para ir a empujar al niño en el columpio, este sonó. Miró la identificación del llamante. ¿Para qué la llamaba? Se suponía que todo se tramitaba a través de la página web.

—Hola —dijo ella vacilante.

—Shannie. Te he conseguido una cita. Esta noche. ¿Te interesa?

—Claro. Espero que esté forrado. Estoy sin blanca.

—Él ya sabe que no tienes que hacerte cargo de ningún coste. Le mandaré tu número para que haga los preparativos.

—¿Por qué no lo hacemos a través de la web?

—Es todo un poco raro ahora mismo. ¿Has oído las noticias?

—¿Sobre qué?

—Sobre la mujer asesinada. Hay guardias por todas partes, pero tú no te preocupes por nada. Todo se tranquilizará en uno o dos días.

—¿De qué hablas? —Un comezón le ascendió por la columna vertebral hasta llegarle a la base de la nuca—. ¿Por qué te investiga la Garda?

—No he dicho eso. No te preocupes. Estoy lidiando con ello. Que tengas una buena noche.

Le colgó antes de que ella pudiera hacerle más preguntas. Se refería a la chica asesinada, Laura Nolan. La conoció el año pasado. ¿Y qué pasaba con John Morgan? Si Jess no se había equivocado de nombre. ¿Su asesinato estaba relacionado con el de Laura? ¿Significaba eso que ella también estaba en peligro?

Alzó la mirada para ver a Davy colgando de las anillas con sus manitas.

—¡Madre mía, Davy! ¿Cómo te has subido ahí?

Corrió hacia él.

—El hombre amable me ha ayudado.

—¿Qué hombre? ¡Davy! ¿Qué hombre?

—Se ha marchado.

—¿A dónde?

Miró a su alrededor, pero no vio a nadie más.

—Colúmpiame.

—¿Dónde está el hombre?

—No lo sé. ¿Me columpias?

Le ayudó a bajar de las barras y lo llevó a los columpios.

El vello de su nuca se negaba a bajarse. Tenía la misma sensación que la noche anterior.

La estaban observando.

40

La joven garda se estaba esforzando mucho por ser amable y de ayuda y, sin embargo, le estaba hinchando las narices a Diana como un grano turgente. Quería espacio y tranquilidad.

—Martina, ¿podría llevarse a Aaron para que le dé el aire? Solo para que salga de casa. No me siento con fuerzas para hacerlo yo misma.

La maldita garda se negó.

—Lo lamento, Diana. Tengo que quedarme con ambos.

¿Temía separarlos? ¿Había un motivo mayor? Diana no tuvo que fingir un dolor de cabeza para escapar de la situación, porque ya le daba punzadas.

—Entonces, me voy a acostar un rato.

—Le traeré una taza de té —ofreció Martina.

—No, quiero cerrar los ojos durante media hora. ¿Estará bien con Aaron aquí abajo?

—Mmm, sí. Claro.

No parecía muy segura, pero Diana no podía preocuparse por eso ahora. Necesitaba calmar la mente.

En su habitación, se tumbó en la cama deshecha con ganas de gritar. Llorar y gritar venía bien a veces, ¿no? Se sentía perdida en un mar de incertidumbre putrefacta. Las preguntas del detective la habían puesto de los nervios. ¿Por qué había mencionado que a Laura le habían denegado una hipoteca? ¿Investigarían más allá? Si lo hacían, ¿qué encontrarían?

¿Y qué ocurría con el otro asesinato? John Morgan. ¿Y lo de que Laura era *escort*? ¿De qué iba eso? ¿Lo que el detective había dicho era siquiera cierto? No tenía motivos para mentirle. Debía de ser cierto.

¿Laura se había metido en un antro de vicio y perversión?

De tal palo, tal astilla.

* * *

Lottie hablaba con McKeown mientras Boyd estaba ocupado redactando la orden para obtener acceso a la base de datos de Greg Plunkett, quejándose de lo difícil que iba a ser sacar a un juez de un campo de golf un sábado.

—¿Cómo te ha ido con Diana Nolan?

—No muy bien. Está nerviosa por el asesinato de su hija, como era de esperar. Pero me ha dado la sensación de que oculta algo. Aunque podría estar equivocado.

—Martina podría hacer que se abra. —Lottie lo pensó por un momento—. No crees que Diana haya matado a su propia hija, ¿verdad?

—No, nada de eso, pero no hay nadie que pueda corroborar su coartada. Estuvo cuidando a su nieto esa noche. Está delgadísima. De ningún modo sería capaz de llevar el cuerpo de Laura hasta donde la encontramos. Además, a ella no le habría costado nada defenderse.

—Podría haber tenido ayuda. ¿Pero el motivo?

—Ninguno que se me ocurra.

—Y ahora tiene que criar al hijo de Laura —añadió Lottie—, así que dudo que la haya matado.

—Ha mencionado que a Laura le denegaron una hipoteca. Quería comprar una casa.

—Greg Plunkett ha dicho que necesitaba el dinero para una fianza. ¿Dónde estaba buscando?

McKeown miró a Lottie muy serio.

—Diana dice que mencionó Pine Grove.

Ella se enderezó.

—¿Qué? Donde encontramos el cuerpo de John Morgan. ¿Sus asesinatos podrían estar relacionados?

—El *modus operandi* es distinto. Es una casualidad.

Tal vez tenía razón, pensó ella.

—Supongo que ahora mismo es la única urbanización nueva en la ciudad. Pero lo normal es que primero tratara de alquilar algo o

ponerse en lista para vivienda pública.

Kirby entró mientras ella se acomodaba detrás de su escritorio.

—Mira quién ha llegado —dijo ella—. ¿Cómo te ha ido?

—He conocido al promotor, Gordon Collins. Es un tipo elegante. Deberías haber visto el todoterreno que conduce. Tiene asiento de cuero color crema y entra y sale con él a las obras.

—¿Qué tenía que decir?

—La madre de John Morgan, Brenda, le pidió a Collins que le diera un trabajo a su hijo. Ella vive en Londres. Es una figura importante en la banca de allí. Me pregunto cómo es posible que Collins sepa tanto sobre ella y la familia. El padre está en Australia desde hace años, según él, y allí es donde John trabajó antes de volverse adicto al juego.

—¿En serio?

—Collins dice que John se había desenganchado, pero podría haber algo. Yo sé lo difícil que es dejar ese vicio en concreto.

—Vale. Tendré que contactar con la madre e informarle de...

—Collins ya se lo ha dicho.

—¿Qué? —Ella sacudió la cabeza—. ¿Has dicho en Londres?

—Sí, y me ha confirmado que le compró una casa.

—¿Tienes sus datos de contacto?

—Sí.

Le pasó lo que Collins le había enviado.

—¿Algo más?

—Investigaré la adicción al juego de John. Tal vez tuvo una recaída y lo asesinaron por una deuda de juego.

—Quizá. Ojalá Lynch estuviera aquí. Es muy buena buscando datos bancarios.

—Boyd tampoco lo hace mal.

—Pide una orden para revisar las finanzas de John Morgan y a ver qué encuentras. La madre podría dar su consentimiento, pero no está de más tenerla por si acaso. Y de paso, prepara una para comprobar las de Laura Nolan también. A trabajar.

—Vale, jefa.

Cuando Kirby salió de su despacho, Boyd apareció en la puerta agitando una hoja de papel.

—Tengo la orden redactada para la base de datos de Plunkett.

—Llévasela a la super. Que la lea antes de que le llegue al juez.

—¿Crees que ese antro es asunto de la unidad antivicio?

—A lo mejor, pero primero debemos investigar si está involucrado en el asesinato. Si Farrell lo menciona, ponle alguna excusa. Ahora mismo necesitamos tener esto bajo control.

—Si estás tan segura.

Se volvió para marcharse.

—¿Boyd? Me gustaría que llamaras a Charlie Lennon, la agente inmobiliaria.

El rostro de él se iluminó, y ella se sintió mal por tener que desinflarle las ilusiones por la casa nueva.

—No es para comprar una casa. Necesito que descubras qué sabe sobre Gordon Collins y la obra de Pine Grove.

—Hemos interrogado a todos los trabajadores y, por lo que he leído en las notas, parece que nadie tenía nada malo que decir sobre John Morgan. Sin embargo, ninguno de ellos trataba con él fuera del trabajo ni sabían cómo era en realidad.

—Me gustaría saber de qué palo van Patrick Curran y Gordon Collins. Mira a ver si tu señorita Lennon puede arrojar algo de luz sobre ellos.

—¿Mi señorita Lennon? Venga ya, eso no es justo.

Se esfumó antes de que ella pudiera disculparse. ¿Desde cuándo Boyd se ofendía por una broma?

Observó el número de Brenda Morgan preparándose las preguntas que necesitaba hacerle a la madre afligida, y la principal era quién querría matar a su único hijo.

41

El Cafferty estaba extrañamente silencioso cuando Boyd llegó a su cita con Charlie Lennon. La agente inmobiliaria estaba sentada en una mesa pequeña. La saludó levantando la mano cuando le miró. Su sonrisa parecía hacer relucir su blusa blanca en el rincón tenue. Él pidió el sándwich especial de la casa y se sentó frente a ella preguntándose cómo iba a comerse algo tan grande sin parecer un idiota.

—Me alegro de que hayas podido venir con tan poca antelación —dijo él.

—Has tenido suerte de dar conmigo. He ido a la oficina para revisar unas cosas. Solo trabajo medio día los sábados. —Dejó su sándwich en el plato y se limpió los labios con una servilleta antes de estirarse las rodillas de los pantalones azul oscuro—. No me has dado ninguna pista, pero me encantaría saber si vas a comprar en Pine Grove.

Él se sonrojó. Era hora de ponerle los puntos sobre las íes, pensó mientras le traían el sándwich junto con una taza de té.

Ella siguió hablando.

—Con los tipos de interés por las nubes, e incluso aunque es difícil negociar al ser una casa nueva, estoy segura de que podría conseguir rebajar un poco el precio, si estás decidido.

—Eh, todavía no lo estoy. La semana que viene se va a detener la construcción, así que no hay prisa, ¿verdad?

—Es un parón temporal. Ocurre a menudo. Se debe al flujo de caja y a otras cosas aburridas. Lo mejor es que estés en la lista de reserva mediante anticipo.

—Me lo pensaré. —Se sirvió el té y añadió un chorrito de leche —. Charlie, te he pedido que nos viéramos para hablar del asesinato de John Morgan.

Acunó la taza de café aromático con las manos, se pasó la lengua por los dientes y lo miró.

—Así que, después de todo, no estás interesado en comprar una casa en Pine Grove.

—Tengo mucho en lo que pensar y necesito hablar con el banco, pero no lo he descartado —dijo sintiendo que sus palabras eran ciertas.

—No creo que tu pareja quedara muy impresionada.

Ahí yacía el problema.

—Es que somos una familia compuesta. —Pensó en ello un momento. ¿Eran siquiera una familia, ya fuera compuesta o no?—. Te prometo que te llamaré en cuanto tomemos una decisión.

—Vale. —Colocó la taza en la mesa—. ¿Qué quieres preguntarme sobre el asesinato?

—Sé que no reconociste el cuerpo cuando lo descubrimos, pero ¿conocías a John Morgan?

—No lo reconocí porque estaba muerto. Está en mi declaración. Puede que lo viera en la obra, pero no sabía nada de él.

—De acuerdo. ¿Qué puedes contarme sobre Patrick Curran?

—¿Por qué quieres información sobre él? Dime, Mark, ¿esto es el procedimiento habitual, lo de interrogarme aquí? —Hizo un gesto señalando el entorno del *pub.*

—Creo que podrías ayudarme. Un interrogatorio en un ambiente estéril no siempre da los resultados esperados.

Le dio un trago a su té e ignoró el inmenso sándwich que empezaba a hundirse en el plato.

—¿Eso significa que cualquier cosa que diga no se podrá usar en el juicio? O como se diga. —Le dedicó una sonrisa reluciente.

—Correcto. —Entonces lo pensó. ¿Y si le confesaba algo de vital importancia para la investigación? Sin embargo, carecían de información en ese momento, así que cualquier cosa de utilidad que pudiera darle sería mejor que nada—. Te he preguntado por Patrick Curran.

—Solo le conozco en el ámbito profesional. —Agarró la taza de nuevo.

—¿Hay algo que tenga que saber?

—Por lo que he oído, Patrick es un buen padre de familia. Es genial hablar con él. Eso. No hay nada de lo que debas preocuparte. Intenta endosarle el asesinato a otro.

—No quiero endosarle el asesinato a nadie.

—Es lo que parece desde mi punto de vista.

El destello de sus ojos había desaparecido, e incluso sus dientes habían dejado de relucir, tal vez a causa del café que había estado tomando.

—Te pido disculpas, Charlie. Creía que, como persona ajena, podrías ayudarme. Lo siento.

Ella dejó el café, envolvió lo que le quedaba de sándwich con una servilleta y se lo metió en el bolso. Lo único que oía era el monótono zumbido del televisor detrás de la barra. Boyd miró su sándwich. El estómago le rugió, pero era imposible hincarle el diente sin que la mitad le cayera por la camisa. Debería haber pedido un cuchillo y un tenedor.

—Estoy esperando a que me preguntes sobre Gordon Collins —dijo ella al fin, con una mano en la tira del bolso mientras lo atravesaba con la mirada.

—Adelante, ¿qué puedes contarme de él?

—Collins es el polo opuesto de Patrick. Se pasea arrogante por aquí como un puto pavo real. Disculpa mi lenguaje, pero no lo soporto.

—¿Te ha hecho algo?

—Es solo su actitud prepotente.

—Cuéntame más.

—Está casado, pero ahora mismo está separado, quizá divorciado. No lo sé. Tiene una ristra de hijas y las adora a todas.

—¿Cómo lo sabes?

—Una vez dio una fiesta de Navidad. Invitó a un montón de personas de negocios, incluido el dueño de la agencia donde trabajo. Me delegaron la asistencia. Ver a Gordon Collins en su casa, con su prole de niñas obedientes, me abrió los ojos. No tenía nada que ver con los alardes y aspavientos que suele hacer. Y, aunque están separados, si no besó a su mujer en la mejilla veinte putas veces, no lo hizo ninguna.

Boyd sonrió. Pensó que la palabrota sonaba extraña en sus labios.

—¿Era para aparentar?

—Lo más probable.

Comprobó sus notas y añadió:

—Vive en una casa muy mediocre, ¿verdad?

—Engaña. Es bastante grande ahora que la ha reformado. Todo ventanales y mierdas con vistas al lago Ladystown. De todos modos, lo único que sé es que cierra la obra un tiempo hasta que resuelva los problemas financieros.

—¿Y John Morgan? Parecía un hombre solitario. Es pronto, pero aún no hemos localizado a nadie que lo conociera fuera del trabajo.

—No puedo ayudarte con eso. Lo siento.

—Te agradezco que hayas hablado conmigo, Charlie.

—Está bien, incluso aunque me hayas hecho venir bajo falsos pretextos.

—No he mencionado de qué quería hablar en ningún momento —respondió él serio.

Ella sonrió y se le volvió a iluminar el rostro.

—Ya sabes dónde encontrarme cuando tomes una decisión sobre la casa.

Se puso un cálido abrigo de lana y se enrolló una bufanda de forro polar alrededor del cuello. Cuando la puerta se cerró con suavidad tras ella, Boyd permaneció envuelto en su perfume.

42

—Ostras, qué frío hace aquí. ¿Mamá ha olvidado encargar el gasoil?

Chloe fue al pasillo y cogió un forro polar del atestado perchero.

—El tejado tiene una filtración. Otra vez. —Katie removió una taza de té—. Puede que entre aire frío por ahí.

Chloe encendió la tetera para prepararse una taza de té. Por el sonido que hizo, estaba claro que estaba vacía.

—Jolín, Katie, podrías haber puesto agua para más de una taza.

—Lo siento.

—¿Dónde está Louis?

Llenó la tetera y la encendió antes de sentarse en el borde de la mesa, donde observó a su hermana mayor.

—Está arriba con Sean —contestó esta—. Jugando al FIFA.

—Es demasiado joven para jugar a videojuegos.

—Es un juego de niños. Sean dice que Louis es mejor que él.

—No es bueno que pase mucho tiempo delante de una pantalla.

—¿Y tú qué sabes de eso, Chloe?

—Da igual. No quiero discutir por esto.

—Me parece bien.

Chloe se inclinó hacia su hermana.

—Lo que sí quiero son todos los detalles jugosos sobre este tal Jackson.

—La tetera está hirviendo.

—No es verdad.

—Lo hará en un minuto.

—¿Tan bien está?

—¿Qué quieres decir?

—Si no quieres hablar de él, significa que te gusta. Pero no olvides lo que pasó con el último tío...

—¡Para! —Katie levantó la mano—. No quiero hablar de eso.

—Vale, pero dime cómo es Jackson. ¿Lo vas a traer a casa para que conozca a mamá?

—¿De qué vas? Y la tetera sí que ha empezado a hervir ahora.

Con un suspiro, Chloe se bajó de la mesa de un salto y se preparó un té.

—¿Quieres otro?

—Estoy bien.

—En esta casa no estaría de más dar las gracias de vez en cuando.

—Pues gracias. Tengo cinco minutos de relax al día. Déjame en paz, ¿vale?

Chloe revolvió la bolsita de té y la apretó contra el borde de la taza con la cuchara. Necesitaba uno fuerte. No había dormido muy bien y se avecinaba otro largo turno en el *pub*. A pesar de eso, Katie le preocupaba. Se llevaban como el perro y el gato la mayor parte del tiempo, pero no le gustaba que su hermana estuviera de mal humor.

—Sabes que puedes hablar conmigo si...

—¿Estás sorda? He dicho que quiero un poco de paz. —Se levantó de un salto—. ¡Madre mía!

Dejó la taza en el fregadero con estrépito y salió furiosa de la cocina. Temblando en la habitación helada, Chloe se preguntó si en esta vida llegarían a ser amigas, además de hermanas.

La puerta trasera se abrió, y la abuela Rose entró con dificultad con una abultada bolsa de la compra.

—¡Abuela! Deja que te ayude. ¿Qué haces aquí?

—Menuda bienvenida. ¿Y quién es usted, señorita?

—Soy Chloe —contestó con un gemido, consciente de que debía darle más explicaciones—. Tu nieta. Viví contigo un tiempo el año pasado para cuidarte. ¿Te acuerdas?

—No necesito que nadie me cuide. Soy capaz de hacerlo sola, gracias.

—Claro que sí. ¿Qué es todo esto, abuela?

Chloe subió la bolsa a la mesa y empezó a sacar la compra. Una palmada en la mano la detuvo.

—Deja eso, señorita. Es mío. ¿Me estás robando, además de mentirme? Se lo voy a decir a Peter.

Chloe se apoyó en la mesa. No había conocido al abuelo Peter. Murió cuando su madre era una niña.

—¿Puedo ayudarte con la compra?

Rose hizo una mueca de confusión y los ojos se le empañaron.

—Estoy en la casa equivocada.

—En realidad no. Esta es la casa de tu hija Lottie.

—¿Ah, sí?

—Sí, abuela. Escucha, ¿puedo llevarte a tu casa? Encenderé el fuego y te ayudaré a instalarte.

Rose seguía mirando a su alrededor. A Chloe se le encogió el corazón cuando vio que se le escapaba una lágrima por el rabillo del ojo. Abrazó a Rose y la guio hasta una silla.

—Una taza de té te sentará bien.

—Chloe, ¿verdad? Mi viejo cerebro está hecho un lío.

—No te preocupes. A mí me pasa igual en el trabajo. Dos pintas de Guinness se convierten en tres Budweiser en lo que tardo en girarme hacia los grifos.

Rose asintió distraída y se secó los ojos.

—Hace frío aquí. ¿Tu madre se ha vuelto a olvidar de pedir gasoil?

—Sí, abuela, algo así —respondió entre risas mientras preparaba el té en una tetera como le gustaba a su abuela.

43

A Boyd le resultó difícil reconocer su propio apartamento cuando llegó de trabajar. Podría ser el cansancio del día que le nublaba la vista después de una larga jornada, pero sospechaba que Grace había estado ocupada. La última vez que había limpiado las habitaciones debió de ser antes de irse a España con Sergio.

Fue a abrazar a su hermana, que odiaba el contacto humano y se apartó de él.

—Gracias, Grace, has hecho un gran trabajo.

—He tenido mucha ayuda. —Se pasó la mano metida en un guante de fregar por la frente, dejando una mancha de lo que parecía grasa, antes de señalar a Sergio. El chico estaba quitando el polvo de la repisa de la ventana—. Mi sobrino es el mejor.

Boyd abrazó a Sergio, que no se inmutó ante el contacto.

—¿Has pasado un buen día con la tía Grace?

—Ha sido interesante. —El niño de ocho años le entregó el paño polvoriento—. ¿Puedo ver la tele?

—Claro.

—Todavía no puede. Tiene que acabar lo que estaba haciendo. —Grace se acercó corriendo, recuperó el trapo y se lo puso en la mano—. Ya casi has terminado.

—Mamá tenía una limpiadora en Málaga —murmuró mientras se ponía a ello con la cabeza gacha.

Boyd suspiró. Sergio apenas mencionaba a su madre muerta. Y, a decir verdad, él también evitaba esa conversación. Esperaba que Grace hubiera mantenido la boca cerrada sobre su exmujer, aunque, si le preguntaban, respondía con sinceridad.

—Los dos habéis hecho un trabajo increíble. ¿Qué os parece si pido comida para celebrarlo?

—¿Pedir comida? —Grace parecía horrorizada—. He preparado un maravilloso estofado de carne. Sergio lo ha devorado. Tu plato

está en el horno.

Mientras buscaba un cuchillo y un tenedor en el cajón reorganizado, Boyd dijo:

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte, Grace?

—¿Es una manera de decir que no me quieres aquí?

—Dios, no. En absoluto. Yo solo...

—No olvides que fuiste tú quien me pidió que viniera a ayudarte hasta que encontraras una niñera para Sergio. ¿Has cambiado de opinión?

—No, no. Me encanta tenerte aquí. Comida y limpieza gratuitas.

—Nunca dije que lo haría gratis. —Se despojó de los guantes y los puso en remojo en un barreño. Luego sacó un inhalador del bolsillo y lo presionó varias veces—. Tengo una vida, Mark Boyd. Pero quiero ayudar a mi único hermano. Somos todo lo que queda del linaje Boyd, excepto Sergio, y solo es un niño. Es justo que hagamos cosas el uno por el otro.

—Voy un poco mal de dinero —le confesó—. Intento encontrar la forma de conseguir financiación suficiente para comprar una casa.

—No hablo de dinero, pero si de verdad lo necesitas, podemos vender la casa de mamá.

—Es tu casa, Grace. Vives allí.

—No, no vivo allí.

—¿Qué estás diciendo?

Casi se le cae el plato caliente al sacarlo del horno con las manos desnudas. Ella había cambiado los guantes de horno de su lugar habitual en el armario de las ollas. No tenía ni idea de dónde los podía encontrar.

—Me voy a casar. Me he mudado con él.

—¿Él?

Boyd colocó el plato en la barra y esperó mientras su hermana se molestaba en colocar un salvamanteles para proteger la superficie.

—Bryan.

Grace deletreó el nombre.

—¿Qué? —preguntó confuso, levantando los brazos.

—Con i griega, no con i latina.

—Ah. ¿Y cómo es Bryan en las distancias cortas?

—¿En las distancias cortas?

—Es una expresión.

—¿Por qué la gente habla con acertijos?

Boyd quería saber mucho sobre la vida de su hermana.

—¿Dónde conociste a Bryan con i griega?

—No hace falta que te hagas el listillo.

—Lo siento.

—Nos conocimos por internet.

—¿Cómo? Nunca se te ha dado bien la tecnología.

—No es tan complicado registrarse en una web de citas.

Sergio soltó una risita en el salón, que estaba separado de la cocina por la barra americana.

—Eres un dinosaurio, papá.

—Parece que sí. —Volvió a abrir el cajón de los cubiertos, aún confuso por la reorganización. Encontró un tenedor. Le serviría. Cogió un taburete y empezó a comer—. Cuéntame más.

—No hables con la boca llena.

—Lo siento. Quiero saberlo todo sobre el hombre con el que te vas a casar.

—No será una boda tradicional. No me gusta eso de vestir de blanco y llevar un ramillete enorme. Prefiero las flores silvestres. Las recogeré en los barrancos.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo voy a ir a por las flores?

Sonrió y se pasó el pelo por detrás de las orejas.

—¿Quién es ahora la tocapelotas?

—Esa boca. —Grace nunca hablaba mal.

—Vamos, cuéntamelo todo. Por cierto, esto está buenísimo.

—Gracias. —Ella se sentó en un taburete frente a él, complacida por el elogio—. Bryan tiene sesenta y cuatro años. —Debió de notar su expresión incrédula—. No te preocupes por la diferencia de edad. Somos un buen equipo. Le ayudo en su granja.

Tragó un bocado de estofado con la esperanza de no decir algo que la hiriera.

—¿Dónde está la granja?

—A ocho kilómetros de la casa de mamá, que en paz descanse. Tiene veintiocho hectáreas. Suficientes ovejas y lana para hacer diez alfombras.

—¿Para qué necesitas diez alfombras? —preguntó Sergio desde el sofá.

Tenía la televisión encendida con el sonido bajo.

—Voy a tener una casa grande. La casa de Bryan es demasiado pequeña. Ya han hecho los planos para ampliarla.

—¿Y cuándo es la boda?

—En junio.

Boyd casi se atraganta.

—¿Este junio? No falta mucho.

—Aún tiene que pasar febrero, marzo, abril y mayo. Así que no será mañana.

¿Estaba bromeando? Dedujo que hablaba muy en serio. Grace no bromeaba. De hecho, intentaba no hacerlo.

—¿Por qué me entero de esto ahora?

—No me habías preguntado.

Tenía razón. Estaba tan atrapado en su propia vida que rara vez contactaba con ella. No hasta que la había necesitado.

—Lo siento mucho. Debería haberte llamado más a menudo.

—Deberías.

—¿Cuándo conoceré a Bryan?

—Trabaja todos los días en la granja desde las seis de la mañana a las siete de la tarde. Va al *pub* los sábados por la noche y a misa los domingos. Así que elige la hora que más te convenga.

Como no estaba seguro de lo que quería decir, decidió dejarlo ahí.

—Este estofado es maravilloso.

—Ya deberías saber que todo lo que hago, incluso cocinar, es siempre de alta calidad.

—Lo sé.

Y esperaba que su futuro marido, de sesenta y cuatro años, del que nunca había oído hablar hasta hacía unos minutos, también entendiera cómo era Grace. No podía quedarse de brazos cruzados viendo cómo herían a su hermana.

* * *

La casa era como un cubo de hielo. Lottie sitió que el aire frío le golpeaba en la cara mientras cerraba la puerta principal tras ella. Se deshizo de las botas, colgó el abrigo y se encaminó a la cocina, con la esperanza de que hiciera más calor que en la entrada. Ni en sueños. Pero se olvidó del frío cuando vio a Rose sentada a la mesa.

—¿Qué haces aquí, madre? —Enseguida se dio cuenta de lo mal que había sonado—. Quiero decir, me alegro de verte, pero es tarde.

—Si es tan tarde, no deberías estar fuera. ¿Dónde estabas?

—Trabajando.

—¿Dónde?

—En la comisaría.

—¿Estaba tu padre...? —Rose se detuvo como si de repente se diera cuenta de que estaba viviendo en la época equivocada—. Oh. Qué cabeza la mía. Lo confundo todo.

Lottie vio como su madre jugueteaba con una cuchara dentro de una taza vacía, y se apresuró a sentarse a su lado.

—¿Estás bien? Quédate aquí esta noche. O puedo ir a tu casa. ¿Te apetece?

—No, no. Estoy bien. —Rose la miró fijamente; un brillo opaco le cubría los ojos—. No sé por qué he venido.

—Has traído comida, abuela —dijo Chloe, que salió del lavadero mientras se subía la cremallera del abrigo.

—Creo que era para mí. O quizá no.

Lottie posó una mano sobre la de su madre para tranquilizarla y preguntó:

—¿Has comido?

—Creo que sí. Tal vez.

—Buscaré algo en el congelador. ¿Te parece bien pescado frito con patatas? Me muero de hambre.

—Una cazuela de pollo no estaría mal. Te prepararé una mañana.

—Eso sería genial —contestó Lottie, que captó la mirada de Chloe. Era probable que Rose no recordara esta conversación en

diez minutos, y mucho menos mañana.

—Me voy —dijo la joven, y besó a su abuela en la mejilla.

—¿Dónde está Katie? —preguntó Lottie antes de que Chloe se marchara.

—Preparándose —dijo a medio camino de la puerta.

—¿Para qué?

—Para salir.

—¿Adónde?

—Será mejor que se lo preguntes tú misma. Casi me arranca la cabeza.

—¿Y quién va a cuidar de Louis?

—Su ídolo, Sean. Adiós. —La puerta trasera se cerró con delicadeza cuando Chloe se fue.

Lottie miró a su madre y la cocina desordenada, y se preguntó por dónde empezar. Cuando se dispuso a encender el horno, Sean entró con Louis a cuestas.

—Hola, mamá. Has llegado pronto. —Levantó a Louis en brazos y lo sentó en una silla junto a la mesa—. ¿Puedo ayudarte?

—Claro, pero me parece que tú quieres algo —dijo Lottie con una sonrisa.

—Buena suposición.

—Pon las patatas en una bandeja de horno y pídeme lo que quieras.

—Niall me ha preguntado si podía ir a su casa un rato. ¿Estarás esta noche para cuidar de Louis? Katie va a salir y Chloe trabaja.

—Supongo que sí.

—Genial. ¿Quieres que haga algo más antes de irme?

—¿Has comido?

—Sí. Louis y yo hemos comidos fideos de bote, ¿verdad, colega?

—Sí, estaban buenos y pegajosos. —Louis miró a su tío con adoración.

—Vamos, entonces, y no llegues muy tarde. —Lottie espantó a su hijo con un trapo.

—¿Por qué llegáis todos tan tarde? —preguntó Rose, que sentó a Louis en sus rodillas. El niño se retorció para que lo soltara, pero su bisabuela lo sujetó con fuerza.

—Comemos en veinte minutos —anunció Lottie al tiempo que buscaba unas tijeras para abrir la bolsa de pescado congelado.

44

Sabía que debía olvidarse de la joven ahora que la había visto con un niño en el parque, pero, por algún motivo, su mente era incapaz de pasar página. Estaba en la lista, y su físico le llenaba de un deseo primitivo. No estaba delgada y escuálida como el lastre de la cocina, pero esa chica también había sido muy distinta cuando llegó a la casa. No era culpa de él que se hubiera deteriorado. Era de *ella*, de la que gobernaba la casa con mano de hierro.

No sentía pena por la escuálida, pero a veces sí por la niña. Ni él ni la niña la conocían a fondo, *ella* era un enigma, un personaje al estilo Jekyll y Hyde. Un camaleón. Se metamorfoseaba (una gran palabra que había encontrado en el diccionario y le gustaba cómo sonaba) en otra persona de cara al exterior y se adaptaba a lo que creía que se esperaba de ella en distintos entornos. Y seguía sin estar seguro de conocer a la verdadera mujer que se ocultaba bajo su extraña apariencia.

Un golpe en la puerta de la caseta le sacó de sus cavilaciones. Volvió a esconder su querido diccionario detrás de una maceta. Otro golpe. Suave y tímido. Abrió y vio a la niña. ¿Qué edad tenía? Apenas lo recordaba. Probablemente siete u ocho. Tal vez incluso nueve.

—Magenta, ¿qué quieres?

—Tienes que entrar. Ahora. Es urgente.

—Iré en un minuto.

Extendió la mano para acariciar sus suaves rizos, pero ella dio un salto hacia atrás como si la hubiera quemado con un hierro candente.

—¡Tienes que venir ya!

La vio correr como si el viento la arrastrara de vuelta al interior de la casa, con las plantas de los pies desnudas a la vista mientras se movía. Sus mallas eran demasiado cortas y la camiseta muy fina.

Pero la chica no era su responsabilidad. Él se limitaba a hacer lo que le decían. Como entrar en la casa antes de que ella saliera.

Con los hombros caídos por el cansancio, cerró la puerta tras de sí y siguió los pasos de la niña mientras se preguntaba qué destino le aguardaría esta vez.

* * *

Shannon temblaba acurrucada en la cama. Era muy consciente de que era el miedo lo que le estaba helando la sangre en las venas.

Una raya de cocaína la ayudaría. No, no podía empezar de nuevo. Un hábito peligroso que se le fue de las manos cuando murieron sus padres. Pero lo había dejado con la rehabilitación, del todo, y no quería volver a entrar por esas puertas intimidantes.

Pensó en Davy en el parque ese mismo día. Sabía que el pequeño no podía haberse subido solo a las anillas. ¿Quién más había estado allí? Estaba desconcertada, porque no había visto a nadie.

Se quedaría en casa esta noche y saldría mañana. Pero no tenía dinero, y la próxima paga no le llegaría hasta dentro de una semana.

El móvil le zumbó con un mensaje. Número desconocido.

Entonces recordó la llamada que había recibido en el parque.

Tal vez, después de todo, podría salir una noche sin tener que gastar ni un céntimo. Con alguien que la ayudara a olvidar el terror que acechaba su mente. Porque estaba segura de que alguien la estaba vigilando.

* * *

Seguían discutiendo. La discusión era unilateral, ella dominando la cocina, sacudiendo las manos de un lado a otro, golpeándose en los muslos, el rostro vigorizado y el pelo alborotado.

—Y no la cagues. No puedo tratar con ineptos.

Se rascó la cabeza. Usaba palabras rebuscadas para confundirlo, suponía él. No estaba seguro de lo que significaba «inepto», pero no podía ser nada bueno. Tendría que buscarlo en el diccionario.

—Lo haré lo mejor que pueda, como siempre.

Era raro que le contestara, pero ya estaba cansado de ella, aunque nunca podría escapar.

—Es evidente que lo mejor que puedes no es suficiente. —Su voz sonó como un gruñido y él se agachó por instinto. Ella no tenía ningún arma en la mano, aunque sus puños eran igual de letales. Lo había aprendido por las malas—. ¿Has guardado lo esencial?

—Sabes que sí. —Se mordió las uñas con los nervios a flor de piel.

—¿Estás siendo obtuso conmigo a propósito?

—¿Qué?

—Estúpido.

Estaba perdido, así que negó con la cabeza.

—Más vale que no o perderé los estribos, y no querrás que eso ocurra.

—Me voy.

—No vuelvas con las manos vacías.

—No lo haré.

Por fin consiguió salir al pasillo sin recibir un golpe en la oreja. Se anudó una bufanda al cuello y empezó a subirse la cremallera de la chaqueta. Magenta estaba sentada en el último escalón, mirándolo. El parecido con ella le inquietó. La cremallera se enganchó con un hilo del jersey, ella se rio y subió corriendo las escaleras. Dejó estar la chaqueta y se marchó. Al menos tendría unas horas de paz fuera de casa. La emoción se apoderó de él cuando salió a la calzada.

Esta noche no fallaría.

45

El desgraciado le había escrito y le había dicho dónde quedar para después no aparecer. A Shannon le dio un bajón enorme, tenía ganas de echarse a llorar como una niña pequeña. Pero, en su lugar, llamó a Jess.

—He salido, pero ya no tengo cita. El desgraciado no ha aparecido. Por favor, Jess, sal.

—Estoy agotada. Ya me he metido en la cama. Lo siento, cariño. Otra vez será.

Shannon colgó y miró la puerta del Danny, que la invitaba a entrar, mientras contaba mentalmente los pocos euros que tenía en el bolso, y aún menos en su cuenta bancaria. No podía seguir robándole a George. Necesitaba el dinero del trabajo de acompañante, aunque solo fuera para sobrevivir. No era justo. La vida no lo era.

Necesitaba otra copa que la ayudara a deshacerse de la decepción. Pero no tenía ni para media.

Se apartó de la pared del bar y comenzó a caminar despacio hacia su casa.

* * *

No se creía la suerte que tenía cuando la vio andando por la calle. Sola, de nuevo.

Era noche cerrada. La luna y las estrellas estaban ocultas tras el amenazante cielo cargado de lluvia no derramada. Las farolas proyectaban destellos ocres sobre el asfalto, y él esperaba que lloviera. Pronto. Entonces tendría una buena razón para detenerse y ofrecerse a llevarla.

Sintió el impulso de detenerse de todos modos. De raptarla y quedársela. De no llevársela a *ella*. ¿Podría hacerlo? Tal vez. ¿Pero dónde la escondería? No había forma de meterla en la caseta sin

que la viera. La niña solía dar con la llave y entraba en su dominio privado, donde a menudo le destrozaba las plantitas. Le gustaba pensar que solo eran cosas de críos, pero intuía que también había maldad en su corazón.

Miró por encima del hombro la sillita infantil. Su red de seguridad. La haría sentirse segura, sobre todo porque ella también tenía un hijo. Y ahí estaba el fallo. La desaparición de una mujer con un hijo causaría más revuelo que la de una sin ataduras. No es que él supiera mucho sobre su vida familiar, pero aparecía en una página de acompañantes, lo que le indicaba que podría no tener pareja y que necesitaba el dinero. Por eso se había registrado. Estaba seguro de que no lo había visto en el parque. Y se había acercado al chico antes de darse cuenta de que podría estar cometiendo un gran error. Había desaparecido antes de que ella lo viera. ¿Quién iba a creer a un niño de todas maneras? Siempre se inventan cosas.

Condujo por la calle por delante de ella. Iba vestida con ese horrible abrigo rosa y llevaba un paraguas en la mano. ¿Lo reconocería? No, se había afeitado la barba.

Circuló despacio y comprobó el bolsillo de la puerta para asegurarse de que todo lo que necesitaba estaba a su alcance. Conocía la ruta que ella seguiría, así que se adelantó hasta que llegó al punto ciego sin cámaras de vigilancia. Se detuvo en el lugar adecuado. Quizá hoy los dioses estaban a su favor, para variar.

La vio acercarse por el espejo retrovisor y bajó la ventanilla.

—Va a llover, guapa. ¿Te llevo?

—No, ya casi he llegado.

—No es molestia. Ya me iba a casa. Mala noche. Había quedado con alguien, pero no ha aparecido.

Ella se detuvo, miró dentro del coche y vio la sillita infantil en la parte de atrás. Genial.

—A mí me ha ocurrido lo mismo.

Tenía el rostro frío y parecía triste. Perfecto.

—Voy a pasar por el cine, por si vas hacia allí. Si no, tampoco me cuesta nada.

Sabía muy bien que esa era la dirección en la que iba, pero no esperaba que fuera tan lejos. Ella miró atrás, a la calle tranquila,

cuando las primeras gotas de lluvia comenzaron a caerle en la nariz.

—Claro, por qué no. No quiero acabar empapada y esto no me va a servir de nada.

Sonrió mostrando el paraguas plegable. Era rosa, como su abrigo. Él contuvo la respiración. Shannon se detuvo un momento, antes de rodear el coche y acomodarse en el asiento del copiloto. «Superlativa», pensó él. Era una de las palabras que había encontrado en su diccionario. Encajaba con la excitación que sentía en sus entrañas. *Ella* estaría contenta. Entonces le invadió la tristeza. No podía quedársela.

—Soy Shannon —dijo la chica.

—¿Como el río? —Se sintió orgulloso de sí mismo por haber entablado una conversación superficial.

—Supongo que sí. Aunque no voy tan lejos.

Eso le confundió, pero hizo oídos sordos mientras se ponía en marcha en la calle desierta.

—¿Adónde, chica del río?

—A Cairnbeg Terrace. Déjeme al principio de la calle —respondió ella entre risas.

—Por supuesto. ¿Quién es el imbécil que ha dejado plantada a una joven tan encantadora como tú?

Parecer un idiota era su segunda naturaleza. O tal vez era la auténtica. ¿A quién le importaba?

—Solo era una cita de internet.

—Esas son las peores.

—Exacto. Se esconden detrás de las pantallas como si fueran vampiros.

No tenía ni idea de a qué se refería, así que se limitó a asentir. Las luces cambiaron. Se acercaban a Cairnbeg. Tendría que actuar rápido.

—¿Te importa si me paso antes por el cine? Llego tarde a recoger a mi hijo mayor. Estaba viendo una película.

—Puedes dejarme aquí. No hay problema.

Aceleró después de la curva.

—No tardaré mucho. Solo tiene quince años y la película era para mayores de dieciocho. Ya sabes cómo son los chavales. Aunque

eres demasiado joven para saberlo.

Se sintió eufórico por poder mentir con tanta facilidad. Luego se preguntó si se había equivocado. ¿No había dicho que había ido a la ciudad para verse con alguien? Ella se retorció un poco en el asiento, pero no fue a por el pomo de la puerta para saltar. Chica lista. De todos modos, estaba cerrada. No quería que se repitiera el desastre de Laura.

—Oh —dijo ella—. Creo que es posible que el cine siga cerrado. Por el asesinato.

Frenó en la entrada para que pareciera que tenía intención de ir allí.

—Mierda, es cierto. La cinta policial sigue ahí. ¿Dónde habrá ido este chico en vez de al cine?

—Puede que esté en casa de un amigo. Oye, ¿podemos volver? De verdad que necesito llegar a casa.

—¿Por qué tanta prisa? Ibas a pasar más tiempo fuera si tu cita se hubiera presentado.

—Sí, lo sé, pero tengo que volver a casa con Davy.

—¿Davy es tu marido? ¿Pareja?

—Mi... Mi hijo.

A la luz del complejo del cine, notó el primer atisbo de temor en el rostro de la joven, que apretaba el paraguas con fuerza. Eso podría ser un inconveniente. Podía estar pensando que había cometido un error, por lo que él tenía que actuar rápido.

—De acuerdo. Giro en la rotonda y te llevo de vuelta, ¿vale?

—Supongo.

—Genial. Tal vez vea al mío por ahí. —Soltó una risita—. Voy a matar a ese lince cuando lo encuentre.

Le gustaría tener un lince al que matar, ya que no tenía un hijo de quince años. Y tampoco podía dejar morir a la chica. Debía llevársela a casa de una pieza. De lo contrario, ya podía ir pensando en mudarse al cobertizo para siempre.

46

Betty, la amiga de Rose, ya había vuelto de Birmingham y había aceptado pasar la noche con ella. Lottie dejó a su madre en su casa junto con la bolsa del supermercado. Para cuando volvió a Farranstown House, sentía el cerebro tan machacado como debía estar el de Rose.

Louis dormía en la sillita del coche. Le desabrochó el cinturón y lo levantó en brazos sin despertarlo. Una vez entraron y lo metió en la cama, se preparó una taza de té y se sentó a la mesa de la cocina, aún con el abrigo puesto. Hacía frío y esperaba que el té la calentara. Tenía la mente inundada de problemas familiares, y además debía tomarse un tiempo para repasar las investigaciones en la quietud de la noche.

Necesitaba hablar con alguien que las entendiera a ella y a su familia. Quería hablar con Boyd, pero aún le dolía lo último que le había dicho. No podía pedirles a sus hijos que se las arreglaran solos, tuvieran la edad que tuvieran. Habían perdido a su padre cuando eran adolescentes y, en cierto modo, ella también se perdió durante los años posteriores a la muerte de Adam. Había tenido que ser madre y padre, y todavía había muchas cosas que arreglar.

Se sacó el teléfono del bolsillo, pulsó su nombre y esperó antes de darle a «Llamar». ¿Debía hacerlo? ¿Terminaría en otra discusión? Él se había comportado muy bien en el trabajo, pero esto era personal.

Justo cuando se decidió a no llamarlo, tomarse el té e irse a la cama, sonó el móvil. Boyd.

—¿Me has leído la mente? —dijo.

—Solo quería ver cómo estabas.

—Me vendría bien un abrazo.

—¿Por qué estás tan triste, aparte de por los dos asesinatos que tenemos que investigar?

—Por mi madre.

—¿Está bien? —Hizo una pausa.

—Ha venido hace un rato. Muy confundida. Menos mal que Betty ha vuelto. Pasará la noche con ella.

—¿Crees que está empeorando?

—Es difícil de decir. Tiene momentos de lucidez cuando se da cuenta de que está olvidando cosas. Y otras veces, se comporta como si viviera en otra época. Es duro verlo, Boyd.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—No decir tonterías como que mis hijos se muden ayudaría.

—Lo siento, ¿vale? Me he disculpado y no volveré a mencionarlo.

—Gracias, pero en cierto modo tienes razón. Lo que pasa es que no puedo abandonarlos.

—No hay nada de malo en querer algo para ti de vez en cuando.

—Sergio y Grace son tu única familia. Nunca les darías de lado si alguien te lo pidiera, ¿verdad?

Inspiró profundamente antes de responder.

—No te he pedido que abandones a nadie, Lottie. Lo que quería decir es que creo que nos va a resultar muy complicado encontrar un hogar adecuado para nuestra familia.

Ella agradecía las disculpas.

—Podríamos reformar Farranstown House. Le pediré un préstamo a Leo. O que haga una contribución, ya que el desgraciado sigue siendo el dueño.

—Creo que es una locura invertir dinero en esa casa sin ser la propietaria. ¿Por qué no vas a Nueva York y hablas con él? Resuélvelo de una vez por todas.

—¿Has olvidado que tenemos dos investigaciones en curso?

Mark se rio.

—No me refería a que te subieras en el próximo vuelo. Es algo que deberías considerar.

—De acuerdo.

—No pienses en ello esta noche. Duerme un poco.

—Lo haré. Gracias por la charla. —Dio un sorbo a su té, que ahora estaba frío, antes de añadir—: Ah, quería preguntarte cómo le va a Grace con Sergio.

Boyd soltó una risa irónica.

—Creo que Sergio se está cansando de sus órdenes constantes y de la limpieza. Pero me encanta el tiempo que pasan juntos. Necesita una figura materna.

—¿Y crees que tu hermana puede cumplir con ese papel?

—Dios mío, no. Me refería a ti. Te necesita en su vida. Y yo también.

—Lo entiendo. De verdad que sí, Mark.

—¿Te he contado que Grace se va a casar?

—¡No! Me alegro mucho por ella. ¿Cuándo?

—En verano. Conociéndola, ya lo tendrá todo organizado. Ahora vete a dormir.

—Gracias de nuevo.

—Te quiero, Lottie Parker.

Hubo una época en la que le resultaba muy difícil responder a esas palabras, pero lo había superado, porque sabía, en su corazón, que lo amaba. La mayor parte del tiempo.

—Yo también te quiero.

Colgó, dejó la taza en el fregadero y apagó la luz. Subiendo las escaleras, contó con que Chloe estuviera a salvo en el trabajo y Katie también, dondequiera que estuviera con quien estuviera. «Son adultas», pensó, aunque al mismo tiempo siempre serían sus niñas pequeñas. Pero por alguna razón, el temor se retorció en su pecho como una lombriz mientras se desvestía y se metía en la cama. Dio vueltas sin parar, y no pudo dormir.

47

Katie no estaba segura de que Jackson fuera quien decía. Entonces pensó que tampoco había dicho que fuera nada en particular. Había alardeado de que trabajaba en el sector de entretenimiento, y ella no iba a dejarlo pasar.

Se llevó la copa de vino a los labios, pero no bebió. El Rasco estaba vacío, salvo por ellos y el encargado, que les lanzaba miradas cansadas.

—¿Entretenimiento? —Enarcó una ceja—. Es un espectro muy amplio. ¿Eres actor, director de películas, fotógrafo de estrellas o algo así?

—O algo así, tal vez. —Le guiñó un ojo, pero a ella no le gustó su actitud. Quizá había sido un gran error.

—En el Fallon parecías tener mucha labia, pero ahora estás evitando todas mis preguntas. Eso me hace pensar que tienes algo que ocultar. ¿Es así?

—Todos tenemos algo que ocultar. Seguro que tú también.

—No, ya te he dicho que soy madre de un niño de tres años. Es algo que la mayoría de las mujeres ocultarían para conseguir una cita.

—Pero no estabas buscando una cita, ¿verdad?

—De hecho, sí. Mi hermana me ha dicho que debo recuperar mi vida, y eso es lo que intentaba hacer.

—Sentada sola en un bar a rebosar de gente, sin hablar con nadie excepto con la camarera atractiva.

—Era mi hermana.

Hizo una mueca.

—He metido la pata, ¿no?

—Eres bueno evitando responder a preguntas. —Se terminó el vino y se levantó—. Creo que me marcho ya. Quizá puedas dejar de fingir unos minutos para llevarme a casa. Si no, tomaré un taxi.

—Espera, Katie. Siéntate. Te lo explicaré.

—Esta gente quiere que nos vayamos. Dividamos la cuenta y marchémonos.

—Pago yo y te llevo a casa. Hay un asesino ahí fuera. ¿Quién dice que no pueda ser un taxista?

—Sí que sabes cómo hacer que una chica se sienta segura —soltó Katie con sorna.

Cogió su abrigo del mostrador mientras Jackson tecleaba el pin en el datáfono. Había sido un gran error. Ya ni siquiera estaba segura de que le gustara. Debería salir a la calle y subirse a un taxi, pero lo que le había dicho sobre el asesino la había asustado un poco. Tendría que dejar que la llevara a casa y, luego, no quedaría más con él ni con ningún hombre en el futuro predecible. La vida era demasiado corta para desperdiciarla con gilipollas.

* * *

Los gritos continuaban abajo. Rex se cubrió las orejas con las manos y luego metió la cabeza debajo de la almohada. Estaba aterrorizado. Temía que se divorciaran y ser como Conor, su compañero de clase, que pasaba los fines de semana con su padre y vivía con su madre entre semana. Era el fallo de esta casa. Le encantaba su casa antigua, ¿por qué se habían mudado aquí? No era bonita. Y todavía no tenía amigos.

Pensó en la mujer que había encontrado en el cine. Había oído que se llamaba Laura. Parecía tan triste allí tumbada, con la ropa ensangrentada y los pies desnudos llenos de barro. Había sentido pena por ella. Esperaba que alguien la hubiera cubierto con una sábana para mantenerla caliente.

Con ese pensamiento, se levantó de golpe de la cama. No podía tener calor ni frío. Estaba muerta.

Corrió a la ventana y levantó la persiana para mirar afuera. Ya no había nadie. La mujer ya no estaba. La carpa ya no estaba. Era como si jamás hubiera estado allí. Tal vez no había estado. Quizá su mente le había engañado.

Otro grito del piso de abajo le hizo meterse en la cama de nuevo de un salto y taparse hasta la cabeza con el edredón. No sabía si debía tenerle más miedo a lo que estaba ocurriendo entre las paredes de su casa o fuera de estas.

48

Domingo

—¿Shannon?

George Kenny entró de golpe en la habitación de su hermana para descubrir que estaba vacía. Era difícil saber si alguien había dormido allí debido al estado en el que se encontraba el dormitorio. Había ropa tirada por el suelo y sobre la mesa. El maquillaje estaba desperdigado por la cómoda. El hedor del autobronceador flotaba en el aire como un trapo mojado.

—Vete al diablo, hermanita.

Bajó las escaleras a toda prisa. Davy estaba sentado a la mesa, metiendo una cuchara en un tazón de Cheerios sin leche.

—Lo siento, peque, voy a por la leche.

George corrió a la nevera.

—¿Estás trabajando, papá? —preguntó el niño.

—Se supone que tengo que ponerme al día, pero tu tía Shannon me ha vuelto a fallar.

—¿Cuándo vuelve mamá?

—Pronto.

George sirvió leche en los cereales del niño y se preparó un café.

—¡Bien! Va a comprarme una equipación de fútbol.

—No estoy seguro de si le dará tiempo a ir de compras.

Todas las fotos que Niamh le había enviado habían sido en bares.

—Me lo prometió —gimoteó Davy, que salpicó leche por todas partes.

—Come y te pondré algo en Netflix. ¿Quieres ver Bob Esponja?

—Lo odio.

—Será mejor que te ponga loción de calamina en los granitos. ¿Te pican?

—No quiero.

Davy dejó caer la cuchara dentro de los cereales y subió las escaleras como si fuera un bebé elefante. A George le recordaba a cuando él y Shannon eran pequeños. Ella era la que daba los pisotones mientras él intentaba tranquilizar a su madre agobiada. Shannon siempre había sido la que se portaba mal. George estaba cansado de ser el bueno. Cuando su hermana llegara a casa, iba a arder Troya.

Puso el bol y la cuchara en el fregadero. Pronto se ocuparía de su hermana. Había abusado de su hospitalidad. Era hora de que encontrara su propio hogar. Uno en el que solo pudiera molestarse a sí misma.

49

Sentía el cansancio en cada hueso y cada músculo de su cuerpo, como si la estuviera royendo una rata. Lottie apagó el motor y salió del coche.

Se protegió los ojos del sol acuoso de primera hora de la mañana con la mano y miró a su alrededor. El campo a su izquierda estaba lleno de cuervos, como si hubieran echado una manta negra sobre la tierra encharcada. Saludó a la pareja de gardaí que había llegado antes que ella.

El agente Lei estaba atando la cinta policial a un árbol que sobresalía de la zanja. Se dio la vuelta cuando ella se acercó.

—Oh, inspectora, has venido muy rápido. Otra pesadilla. De verdad no sé qué...

—¿Qué tenemos?

—Una mujer. Fallecida, que Dios la ayude. Es horrible. Algunas personas... ¿En qué se está convirtiendo el mundo?

—¿Agente Lei? —Tuvo que pararlo o se iría por tantas tangentes que necesitaría un mapa para volver a encarrilarlo.

—Creo que la han asesinado.

—¿Qué te hace llegar a esa conclusión?

—La ropa manchada de sangre. Puede que la hayan apuñalado. Además, la han dejado en un campo. Sin abrigo ni zapatos. Es difícil que sea por causas naturales, a mi entender. No es que yo...

—¿Quién ha descubierto el cuerpo?

—Un granjero. Estaba arreando vacas al campo porque tenía que reparar el establo. Ya había abierto la puerta cuando se percató de la cantidad de aves que había. Tiene mérito lo rápido de mente que fue para retener a las vacas mientras iba a investigar. Pensó que sería un zorro o un tejón destrozado por un perro, pero resultó ser mucho peor. Eso es lo que ha dicho cuando ha llamado.

Observó el campo adyacente con los ojos entrecerrados. Los pájaros parecían estar esperando a tener una segunda oportunidad para atacar el cuerpo.

—Bueno, voy a echar un vistazo.

—Necesitarás botas de lluvia. ¿Llevas algún par?

—No, pero, a la mierda, necesito ver a qué nos enfrentamos. ¿Hay alguna denuncia de desaparición?

—Nada nuevo, por lo que he oído, pero lo revisaré cuando vuelva a la comisaría. Se ha avisado a la científica. ¿Querrás llamar a la patóloga o prefieres que lo haga yo?

—La llamaré. Acaba con la cinta y coloca un segundo cordón, tal vez a medio camino en la carretera. Marca ambos lados cuando lleguen los refuerzos. Solo puede entrar el personal autorizado. Y estate pendiente de los drones. Necesitamos montar una carpa también.

—Está todo controlado.

Se enfundó un par de guantes de protección en las manos heladas. El cuerpo no estaba muy lejos de la cuneta junto a la carretera. Se parecía a cómo habían dejado el cuerpo de Laura Nolan, aunque la ubicación, en el término de Drinock, estaba a unos cinco kilómetros de Ragmullin. Campos por todas partes y la ciudad en el horizonte. Las agujas de la catedral rozaban el cielo a través de la neblina mañanera. Si estaba lidiando con el mismo asesino, ¿la elección de la ubicación significaba algo para él? ¿Y cómo había transportado los cuerpos? No había marcas de ruedas en la hierba húmeda bajo sus pies.

El cuerpo estaba cubierto con una capa de plástico.

—¿Lei? —lo llamó por encima del hombro—. ¿De dónde ha salido el plástico?

—El granjero lo tenía en el todoterreno. Pensó que, tal vez, alejaría a los pájaros.

—Hmmm.

Esperaba que no hubiera destruido ninguna prueba potencial, pero era probable que hubiera estado acertado al proteger el cuerpo de posibles masacres carroñeras.

Se detuvo antes de llegar. Los dos guardias uniformados que habían estado vigilando, se movieron a un lado para dejarla pasar. Con las narices azules por el frío, hicieron un saludo con las gorras. Ella asintió con la cabeza para devolverles el gesto.

Le resultaba extraño ser la primera detective en la escena. Por lo general, cuando llegaba ya había ajetreo de detectives y técnicos forenses. Esta mañana, era su dominio privado. Sintió una fisura de desconfianza en su capacidad para mantener la profesionalidad a medida que levantaba el plástico del rostro cadavérico.

No conocía a la fallecida. Su cara tenía un tono azul grisáceo. La experiencia le decía que no llevaba mucho tiempo muerta, pero, aun así, habrían pasado unas ocho o nueve horas. Era muy joven. Estaría en plena veintena, aunque era difícil acertar con la edad una vez sin vida.

Se tragó la bilis que le había ascendido desde el estómago al ver los síntomas de la actividad de las aves. Tenía picotazos en la piel, aquí y allá. Los párpados estaban cerrados y no tenían una sola marca. Agradecía que los cuervos no hubieran llegado tan lejos, y también que el granjero hubiera sido rápido de mente y hubiera cubierto el cuerpo. Definitivamente, había tomado la decisión correcta.

Se mordió el labio y entrecerró los ojos al observar el pelo de la fallecida. Lo llevaba corto, como si se lo hubieran podado. Era el único término que se le ocurría para describirlo, con las puntas dispares y el largo de los mechones desigual. Estaba sucio. Se guardó estas observaciones iniciales para más tarde. Apartó el plástico que la cubría y se tragó la ira que le subía por la garganta. Una ira incontrolable.

Parecía haber una única herida de arma blanca en el pecho, justo bajo el seno de la víctima. La patóloga le contaría más, pero no parecía haber más heridas en el cuerpo dolorosamente escuálido. A no ser que descubrieran más al darle la vuelta. Lottie veía como se le marcaban las costillas a través del fino tejido desgarrado y cubierto de sangre del vestido gris de algodón. Le miró las manos y se obligó a no tomarle una para ofrecerle consuelo. Los huesos de las muñecas y los codos delgados sobresalían y tenía el abdomen

hinchado. Las piernas eran como dos ramas de espino. Delgadas, sucias y desnudas, como sus pies.

—¿Qué te ha ocurrido, niña? —susurró Lottie—. ¿Quién te ha hecho esto? —Era consciente de que no se refería solo a la puñalada que había acabado con la vida de la chica.

Despacio, recolocó el pedazo de plástico con la esperanza de que la carpa llegara pronto. Se levantó y examinó el terreno de alrededor. Identificó unas huellas de botas que zigzagueaban, pero concluyó que serían del granjero y de los primeros guardias que habían llegado a la escena. ¿Las huellas del asesino también estarían por ahí? No vio las pequeñas que habían encontrado donde dieron con Laura Nolan, pero los técnicos forenses podrían comprobarlo.

Permitió que su mente volviera al rostro bajo el plástico. Los ojos cerrados. La boca ligeramente abierta. Un halo de dolor y terror. ¿Qué había visto esta joven en sus últimos minutos de vida? ¿Qué clase de dolor había soportado las semanas o los meses anteriores a esto? Lottie volvió a morderse el labio para evitar echarse a llorar. Estaba segura de que alguien le había hecho algo horrible a esta joven antes de acabar con su vida. Tendría que esperar a la autopsia, porque sabía que ese cuerpo tenía mucho más que decir.

50

George creía que los guardias le dirían que esperara cuarenta y ocho horas. Y una mierda. Iría a la comisaría y haría que le escucharan. Tendría que llevarse al pequeño Davy. Que Shannon no hubiera respondido al teléfono lo había asustado. ¿No habían asesinado ya a una chica? Vale, no era la primera vez que pasaba la noche fuera, pero siempre había vuelto pronto al día siguiente. Le había jurado que no volvería a hacerlo sin llamarle primero. ¿Estaba exagerando? Tal vez, pero algo en su interior había hecho clic y le indicaba que tenía motivos para preocuparse.

Hacía calor y olía mal en la pequeña recepción de la comisaría. Los bancos al otro lado de la puerta estaban vacíos, pero no tenía intención de sentarse o nada parecido hasta que recibiera respuestas. Se acercó al mostrador aferrado a la mano de Davy. Golpeó el cristal y esperó a que un garda veterano con aspecto cansado caminara hasta él desde la oficina abierta al otro lado.

—Quiero denunciar la desaparición de una mujer. Es mi hermana. Es más o menos así de alta...

—De acuerdo, joven. Despacio. ¿Cómo se llama?

—George Kenny. ¿Y usted?

—Soy el garda Thornton. ¿Puede rellenar este informe?

George se sacudía de un lado al otro.

—Estoy muy preocupado. El otro día asesinaron a una mujer y Shannon no ha vuelto a casa.

—Vale. ¿Lo hace a menudo?

—¿El qué?

—No volver a casa.

Se mordió las mejillas. ¿Debía mentir? ¿O decir la verdad? Tal vez algo entre medias.

—Ha tenido problemas en el pasado. Pero su mejor amiga tampoco sabe nada de ella y parece que se ha quedado sin batería

en el móvil. Casi siempre vuelve a casa por la mañana cuando pasa la noche fuera.

Mierda, había hablado demasiado.

—Casi siempre, dice. ¿Y qué ocurre las otras veces?

—Mire, garda Thornton, conozco a mi hermana y sé que le ha ocurrido algo.

El hombre parecía indeciso sobre qué hacer. George veía la experiencia en sus ojos y en su actitud. Supuso que era mejor esperar que ponerse a gritar.

—Vale —dijo Thornton al fin—. Deme todos los detalles. ¿Tiene una foto? También le recomiendo que lo publique en las redes sociales. ¿Ha intentado contactar con ella por ahí?

—No se ha conectado desde ayer.

—Y eso es poco habitual en ella, ¿no?

—Supongo. Puedo preguntarle a su amiga. Ella lo sabrá.

—Podemos hablar con ella, si le parece bien.

—Sí, por favor, háganlo. —Por primera vez desde que había irrumpido en la habitación vacía de Shannon esa mañana, George sintió que por fin compartía esa carga.

—¿Cuál es su número de teléfono?

George revisó su teléfono en busca del número de Jess. Thornton le dio un formulario para que lo rellenara y lo condujo a una pequeña sala a un lado. Sentó a Davy en su regazo, tomó el bolígrafo del agente y comenzó a anotar lo que sabía sobre su hermana. Esperaba que todo fuera en vano. De verdad esperaba que Shannon estuviera a salvo. Pero una sensación rara se enredó en sus entrañas y el miedo se instaló sobre sus hombros. Se había sentido igual la mañana en que su madre murió.

En su corazón, George sabía que Shannon estaba en cualquier parte menos a salvo.

* * *

Les llevó una hora conseguir que todo el personal pertinente llegara al lugar, y Lottie no se fue hasta que Grainne y su equipo forense aparecieron. A primera vista, parecía que estaban buscando a la

misma persona que había asesinado a Laura. Al menos, por la herida de arma blanca y el hecho de que había dejado a la víctima a la intemperie. Pero no había visto heridas defensivas ni marcas de estrangulamiento en el cuello de la chica. Jane Dore le había dicho que le llevaría al menos una hora llegar hasta allí. Lottie dejó a Kirby al mando y regresó a la comisaría. Se pidió un café para llevar y una lata de Coca-Cola *light* del Bean Café por el camino.

Boyd estaba en su mesa.

—Me encantaría tomar un café. Huele de maravilla.

—Tendrás que conformarte con la Coca-Cola. ¿Dónde estabas? —Fue incapaz de ocultar la irritación.

—Calmando las aguas entre Grace y Sergio. Cuando le he dicho que tenía que ir a trabajar hoy, le ha escrito una lista de tareas y él se ha rebelado. Es la primera vez que lo veo enfadado. Luego ha querido llevarlo a la misa dominical antes de amenazarlo con volverse a Galway. Da igual, háblame del cuerpo.

—Es muy triste, Boyd. —Se sentó en el borde de su escritorio, con el abrigo todavía puesto, y tomó un sorbo de la bebida—. Parece más o menos de la misma edad que Laura Nolan, tal vez un poco mayor. Desconocemos su identidad. No había bolso ni una tarjeta de crédito en un bolsillo como la que Kirby encontró en el cuerpo de Laura. Ni siquiera tenía bolsillos. Llevaba un vestido gris horrible.

—Espera un momento. Thornton me ha enviado una denuncia de persona desaparecida hace un rato. —Escribió en el teclado y ojeó el informe que apareció en la pantalla—. Shannon Kenny. Vive en Cairnbeg Terrace con su hermano George y su sobrino Davy. La última vez que la vio fue a las ocho de la tarde de ayer antes de que saliera. Y...

—¿Hay una foto adjunta?

Dejó el café a un lado, se bajó del escritorio de un salto y se inclinó por encima del hombro de Boyd. Olía bien.

—Thornton por fin ha aprendido a adjuntar documentos.

Presionó en un icono y la fotografía se abrió.

—No creo que sea la fallecida. —Lottie no sabía si debía sentirse aliviada. Identificar rápido a la víctima habría acelerado la investigación. Por otro lado, era probable que esa tal Shannon

entrara en su casa en cualquier momento. Eso esperaba. Tras realizar una lectura rápida del informe, añadió—: Dice que no es la primera vez que hace esto.

—Ya, pero Thornton ha pensado que era mejor tomar la declaración, ya que ahora tenemos dos mujeres muertas de su misma edad.

—Estate pendiente, pero es posible que esté durmiendo la mona en alguna parte.

—Esperemos que así sea. —Boyd cerró la pantalla—. ¿Qué quieres que haga?

—Habla con McKeown y mira si hay alguien que pueda decirnos algo sobre lo que hizo Laura Nolan el jueves por la noche. Tenemos que recuperar el control de esa investigación.

—¿Crees que es el mismo asesino?

—Es difícil saberlo. Hay una sola puñalada, pero sin estrangulamiento. Estaba desnutrida. Como si... No sé...

—¿Qué?

—Su aspecto, su vestuario. No es normal. Es como si se hubiera muerto de hambre. ¿Parece una tontería?

—No he visto el cuerpo, así que no puedo decir nada.

—Ve a verlo por ti mismo. Pregunta a Jane qué opina. Tengo que ir a ver a la madre de John Morgan en breve.

—Creo que deberías cederle la investigación a otra persona. Me da la sensación de que nos está confundiendo. Tendríamos que centrarnos en Laura y la nueva víctima.

—Puede que tengas razón. Lo decidiré después de reunirme con la señora Morgan.

51

Brenda Morgan se había negado a poner un pie en la comisaría. Habían alcanzado un acuerdo para reunirse en el hotel Joyce.

Cuando Lottie entró en el bar ruidoso, Brenda se levantó. Su rostro no coincidía con la foto de la página web de la empresa, que le había dado a Lottie una idea errónea de la mujer. No medía más de un metro y medio, estaba en los huesos y llevaba un vestido azul oscuro que le cubría el cuerpo con pliegues, como una mortaja. Su piel era pálida como la de un cadáver, la manos como las garras de un ave y el pelo gris platino hasta los hombros era tan liso que era posible que se lo hubiera planchado. Solo tenía cincuenta y cinco años, pero la pena en su rostro era tan grande que podría pasar por una mujer de setenta.

—Lamento su pérdida, señora Morgan.

Lottie le tendió una mano. El agarre de Brenda era sudoroso y flácido, y se sentó tan rápido como se había levantado.

—Solo Brenda —la corrigió rápidamente—. No puedo decir que sea un placer conocerla, debido a las circunstancias. ¿Qué están haciendo para descubrir lo que le ha ocurrido a mi hijo?

Lottie sacó una silla baja y se sentó. Sus piernas eran demasiado largas y habría preferido volver a ponerse de pie.

—Hay una investigación en curso.

—¿Qué han averiguado?

—Todavía es pronto. El cuerpo de John fue descubierto el viernes por la tarde.

—¿Y? Hoy es domingo. No quiero excusas. Quiero hechos.

«Así será», pensó Lottie. Tenía que hablar por encima del repiqueteo de los cubiertos en la vajilla y de la cháchara a su alrededor, pero sin que la oyeran más allá de su mesa.

—No hemos podido determinar quién querría haber matado a su hijo, o por qué.

—El motivo podría ser porque mi hijo era jugador. Tal vez le debía dinero a alguien.

—Si ese fuera el caso, ¿por qué no le pidió ayuda?

Por lo que había indagado a toda prisa, Lottie sabía que Brenda era rica.

—Inspectora, mi hijo era adicto al juego. Le ayudé hace un tiempo, pero me di cuenta de que lo único que estaba haciendo era facilitarle el acceso a ese vicio. El año pasado aceptó ingresar en rehabilitación. Pensé que se había desenganchado, pero debía de estar muy equivocada, porque ahora está muerto.

Sacó un pañuelo de un bolsito negro que llevaba en el regazo y se limpió los ojos.

—¿Le había pedido dinero en los últimos meses?

—No.

—Por lo que sabemos hasta ahora, no hay señales de que hubiera recaído. Tenía algunos amigos, aunque solo eran compañeros de trabajo. Vivía en un pequeño apartamento que estaba impoluto.

—Lo eduqué para que respetara las propiedades ajenas. Quizá debería haber pasado más tiempo enseñándole a respetarse a sí mismo.

Había dolor tras las palabras de Brenda, y Lottie sintió esa angustia de madre. La apariencia de dura era solo eso, una apariencia.

—¿Había visitado a John desde que se mudó a Irlanda?

—No. Mi trabajo me lleva mucho tiempo. Le pedí que viniera a pasar las Navidades a Londres, pero me dijo que prefería quedarse aquí.

—¿Solo?

—Supuse que tenía amigos.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con él?

Brenda cerró los ojos mientras lo pensaba. Cuando los abrió, estaban repletos de lágrimas.

—El día de Navidad. Hicimos una videollamada para desearnos felices fiestas. Parecía estar bien. No había signos de que se estuviera drogando.

—¿Drogas? —Lottie aún no había llegado ahí.

—Fumaba algo de marihuana de vez en cuando. No creo que consumiera nada más duro. ¿Ha aparecido algo en la autopsia?

—Se han mandado muestras al laboratorio para hacer un análisis toxicológico.

Lottie se detuvo y estudió a la mujer con aspecto de gorrión delante de ella. No había señales de la fantástica personalidad que el señor Collins había mencionado.

—Le pidió a Gordon Collins que le diera un trabajo. ¿Por qué?

—John necesitaba mantenerse ocupado, sobre todo tras su estancia en rehabilitación. Era trabajador. Su padre... —frunció los labios antes de seguir— puede confirmarlo de cuando John estuvo en Australia.

—¿Cómo conoció a Gordon Collins?

—Fue a una conferencia en Londres. Estaba intentando conseguir fondos para construir un nuevo bloque de oficinas en Canary Wharf. Dijo que se estaban expandiendo.

—¿Contactó con usted?

—Sí, pero el resto de su capital parecía inestable. Mi banco se negó.

—¿Se mostró irritado o enfadado por ello?

—No que yo sepa. Solo lo vi un rato durante la conferencia. No tenía motivos para quedarme a las reuniones.

—¿Lo conocía antes de eso?

—No, pero había visto su cartera de valores. Definitivamente, en lo que a finanzas se refiere, estaba en terreno pantanoso.

—Aun así, le pidió que le diera un trabajo a John.

—Vi una oportunidad y la aproveché. —Brenda le dio un trago a su café antes de seguir—. Sabía que Collins sacaría provecho de John como trabajador.

—Parece que la empresa de Collins tiene problemas. La semana que viene va a cerrar temporalmente la obra de Pine Grove.

—¿Dónde se encontró el cuerpo de John? He comprado una casa allí.

—¿Hay algo más que me pueda contar sobre el señor Collins?

La taza repiqueteó en el plato.

—¿Gordon Collins mató a mi hijo?

—No hay ninguna prueba que lo sugiera.

—Pero podría haberlo hecho, ¿no? Para vengarse de mí por no haberme molestado en que mi banco le diera los fondos necesarios.

—Parece un poco exagerado.

—Debe investigarlo. —La voz de Brenda era casi un chillido.

—Estamos investigando a todas las personas relacionadas con el trabajo de John. ¿Cuándo fue la última vez que habló con Collins?

—Me llamó para darme la noticia de la muerte de John. Antes de eso, sería hace una semana. Me preguntó si había novedades con su última solicitud. No tenía nada que decirle.

—¿Cómo estaba?

—Normal. Amable, en todo caso. Me dijo que John era valioso para el equipo. Tenía intención de llamarlo por la noche para contárselo, y ahora me arrepiento de no haberlo hecho.

—¿Se le ocurre alguien más que quisiera hacerle daño a su hijo?

—Como he dicho, podría ser alguien relacionado con el mundo del juego, pero es más posible que haya sido Collins. Tiene que...

—Investigaremos todos los puntos de vista. Gracias por su tiempo, Brenda. La mantendré informada de todos los avances.

—¿Cuándo podré enterrar el cuerpo de John?

—Necesitamos que venga a identificarlo formalmente. Una vez la patóloga concluya su análisis, debería poder hacerlo en uno o dos días, creo.

—Tengo que organizar el funeral.

—¿Su padre vendrá? Me gustaría interrogarlo.

—No hablo mucho con Christy, pero le he contado lo que le ha ocurrido a John.

—¿Qué acabó con su matrimonio?

—¿Es relevante, siquiera?

—No estoy segura —admitió Lottie.

Brenda parecía apagada, casi aturdida, cuando al fin habló:

—Otra mujer. Se marchó a Oz con ella y después la dejó. O tal vez ella vio la luz y cortó con él.

—Hablaré con él de todas formas.

—Te contará todas las proezas de John. El chaval era un santo a ojos de su padre.

—¿Y lo era?

—Habríamos descubierto antes su adicción al juego si su padre no hubiera estado tan ciego. Podría haber ido a rehabilitación mucho antes.

—Necesitaré el nombre de la granja.

—Se lo mandaré. —Brenda se puso de pie y deslizó los brazos en las mangas del abrigo—. Me quedaré aquí hasta que pueda incinerar el cuerpo de John. Quiero llevarme sus cenizas a Londres. Necesito que esté cerca de mí.

El mensaje tácito era claro: Brenda sabía que no debería haberse separado de su hijo. Y eso le rompió a Lottie un pedacito de su corazón.

52

El campo era un lodazal para cuando Boyd llegó. Había hablado con McKeown, que no tenía nada nuevo que informar sobre la investigación del asesinato de Laura Nolan.

Sacó un par de botas de agua del maletero del coche y se las puso. Se metió las manos en los bolsillos y caminó por las planchas de acero que conducían a la carpa que cubría el cadáver. La patóloga estaba terminando su examen visual.

—Sargento Boyd —dijo Jane formalmente. Se quitó la mascarilla fuera de la tienda. Estaba seria—. Mujer, veintitantos años, una puñalada en el pecho. Severamente desnutrida. Signos de encarcelamiento.

—¿En serio?

—Sí. Tiene algún tipo de residuo alrededor de la boca. Me arriesgaría a decir que es cinta adhesiva, pero no te lo puedo asegurar hasta que haga pruebas. Es posible que estuviera enrollada alrededor de su cabeza. Le faltan mechones de pelo en la nuca y detrás de las orejas.

—Hostias.

—Como he dicho, tendré más información más adelante. Puede que hasta mañana por la mañana no le haga la autopsia.

—¿Puedes decirme algo sobre la herida?

—No mucho. Es una única puñalada. Como mucho me arriesgaría a decir que el asesino sabía lo que hacía. Como el de Laura. Pero espera a recibir mi informe preliminar antes de soltar esa bomba por todos lados.

Jane se quitó el traje de protección y caminó por las planchas de acero. La observó marcharse antes de agachar la cabeza en el interior de la carpa.

Definitivamente, la fallecida no era Shannon Kenny. Recordó la foto que les había proporcionado su hermano y comparó esa imagen

mental con el cuerpo que yacía en el suelo. Quizá si no estuviera tan demacrada, la víctima podría parecerse a la chica Kenny. Ambas eran caucásicas, más o menos de la misma estatura, edad y color de pelo. Pero ahí acababan las similitudes. A esta pobre desgraciada la habían maltratado. Tendría que averiguar quién y dónde, y esperaba dar con el asesino en el proceso.

* * *

Shannon no tenía ni idea de dónde estaba ni de cómo había llegado allí. Le palpitaba la cabeza por el dolor y tenía la memoria borrosa. Había salido por la ciudad, ¿verdad? Había estado esperando fuera del Danny. ¿Por qué? ¿Su cita no había aparecido? No lo recordaba. Sí, algo sobre ir a pie a casa. Maldición. Todo estaba muy borroso. ¿Iba fumada o estaba borracha? «George va a matarme», pensó avergonzada.

Temblaba y parecía tener fiebre. Estaba ardiendo. Volvió a intentar ver dónde estaba, pero no entraba ni un resquicio de luz por ninguna parte. Una oleada de horror se agolpó en su estómago y sintió que iba a vomitar. Intentó ponerse de lado, pero no pudo.

Una tos le subió por la garganta, pero no podía salir. Se quedó atascada en su boca y sintió que se ahogaba. Tragó saliva y respiró por la nariz. Se dio cuenta de que tenía los labios tapados con fuerza. ¿Los tenía pegados con cinta adhesiva? ¿Qué narices estaba pasando?

«Debo quitármela», pensó, pero no podía mover las manos. Con creciente inquietud, descubrió que las tenía atadas, al igual que los pies. ¿Dónde estaba?

A medida que la fiebre aumentaba, estaba segura de que estaba sufriendo alucinaciones. Era una pesadilla. Cerró los ojos con la esperanza de que, al abrirlos de nuevo, despertaría en su propia cama.

Su voz interior le decía que la pesadilla era real.

Y lo que era peor, acababa de empezar.

* * *

Había hecho lo que *ella* le había pedido. Y seguía sin estar contenta. ¿Alguna vez lo estaría? Se quejaba como una posesa. Quizá lo estaba.

Esta mañana había abofeteado a Magenta y la había agarrado de la oreja con tanta fuerza que casi le había separado el lóbulo de la delicada piel de su cuello. Por lo general, él se llevaba la peor parte, tanto verbal como físicamente. Esto era un nivel nuevo de violencia. Había notado unas manchas en el cuello de Magenta y le había regañado porque iba a faltar a clase al día siguiente. Cuando ella se hubo marchado, él le había pedido a la niña que se fuera a la cama y le había dicho que iría a verla más tarde.

Se rodeó el cuerpo con los brazos y se meció sentado sobre una maceta puesta boca abajo. Su refugio seguro no le parecía demasiado seguro hoy. ¿Qué había hecho mal? ¿Dónde había metido la pata? Debía haber cometido un error garrafal (otra palabra de su querido diccionario) para que ella se hubiera enfadado tanto. Quizá tenía que ver con el hijo de la mujer. El niño que había visto en el parque. ¿Se había enterado de lo del mocoso? Imposible. Todavía no habían aparecido en las noticias. Y el último cuerpo tampoco. Había sido inteligente al tirarla en un campo, pues probablemente pasarían días antes de que la encontraran. Había visto los cuervos en los árboles y supo que no tardarían en alimentarse.

Todo aquello le proporcionaba cierto espacio de alivio, aunque en su mente no había ni espacio ni paz. Tenía la mente nublada por el temor de haber hecho algo mal. ¿Qué podía ser? ¿Y cómo se había enterado ella?

Volvió sobre sus pasos mentalmente, aunque estaba seguro de que había tenido cuidado. Había evitado las zonas con videovigilancia y las cámaras de tráfico. Se había escondido en los rincones más oscuros. Incluso la había recogido en un punto ciego. Si el secuestro de Shannon se había sucedido sin errores, ¿tenía que ver con la forma en que se había deshecho de la otra?

Se levantó y empezó a sembrar semillas, pero fue inútil. Sentía la necesidad de fabricar un arma, de encontrar algo con lo que golpearla. Ella guardaba el cuchillo enfundado y oculto. Solo lo

sacaba cuando le encargaba una misión. Tendría que pensar en algo.

Quería hablar con Shannon. Era un nombre precioso. Como el río, caudaloso y libre. Pero no lo podía pillar. Ella podría volver y sorprenderlo. Tenía que dejar pasar más tiempo.

Contó los minutos mientras esperaba y sudaba. Luego cerró el cobertizo y entró en casa.

53

Lottie se sentó en la sala de incidencias junto a Boyd y Kirby y les contó la conversación que había tenido con Brenda Morgan.

—¿Sabemos si John hacía algún trabajo extra? —preguntó Boyd —. A lo mejor trabajó en la ampliación de la casa de alguien o algo parecido por dinero. Y, si no estuvo a la altura, tal vez lo asesinaron por ello.

—Eso es bastante extremo —dijo Lottie.

—La gente asesina por mucho menos —replicó Boyd.

Lottie tamborileó con un dedo en el escritorio.

—¿Hay algo que conecte el asesinato de John Morgan con el de las dos mujeres?

—¿Podemos siquiera vincular las muertes de las dos chicas entre sí? —añadió Kirby.

—Necesitamos el informe de la autopsia de la última.

Lottie se levantó y se estiró, arqueando la espalda.

—Si se empleó la misma arma en ambos casos, entonces podremos vincular los asesinatos. Debemos indagar en sus vidas personales para comprobar si están conectadas de alguna manera.

—Ni siquiera sabemos quién es la segunda mujer —dijo Boyd—, así que no hay forma de que podamos investigar si hay una conexión entre las dos.

—Entonces será mejor que la identifiquemos lo antes posible. — Alguien había colgado la foto de la cara de la víctima en la pizarra. Lottie estudió el rostro demacrado mientras hablaba por encima del hombro—. ¿Habéis comprobado las desapariciones?

—He echado un vistazo rápido con la descripción —contestó Boyd—. Pero es vaga y no he obtenido resultados. De todas formas, no me resulta familiar.

—A mí tampoco —comentó Kirby.

—Tal vez deberíamos mostrarle su foto a la madre de Laura —dijo Lottie—. A lo mejor la reconoce.

—Si era de la zona y desapareció hace un tiempo, habríamos sabido de ella.

Boyd estaba poniendo más pegas que nunca.

—Tenemos que agotar todas las vías —respondió ella.

—Bien, se la enviaré a la garda Brennan para que le pregunte a Diana Nolan.

—Adviértele que es dura. No queremos asustar a Diana.

—Como si el asesinato de su hija no lo hubiera hecho ya.

Boyd empujó la silla y salió de la habitación.

—¿Qué le pasa? —Kirby preguntó.

—No tengo ni idea.

Lottie continuó estudiando la foto de la fallecida. Estaba tan en los huesos que podría haber tenido doce años. Era extraño que no hubiera ni un ápice de información sobre ella. El examen preliminar de Jane apuntaba a la posibilidad de haber estado inmovilizada y privada de alimento. ¿Por qué no se había denunciado su desaparición? Shannon Kenny llevaba unas horas sin dar señales de vida y su hermano ya lo había denunciado.

Se acercó y le susurró a la foto:

—¿Quién eres? ¿Por qué nadie te ha echado de menos?

* * *

Diana Nolan se mordió un padrastro del pulgar. Golpeó el suelo con un pie e intentó no gritar. La joven agente era muy irritante; preparaba té y sándwiches constantemente. Diana no tenía ni idea de dónde sacaba el pan o la leche, porque Martina apenas salía de la casa.

Quería salir a que le diera el aire libre sin tener que inventarse una maldita excusa. Otro día encerrada sin nada más que recuerdos de Laura por todas partes iba a volverla loca de remate.

A la mierda. Bajó corriendo las escaleras, cogió el abrigo del perchero y se lo puso. Una vez que su nieto se hubo abrochado la cremallera del suyo, se asomó a la cocina.

—Martina, voy a sacar a Aaron a dar un paseo. Necesita aire. Necesitamos un descanso.

—Os acompaño. —La garda debió de ver cómo se nublaba el rostro de Diana, porque añadió—: Si quieres.

—No quiero ser grosera, pero yo también necesito un respiro. No tardaremos mucho. Y, en realidad, creo que sería mejor que volvieras a la comisaría a ayudar en la investigación. Serás más útil allí que aquí preparando tazas de té que nadie va a beberse.

—¿Te importa esperar un momento? —Martina tenía el móvil en la mano—. Quiero enseñarte una foto. Es dura.

A Diana se le revolvió el estómago.

—Enséñamela.

—Debo advertirte de que es la foto de una mujer muerta.

—¿Crees que podrías estar relacionada con la muerte de Laura?

Diana sintió que el corazón se le aceleraba en el pecho.

—Solo necesito que la mires, si puedes, y...

—No puede ser peor que ver el cuerpo de mi pobre hija.

Diana tragó saliva y cerró los ojos un momento antes de cogerle el teléfono a Martina. Cuando los abrió, miró hacia abajo. Se le aceleró el corazón. Sacudió rápidamente la cabeza y se lo devolvió.

—¿La reconoces?

Diana no pudo responder. Tras negar otra vez con la cabeza, agarró la mano de Aaron y el cochecito del vestíbulo y salió antes de que la guardia protestara.

Ató bien al niño y se puso en marcha a paso ligero. No tenía ningún destino en mente; solo quería alejarse de las montañas de recuerdos y la idea de que la muerte de Laura había sido culpa suya. Y luego estaba la fotografía. Dios mío, ¿qué le había pasado? La alejó de su mente. Tenía que pensar en su propia situación primero.

No siempre habían sido solo ella, Laura y Aaron. No. Mientras andaba, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Unos recuerdos que había escondido tan profundamente que casi los había olvidado comenzaron a resurgir. Pero aquí estaba, de vuelta en Ragmullin, y había perdido a Laura. Su hija se había convertido en una joven hermosa, inteligente y animada. Y aunque sabía que era culpa suya, no podía evitar culparle a él. Si él hubiera asumido su

parte de responsabilidad durante todos aquellos años, ella no habría tenido que marcharse. ¿Por qué había vuelto a este lugar dejado de la mano de Dios?

—¿Me compras chuches del Tesco?

La vocecita la sacó de su ensimismamiento. Se secó las lágrimas, se inclinó hacia él y le agarró la mano.

—Claro, Aaron. Podemos comprar todas las chuches que quieras.

Tendría que dejarlo todo. Ya lo había hecho antes, y sabía lo que debía hacer ahora.

Pero primero necesitaba un plan.

* * *

Sin nada más sobre la segunda mujer asesinada, Lottie decidió hacer lo que estuviera en su mano en la investigación de John Morgan.

Llamó al teléfono fijo que Brenda le había dado para contactar con el lugar de trabajo de su exmarido en Australia. Le pasaron a su jefe, quien le confirmó que Christy Morgan se encontraba allí y le dio su número de móvil.

—Me he enterado de lo de su hijo. Es terrible.

—¿Cómo lo lleva Christy?

—Mal. No quería que viniera a trabajar, pero me ha asegurado que lo mejor para él era mantenerse ocupado. Me ha dicho que necesitará tomarse unos días para organizar el funeral.

—Le llamaré más tarde. Gracias.

Cuando colgó, Lottie se preguntó hacia dónde debía mirar ahora. Tal vez hacia Gordon Collins. El jefe de obra, Patrick Curran, estaba limpio, pero aún no había hablado con Collins.

54

Le sorprendió que ella llegara a casa poco después de haberse marchado. Le aterró.

—No me creo lo que has hecho —gruñó—. Prácticamente has dejado un rastro hasta nuestra puerta. ¿En qué estabas pensando? Está en las noticias. Maldito imbécil. Te dije que enterraras el cuerpo a kilómetros de aquí. No pudiste seguir una simple instrucción, idiota. ¿Qué voy a hacer ahora?

Se encogió de hombros y ella le propinó un golpe en la nuca. Aun así, prefería que lo atacara físicamente a los insultos que le dirigía.

—¡Respóndeme!

—He metido la pata. Pero ya está muerta. No puede hablar. No tienes de qué preocuparte.

Se acobardó, porque rara vez se defendía.

—¿Que no debo preocuparme? ¿Cómo puedes ser tan estúpido? Podría haber ADN o una fibra o algo en el cuerpo. ¿Y si la relacionan con este sitio? ¿Con nosotros? Descubrirán quién es y cuándo desapareció, y... ¿y entonces qué?

—No lo sé.

Se preguntó por qué estaba tan nerviosa. Nunca la había visto así.

—Cuando la identifiquen, y lo harán, sabrán dónde se la vio por última vez y con quién. ¿Te dice algo eso?

Con la cara enrojecida, formó dos puños con las manos y él se asustó como un pobre perro al que están a punto de golpear.

—Ah, ya entiendo.

Y lo entendió. Se enderezó un poco. Mierda. Ella tenía razón. Otra vez. Esta vez había metido la pata hasta el fondo, joder. Vio como sacaba el cuchillo de la funda y se preguntó si sobreviviría a aquel día.

Sin embargo, en lugar de arremeter contra él, se dio golpecitos en el muslo con la hoja plana, poniéndose más furiosa cada vez.

—Me llevará años arreglar esto por tu culpa. A ti te da igual. Puedes pasarte el día sentado en ese puto cobertizo, sin hacer nada, mientras yo soluciono todos tus putos desastres. No sé por qué me molesto, saco de mierda inútil.

Sus palabras le hirieron. Sabía que no era gran cosa, pero tenía un trabajo. Era taxista y jardinero. Por lo general, trabajaba antes de que ella se fuera y después de que llegara a casa. Eso significaba que siempre había uno de ellos en la casa para asegurarse de que todo estuviera bien. Un pensamiento le asaltó cuando ella cerró la puerta principal de golpe tras de sí: ¿cómo estaba tan segura de que él no huiría? Tal vez porque no tenía ningún sitio adonde ir.

* * *

Respiró profundamente en el coche varias veces. Debía calmarse. Conducir la ayudaba a relajarse. De todas formas, nada la convertía en sospechosa. Tampoco podían vincularla con todo lo que había ocurrido. Nunca se manchaba las manos, y tenía un plan de escape y un chivo expiatorio si todo se iba al traste. Que era lo que parecía que iba a ocurrir.

¿Cómo podía ser tan estúpido? Entonces se percató de que ese era el motivo por el que le permitía quedarse con ella. Le hacía caso en todo y apenas hacía preguntas. Lo tenía sometido, y la mera idea le hacía sentir tan poderosa que casi tuvo un orgasmo en el asiento delantero del coche.

Mientras salía, alzó la mirada. Magenta la observaba desde la ventana superior. Le dedicó a la niña una sonrisa escalofriante. Sabía que tendría que vigilarla, como si las cosas no fueran ya bastante complicadas.

Se había pasado toda la vida vigilando su espalda, y parecía que ahora también debería estar pendiente de su círculo cercano.

55

McKeown había relevado a Boyd y a Kirby, y había terminado las órdenes de registro para la base de datos de Right One y los estados financieros de Laura Nolan y John Morgan. La superintendente Farrell había insistido en que realizaran unos cambios en el texto y les estaba llevando demasiado tiempo dar con un juez que estuviera libre para firmarlas. Mientras esperaba, los nervios se apoderaron de sus entrañas.

Necesitaba hacer algo. La cosa iba muy lenta. Con pocas pruebas, o ninguna, en ninguno de los asesinatos, no tenían ningún sospechoso de verdad. Sacó los vídeos que habían recibido del cine y de la zona comercial. Ya los había revisado, pero seguro que algo se le había pasado por alto. Nadie podía dejar un cuerpo por allí sin que lo pillara alguna de las cámaras de seguridad. Entonces recordó que acababan de recibir las grabaciones de un club de fútbol situado al otro lado de la carretera frente a la entrada del centro comercial.

La grabación comenzaba poco más de una hora antes de que el trabajador de la cafetería encontrara el cuerpo. Lo observó con ojos de lince, y entonces vio al niño —¿era un niño?— que andaba por el camino y se detenía delante del muro antes de escalarlo y desaparecer.

McKeown golpeó el pie contra el suelo y se dio con la rodilla contra la parte de abajo del escritorio.

—¡Dios santo!

Se frotó la rodilla, más emocionado que dolorido. Al fin. Tenía algo. Volvió a comprobar las cintas de los negocios del complejo, pero todos estaban situados a la vuelta de la esquina del cine. Delante no había nada que ver después de que el cine y las puertas se cerraran a las once. ¿Por qué? El asesino tuvo que dejar el cuerpo de Laura allí después de que todo cerrara por la noche. Tal vez el club de fútbol tenía imágenes de esa misma noche. La cinta que les

habían enviado empezaba a las seis de la mañana. O puede que tuvieran cámaras en otros puntos. Cogió el teléfono y llamó al conserje.

—¿Vio el tiempo que hacía esa noche? —gruñó él—. Hubo un apagón. Debió de ser por el diluvio.

—¿No tienen nada antes de las seis de la mañana?

—No. Entré y reinicié los cuadros de luces.

—¿Alguna otra cámara?

—Hay una en la parte trasera. Da al aparcamiento de detrás del bar. No le servirá de mucho. Todas estaban apagadas.

—Gracias de todos modos.

McKeown colgó. El asesino había sido muy afortunado. Era demasiado exagerado pensar que él había causado el apagón, ¿no? Pero no podían correr el riesgo de ignorar la posibilidad. Llamó a la compañía eléctrica y le confirmaron que la zona estuvo sin electricidad durante varias horas.

Rebobinó la cinta hasta que apareció el niño con la mochila a la espalda.

—¿Quién eres, hijo? ¿Puedes decirnos algo?

Era una novedad. Tendría que informar a la jefa. Buscarían al niño. Y entonces le vino otra cosa a la cabeza: ¿por qué había un niño solo a esas horas de la mañana?

* * *

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña mientras sorbía sopa con la cuchara.

Shannon se detuvo en medio del pasillo con las manos llenas de platos sucios. Debían de llevar en la mesa desde el desayuno, porque los cereales de los boles estaban más duros que una piedra. El hombre, con el rostro sombrío y abatido, la había dejado salir de la habitación. Sin decir una palabra, había señalado el desastre, había salido por la puerta trasera y la había cerrado con llave.

Comenzaba a recuperar la memoria. Una escena se le había aparecido a todo color en el momento en que el hombre había entrado en el cuarto y encendido la luz. Le había venido a la mente

como los fragmentos de una película. La había llevado en coche la noche anterior. Ella se había montado en su taxi. Por voluntad propia, al parecer. Y entonces... ¿qué? No le había dado miedo entonces, pero ahora sí.

Otra escena apareció. Había intentado hablar con él, le había rogado que la dejara salir del coche, pero él la había golpeado con el dorso de la mano. Debía de haberse desmayado. Recordaba haberse despertado mientras él aparcaba el coche. Entonces, le puso un trapo en la boca, y no se acordaba de nada más hasta ahora.

¿Debía limpiar la cocina? Ojalá no hubiera tenido tanta fiebre. Le daba la sensación de que estaba a punto de perder la consciencia. Miró a la niña y supuso que tendría entre siete u ocho años. Parecía un espantapájaros. Tenía la cara cubierta de granitos. Varicela, como Davy, tal vez. Quizá debería intentar convertir a la pequeña en su aliada. Para que la ayudara a salir de allí.

—Me llamo Shannon —respondió, sorprendida de ser capaz de hablar. Tenía el sabor del pegamento de la cinta en los labios.

—Como el río.

—Algo parecido. Pero no puedo fluir libre. Estoy atrapada. No debería estar aquí.

—¿No te gustamos?

—No es eso. Esta no es mi casa. Ese hombre me ha secuestrado. ¿Sabes lo que significa?

—Sí, no soy estúpida. Puedo leer libros para mayores de doce años. Deberías dar las gracias por estar aquí. Somos agradables. Una buena familia. Espero que dures más que la última. No nos servía de nada.

Shannon sintió que le fallaban las rodillas. Dejó los platos en la encimera antes de que se le cayeran al suelo.

—¿Había alguien más antes que yo?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Se supone que no debo hablar contigo.

—Pero... ¿cuándo se fue?

—Estaba aquí ayer y ahora eres tú la que está en casa.

—¿Cómo se llamaba?

—No puedo contarte nada. Eres muy cotilla. No durarás mucho.

—¿Que no duraré mucho? —Shannon se agarró al borde de la mesa—. ¿A qué te refieres?

—Deja de hacerme preguntas —espetó la niña, que sonó mayor de lo que era—. Estás haciendo que me duela la cabeza y me piquen los granitos.

—¿Cómo te llamas? —Shannon estaba desesperada.

—¡Deja de hacer preguntas! —La niña golpeó la mesa con el puño—. Tengo que acabarme la sopa y volver a la cama a descansar.

—Por favor. Sabes mi nombre, es justo que yo sepa el tuyo. Nadie sabrá que lo sé. Te lo prometo.

La niña suspiró y tiró la cuchara sobre la mesa.

—Me llaman Magenta. Y déjame en paz.

Salió de la cocina y subió las escaleras. Shannon se quedó temblando. Le asaltaron pensamientos aterradores sobre lo que podría estar pasando.

Al cabo de un momento, puso los platos en el fregadero y abrió el grifo. Mientras la palangana se llenaba, miró por la ventana. El jardín estaba rodeado de unos árboles inmensos y un muro enorme, como si de una fortaleza se tratase. Dedujo que la casa se encontraba en el campo. No veía señales de vida ni de otras casas. Le llamó la atención el cobertizo de madera. Supuso que allí había ido el hombre.

—¿Quién eres? —murmuró.

Entonces oyó que el agua caía del fregadero al suelo. Cerró el grifo y se preguntó cómo podría escapar.

56

Jess no había querido saber nada de la policía, pero George se lo había rogado, casi al borde de las lágrimas. Le había dicho que no se estaban tomando en serio la desaparición de Shannon. ¿Y si la habían asesinado? ¿Y si...? Había insistido tanto que acabó acompañándolo a la comisaría.

El detective había accedido a hablar con ella, sobre todo para callar a George, que estaba al borde de la histeria y asustaba a Davy. Había pedido que Jess viera a un detective y no a un agente uniformado. Cuando empezó a decir que su hermana podría haber sido asesinada, cedieron.

—Soy el detective Kirby. —El hombre metió barriga para poder sentarse frente a la rayada mesa. Jess notó que estaba atornillada al suelo. ¿Era aquí donde traían a los criminales para interrogarlos? Deseó que aquello terminará pronto—. ¿En qué puedo ayudarla, Jess?

—El de la recepción es el hermano de Shannon. George Kenny. Ya ha denunciado la desaparición de Shannon, pero cree que no le están tomando en serio.

El detective abrió la fina carpeta marrón que había traído.

—Puedo asegurarle que nos tomamos en serio los incidentes como este. Aquí tengo el informe de la persona desaparecida. ¿Qué puede añadir?

—Probablemente nada, pero salí con Shannon el viernes por la noche. Esa fue la última vez que la vi, aunque anoche hablamos por teléfono.

—Bien, primero hábleme sobre la última vez que la vio. En especial, de cualquier cosa inusual que recuerde.

Abrió un cuaderno, dispuesto a tomar notas. Esto la puso aún más nerviosa.

—Había un tipo en la barra del Fallon. Me pareció guapo, con barba y todo, pero a Shannon le dio yuyu.

—¿Yuyu? —El detective sonrió—. Sé lo que quiere decir, Jess. Continúe.

—Tomamos unas copas en el Fallon antes de ir al Danny.

—¿Qué pasó con el tío de la barra?

—Nos invitó a unas copas y pidió que las mandarán a nuestra mesa. Luego nos preguntó si podía acompañarnos.

—¿Lo conocíais?

—No le había visto en mi vida. A Shannon le dio mala espina.

—¿Crees que lo conocía?

—No, solo tenía un mal presentimiento. Bueno, creo que no era nada más. Shannon es reservada. Rara vez sé lo que se le pasa por la cabeza.

—Continúe.

—Eso es todo en realidad. Lo dejamos allí, en el Fallon, y nos fuimos al Danny. Después nos marchamos en distintas direcciones, así que tomé un taxi y ella se fue andando a casa.

—Vale. Ha mencionado que ayer habló con ella por teléfono.

—Le mandé un par de mensajes por la mañana. Para contarle lo del asesinato en la obra. Había quedado con ella en el parque, pero me escribió para decirme que tenía que irse. Y anoche me llamó para explicarme que había vuelto a quedar con alguien, pero que él no se había presentado y que no tenía nada que hacer. Me pidió que nos viéramos para tomar unas copas. Yo estaba agotada y sin blanca. Habíamos salido dos noches seguidas y no podía permitirme una tercera. De todos modos, ya estaba en la cama cuando llamó.

—¿Dónde estaba?

—Creo que estaba en la puerta del Danny.

—¿Volvió a mencionar al tipo del Fallon?

—No.

—¿Le pareció sospechoso?

—Solo estaba siendo amable.

—Ha mencionado que le contó por teléfono que la habían plantado. ¿Sabe con quién había quedado?

—No, pero seguramente sería un hombre de la agencia.

—¿Agencia? —El detective se irguió en la silla.

—Oh, mierda. No anote eso. Su hermano no sabe nada sobre ello.

—¿Sobre qué? —Se inclinó un poco más hacia ella.

Podía oler su desodorante con aroma de bosque y supuso que lo usaba para disimular el olor agrio del tabaco. Juntó los dedos y respiró hondo. George mataría a Shannon si se enteraba, pero, al diablo, él era quien la había arrastrado hasta aquí.

—Shannon estaba registrada en una agencia de acompañantes.

El detective estaba sentado con el bolígrafo sobre el cuaderno.

—¿Qué agencia?

—¿Es importante?

—Podría serlo.

—Emm... Puede que se llame Right One.

—¿Right One? ¿Está segura?

Sabía que podía eludirlo, pero probablemente era mejor ser sincera dadas las circunstancias.

—Sí, estoy segura. Es una cosa de citas.

—¿Conseguía muchas citas por ahí?

—Algunas. Pero la mayoría de las veces la dejaban plantada o resultaban ser unos cabrones.

—¿Conocía a Laura Nolan?

—¿Yo? —Jess estaba confusa. ¿La estaban interrogando? ¿Qué tenía que ver Laura Nolan con la desaparición de Shannon?—. No, no la conocía.

—¿Y Shannon?

—La conocía, pero no sé muy bien de qué.

—Mmm. Vale. Retrocedamos un poco. Ha mencionado que ayer le escribió para informarla del asesinato en la obra. ¿Usted o Laura conocían a la víctima? ¿John Morgan?

—No, pero el nombre me resultaba familiar. Recordé que había oído a Shannon mencionarlo alguna vez.

—¿Lo conocía?

—Eh, supongo que sí.

—¿Cómo lo conocía?

Jess se encogió de hombros y no dijo nada, pero sabía que el detective estaba a punto de quitarle las palabras de la boca.

—¿Cree que estaba registrado en la agencia?

—No lo sé.

—¿Podría haber salido con él?

Jess se sintió como si hubiera entrado en un campo de minas. Si Shannon solo estaba de resaca en algún lugar, nunca la perdonaría por haber hablado. Pero, si tenía problemas, Jess sabía que tenía que decir la verdad.

—Lo conoció en rehabilitación. En el centro Cuan en Delvin. Hace un año.

—¿Shannon Kenny conoció a John Morgan en rehabilitación?

—Sí.

—Continúe.

Jess se mordió una uña con la cabeza gacha.

—Me habló de él porque se ayudaron mutuamente allí. —Miró al detective—. Pero no creo que se vieran una vez salieron de allí.

—¿Por qué estaba allí?

—Adicción a las drogas. Su madre murió hace unos años y Shannon lo pasó mal. George descubrió que consumía cocaína y pastillas. Le dio un ultimátum. O buscaba ayuda o la echaba de casa.

—Así que fue a rehabilitación. ¿Cuánto tiempo?

—Unos dos o tres meses. No creo que haya tomado nada aparte de alcohol desde entonces. Y lleva ya tiempo trabajando en el hospital, con el personal de mantenimiento.

—¿Está segura de que conocía a John Morgan?

—Solo sé que mencionó que había sido amable con ella en rehabilitación. Se sentía sola y él la escuchaba. Así que sí. Lo conocía.

—¿Salieron juntos?

—No lo creo. Era más una amistad. Espíritus afines, lo llamaba.

—¿Y dice que no sabe si se vieron después de que ella saliera?

—No tengo ni idea.

—Gracias por esa información.

—¿Es importante?

—Podría serlo. Tenemos que averiguar con quién iba a reunirse anoche y si era un cliente de la agencia Right One.

—No mencionaba los nombres de nadie relacionado con la agencia. Deduje que todos eran un poco mayores y ricos. Eso es todo lo que sé.

Jess pensó que tal vez debería haber indagado un poco más en lo que Shannon había estado haciendo. Pero seguramente no era más peligroso que conocer a alguien a través de una aplicación de citas. Incluso podría ser más seguro, porque se investigaba a los hombres. Eso era lo que Shannon le había dicho.

El detective se levantó, incómodo.

—Gracias por su ayuda.

—Estoy muy preocupada por ella.

—¿Crees que podría tener problemas?

—Shannon es impredecible, pero se pondría en contacto conmigo sin importar en qué estado se encontrara. Parece que tiene el móvil apagado o sin batería.

—De acuerdo. Tenemos su número. Haré que alguien investigue dónde se usó su teléfono por última vez y seguiremos desde ahí. Gracias, Jess.

57

Kirby estaba sentado en su escritorio leyendo sus notas, rascándose la cabeza. ¿Quién era Shannon Kenny, vinculada a las otras dos víctimas? Laura Nolan estaba registrada en la agencia, y John Morgan había estado en rehabilitación con Shannon. ¿Esas conexiones eran relevantes o eran meras coincidencias? El hecho de que conociera a John Morgan de su estancia en rehabilitación era interesante. ¿Se habían visto desde entonces? Fuera como fuese, necesitaban volver a investigar la agencia Right One, así que decidió hacerle una visita a Greg Plunkett.

Regresó a Barrack Lane y llamó al timbre. No hubo respuesta. Por supuesto, era domingo. Maldición. Lo intentó de nuevo.

Mantuvo el dedo presionado sobre el timbre y esperó. Nadie respondió. De vuelta en el coche, buscó un cigarro en la guantera. Amy se los escondía a todas horas y le repetía que eran malos para él. Normalmente él se limitaba a sonreír, pues tenía un alijo secreto, y cuando no había moros en la costa, salía al jardín a dar una calada ilícita.

Estaba a punto de darse por vencido cuando una sombra al otro lado de la calle le llamó la atención. Un hombre salía de la oficina de Right One. Kirby lo reconoció por su foto, y observó cómo se ajustaba una bufanda de tartán al cuello y caminaba calle abajo.

Plunkett se detuvo junto a un coche aparcado ilegalmente en una zona de carga y descarga. Cogió la multa de aparcamiento de debajo del limpiaparabrisas y se la guardó en el bolsillo sin mirarla, como si fuera algo habitual. Las luces se encendieron cuando pulsó el mando. Se metió en el Toyota no sé qué. El cabrón de McKeown sabría el modelo. Nada demasiado ostentoso. Kirby pensó que el negocio de las fotos/modelos/*escorts* no debía de irle muy bien. O quizá no buscaba llamar la atención.

Esperó a ver en qué dirección se iba, pero el hombre permaneció sentado en el coche, con la mirada fija en el volante. No le quedaba más remedio que tener esa charla en ese momento.

Plunkett saltó literalmente en el asiento cuando oyó el golpe en la ventanilla. Kirby le indicó con la mano que la bajara y luego se inclinó para apoyar ambos codos en la abertura.

—Señor Plunkett, ¿podemos hablar?

—¿Quién es usted?

—Detective Larry Kirby. —Le mostró la identificación—. Solo necesito aclarar algunas cosas. ¿Puedo sentarme? ¿O vamos a la comisaría?

Plunkett señaló el asiento del pasajero.

—Adelante.

Una vez se hubo acomodado en el frío asiento, Kirby giró el cuerpo para estudiar al hombre. Plunkett estaba temblando.

—¿Ocurre algo? Parece asustado.

—Usted también estaría asustado si un ca..., un detective lo abordara para «hablar».

Incluso hizo el gesto de las comillas. Idiota.

—No le he abordado. No tiene nada que temer si no ha hecho nada malo, ¿verdad?

—Por supuesto que no he hecho nada malo. Esto es acoso. Dos de sus colegas ya vinieron a hablar conmigo. ¿No es suficiente? ¿Qué más puedo decirle? Lo de la pobre Laura es trágico, pero yo no tuve nada que ver.

—Dígame qué sabe sobre Shannon Kenny.

—¿Shannon? —Plunkett puso los ojos como platos y agitó las manos en el aire de los nervios—. ¿Por qué me pregunta por ella?

—Yo soy el que hace las preguntas.

—De acuerdo, conozco a Shannon. ¿Y qué?

—¿De qué la conoce?

—Es una de mis chicas. —La cara de Plunkett enrojeció—. Quiero decir que está registrada en mi agencia.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace bastante. Solo hablamos por teléfono. Nos escribimos. Son cosas de trabajo.

—¿Y cuándo fue la última vez que habló con ella?

Se relajó un poco y apoyó las manos en el volante.

—Ayer. Creo que a media mañana. Quería ver si estaba interesada en conocer a alguien nuevo. Creo que había quedado con un tipo a principios de semana que no la había tratado demasiado bien. Como su equipo ya había hablado conmigo, decidí ponerme en contacto con ella primero antes de que saliera con alguien más.

—Necesitaré el nombre de esa persona.

—Primero dígame qué está pasando.

—Enseguida. Esa mala experiencia que tuvo la otra noche, ¿qué pasó?

—No mucho, en realidad. —Plunkett infló las mejillas como si estuviera decidiendo lo que debía contarle—. Es un poco dramática. Dijo que el tipo le había prometido una cena, pero que solo habían tomado unas copas y que había estado ligando con todas las mujeres con las que se cruzaba. Es una joven atractiva y debería estar triunfando.

Kirby supuso que Plunkett no sabía nada del problemático pasado de Shannon, así que decidió no mencionarlo.

—Necesitaré toda la información que tenga sobre este hombre. ¿Shannon aceptó asistir a la cita de anoche?

—Estuvo de acuerdo con que le mandara sus datos de contacto. Con ustedes husmeando en mi página web, pensé que era mejor que hablaran por otro medio.

—¿La cita siguió adelante?

—No tengo ni idea. Le envié su número a él y no me contestó.

—¿No se asegura de que las chicas estén bien después de estas citas?

—Son adultas. No necesitan que las lleven de la mano.

—Después de todo lo que ha pasado, tal vez sí. Podría estar poniéndola en peligro.

—¿Qué quiere decir? ¿Le ha pasado algo a Shannon?

—Se ha denunciado su desaparición, y Laura Nolan está muerta. Dos de sus chicas, como usted las llama. No estaría de más que cerrara el negocio temporalmente. Al menos, hasta que podamos garantizar la seguridad de las jóvenes.

—Mierda. ¿Shannon ha desaparecido? ¿Cómo es posible? Hablé con ella ayer. No puede haber desaparecido.

—Necesitamos su lista completa de clientes, incluidos los nombres de aquellos con los que Shannon ha contactado recientemente. Estamos en proceso de conseguir una orden judicial, pero sería de gran ayuda que nos la proporcionara cuanto antes.

—Claro. Pero Cathy está fuera y sabe manejarse con eso mejor que yo. Puede enviársela mañana.

—Estoy seguro de que podrá usted hacerlo hoy.

—Voy a ver qué puedo hacer.

—Se lo agradezco.

Kirby le entregó su tarjeta. Salió del coche y se apoyó en el techo mientras Plunkett salía y cerraba el coche.

—No tengo nada que ver con lo que está pasando —dijo—. Tiene que creerme.

—Solo envíeme esos nombres. Ah, y por cierto, tiene que proporcionarnos una coartada para las noches del jueves y el sábado.

* * *

Incapaz de localizar a la jefa, McKeown dejó a un lado el descubrimiento del niño en los vídeos de las cámaras de vigilancia mientras echaba otro vistazo a John Morgan. Tenía que revisar las grabaciones de las puertas de Pine Grove, pero ahora necesitaba un cambio de tarea.

Brenda Morgan había accedido a la banca electrónica de su hijo y le había enviado por correo electrónico sus extractos bancarios. Los revisó y dio con una transacción de un banco londinense, al parecer el de su madre. Al día siguiente, el dinero se destinó a la clínica de rehabilitación Cuan. La jefa la había mencionado, aunque él tenía la sensación de que había leído algo sobre el centro en otro sitio. Pero ¿dónde?

Hizo clic en las pestañas abiertas del ordenador y lo encontró. Lo mandó a imprimir junto con el extracto bancario. Sacó las páginas a medida que salían e irrumpió en el despacho de la jefa. Seguía

vacío. Estaba pensando en llamarla cuando Kirby entró en la sala resoplando.

—Kirby, ¿dónde está la jefa?

—Eso quiero saber yo. ¿Por qué?

—Echa un vistazo a esto.

McKeown se acomodó en el borde del escritorio de Kirby mientras el otro detective ojeaba la declaración. Kirby se quitó el abrigo.

—¿Y bien? Sabemos que Morgan estuvo en rehabilitación. Y su madre lo pagó, así que no es ninguna novedad.

—Pero mira esto. —McKeown le entregó la segunda página—. Fíjate en quién es el mayor benefactor de Cuan.

Sonrió satisfecho mientras miraba como Kirby leía.

—¿Qué problema hay? Dona a la caridad. Es una cuestión de impuestos. No es gran cosa.

—Pero Gordon Collins tiene problemas financieros. ¿Por qué donaría dinero al centro?

—¿Es relevante?

—Creo que mucho. —McKeown miró a su colega—. Oye, tú sabes algo, ¿no? Suéltalo.

Kirby hinchó las mejillas.

—La mujer desaparecida, Shannon Kenny, ingresó en Cuan unos tres meses el año pasado. Conoció a John Morgan allí. Y, como Laura Nolan, Shannon estaba registrada en la página de Right One.

—Mierda. —McKeown pensó en las conexiones que estaban haciendo—. ¿Y si Laura Nolan también estuvo en rehabilitación? Eso relacionaría a todas las víctimas.

—Pero ¿y la mujer encontrada esta mañana? Y aún no hay pruebas que indiquen que Shannon Kenny es una víctima más. Simplemente no ha vuelto a casa después de pasar la noche fuera. No es la primera vez que lo hace.

—Vamos, Kirby. Ya tenemos tres asesinatos. Tienes que admitir que es sospechoso.

—¿Cómo averiguamos si Laura Nolan estuvo en rehabilitación?

—Puedo preguntarle a su madre, pero primero tenemos que decírselo a la jefa. ¿Dónde está?

—No lo sé. Podría ser una emergencia familiar. —Kirby se rascó la cabeza—. Ahora que lo pienso, ¿dónde está Boyd? Los llamaré al móvil.

—También tenemos que ver cómo Gordon Collins y sus donaciones encajan en todo esto. —McKeown se detuvo; empezaba a dudar de la importancia de su hallazgo—. La cosa es que son legítimas.

—¿Cómo lo has descubierto?

—He recordado que había visto algo sobre Cuan mientras investigaba a Collins. He buscado el artículo en Google y el audaz Gordon ha aparecido en el periódico local entregando un cheque —le explicó McKeown—. Estoy intentando contactar con la jefa otra vez.

58

Lottie seguía pensando en la fallecida más reciente. Sentía una creciente desesperanza por cómo había pasado sus últimos días. Imaginó todo tipo de escenarios. Ninguno de ellos bueno.

La verja inmensa se abrió y Boyd aparcó delante de la aparentemente modesta casa de ladrillo rojo de dos plantas con vistas al lago Ladystown. El caminito de entrada estaba bordeado de césped. No había flores, pero sí muchos árboles. Ella había telefoneado a Collins y quedado en su casa. Él la sorprendió al abrir la puerta antes de que ella tocara el timbre.

—Tengo cámaras —dijo a modo de explicación—. Entre. Si quieren, pueden dejar los zapatos ahí. Tengo suelo calefactable.

Miró a Boyd y él se encogió de hombros. Ella negó con la cabeza. De ninguna manera se iba a quitar las botas. Siguió a Collins por un estrecho pasillo. Era incluso más alto que Boyd, y tuvo que agachar la cabeza mientras los conducía a través de una puerta a una extensión en la parte trasera de la casa.

—Madre mía —exclamó Lottie, sorprendida por el tamaño de la habitación y las vistas.

La casa parecía estar excavada en la tierra, como una caja de paredes de cristal que enmarcaban el lago. Todo era nuevo y para nada modesto. Era completamente diferente de la fachada del edificio. Engañoso.

—¿Té? ¿Café? —preguntó Collins.

—Café, si usted también toma —dijo Boyd.

—Sí, un café me vendría bien.

Lottie se presionó los dedos contra las palmas de las manos para intentar tranquilizarse. Collins la estaba poniendo de los nervios. Tal vez era el dinero que rezumaba del suelo de granito gris y la encimera de cuarzo blanco, o quizá solo era el maravilloso calor bajo sus botas.

Cuando se sentaron a la mesa junto a la pared de cristal, Lottie sorbió su café con la esperanza de que fuera horrible. Estaba delicioso. Miró la cafetera industrial. Debía de estar envejeciendo si se había puesto celosa de una maldita máquina de café.

—Entonces, ¿querían hablar conmigo? —preguntó Collins expectante.

—Hace unos días habló con nuestro colega, el detective Kirby. Quería hacer un seguimiento de eso.

—El asesinato de John fue una tragedia. Todavía no me creo que ocurriera en una de mis casas nuevas. Y en la misma que su madre había comprado. Tenía la intención de volver a vivir en Irlanda. Dudo que vaya a hacerlo ahora.

—¿Tiene alguna idea de por qué asesinaron a John allí?

—¿Es relevante?

—Señor Collins...

—Por favor, llámeme Gordon.

—Gordon, tres personas han sido asesinadas en los últimos días y uno de ellos era su empleado. Su madre me ha contado que asistió a rehabilitación el año pasado, y acabo de descubrir que usted hacía grandes donaciones a ese centro.

Se alegró de la apresurada llamada de McKeown para facilitarle esta información.

—Hago muchas donaciones.

—¿Por qué realiza donaciones a Cuan en Delvin?

—Por nada en especial.

Se bebió el café de un trago.

—Dudo que sea el tipo de persona que clava una chincheta en un mapa y dice: «Sí, hoy voy a dar doscientos mil euros a Cuan».

—De acuerdo. —Su cuerpo se desplomó un poco—. No mucha gente lo sabe, pero tuve un problema de adicción a los veinte años. Alcohol. Pasé unos meses en Cuan. Me ayudó muchísimo, aunque entonces era un antro. Cuando puedo, hago una donación, y puedo deducirme los impuestos.

«Es lógico», pensó Lottie.

—¿Lo ha visitado en los últimos años?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Responda a la pregunta.

—No sé qué pretende, pero sí, fui para presentar mi donación anual, el febrero pasado.

—¿Es usted consciente de que John Morgan pasó una temporada aquí ingresado?

—Yo le sugerí el centro a su madre cuando me preguntó.

—Parece muy amigo de la señora Morgan.

—Brenda es una conocida de negocios. Nada más.

Estaban dando vueltas en círculos. Lottie cambió de dirección.

—Me gustaría mostrarle unas fotos de dos mujeres. Una de ellas aparece muerta. ¿Le parece bien?

—¿Por qué quiere que las vea? —Pareció captar la fría mirada de Lottie y añadió—: Vale, enséñemelas.

—Quiero saber si reconoce a alguna de ellas.

Le mostró primero la foto de Laura Nolan. Él negó con la cabeza.

—No la conozco, pero he visto que la han mencionado en las noticias. Que descanse en paz.

Lottie deslizó la segunda imagen por la mesa, con la mirada fija en Collins.

—Esta es la chica que hemos encontrado muerta esta mañana.

Su rostro adquirió un tono verduzco y abrió los ojos de par en par. Lottie esperaba que no estuviera a punto de vomitar.

—¿La reconoce?

—No —respondió con voz grave y estrangulada.

—Parece que le ha afectado más que la de Laura.

—Porque es la foto de una persona muerta.

—Laura también lo está.

—Ya sabe lo que quiero decir. Por favor, apártela.

—¿Jamás vio a ninguna de las dos en vida?

—No me resultan familiares.

No podía estar segura de que dijera la verdad, algo no encajaba.

—¿Está casado, Gordon?

—No es que sea asunto suyo, pero estoy separado. Tengo cinco hijas adolescentes y veinteañeras. Viven con su madre en Dublín.

—Así que puede disfrutar de todo este lujo usted solo. Parece un desperdicio. —Lottie sabía que estaba siendo poco profesional, pero la frustración se había apoderado de ella—. ¿Tiene novia?

Notó que Boyd le pateaba el tobillo en señal de advertencia. Pero tenía un extraño presentimiento sobre Collins y no le gustaba.

—Inspectora, eso está fuera de lugar.

Tenía razón, pero ella siguió.

—Solo por curiosidad, ¿utiliza los servicios de Right One? Es una especie de agencia de citas, para acompañantes.

El tinte verde había desaparecido de su rostro, que ahora era de un rojo brillante. Sus manos se crisparon mientras se levantaba para llevar la taza al fregadero, o eso supuso ella, ya que no veía ninguno. Era probable que estuviera oculto tras un panel deslizante.

Boyd inclinó la cabeza hacia ella, que se encogió de hombros. Tampoco tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Collins se dio la vuelta. Se apoyó en la elegante encimera, se quitó las zapatillas de ante y cruzó las piernas por los tobillos. Ella se dio cuenta de que iba descalzo y se sintió culpable por estar paseándose por el suelo de terrazo con la botas llenas de barro. Quizá debería habérselas quitado, como él le había sugerido.

—Detectives —dijo en voz baja y llana—, lo que yo haga en mi vida privada no les concierne. Un joven que trabajaba para mí fue asesinado en mi propiedad. No sé por qué ni qué les ocurrió a esas pobres mujeres. Les ruego que salgan de mi casa. Si tienen cualquier otra pregunta, pueden hacérsela a mi abogado. Les enviaré sus datos.

Los estaba echando. A Lottie no le gustó su arrogancia y abrió la boca para replicar, pero Boyd se puso de pie y habló antes de que saliera una palabra de sus labios.

—Gracias por su tiempo, señor Collins —dijo—. Se lo agradecemos. Si tenemos más preguntas, nos pondremos en contacto con su abogado.

Se dirigió a la puerta, pero Lottie permaneció sentada.

—¿Conoce a Shannon Kenny?

—No. ¿Quién es...? —Collins cerró la boca como si acabara de recordar lo que había dicho sobre su abogado.

—Como quiera. —Se levantó—. Si se vuelve relevante para nuestras investigaciones, lo veré en la comisaría.

59

Kirby se pasó una hora llamando a los hombres de la lista que Greg Plunkett le había enviado. Tendría que hacer un seguimiento cara a cara de los pocos que se habían visto con Shannon y Laura. Pero, por ahora, no había encontrado ningún fallo en sus coartadas. ¿Dónde le dejaba eso? Repasó las notas y decidió hablar con George Kenny sobre la estancia de Shannon en rehabilitación.

George le hizo pasar a un salón desordenado con un niño dormido en el sofá.

—¿Tienen noticias de Shannon?

—Lamento decir que no. Quería preguntarle por el tiempo que pasó en rehabilitación.

—¿Así que ahora creen que es una yonqui y no quieren investigar?

—Yo no he dicho eso. Nos lo estamos tomando muy en serio.

George levantó un montón de ropa de un sillón y le cedió el asiento a Kirby. Él habría preferido permanecer de pie, pero el hombre se encaramó al borde del sofá para que lo acompañara.

—¿Cuánto tiempo estuvo en rehabilitación?

Tras una pausa, el hermano de Shannon dijo:

—Unos meses. Le di un ultimátum. Faltaba al trabajo. Bebía todo el tiempo. Se drogaba. La muerte de mi madre le afectó mucho. Tenía que hacer algo. Después de la rehabilitación, estaba genial, pero estaba recayendo. No se droga, pero bebe mucho. Parecía que iba de mal en peor. Tal vez fui demasiado duro con ella. A lo mejor se ha marchado.

—¿Ha comprobado si ha desaparecido alguna de sus pertenencias?

—No parece que falte nada. Su maleta sigue aquí.

Kirby miró al niño.

—Esto es bastante delicado y no estoy seguro de si lo sabe o no, así que no explote.

George asintió y se pasó los dedos por las palmas de las manos, como si se estuviera preparando.

—¿De qué se trata?

—Nos hemos enterado de que su hermana estaba... Parece que estaba registrada en una especie de agencia de acompañantes.

George deshinchó las mejillas.

—No lo sabía, pero sospechaba que estaba tramando algo.

—¿Cómo es que lo sospechaba?

—No tenía dinero, pero salía y lo pasaba bien. De vez en cuando, se llevaba mi tarjeta de crédito, incluso lo hizo la otra noche. Pero en el fondo sabía que no podía pagarse todas esas salidas nocturnas. —Miró a Kirby con ojos suplicantes—. ¿Cree que está con uno de esos hombres?

—He investigado a los que hemos identificado y todos parecen tener buenas coartadas. A menos que conociera a alguien que no se encuentra en la base de datos de la agencia.

—¿Ha comprobado los bares? ¿Las cámaras?

—Es pronto, George.

—Deben centrarse en esto. La otra chica que fue asesinada, Laura Nolan, tiene prioridad en su investigación, pero y si Shannon... ¿Y si...?

—No saque conclusiones precipitadas. Hay algo más que quería preguntarte. Es sobre su paso por rehabilitación.

—Continúe.

Kirby sintió pena por él. Parecía decaído, como si le hubieran sacado toda la fuerza con una pajita de papel.

—¿Alguna vez ha oído a Shannon hablar de un tal John Morgan?

—¿Morgan? ¿No es el tipo que encontraron muerto en Pine Grove?

—Sí. ¿Usted o Shannon lo conocían?

—Yo no, pero no sé si ella lo conocía.

—¿Mencionó algo sobre él cuando estuvo en rehabilitación?

George miró a Kirby con los ojos entrecerrados.

—Ese nombre no me dice nada. Solo lo he oído en las noticias. No recuerdo que Shannon lo mencionara nunca. ¿Es importante?

—Puede que no sea nada, pero parece que coincidieron en el centro. Es probable que solo sea una coincidencia, pero necesitaré detalles sobre su estancia allí para comprobarlo si resulta ser relevante.

—Se refiere a si también la han asesinado, ¿no?

—No tenemos pruebas de ello. ¿Seguro que no sabe con quién se vio anoche?

—¡Ni siquiera sabía que había salido!

—De acuerdo. ¿Puedo echar un vistazo rápido en su habitación?

—¿Para qué?

—Para ver si encuentro alguna pista de dónde podría estar.

—Le llevaré arriba.

Kirby siguió a George y no pudo evitar sentir compasión por alguien tan joven que tenía tanto con que lidiar.

* * *

El dolor del pecho era como un picor molesto y Shannon quería rascarse como una loca. Estaba de nuevo en la habitación, con cinta adhesiva en la boca y las manos atadas. ¿Qué clase de montaje era este? Era raro. Nada tenía sentido. ¿Una casa, con una niña, donde ella era una especie de sirvienta? ¿De qué iba todo eso? De momento, y que ella recordara, no la habían agredido sexualmente, pero eso podría cambiar en los próximos días.

¿Días? ¿En qué estaba pensando? No podía quedarse en esa casa, prisión o lo que fuera. Debía salir de allí. Volver a su casa. ¿George no la echaría de menos? ¿O creería que había vuelto a drogarse? Si así era, no querría tener nada que ver con ella. Se lo dijo cuando salió de rehabilitación. «No vuelvas a hacerlo —le había dicho— o, a la próxima, estarás sola». Y ella había permanecido limpia, ¿no? Pero, aunque no había tomado drogas duras ni pastillas, bebía demasiado. La idea le hizo desear un vodka con Coca-Cola para borrar la inimaginable situación en la que se encontraba. Y

necesitaba una ducha. Olía muy mal. ¿Le permitirían bañarse? Eso esperaba.

No dejaba de darle vueltas a las cosas.

Rehabilitación. Había sido muy difícil, pero John había hecho que valiera la pena. Era guapo y divertido a la vez que serio. Le había contado que tenía problemas con el juego y que fumaba un poco de hierba. Estaba decidido a recuperarse, encontrar un buen trabajo y mejorar su vida. Eso era lo que recordaba que le había dicho, y era lo que ella también deseaba. Pero, de alguna manera, había conseguido joderlo todo.

¿Y John? ¿De verdad estaba muerto? ¿Asesinado? No tenía sentido. Era inofensivo.

Contempló la oscuridad durante un largo rato, temerosa de dormirse, aunque sabía que sería incapaz de dormir de todas formas. Ni siquiera sabía si era de día o de noche. Era una pesadilla viviente.

60

McKeown ya se había cansado de la claustrofobia que le provocaba la oficina, así que se dirigió a casa de Diana Nolan. Prefería hablar directamente con la madre de Laura antes que preguntarle a la agente Brennan, que se estaba mostrando muy distante desde que él había cortado con ella.

Casi dio media vuelta cuando vio el rostro gruñón de Martina aparecer por la puerta. Le hizo pasar.

—¿Has venido a ver si estoy bien?

Se percató de que seguía afectada por el error en su última misión de enlace.

—No digas tonterías. Necesito hablar con Diana.

—Ha salido a dar un paseo con su nieto. No tardarán en volver.

—¿Cuánto ha pasado desde que se han marchado?

Se sentó a la pequeña mesa de la cocina y se frotó la cabeza afeitada con una mano. Se sentía incómodo cerca de Martina. Qué buena estaba, joder, y eso era lo único que quería hacer siempre que estaba cerca de ella.

—Una hora —dijo ella—. Diana puede ir y venir cuando quiera. Yo solo estoy aquí para apoyarla.

—No tienes que convencerme. Sé cómo funciona el sistema de enlace familiar.

—¿Qué quieres de ella?

Martina se apartó todo lo que pudo de la diminuta cocina, pero seguía lo bastante cerca como para tocarle el codo.

—Necesito averiguar si Laura estuvo alguna vez en rehabilitación. Ha surgido en la investigación. Parece que John Morgan y Shannon Kenny, que está presuntamente desaparecida, estuvieron en rehabilitación al mismo tiempo, en el mismo lugar.

—¿Está presuntamente desaparecida? O lo está o no lo está.

—No volvió a casa después de pasar una noche fuera, así que es posible que no lo esté. Es sospechoso porque también estaba en ese sitio web de acompañantes, igual que Laura.

—Es una conexión interesante.

—Lo es, y estuvo en el centro de rehabilitación de Cuan el año pasado, igual que John Morgan. Además, lo que lo hace aún más interesante es que Gordon Collins, el jefe de Morgan, hace una donación anual a Cuan.

—Has estado ocupado. Pero todo es circunstancial, ¿no? Shannon podría estar bien.

—Es posible, pero han aparecido tres cadáveres en unos pocos días. Eso ya es causa suficiente para dar prioridad a su desaparición. Si Diana confirma que Laura también estuvo en rehabilitación, entonces tendremos otra conexión.

—¿Qué hay de la mujer encontrada muerta esta mañana? ¿Algún avance?

—Hemos pedido información, pero aún no la hemos identificado. El siguiente paso es publicar la foto de su muerte, pero no creo que la jefa esté muy dispuesta a hacerlo. Todavía no. ¿Podrías llamar a Diana? Tengo que hablar con ella y volver a la oficina.

Martina gruñó, pero llamó a la madre afligida.

—No contesta.

* * *

El Aroma Café estaba tranquilo, lo que le vino bien a Diana. Aaron trazaba círculos alegremente con una patata frita alrededor del charco de kétchup en su plato mientras ella sorbía su segunda taza de café con leche espumosa. Le había echado tres sobres de azúcar con la esperanza de que el dulzor le despejara la cabeza.

Un plan. Tenía que idear uno, y rápido. Con la garda instalada en su casa y otros entrando y saliendo para hacer preguntas sobre Laura, Diana sabía que sería más difícil desaparecer.

—¿Cuándo volverá mi madre? —Aaron interrumpió sus vanos pensamientos.

—Ya te lo he dicho, cariño, se ha ido con los ángeles. Es feliz en el cielo.

—¿No es feliz aquí conmigo?

—Lo es... Lo era. Pero quiere mirarte desde las nubes y cuidarte con los ángeles.

—¿Por qué no puede cuidarme aquí?

¿Cómo se le decía a un niño que su madre había muerto? Diana tenía el corazón destrozado y no encontraba las palabras adecuadas. La idea de los ángeles y las nubes blandas no satisfaría a su nieto durante mucho tiempo.

—No lo sé, cariño. Por favor, cómete las patatas y déjame pensar.

—¿Pensar en qué?

—En cosas.

—Quiero irme a casa y jugar con mis juguetes.

—Pronto. Primero tienes que comerte todas las patatas.

El móvil vibró sobre la mesa y se le resbaló de la mano. Martina. Otra vez. ¿No podía darle un poco de tiempo para ella? Podía irse a la mierda.

—¿Te gustaría venir de vacaciones conmigo, Aaron?

—¿A la playa?

—Tal vez.

—¿Mamá también puede venir?

Diana gimió. Esto iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado. No podía esperar a que los agentes la culparan del asesinato de Laura. Tenía que ir a casa a por los pasaportes, pero entonces se dio cuenta de algo: Aaron no tenía pasaporte.

61

Lottie estaba desarrollando una irritante curiosidad por Gordon Collins. No tenía una coartada clara para el asesinato de John, porque no se había determinado aún la hora de la muerte. Pasarse el día entrando y saliendo de la obra no era una coartada. Y cuando Kirby le contó que Shannon había coincidido con John Morgan en rehabilitación, decidió que quería ver los registros de Cuan.

—No tenemos pruebas suficientes para una orden —dijo ella.

—Tal vez ir hasta allí funcione —añadió Boyd.

—Si hubiera sabido más, le habría preguntado a Collins por Shannon. Ahora que he invocado al demonio del abogado, no tiene sentido que volvamos hasta allí hasta que tengamos pruebas de que está involucrado de algún modo.

Kirby mordisqueó el extremo de un cigarrillo apagado, como si fuera una vaca rumiando.

—Identificar a la fallecida nos ayudaría a atar cabos. Debe de haberla asesinado el mismo hombre que a Laura.

—Estoy de acuerdo —dijo Lottie—. No hay modo de que haya dos asesinos acechando a las jóvenes de Ragmullin.

—Cosas más raras... —comenzó Kirby.

—No —respondieron Lottie y Boyd al mismo tiempo.

Ella estudió el tablero con las fotos. La habitación estaba en silencio, excepto por el zumbido y el traqueteo de los radiadores que luchaban por generar calor. ¿Qué piensas de Plunkett, Kirby?

—Se cree el rey del mambo. ¿Es tan imbécil como para ser nuestro asesino? No lo sé. Parecía nervioso, pero era de esperar. Están asesinando a sus chicas. Y lo que está haciendo roza la ilegalidad. Deberían investigarlo los de antivicio...

—Los asesinatos tienen prioridad. Vuelve para allá y llévale la foto de la última víctima. Si está registrada en su agencia, entonces

pondremos la oficina patas arriba. ¿Tenemos acceso a su base de datos?

—Sí. La ha mandado sin necesidad de una orden judicial. He llamado a los hombres más relevantes para confirmar sus coartadas y luego se la he dado a McKeown para que la revise.

—¿Dónde está? —preguntó Lottie.

—Ha ido a Redwood Court a hablar con Diana para ver si Laura estuvo en rehabilitación. Ya debería de haber vuelto. Lo llamaré.

—Deberíamos seguir adelante y publicar la foto de la víctima no identificada —añadió Boyd.

—Sabes que odio tener que hacer eso.

—¿Y su ADN? Debemos comprobarlo para ver si encontramos algo.

—Es demasiado pronto para eso, pero necesitamos un punto de partida. Volveré a hablar con Farrell sobre la foto.

Kirby colgó la llamada.

—McKeown está de camino. Diana ha salido hace más de una hora. Para despejarse, según Martina. Aún no ha vuelto y no contesta al teléfono.

—Probablemente necesita despejarse —dijo Lottie, aunque tenía una sensación turbia en el estómago. ¿Era lo único que Diana quería? Un respiro. ¿O había quedado con alguien? ¿Tenía algo que ver con la muerte de su hija?—. ¿Dónde está el hijo de Laura?

—Con Diana.

—Pídele a Martina que compruebe si se ha llevado alguna pertenencia. Solo para asegurarnos. Luego investiga los antecedentes de Diana.

Mientras Kirby volvía a ponerse al teléfono, Lottie se fijó en Boyd. Tenía esa mirada.

—¿Qué?

—Sé que necesitamos identificar a la mujer que hemos encontrado esta mañana —comentó—, y Shannon Kenny aún podría estar bien, pero deberíamos elaborar un gráfico de cualquier cosa que vincule a las víctimas entre sí. ¿Se nos escapa algo? ¿Algo crucial?

—Nos falta el arma homicida de John Morgan, para empezar —dijo ella.

McKeown llegó y los puso al día.

—Estoy seguro de que Diana Nolan solo quería escapar de la amargura de Martina...

—Ya vale —lo interrumpió Lottie—. ¿Algo más que añadir?

—En cuanto a Shannon Kenny, la he localizado en las cámaras fuera del Danny. Estaba hablando por teléfono. Debe ser cuando llamó a su amiga Jess. Luego se guardó el teléfono y se fue andando por la ciudad. Sola.

—Comprueba las grabaciones del Fallon del viernes por la noche. Busca a un tipo con barba —le dijo lo que Jess le había contado, y comprobó la hora—. ¿Has accedido a alguna otra grabación a lo largo de la ruta que ella habría tomado de camino a casa?

McKeown comprobó el iPad.

—Casi lo olvido. He descubierto a un niño en los vídeos del club de fútbol que hay frente al lugar donde se encontró el cuerpo de Laura.

Inclinó la pantalla para mostrarle a Lottie la foto que había tomado de la grabación.

—¿A qué hora fue eso?

—Después de las seis de la mañana. No hay más vídeos porque hubo un apagón.

Lottie examinó la imagen.

—El niño trepa por la pared y entra en la zona del cine.

—¿Quién es? —preguntó Boyd—. ¿Por qué estaba en la calle a esa hora de la mañana?

—¿Y por qué nadie lo ha traído aún? El caso de Laura aparece en todos los canales de noticias y en las redes sociales. La super ha participado en innumerables ruedas de prensa.

—Quizá el chico no se lo ha contado a nadie —dijo McKeown—. Tal vez ni siquiera vio el cuerpo.

—Muéstrame las imágenes reales —siguió Lottie, y se preparó.

Los muebles en la oficina de la superintendente relucían. Lottie notó el olor del abrillantador en la garganta mientras hablaba con

ella sobre el niño del vídeo.

—La imagen está granulada y no está haciendo nada. —Deborah Farrell se alisó la corbata.

—Lo sé, pero es importante. Ese niño estuvo en la escena del crimen antes de que Shane, el camarero, descubriera el cuerpo de Laura Nolan. Los de la científica encontraron unas huellas más pequeñas allí. Deben pertenecer al niño. Tenemos que poner un aviso.

—Primero queréis publicar una foto del rostro de la fallecida para identificar el cuerpo de una mujer, y ahora queréis que la imagen de un niño inocente circule por todos los medios. ¿Sabe siquiera lo que está haciendo, inspectora Parker?

—Mire... —Lottie hizo una pausa—. Tenemos varias investigaciones en marcha. Mientras hablamos, Boyd está redactando un documento en el que describe cómo se cruzan los casos. La mujer fallecida no identificada que hemos encontrado esta mañana tiene una puñalada similar a las del cuerpo de Laura Nolan. Es posible que fueran asesinadas por la misma persona. Tendré más información una vez que se realice la autopsia. Y...

—Alto ahí. —La superintendente Farrell levantó la mano y se acomodó en su escritorio—. ¿No había indicios de que esta última víctima había estado secuestrada?

—Sí, es lo que dijo la patóloga cuando vino a la escena. Jane aún tiene que...

—Y es probable que a Laura Nolan se la llevaran de la calle o de un bar, porque salió el jueves por la noche.

—Sí, jefa.

—¿Cómo puede vincularla con una mujer que habría estado encerrada en algún lugar durante a saber cuánto tiempo? Ni siquiera les han confirmado que las heridas hayan sido causadas por la misma arma. Vuelva cuando tenga algo más.

—Pero no podemos identificarla. Necesitamos ayuda pública.

—Han encontrado su cuerpo esta mañana. Hemos hecho un llamamiento para conseguir información a través de los medios de comunicación y las redes sociales. Alguien podría aparecer. Busque

su ADN, persiga a la patóloga y vuelva cuando tenga el informe de la autopsia.

Lottie retrocedió un poco.

—Sobre el niño. Tenemos imágenes de él trepando por el muro cerca de donde se encontró el cuerpo de Laura. Necesitamos identificarlo. Si elaboro los detalles, ¿podría realizar una petición para que lo trajeran?

—¿Cree que un niño ve mis ruedas de prensa?

—Sus padres podrían reconocerlo y traerlo.

—Enséñeme lo que tiene.

Sintió una punzada de aprensión. Lo único que tenía eran las imágenes granuladas, pero se las mostró a Farrell.

—Quiero una buena razón para hacer esto público.

—Tenemos que hablar con él. No parece tener más de siete u ocho años, y eso es preocupante. No tenemos imágenes de él volviendo a saltar el muro. Tal vez entró en la urbanización que hay antes de los cines. Creo que no deberíamos ignorar su presencia en la escena.

—Entonces vaya casa por casa.

—Estamos agotados, y no tengo suficiente gente para eso, a menos que pueda asignarme alguien más.

Lottie sabía que Farrell estaría pensando en los costes y en las horas extras sin añadir más personal a sus hojas de cálculo.

—Envíeme la mejor imagen que pueda sacar de los vídeos de seguridad y lo consideraré.

—Gracias, jefa.

—Parker...

—¿Sí?

—Encuentre a la mujer desaparecida, Shannon Kenny, antes de que termine muerta como los demás desafortunados.

Lottie atravesó la puerta. Una vez en el pasillo, se apoyó contra la pared para recuperar el aliento. Se alegró de que Farrell no hubiera mencionado el asesinato de John Morgan, porque no tenía absolutamente nada que contarle.

62

Una vez Diana y su nieto hubieron vuelto, Martina le mandó un mensaje apresurado a McKeown.

—Habéis estado fuera mucho rato.

Diana le lanzó una mirada que decía: «Si vuelves a decir una palabra, te pego». Cuando hubo colgado los abrigos y plegado el cochecito en un rincón, Diana encendió la televisión para el niño y empezó a rebuscar en los cajones del armario.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Martina.

—No, estoy bien.

Diana abrió el siguiente cajón. Martina se acomodó en el brazo del sillón donde Aaron estaba sentado encima de sus piernas y con el mando en la mano.

—¿Qué buscas, Diana?

—Mi hija está muerta y tú vienes a holgazanear y a preparar té sin parar. Estoy harta. No te necesito aquí. Me gustaría que te fueras.

Martina se levantó, atónita.

—Me marcharé si es lo que deseas, pero primero creo que necesitas sentarte, relajarte un poco y tomar una taza de té. Voy a encender la tetera.

Diana se levantó y dio un paso hacia ella.

—Si vuelves a preparar una taza de té en esta casa, te la tiraré. No necesito té. No te necesito a ti. Lo único que necesito es que mi hija vuelva a casa, y Aaron necesita a su madre. Por favor, déjanos en paz.

Las lágrimas le brillaban en los ojos cuando se volvió hacia el armario. Martina supuso que tendría que marcharse, pero se resistía a hacerlo, pues era evidente que la mujer estaba consternada.

—De acuerdo, pero ¿le importa si me tomo una taza yo primero?

—No me importa lo que hagas, siempre y cuando me dejes tranquila.

—¿Estás bien, Aaron? —Martina se volvió hacia el niño—. ¿Quieres un zumo?

—Déjalo en paz —espetó su abuela—. Puedo cuidar de él.

Martina observó la espalda de la anciana. No creía que se enfadara más por plantearle la pregunta de McKeown.

—Hay una cosa que me gustaría preguntarte.

Diana levantó las manos y cerró el cajón de una patada.

—Si así me dejas en paz, adelante. Pregunta.

Se cruzó de brazos, pero los descruzó con la misma rapidez, como si el gesto la hubiera desequilibrado. Se apoyó en el armario.

—Mi colega, el detective McKeown, ha llamado mientras estabas fuera. Ha surgido algo en el curso de la investigación del asesinato de John Morgan y necesitamos saber si puede confirmar si había alguna conexión con Laura.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tipo de conexión?

Martina tomó aire para contener su enfado.

—¿Estuvo Laura alguna vez en rehabilitación?

—¿Rehabilitación? ¿Para qué?

—No lo sé. ¿Alcohol? ¿Drogas?

—¿Ahora intentas manchar la reputación de mi hija? Ese es tu juego. Culpar a la víctima.

—Dios, no, en absoluto. —Mierda, lo estaba haciendo todo mal —. Solo necesitamos saber si Laura estuvo alguna vez en rehabilitación. Eso es todo.

—A mí no me lo parece. ¿A qué estás jugando?

—No juego a nada. Era una pregunta.

—No, no lo era. Estaba envuelta en culpa y vergüenza. Mi Laura no tenía nada de qué avergonzarse.

Diana dirigió la mirada hacia Aaron, y Martina sintió pena por el niño, pero también rabia por lo que supuso que eran tácticas de distracción de su abuela.

—Solo buscaba un simple sí o no. Estamos tratando de descartar posibles vínculos entre las víctimas.

—Eres persistente. —Diana dudó antes de continuar—. Yo no era la guardiana de mi hija. —Se apartó del armario—. ¿Puedes dejarme tranquila?

—Claro, de acuerdo. Pero creo que el detective McKeown volverá para hablar contigo.

—Que venga.

Mientras Diana seguía registrando los cajones, Martina le revolvió el pelo a Aaron y salió de la habitación. Cogió su abrigo. Una vez fuera, respiró el aire fresco y expulsó la sensación que se había apoderado de ella. Diana Nolan, sin duda, ocultaba algo.

* * *

Cuando oyó que la puerta principal se cerraba con cuidado detrás de la agente que se marchaba, Diana se dejó de caer de rodillas sobre la alfombra.

—¿Abuelita, estás bien?

—Solo me estoy tomando un respiro.

Apoyó la cabeza contra el armario y dejó salir un suspiro largo y exasperado. No debería haber sido tan desagradable con la garda Brennan. Después de todo, la mujer solo estaba haciendo su trabajo; estaba intentando obtener respuestas. Diana también las buscaba, pero no quería que le arrebataran su vida privada para que el mundo entero la viera. Había demasiadas cosas indeseables en su pasado que prefería que permanecieran enterradas.

Sabía que debía haberse esperado este tipo de escrutinio con el asesinato de Laura. Pero años de comodidad la habían conducido a un falso estado de seguridad. No podía tomar más riesgos. Su prioridad era proteger lo que quedaba de su familia. Tenía que moverse. Ya.

Sentada en el suelo con el teléfono en la mano, buscó cómo conseguir un pasaporte para un niño. Había dado con el suyo, pero lo primero era lo primero, debía obtener uno para Aaron.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos a medida que leía los detalles. Era imposible. No era la tutora legal de Aaron. Debía

superar un montón de trabas legales. Declaraciones juradas y todo eso.

Se secó las lágrimas con el sonido de fondo de la serie animada de *Mr. Bean*. Si no podían salir del país, tendrían que esperar aquí a que pasara o marcharse a algún lugar en Irlanda hasta que fuera seguro volver. Paranoica o no, tenía la sensación de que debía irse de Ragmullin.

63

Con las líneas del gráfico de Boyd cruzándose en los patrones más ilógicos, y sin sacar nada claro a la luz, Lottie decidió conducir hasta el centro de rehabilitación Cuan. Establecido hacía mucho tiempo, esperaba encontrar respuestas allí.

Le llevó veinte minutos llegar. Le gustaba el aspecto rural del lugar. El edificio llevaba allí desde la década de los sesenta, a pesar de que lo habían reconstruido tras un incendio parcial.

Mientras esperaba delante del interfono a que le concedieran acceso a las instalaciones, encontró el anochecer relajante. Solo se oía la bandada de cuervos que se posaban en las ramas desnudas del enorme roble junto a la fachada. El rugido del motor de un tractor en alguna parte provocó que las aves alzaran el vuelo y lo cubrieran como una sábana negra arremolinada. Volvió a presionar el botón del telefonillo.

Tras darles sus datos, le permitieron acceder al pasillo. Las paredes y el suelo del estrecho espacio estaban cubiertos de baldosas desgastadas. Parecía un cuarto de baño antiguo, y dentro hacía aún más frío que fuera. El único guiño al modernismo era el mostrador de recepción revestido de metacrilato.

—¿En qué puedo ayudarle?

La mujer aparentaba unos cincuenta años, con el rostro surcado de arrugas de cansancio y las cejas muy depiladas y pintadas. Su placa decía «Mona».

—Hola, Mona. Estoy investigando un delito grave y quisiera información sobre unos residentes que estuvieron ingresados aquí hace un año.

—Dudo que podamos proporcionársela. La privacidad es primordial para nuestros clientes.

—Lo entiendo, pero uno de sus antiguos residentes ha sido asesinado esta semana. Estoy segura de que habrá leído las noticias.

Habrá visto las fotos y todo eso.

—Por Dios, he oído las noticias. Qué horror. Descanse en paz, la pobre.

¿La? Lottie trató de no dejar que la sorpresa se reflejara en su rostro. ¿Mona se refería a Laura? Si así era, necesitaría confirmarlo. Debía tener mucho cuidado preguntando.

—Espero que pueda ayudarme a encontrar justicia para ella.

Mona enderezó la espalda y una mirada acerada sustituyó a su expresión compasiva.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero descartar unos temas de mi investigación referentes a Cuan. ¿Con quién tengo que hablar?

—Aún no sé de qué se trata.

Madre del Señor. ¿Es que el mundo estaba lleno de obstáculos?

—Necesito confirmación de que la víctima residía aquí.

Lo que de verdad quería saber era si Laura había sido residente al mismo tiempo que John Morgan, pero no podía hacer la pregunta sin más. Mona no soltaría prenda.

—Irene podría hablar con usted. Irene Dunbar. Es la gerente.

—Bien. ¿Le hará saber que estoy aquí?

Parecía imposible. Lottie se tragó su impaciencia.

—Los domingos no suele estar aquí, pero hoy ha venido un rato. La llamaré.

Mientras Mona marcaba una extensión, Lottie se dio cuenta de lo vacío que estaba el vestíbulo. Incluso la cabina de la recepcionista carecía de paredes, y en su escritorio solo había un ordenador y un teléfono.

—Irene dice que le puede hacer un hueco en unos minutos. Espere allí.

«No me voy a ninguna parte», pensó Lottie. Comprobó el móvil para asegurarse de que nadie intentaba localizarla. Luego se desplazó a través de sus fotos recientes y dudó de si le mostraba una a Mona. No había nada de malo en intentarlo.

—Me gustaría mostrarle una fotografía para ver si reconoce a la persona. ¿De acuerdo?

—Claro.

—Debo advertirle, es de una persona fallecida.

—Oh, no creo que tenga estómago para eso. —Mona hizo una pausa y respiró hondo—. Bueno, lo intentaré.

Lottie giró el teléfono y estudió de cerca la reacción de la mujer. Mona palideció y entornó los ojos, con las cejas juntas.

—No puede ser... Lo siento. —Apartó la cabeza de la imagen, miró detrás de ella y volvió a observarla—. Lo siento. Lo siento mucho.

Con eso, una puerta se abrió a la derecha de Lottie y una mujer alta y elegante se acercó.

—Soy Irene Dunbar. Venga por aquí.

Con una última mirada suplicante a Mona, la inspectora se guardó el teléfono en el bolsillo y siguió a la mujer de tacones altos por el pasillo de baldosas.

Tras las formalidades pertinentes, Irene Dunbar, la gerente de Cuan, se sentó con delicadeza detrás de un viejo escritorio de madera recubierto de cuero verde. Había un montón de sobres manila apilados en el suelo, como si la mujer hubiera despejado la mesa ante la visita inesperada de Lottie.

—¿Le parece bien si la llamo Irene? —preguntó Lottie, que trataba de acomodarse en la silla dura.

—Así me llama todo el mundo. Ya sabe que no puedo darle ningún tipo de información personal sin una orden judicial, e incluso entonces tendría que ser muy precisa.

Madre mía, esto iba a ser más complicado que tratar con Mona. Lottie le habló de los recientes asesinatos sin mencionar ningún nombre.

—Hemos descubierto que las víctimas pasaron un tiempo aquí el año pasado. Solo quiero información sobre ello. Podría ayudar a mi investigación o, tal vez, no tenga nada que ver.

—¿Sobre quién me pregunta?

—En primer lugar, sé que John Morgan estuvo en Cuan el año pasado. Su madre me lo contó. Luego está Laura Nolan... —Lo dejó en el aire con la esperanza de que Irene picara.

—¿Y?

«Mierda», pensó Lottie. La mujer no se inmutó, pero ¿tenía un tic en el rabillo de un ojo?

—Creo que Laura también estuvo aquí un tiempo. Solo necesito confirmar las fechas. ¿Coincidió con la estancia de John?

—No puedo responder a eso. Ya se lo he dicho.

Parecía que Irene estaba implicando que Lottie era estúpida. Volvería a intentarlo.

—¿Puede confirmar que Laura estuvo aquí, pero no cuándo?

—Ha sido usted quien lo ha dicho. Yo ni lo confirmo ni lo desmiento.

¿Podría delatar a la recepcionista? No quería, pero era necesario.

—Mona me ha dicho que Laura estuvo aquí ingresada.

Irene enrojeció, pero enseguida recuperó la compostura.

—Mona no tenía derecho a decir nada.

—Así que hemos establecido que Laura Nolan residió aquí un tiempo. Sé que no me responderá si le doy algunas fechas, pero ¿puede asentir si coinciden con la época en que Laura estuvo aquí?

—Por Dios, inspectora, esto se parece más a un episodio de *Line of Duty* que a la vida real. Esto es extraoficial, ¿vale?

—De acuerdo.

Irene se cruzó de brazos, luego los desplegó como si no supiera cuál era la mejor manera de estar.

—Como ha fallecido, puedo confirmar que Laura Nolan estuvo aquí una semana el año pasado. Reconocí su nombre y su foto en las noticias. No puedo darle más detalles aparte de que coincidió con John Morgan. ¿Eso es todo?

Se puso de pie. Esto irritó a Lottie, que permaneció sentada, pero al mismo tiempo le vino bien. Quería tomarla por sorpresa. Sacó el móvil y tocó el icono de la foto.

—¿Reconoce a esta mujer?

Sostuvo el teléfono lo bastante lejos como para que Irene tuviera que inclinarse sobre el escritorio para ver la imagen.

Se llevó la mano al pecho y se dejó caer en la silla.

—¿Está muerta?

—Me temo que sí.

—¿Qué le pasó?

Un nombre, Lottie rezó en silencio para que se le escapara un nombre.

—La asesinaron. Hemos encontrado su cuerpo esta mañana. Tirado en un campo con unos pájaros como única compañía. Horrible.

—Oh, Dios mío.

Irene se quitó las gafas. Limpió los cristales con el dobladillo de la camisa blanca antes de volver a colocárselas en el puente de la nariz.

—No podemos empezar a investigar la muerte de esta joven hasta que la identifiquemos. No sabemos nada de ella, solo que alguien la asesinó. Necesito su ayuda.

Irene se sacó un pañuelo de la manga, se limpió el rabillo del ojo y se sonó la nariz.

—Es Aneta Kobza. Trabajó aquí como cuidadora a principios del año pasado. Quizá un mes o así. No recuerdo cuánto tiempo. Un día no apareció y no volvió. La llamé, pero tenía el móvil apagado. Supuse que se había ido a Polonia. Atribuí su comportamiento a sus malos modales cuando se marchó sin avisar. Era una buena trabajadora. Y le aseguro que escasean.

—Me gustaría ver su archivo personal. Podría ser útil.

—Como ha fallecido, supongo que no estoy violando ninguna ley de confidencialidad. Deme un minuto.

Irene se levantó despacio de la silla, como si le hubieran quitado la vida. Una pizca de la compasión que sentía por la mujer se vio rápidamente sustituida por la expectación cuando regresó con un fino sobre manila. No contenía gran cosa. Una solicitud de empleo de una página, con la dirección de los apartamentos Hill Point en Ragmullin, y una fotografía pegada en la cubierta interior de la carpeta.

Lottie aspiró una bocanada de aire.

—Madre mía, era preciosa.

—Sí que lo era.

Ver a la joven fotografiada en vida, sonriendo con el pelo recogido hacia atrás, le produjo un nudo de angustia en la garganta.

Las similitudes con Laura eran sutiles. El mismo color de pelo. Unos rasgos bonitos alineados en un rostro perfecto. Una cara y un cuerpo que habían destrozado y maltratado desde entonces. Pobre chica.

—No hay mucha información aquí. ¿No hay referencias de ningún otro trabajo en Irlanda antes de que trabajara en Cuan?

—No, había llegado la semana antes de empezar aquí, si no recuerdo mal. Tenía el visado de trabajo y todo en regla. La razón por la que la recuerdo es que tuve que llamarla a mi oficina en una ocasión.

—¿Para regañarla?

—En realidad no. Sufrió lo que describiría como una pequeña crisis nerviosa en la sala común.

—¿Qué lo provocó?

—No lo sé. Se negó a contarme nada aparte de que el periodo la alteraba. La mandé a casa temprano. Ni siquiera lo anoté, ya que tampoco afectaba a nadie más.

—Y aun así, lo recuerda. ¿Por qué?

Irene dudó antes de exhalar, como si supiera que no tenía elección.

—Lo recuerdo a la perfección porque estaba organizando una jornada de puertas abiertas en Cuan para nuestros donantes y posibles benefactores. El Servicio de Salud había reducido nuestra financiación, así que se trataba de una campaña de captación de fondos. Lo último que necesitaba era una interrupción.

—¿Benefactores? ¿Uno de ellos era Gordon Collins, de GC Construcciones?

Irene suspiró y asintió.

—Como él no lo oculta, no creo que haya inconveniente en que le confirme que es uno de nuestros donantes y que estuvo aquí ese día.

—¿Aneta podría haber entrado en contacto con él o con alguno de los demás?

—No veo cómo.

—¿Recorrieron la sala común?

—Sí, pero... su ataque ocurrió más tarde.

—¿Cómo fue?

—Yo no estaba presente en ese momento, pero me lo contaron. De repente, empezó a temblar y a llorar, sin un motivo aparente, y otro miembro del personal la acompañó fuera.

—¿Y vino a trabajar al día siguiente?

—Sí, un día o dos, creo, pero luego simplemente... desapareció.

Lottie estaba aturdida.

—¿Y no pensó en denunciarlo?

—Como he dicho, supuse que había vuelto a Polonia.

—¿No relacionó su ataque con la desaparición?

—No tenía motivos para hacerlo. —Irene hizo una pausa—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Estoy tratando de averiguarlo. ¿Puedo llevarme esto?

—Claro.

—Necesitaré una lista de todas las personas que estuvieron en el recinto el día del ataque de nervios de Aneta.

—Tendrá que traer una orden.

—Lo haré.

—Siento no poder ser de más ayuda.

«Eso dices», pensó Lottie.

—Ha sido de ayuda. Ahora ya tengo la identidad de la última víctima.

—¿Cree que todos han sido asesinados por la misma persona?

—Es una posibilidad.

—¿Los asesinatos están conectados con Cuan?

—Es otra posibilidad. Irene, le agradecería que mostrara la mayor discreción posible hasta que sepa con qué y con quién estamos lidiando.

—Por supuesto. Lo último que necesito es que se relacione un acto tan terrible con Cuan.

64

Para cuando Lottie llegó a los apartamentos Hill Point, ya había oscurecido. El estómago le rugía a modo de protesta. Había pasado la hora de llegar a casa y preparar la cena, o, con un poco de suerte, que se la hicieran a ella. Pero presentía que tenía algo. Tal vez resultaría no ser nada, pero un pellizco en la boca del estómago que no era hambre le empujaba a seguir.

Una mujer joven abrió la puerta del apartamento y le dijo a Lottie que lo había alquilado durante los últimos nueve meses. No sabía nada de la anterior inquilina.

—Pruebe con el conserje —añadió—. Nick Carter.

—¿El apartamento estaba vacío cuando llegó?

—Sí. Reformado y pintado. Todavía se olía la pintura, pero se desvaneció unos días después.

—¿Y no quedaba nada de la anterior inquilina?

—Nada. Hasta los muebles eran nuevos.

—Gracias.

Lottie bajó las escaleras preguntándose si el conserje aún estaría por allí. La oficina estaba en el piso de abajo, al lado de la consulta del dentista. Llamó y se sorprendió cuando se abrió la puerta. Un hombre fornido y sudoroso se estaba subiendo la cremallera de la cazadora.

—¿Señor Carter? Soy la inspectora Parker. ¿Puedo hablar con usted antes de que se vaya?

—Claro. Acompáñeme a mi coche. Mi mujer ha llamado para decirme que la cena está en la mesa, y que si no llego a casa en quince minutos, la tirará a la basura.

—¿En serio?

—No me extrañaría. Está bastante malhumorada últimamente. Odia el invierno. Odio el invierno. Me paso el día tratando con

tuberías rotas. ¿La gente no se da cuenta de que con este tiempo necesitas...?

—Lo siento, ¿puedo interrumpirle? —Comprendió que era el tipo de hombre que se queja de su mujer y de su vida hasta dejarla sin tiempo para indagar—. Quería preguntarle por Aneta Kobza. Vivió en el apartamento 5C el año pasado. ¿La recuerda?

—Déjeme pensar. 5C. Una pequeña chica polaca. Muy agradable. Pagó la fianza y un adelanto para el mes, creo que hasta finales del febrero pasado, pero tendría que comprobarlo. Todo en efectivo, por eso la recuerdo. Y un día se marchó sin despedirse ni dar las gracias.

—¿Se fue de repente?

—Se podría decir que sí. Había platos en el fregadero y ropa en el armario. Debió de conocer a alguien. O volvió a Polonia.

—¿Pero por qué se habría dejado la ropa en cualquiera de los dos casos?

—¿Cómo podría saberlo?

—¿No le entró la curiosidad?

—Mire, inspectora... Parker, ¿verdad? Debería ver el estado en que algunas personas dejan los apartamentos. El suyo no estaba tan mal. De todas formas, lo iban a redecorar.

—¿Había alguna señal de una pelea? ¿O algo que indicara que no se había ido por voluntad propia?

—Les habría llamado de haber sido así.

—¿Qué hizo con sus pertenencias?

—Tiré todo lo que parecía basura. Debí meter el resto en su maleta antes de guardarla en objetos perdidos.

—¿Dónde están los objetos perdidos?

—En una habitación detrás de mi oficina. Se vacía todos los años.

—¿Sus pertenencias siguen ahí?

—Deberían.

—Necesito verlas.

—Y yo necesito llegar a casa para cenar. No puedo permitirme un divorcio y me muero de hambre. Vuelva mañana.

—Por favor, Nick. Creo que Aneta ha sido asesinada. Es imperativo que acceda a cualquier cosa que le perteneciera.

—¿Asesinada? Santo Dios. ¿En qué se está convirtiendo esta ciudad? —Echó un vistazo a su coche, como si se debatiera entre cuál era la opción más fácil. Una detective furiosa o una esposa enfadada. Con Lottie de pie frente a él con el ceño fruncido, tomó la decisión correcta—. Vamos, pues, pero hablará usted con mi esposa para explicarle por qué voy a llegar tarde.

El conserje abrió la oficina y se dirigió hacia la puerta situada detrás del escritorio con patas de acero. No había ordenador, solo un viejo libro de contabilidad. Buscó la llave entre un montón que se había sacado del bolsillo. La luz se encendió de forma automática cuando la puerta se abrió.

—Debería estar por aquí, en alguna parte —murmuró.

Le asombró la cantidad de objetos apilados hasta el techo.

—Creía que se vaciaba la habitación de año en año.

—Sí. Esto es lo que hemos acumulado en los últimos doce meses. Hay gente que no quiere pagar la mudanza, ni el reciclaje, ni la basura. Se dejan todo lo que no quieren llevarse. Es como un grano en el culo, perdón por la expresión. —Se abrió paso por el estrecho espacio mientras comprobaba las cajas a ambos lados—. Aquí está. Una maleta propiedad de la señorita Kobza.

Lottie se sorprendió de que la hubiera encontrado tan rápido.

—Ha dicho antes que tiró otras cosas que se dejó. No tendrá un registro de qué era, ¿no?

—De ningún modo. Como si no tuviera más cosas que hacer. Tampoco era mucho, de todos modos. Solo unas decoraciones andrajosas. Por lo que sé, cuando llegó solo llevaba esta maleta.

—Vale. Tendré que llevármela.

—Adelante.

La maleta era de un material rojo con ruedas. Genial. Cuando fue a arrastrarla, se dio cuenta de que le faltaba una. Mierda.

—Espere un momento —dijo Nick—. Parece que esta caja también es suya.

La caja de cartón mostraba signos de mordiscos, y Lottie se estremeció. Su fobia a esas criaturas de cuatro patas hizo que se le

erizaran los pelos de la nuca.

—¿Le importaría llevarla a mi coche?

—Lo siguiente que me pedirá es venir a casa conmigo y comerse mi cena —añadió él con una mueca.

Pero agarró la caja y la siguió a la salida. Ahora que lo pensaba, no le importaría comerse parte de su cena. Después de meter la maleta y la caja en el maletero, le dio la mano a Nick.

—Gracias por su ayuda.

—Sin problema. Me alegro de ayudar a las fuerzas del orden.

—¿Por qué no denunció la desaparición de Aneta?

—Inspectora, la gente huye todo el tiempo. Nadaría en papeleo si tuviera que informar de todo lo que pasa aquí.

—¿Cómo era?

—No la recuerdo demasiado. La vi el día que llegó. Le di las llaves y santas pascuas. No me llamó la atención.

—Si se le ocurre algo, llámeme.

Le dio su tarjeta.

—Claro que sí.

Él se la guardó y se dirigió a su coche. Lottie se sentó en el suyo y lo vio marcharse. Tenía la identidad de la mujer asesinada que habían descubierto aquella mañana y algunas de sus pertenencias. Ahora tenía que averiguar cuándo y de dónde había desaparecido. ¿Era posible que la hubieran tenido encerrada en algún lugar durante casi un año? ¿Y por qué la habían asesinado ahora?

Con tres personas muertas y Shannon Kenny desaparecida, ¿buscaba a un solo asesino? El tiempo lo diría, y hoy no tenía más tiempo. Necesitaba llegar a casa y cenar.

65

Katie había llevado a Rose a Farranstown House a última hora de la tarde. Encendió la chimenea del amplio salón con corrientes de aire mientras empezaba a preparar la cena con las escasas provisiones que había en los armarios y el congelador. Necesitaba hablar seriamente con su madre. Su abuela no estaba bien y Katie sabía que necesitaba recibir cuidados a tiempo completo. Era peligroso dejarla sola.

Con las tiras de pollo en el horno y las patatas hirviendo en el fogón, tenía la cabeza en el congelador mientras buscaba guisantes cuando oyó el tintineo del timbre. Se limpió las manos en un paño de cocina sucio, que le recordó que tenía que poner una lavadora, y salió al pasillo para abrir la puerta.

Se quedó boquiabierta, incapaz de pronunciar palabra.

—Hola, Katie. Tenemos que hablar.

Por fin pudo decir algo.

—Dios mío, ¿qué haces aquí, Jackson?

Mantuvo la puerta parcialmente abierta y se apoyó en ella.

—¿Puedo entrar? Por favor.

—¿Pero cómo has averiguado dónde vivo?

—Anoche te dejé en casa. ¿Te acuerdas?

—Oh, claro. —Ahora sabía cómo se sentía Rose. Apenas recordaba la vuelta a casa después de la discusión en el restaurante —. Supongo que no hay problema, entonces. Pero no hagas ruido, mi abuela está descansando en el salón.

—¿Me quito los zapatos?

Katie sonrió y señaló el suelo mugriento.

—¿Qué te parece? Estoy en la cocina con Gordon Ramsay.

—¿Estaré a salvo en *La cocina del infierno*?

La siguió. Ella cerró la puerta del congelador tras decidirse por una lata de judías en lugar de unos guisantes, y encendió la tetera.

—¿Café?

—Claro, gracias. —Se sentó a la mesa y le dio vueltas a una miga con el dedo—. Siento haber sido tan capullo, Katie. Me gustas de verdad y me entristece que hayamos acabado peleados. Me gusta estar contigo. Y me cae bien tu hijo.

—No sabes nada de mi hijo.

—Tú me caes bien, así que él también me caerá bien.

—Deja a Louis fuera de esta conversación.

—Solo quiero disculparme. He estado muy estresado estos días, pero no excusa cómo me he comportado contigo. Lo siento mucho.

—La comida no estuvo mal.

—No, hasta que estropeé la tarde.

Preparó dos tazas de café y se sentó a su lado.

—Siento que se acerca una confesión.

—Esto es difícil. Creía que, si conocías a mi verdadero yo, saldrías corriendo.

Le dedicó una sonrisa desolada de dientes perfectos, que le hizo preguntarse cuánto le habría costado enderezarse los dientes.

—De acuerdo. Escúpelo. —En ese momento oyó un portazo.— Genial. No. Mi madre acaba de llegar del trabajo. No sabe cerrar una puerta sin hacer ruido.

Se levantó y empezó a limpiar la mesa. ¿Por qué estaba nerviosa? ¿No quería que su madre mirara mal a su novio? ¿Acaso era su novio? No sabía qué pensar.

Lottie entró en la cocina arrastrando una maleta.

—Huelo a patatas quemadas. ¿Has dejado que el agua se evapore? ¿Es el coche de la abuela? ¿Está bien? —Vio a la visita de Katie y se detuvo—. ¿Qué narices haces en mi casa?

Soltó la maleta y esta volcó sobre las tres ruedas. Katie contuvo la respiración, corrió a sacar la olla de patatas del fuego y vio a Jackson ponerse de pie de un salto, con la cara cenicienta.

—¿Inspectora Parker? —Se volvió para mirar a Katie—. ¿Es tu madre?

—La misma —dijo Lottie, que invadió su espacio personal—. Te he preguntado qué haces en mi casa.

Katie salió de su estupor.

—Ha venido a verme. ¿De qué conoces a Jackson?

Lottie se rio.

—¿Jackson? Esa es buena. Entonces, ¿eres un manitas?

—Me tengo que ir. —Se dirigió a la puerta—. Lo siento, Katie.

—No tan rápido, Greg —exclamó Lottie.

—¿Greg?

Katie no sabía qué estaba pasando. Pero al oír el tono de su madre, repleto de sarcasmo y desdén a partes iguales, supo que no iba a terminar bien.

—Greg Plunkett —siguió Lottie—. Se hace pasar por fotógrafo de modelos para atraer a mujeres jóvenes a su guarida y luego las engaña para que formen parte de su agencia de citas, que en realidad es una agencia de acompañantes.

—Eso es absurdo —replicó Katie con sorna.

En realidad, todavía estaba aturdida por el hecho de que le hubiera mentido sobre su nombre. Vio cómo su madre caminaba a su alrededor.

—¿Así que no le has dicho a mi hija lo que haces?

—Se equivoca —murmuró él, con la mano en la puerta—. Me voy.

—¿Sin darle una explicación a Katie? ¿Ha intentado coaccionarla como hizo con Laura Nolan y Shannon Kenny?

—¿Qué? No, y yo no coacciono a nadie.

—¿Y qué pasa con Aneta Kobza?

—¿Quién es Aneta?

—No se haga el inocente conmigo, señor Plunkett. Su negocio no es otra cosa que una red de prostitución y usted es el proxeneta.

—¡Está loca!

Lottie sacó una silla y se sentó. Katie volcó la olla en el fregadero, las patatas y el agua, y encendió el horno. Su madre podía morirse de hambre, porque estaba siendo desconsiderada en el mejor de los casos y odiosa en el peor. ¿No se daba cuenta de que seguía allí de pie escuchando aquellas terribles acusaciones?

Lottie debió de ver la expresión de su cara porque dijo:

—Ve a ver a tu abuela. Necesito tener una conversación con Greg.

Él abrió la puerta.

—Me voy. No tiene derecho a hablarme como acaba de hacerlo. He cooperado desde el primer día. Tengo la intención de denunciarla.

—Y yo tengo la intención de encerrarle. Ha allanado mi casa.

—Yo le he dejado entrar —dijo Katie—. Así que ya puedes olvidarte de lo del allanamiento.

La puerta detrás de Greg se abrió y él se hizo a un lado. Rose se quedó en el umbral, mirando a su alrededor. Tenía el pelo pegado al cuero cabelludo y la frente cubierta de sudor.

—¿A qué vienen esos gritos? —Agitó los brazos—. Quiero irme a casa.

Katie corrió hacia ella y la agarró del brazo para llevarla al salón.

—¿Me ayudas a encender el fuego, abuela?

—¿Qué fuego? ¿Está la casa en llamas? Huelo a patatas quemadas. —Señaló a Greg—. ¿Quién eres tú?

Katie tomó a su abuela de la mano para llevarla fuera, y lo miró pensando que era una muy buena pregunta.

* * *

Se oían gritos procedentes de alguna parte de la casa. Shannon se preguntó qué estaba pasando. Estaba muy enferma y le picaba la piel de todo el cuerpo. Una oleada de náuseas viajó desde su estómago hasta la garganta. «Si me entran ganas de vomitar, me ahogaré», pensó. Volvía a tener la boca cubierta de cinta. Debía escapar de aquel infierno. La niña, Magenta, podría ser su vía de escape. Pero ¿cómo? ¿Era tan mala como los adultos? ¿Quiénes eran estas personas?

Gruñó al retorcerse hacia un lado. La puerta se abrió y un haz de luz se coló en la habitación oscura. Parpadeó e intentó ver quién había entrado, pero los ojos le dolían tanto como el resto del cuerpo. Ni siquiera podía gritar.

66

Lottie veía como Greg cambiaba el peso de un pie al otro, con esos zapatos de cuero brillantes. Podría haberse marchado después de Katie y Rose, pero se había quedado. ¿Creía que estaba más seguro respondiendo preguntas aquí, sin vigilancia, que en la comisaría. Eso iba a averiguar.

—Siéntate.

Se sentó a la mesa y se cruzó de brazos. Ella se colocó frente a él. Sacó el móvil, lo ojeó y lo giró hacia él.

—¿La conoces?

—¿Qué? ¿A quién? ¿Está muerta?

—Sí.

—No sé quién es.

Lottie se desplazó hasta la última imagen en la aplicación de fotos, hasta la que había tomado del informe de personal en Cuan.

—Esta es ella viva.

La analizó.

—No puedo decir que la haya visto antes, y es la verdad.

La detective intuyó que estaba siendo sincero, pero en cuanto McKeown tuviera acceso a su base de datos, lo comprobaría. Eso si Aneta había utilizado su verdadero nombre.

—¿Puedo irme ya?

—¿Qué haces con mi hija?

—No sabía que era tu hija. La conocí en el Fallon la otra noche. Tomamos unas copas y anoche la llevé a cenar. Y ya está. Es una persona encantadora y me gusta. Sin más.

—Sin más... Y un cuerno. Aléjate de ella.

—¿No crees que eso debe decidirlo Katie?

Ya tenía bastante con lo suyo sin interferir en la vida amorosa de su hija, pero Plunkett no le gustaba, ni mucho menos su negocio. Sin embargo, hiciera lo que hiciera, sufriría la ira de Katie.

—Venga, vete.

Se pasó la mano por el pelo cuando se hubo marchado sin añadir nada más. Empezaba a dolerle la cabeza y se moría de hambre.

Katie volvió con Louis envuelto en su chaqueta y una pequeña mochila a la espalda.

—Voy a llevar a la abuela a casa. Pasaremos la noche con ella.

—Tenemos que hablar.

—Ahora no, mamá. No aguanto más tus intromisiones. Hablaremos mañana. Vamos, Louis.

Lottie los vio irse, sin siquiera un beso de su nieto. Estaba a punto de encender el horno cuando Sean entró corriendo.

—¿Qué hay para cenar?

—Iba a rescatar estas tiras de pollo. Añadiré unas patatas fritas y te llamaré cuando esté hecho.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Sean.

—No, ¿pero alguna vez lo estoy?

—Tienes razón. ¿Cómo va la cosa?

Ella le echó un vistazo a la maleta y se dio cuenta de que se refería a la investigación.

—No dejamos de dar vueltas en círculos. Sé bueno y tráeme la caja de cartón del coche.

—Claro.

Esparció unas patatas fritas congeladas en una bandeja de horno y las puso a asar. Se dispuso a limpiar el desastre que había en el fregadero cuando Sean dejó la caja sobre la mesa.

—¿Quieres que vigile las patatas? —le ofreció, señalando el horno.

—Para nada. Te avisaré cuando estén listas.

Se preparó un café cuando él salió de allí. Mientras sorbía el líquido caliente, pensó en la caja.

—Espero, por favor, que no salga nada de ahí —dijo con una mueca.

* * *

Magenta odiaba cuando se peleaban, que era todo el tiempo. Le dolía la cabeza y se rascó los granitos.

—Tiene que ser varicela —dijo la mujer—. Esa escuela es un centro de incubación. ¿Por qué siempre traes gérmenes a casa? Eres una inútil. Como él.

Magenta tuvo que darle la razón.

—Es como una plaga que ha entrado en todas las casas, como dijo Jesús —continuó la mujer.

Magenta no estaba segura de que Jesús hubiera dicho eso, pero cuando *ella* hablaba había que creerla. Era carismática, pero también la persona más cruel que la niña pudiera imaginar. ¿Sería como ella? Supuso que sí. Le entraron ganas de retorcerle el talón en la cabeza a él hasta que ya no pudiera gritar en señal de protesta. Sí, supuso que se parecía más a ella que a él. ¿Era eso bueno? Tal vez.

Se esforzó por no retorcerse como él había hecho. Pero la bofetada que recibió en un lado de la cabeza acabó con todo el coraje que había reunido. Un segundo bofetón la hizo caer al suelo. Una ira que rara vez se permitía desatar estalló en su cuerpo como un remolino de espuma, y no pudo evitar que las palabras salieran de su boca.

—Te odio, zorra. Me tienes aquí como a esas mujeres que él te trae a casa. Os odio a los dos.

Se levantó del suelo y se marchó antes de que le diera otra bofetada.

En la cama, se rascó los granitos hasta que empezaron a sangrar.

Y entonces se sintió mejor.

67

Lottie dejó la taza, abrió las solapas de la caja con cautela y se apartó. Por si acaso. Cuando se cercioró de que no había ningún ser vivo dentro, se inclinó y echó un vistazo. A primera vista, parecía estar llena de folletos y panfletos. Se preguntó por qué el conserje los habría guardado después de haber tirado la mayoría de las pertenencias de Aneta.

Los sacó despacio, uno a uno. Algunos estaban en otro idioma, supuso que en polaco, pero un folleto en inglés le llamó la atención. «Centro de rehabilitación Cuan». Volvió a sentarse en la silla y se preguntó si debería ponerse unos guantes protectores. Tal vez fuera lo mejor. Sacó un par del bolso y volvió a coger el folleto. La imagen en la portada era de un entorno luminoso y lleno de diversión «para ayudar a la gente a recuperar su vida». No encajaba con el recuerdo de su visita anterior.

En la página central había un compendio de fotografías. Al mirar de cerca, esperó reconocer a alguien que le diera una pista sobre quién había matado a Aneta. Identificó a dos personas: Irene Dunbar y Gordon Collins, pero las demás no le decían nada. Cerró el folleto y cogió otro. Este le resultó más familiar. Urbanización Pine Grove.

¿Por qué tenía Aneta este folleto entre sus cosas? ¿Los jóvenes no lo buscaban todo en internet hoy en día? Pero no sabía cómo había sido Aneta, así que no tenía sentido darle vueltas a ese tipo de preguntas.

Decidió pedirle a Boyd que la ayudara a revisar las cosas, y buscó a tientas el móvil en la mesa. Olía a quemado. Salía humo del horno. Las patatas. Mierda.

Boyd llegó en cuestión de media hora. Para entonces, tanto ella como Sean habían cenado las patatas que habían rescatado, tiras de

pollo y una lata de judías. Incluso había limpiado el fregadero y pasado un trapo por las encimeras.

—Algo se está quemando —dijo Boyd al entrar por la puerta trasera.

—No empieces.

—Tú misma.

—Madre mía, suenas como Sean. ¿Cómo está Grace?

—Hemos discutido. No preguntes. Pondría a prueba la paciencia de un santo.

—Pero tú no eres un santo, Mark Boyd, ¿verdad?

Él recorrió la habitación con la mirada, y ella supo que estaba comprobando si estaban solos.

—¿Está Sean?

—Sí.

—Es una pena.

—¿Por qué? ¿Tenías la intención de violarme en mi propia cocina?

Se rio.

—Me conformaría con un abrazo.

—Yo también.

Ella se acurrucó entre sus brazos y se relajó. Estaba tan agotada que podría dormirse así. Al sentir que la besaba en la oreja, se apartó.

—Boyd, tengo el pelo sucio.

—No me importa.

Le acarició la garganta con la nariz y luego se dirigió a su boca. Ella agradeció el contacto de sus labios con los suyos, pero desvió la mirada hacia la mesa.

—No te he llamado para esto.

—Ah. Yo creía que no podías vivir sin mí y que ibas a decirme que habías aceptado comprar una casa en Pine Grove.

—He mencionado Pine Grove por teléfono, pero no por ese motivo. —Le contó lo que había descubierto con Irene Dunbar y le habló de su visita a Hill Point. Después señaló los dos folletos que tenía sobre la mesa—. Hay uno de Cuan, que lo entiendo, porque

Aneta trabajaba allí. Pero este es de Pine Grove. —Lo levantó—. ¿Por qué lo tendría?

—Puede que se lo diera John Morgan cuando estuvo en Cuan, pero no tengo ni idea. ¿Tenía intención de comprar? Tal vez tenía dinero y no lo sabemos.

—La he identificado esta tarde, así que no he tenido tiempo de comprobar nada más.

—Es una posibilidad remota, pero me pregunto si era una de las acompañantes de Plunkett.

Lottie negó con la cabeza.

—Le he mostrado su foto y me ha dicho que no.

—¿Cuándo lo has visto?

—Es una larga historia, y no es el momento de tener esa conversación.

Estaba demasiado cansada para recorrer ese incómodo camino con él.

—De acuerdo. Volvamos a Pine Grove. Quizá quería comprar una casa. Puedo pedirle a Charlie que lo compruebe mañana.

—De acuerdo. Ponte unos guantes y revisemos la caja juntos.

Se pusieron manos a la obra. Sacaron cada cosa, sacudieron las páginas para ver si se caía algo y las examinaron. La mayoría de los folletos estaban en polaco, pero también había algunos panfletos turísticos antiguos.

—¿Tenía un portátil? —preguntó Boyd.

—No lo sé. A menos que estuviera en la maleta, pero el conserje no ha mencionado ninguno. ¿Por qué?

—Porque si lo hubiera tenido, estoy seguro de que podría haber buscado todo esto en internet.

—Yo también me preguntaba eso —dijo Lottie—. Podría haber usado el móvil, pero tampoco lo tenemos. Revisaremos la maleta cuando terminemos con la caja.

—Por lo que veo, todo esto es basura.

—Pero ¿por qué se lo quedó el conserje? Estaba pensando que tal vez alguien más guardó sus cosas. Lo llamaré por la mañana.

—Si alguien más puso las cosas en la caja, ¿por qué no se la llevó?

—Tal vez encontró lo que buscaba y dejó el resto esperando que lo destruyeran. —Se quedó pensando un momento—. No hay rastro de su pasaporte. Podrían habérselo llevado.

Sin más hallazgos interesantes en la caja, la dejaron a un lado.

—Le diré al agente Lei que lo revise todo mañana —añadió Lottie.

—Buena idea.

Boyd colocó la maleta roja sobre la mesa y abrió la cremallera oxidada. Estaba llena de ropa. Sencilla y barata. Como la ropa que llevaban las hijas de Lottie. No reforzaba la idea de que Aneta podría tener dinero.

—A juzgar por las tallas, estaba mucho más delgada cuando murió. —Levantó una camiseta—. Alguien la secuestró, la retuvo y la privó de comida durante meses.

—No vale la pena darle vueltas. —Estaba revisando un manojo de vaqueros, rebuscando en los bolsillos y dándoles la vuelta—. Espera un momento. Aquí hay algo.

—¿Qué es? —Lottie dejó caer la ropa que estaba mirando.

—No quiero romperla. —Extrajo el papel del bolsillo trasero de los pantalones y lo puso sobre la mesa—. Una fotografía. Es como si la hubieran lavado. Está descolorida.

—Si la hubieran lavado, estaría hecha pedazos. Solo es vieja. —Tocó la imagen—. Es un grupo de adolescentes, chicos y chicas, con dos hombres algo mayores a los lados. —Contó las cabezas—. Y creo que dos mujeres, una al lado de cada hombre. Dale la vuelta para ver si tiene una fecha o algún nombre. Cuidado.

Le dio la vuelta.

—Está en blanco.

—Parece que están en las escaleras de un edificio. ¿Lo reconoces?

—No me dice nada.

—Puede que me esté agarrando a un clavo ardiendo, pero podría ser Cuan. Leí que parte del edificio se quemó hace unos años. Pero no sé...

—Estás cansada. Estoy cansado. Déjalo para mañana. Puedo meter todo esto en mi coche.

—Déjalo aquí. Puede que le eche otro vistazo.

—Necesitas dormir y será mejor que me vaya a casa. Grace volverá a enfadarse si llego más tarde.

Ambos se lavaron las manos en el fregadero. Lottie deseó que Boyd pudiera quedarse. Deseó que pudiera abrazarla toda la noche para aliviar el recuerdo del cuerpo destrozado de Aneta en un campo lleno de pájaros.

Se besaron en la puerta y ella esperó hasta que las luces rojas traseras de su coche desaparecieron para volver a la cocina.

Se sentó a la mesa y miró las pertenencias de Aneta. Su único legado eran los restos de la caja y la ropa barata de la maleta. Se le rompió el corazón.

* * *

Rex se arrodilló en su cama en la habitación oscura y se asomó por la ventana. Con el edredón por encima de los hombros, observó la zona en la que había visto el cuerpo de la mujer. Era atractiva. Pero alguien la había matado. Pensó en la noche anterior a encontrar el cuerpo. Entonces también había estado mirando por la ventana. El coche sin luces se había parado en la calle antes del cine y el hombre había salido y había arrastrado algo desde el asiento del copiloto.

¿Era la mujer?

Probablemente.

¿Debería contárselo a alguien?

Quizá no.

La vida era demasiado complicada en esa casa como para añadir más problemas. Se metió en la cama y se enrolló con el edredón. Intentó dormir, pero le resultó imposible. Las imágenes le perseguían. Sus pies sucios. Su rostro bonito. Sus ojos muertos. Cuando decidió que no iba a dormir, sacó la Nintendo Switch de debajo de la almohada y jugó al Mario durante horas.

68

Lunes

A las seis de la mañana, Lottie entró en la cocina con el abrigo puesto. Hacía un frío de mil demonios en casa. Las ventanas se habían helado durante la noche y la escarcha blanca brillaba sobre la hierba. Hacía tanto frío que su aliento permanecía en el aire como una neblina blanca. ¡Dentro! Volvió a pulsar el interruptor del gasoil. Ni un sonido. No podía haberse acabado ya, ¿verdad? Se rascó la cabeza, pensativa. Lo había llenado en Navidad, ¿no? Pero ahora el depósito debía de estar vacío.

Se preparó un café y el líquido humeante le hizo entrar en calor poco a poco. La casa estaba muy silenciosa sin Katie y Louis. No es que se levantaran a estas horas, pero siempre sentía su presencia. Esta mañana, la casa estaba un poco vacía. Sean le levantaría para ir a clase en una hora. Chloe había llegado tarde del trabajo anoche, así que se quedaría en la cama un poco más. El ambiente era desolador.

Sintió la tentación de mandarle un mensaje a Katie para ver cómo había ido la noche en casa de Rose. «No, déjalo por ahora». Se pasaría por allí esta tarde y tendría una charla sincera. Era hora de hablar seriamente sobre las condiciones en las que vivían y sobre Rose. Y entonces, tal vez hablaría con Boyd sobre poner en común sus recursos y ver lo que podían hacer. Incluso se tragaría su orgullo y llamaría a Leo a Nueva York. Tal vez. Quizá no.

La primera persona con la que se topó en la comisaría fue el agente Lei.

—Quiero echar otro vistazo a todas las declaraciones de los testigos —dijo él—. En realidad, debería decir declaraciones a secas,

porque hasta ahora nadie ha presenciado nada, pero puede que hayamos pasado algo por alto. Sabes lo que pienso...

—Tengo un trabajo para ti —lo interrumpió. Lei podía hablar por los codos si se lo permitían—. Hay una caja y una maleta en el maletero de mi coche. ¿Puedes llevarlas a la sala de incidencias, por favor? Ten cuidado con la caja, se deshace. Luego quiero que revises todos los objetos y los catalogues. Avísame si encuentras algo relevante.

—Oh. Claro. Vale. Por supuesto. ¿A quién pertenecen?

—A Aneta Kobza.

—¿Quién es?

Lottie se dio cuenta de que no había informado al equipo sobre su descubrimiento.

—Nuestra última víctima. Trabajó en el centro de rehabilitación Cuan durante un mes a principios del año pasado.

—Vale, jefa.

Le dio las llaves de su coche y entró en la oficina general. La puerta se abrió tras ella y entró McKeown.

—Llegas pronto —comentó, y estuvo a punto de añadir «para variar», pero se detuvo a tiempo. No tenía sentido hacerle enfadar.

—He decidido salir antes de casa por la helada, pero han echado gravilla en las carreteras principales, así que he llegado sin problema.

—Quiero que averigües todo lo que puedas sobre Aneta Kobza. Y comprueba si se ha utilizado su pasaporte en el último año. —Le dio los detalles y le pidió que rellenara el tablón de incidencias mientras trabajaba—. A ver si descubres algo sobre sus movimientos bancarios. En Cuan deberían poder decirte a qué banco pertenecía la cuenta en la que le ingresaban su salario. Comprueba si estaba relacionada con la agencia de acompañantes.

—Lo haré.

Mientras McKeown se dirigía a su escritorio, Lottie oyó a Boyd hablando con Kirby en el pasillo. La agente Brennan llegó detrás de ellos.

—Martina, ¿alguna novedad de Diana Nolan? —preguntó Lottie mientras se quitaba el abrigo.

—Me echó ayer por la tarde. Dice que no quiere un agente de enlace en casa.

—¿Qué lo ha provocado?

—Salió a pasear con su nieto y volvió después de que se marchara el detective McKeown. Le hice la pregunta que él tenía intención de hacerle.

—¿Cuál?

—Si Laura había estado en rehabilitación. Pero se puso muy tensa e insistió en que me fuera. Creo que no está siendo del todo sincera con nosotros.

—¿Con respecto a qué?

—La verdad es que no lo sé. Se ha comportado de forma extraña. Entiendo que la gente reacciona de forma diferente ante el dolor, pero algo no va bien en esa casa. Ningún vecino o amigo la ha visitado. Es muy raro. Creía que la casa estaría llena de fiambreras con comida.

—¿Alguna de las amigas de Laura ha llamado?

—Ninguna. Tal vez eran una familia privada y no se relacionaban con otras personas.

—Es una posibilidad. Repasa lo que hemos averiguado preguntando a sus vecinos.

—Ahora voy —dijo Martina—. Cuando Diana volvió de su paseo, se puso a rebuscar por los cajones de la cómoda de la sala de estar.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—¿Dónde fue?

—No me lo dijo.

—Yo voy para allá ahora.

McKeown se puso de pie.

—No, te he encargado una tarea. Me pasaré yo más tarde.

—¿Hay algo más que quieras que haga, además de comprobar las entrevistas? —dijo Martina.

Lottie creyó ver un brillo de satisfacción en los ojos de la mujer más joven ante el menosprecio a McKeown.

—Ayuda al agente Lei en la sala de incidentes. Él te lo explicará.

Informó a Kirby de los últimos avances y empezó a asignar tareas al equipo.

—Tenemos que descubrir todo lo que podamos sobre Aneta. Hablad con amigos, compañeros de trabajo, vecinos de los apartamentos de Hill Point. Si no se ha usado su pasaporte, todo indica que estuvo desaparecida casi un año.

—Y Shannon Kenny sigue desaparecida. He hablado con su hermano esta mañana. Tenemos que poner más avisos para obtener información. Lo más probable es que no se fuera por voluntad propia —dijo Kirby.

—No son buenas noticias —afirmó Lottie—. Haz lo que puedas y hablaré con la super para que le dé prioridad. También necesito las fechas exactas en que Shannon estuvo en Cuan. —Pensó en la foto que habían encontrado en el bolsillo de los tejanos de Aneta y se volvió hacia McKeown—. ¿Serías capaz de mejorar una fotografía antigua que está descolorida y arrugada? Podría enviársela a los técnicos, pero es urgente.

—Puedo intentarlo.

Se la entregó en una funda de plástico transparente. McKeown le echó un vistazo.

—Haré lo que pueda, jefa.

Cuando Lottie entró en su despacho, se alegró de que Sam transmitiera buenas vibraciones para variar. Encendió el ordenador y se dispuso a empezar el día.

69

Había mucho bullicio en la puerta de la oficina. Boyd no se creía quién estaba entrando por la puerta, seguida del garda Thornton.

—Grace, ¿qué haces aquí?

Su hermana tenía el ceño fruncido y llevaba a Sergio de la mano.

—La he traído a la sala de interrogatorios para que esperara mientras iba a llamarte, y lo siguiente que sé es que ha salido detrás de mí. Lo siento —explicó Thornton.

—No pasa nada —dijo Boyd, que hizo un gesto con la mano para que se alejara el veterano garda.

Grace se cruzó de brazos y se mantuvo firme.

—Tengo que volver a casa, a Galway. Te he traído a Sergio. Ha comido y bebido.

Abrazó a su hijo y miró fijamente a su hermana.

—¿Habéis venido a pie?

—Bueno, no conduzco.

—¿Por qué lo has traído aquí? Estoy trabajando.

Ella lo miró como si fuera tonto.

—No podía dejarlo solo en casa, ¿verdad? Tienes que cuidar de él.

—Pero ibas a cuidar de él. ¿Por qué tienes que irte tan de repente? Podrías haberme avisado.

Los ojos de Grace se oscurecieron.

—No soy tu empleada. Te estaba ayudando como un favor, pero ahora Bryan me necesita más que tú. La época del parto de las ovejas se ha adelantado. Me voy a casa a echarle una mano.

Boyd trató de asimilarlo todo mientras Grace lo miraba indignada.

—Quédate al menos hasta mañana. Yo te llevo a Galway. Tengo que preparar algo para Sergio. Por favor, Grace. Un día más y te

llevo adonde quieras.

—El único lugar al que me voy es a casa, y me voy ahora. Tengo la maleta hecha. No voy a cambiar de opinión.

Boyd sabía que, a veces, podía ser tan terca como él. La diferencia era que Grace no le dejaba margen. Había tomado una decisión y eso era todo. Lo intentó una última vez.

—¿Y si llamo a Bryan y le digo que Sergio te necesita más que las ovejas?

Ella frunció el ceño y una sombra le cubrió el rostro como la persiana de una ventana.

—Sé lo que estás haciendo. Intentas chantajearme emocionalmente. Eso ya no funciona. Soy más inteligente de lo que crees.

Se colgó el bolso del hombro y se levantó con los pies separados, como si esperara una disculpa.

Boyd no quería discutir. Miró hacia donde Kirby tenía a Sergio sentado en su escritorio. El chico estaba jugando a un juego de ordenador en el móvil del agente. ¿Qué iba a hacer?

—¿No tienes nada que decir?

Grace sonaba como su madre más que su propia madre.

—Estoy de acuerdo, Grace, he sido un egoísta. Vete a casa con Bryan. Hazme saber cómo van las ovejas y los corderos. No me mantengas al margen.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Al margen?

—Quiero formar parte de tu vida. Quiero conocer a Bryan. ¿De acuerdo?

—Claro que lo conocerás. Adiós.

Se acercó a Sergio y le estrechó la mano como si fuera un adulto. Grace no daba abrazos. Un apretón de manos era su límite. Cuando se fue, las paredes de la oficina parecieron respirar de alivio y Boyd pudo respirar tranquilo.

Kirby se acercó.

—Como dicen los ingleses, estás en un buen vinagre, amigo. Pero escucha, Amy está hoy en casa. Le pediré que vigile al chico. Estará encantada de ayudar.

—Eres un regalo del cielo. Gracias.

—La llamaré. —Kirby se palpó los bolsillos—. ¿Dónde he dejado el móvil?

70

Un correo electrónico de Mona, la recepcionista del centro Cuan, la esperaba en la bandeja de entrada con las fechas en las que Aneta había trabajado allí. Lottie las comparó con las del ingreso de John Morgan y descubrió que se solaparon durante una semana. Echó un vistazo a las notas sobre Shannon Kenny. Sí, ella también había estado allí. Pero no mencionaba nada sobre Laura Nolan.

Sabía que Gordon Collins había visitado Cuan el pasado mes de febrero —la imagen del folleto y el periódico local que McKeown había encontrado en internet lo demostraban— y la fecha coincidía con la época en que Aneta trabajó allí. ¿Había algo en todo esto que ella debiera saber? No sabía qué podía ser.

Para completar la conexión entre ellos, necesitaba conocer las fechas en las que Laura ingresó en Cuan. Irene había dado a entender que estuvo allí a la vez que John, pero ¿por qué Diana no había respondido a la pregunta de Martina? Tendría que preguntárselo ella misma.

Tras ponerse el abrigo con dificultad, se dirigió a Redwood Court. Aún no eran las nueve de la mañana y ya tenía la sensación de haber trabajado medio día. Las cortinas estaban echadas y la casa parecía desolada. Odiaba tener que despertar a la madre afligida, pero necesitaba respuestas.

Tocó el timbre varias veces antes de que la vecina de al lado saliera. La anciana iba abrigada con una chaqueta acolchada y un gorro de lana. Llevaba unas bolsas del Tesco bajo el brazo mientras cerraba la puerta.

—No hay nadie, cariño. La he visto subirse a un taxi con el niño esta mañana temprano cuando he entrado la leche. Estaba congelada en la caja.

—Oh, ¿a qué hora ha sido eso?

—¿Quién eres entonces?

Lottie se presentó. La mujer asintió, satisfecha.

—Debían ser las siete. Siempre me levanto antes de esa hora. Un recuerdo de cuando trabajaba en Dublín y tenía que conducir hasta la ciudad cada mañana. Eso fue antes del tren de cercanías. Echo de menos el trabajo, pero ya sabes...

—¿Se han llevado algo? ¿Bolsas? ¿Tal vez maletas?

—No me he fijado. Podrían haberlas metido en el coche antes de que yo saliera. No me ha saludado ni nada. Nunca lo hace. Solo ha metido al jovencito en el asiento trasero y ha subido a su lado. Ha cerrado la puerta antes de que pudiera abrir la boca.

—Gracias, señora...

—Señora Molloy. Nunca me casé. Me alegro. ¿Quién querría a un viejo diciéndole lo que puede y no puede hacer? Yo no.

Caminó orgullosa por el camino con botas de nieve, y a Lottie le pareció un poco excesivo, teniendo en cuenta que la escarcha ya se estaba derritiendo.

—¿Se ha fijado de quién era el taxi?

—No, no me he fijado, pero he oído al conductor decir algo sobre la estación de tren.

—Ha sido de gran ayuda.

—Espero que esté bien. Lo de la pobre Laura ha sido terrible. Tampoco es que se relacionaran demasiado con la gente de por aquí. —La mujer llegó a la puerta—. Debería haberme pasado, pero ¿qué se dice en estas situaciones? No encontraba el momento.

—¿Conocía a Laura?

Lottie esperaba que su respuesta no se convirtiera en una saga.

—¿Conocerla? Nadie conocía a Laura Nolan. Esa chica era un libro cerrado.

—¿Qué quiere decir?

—Nunca saludaba, ni con la cabeza ni con la mano. Como su madre. Siempre callada. Trabajaba en el Lidl. Yo prefiero el Tesco. Eran muy reservadas. Luego Laura tuvo el bebé. La vi salir un par de noches muy arreglada. Su madre es un poco coqueta. Nunca la he visto con un pelo fuera de lugar y...

—Está bien, gracias. —Lottie sintió que no obtendría nada concreto de la señora Molloy. Solo conjeturas y rumores. De todos

modos, podría ser útil en algún momento—. Aquí tiene mi tarjeta en caso de que le venga a la mente algo que pueda ayudarnos en el asesinato de Laura.

Estuvo a punto de volver corriendo a su coche antes de que la mujer cogiera carrete de nuevo.

71

Al agente Lei no le importaba ser el recadero del equipo. Le encantaba estar ocupado. Aunque para algunos podría ser un poco macabro, examinar las pertenencias de la fallecida le resultó satisfactorio. Ensuciarse las manos. Involucrarse. Eso era lo que le emocionaba. Su puesto actual había sido una mejora respecto a la unidad de ciclistas. Por supuesto, solo lo llamaban para trabajar con el grupo cuando había un caso importante, pero agradecía la experiencia.

—Hola, Lei, ¿cómo te va? Me han enviado para ayudarte.

—Hola, garda Brennan. No la he oído entrar.

—Virgen santa, Lei, o Brennan o Martina. Guárdate las formalidades para cuando estemos en público o en presencia de los jefazos.

—Ah, vale. Genial. Gracias. Puedes ayudarme a examinar este lote. La inspectora Parker ya lo ha revisado, pero ha pedido que lo analicemos a fondo. ¿Crees que podrás hacerlo? —Reculó cuando ella puso los ojos en blanco—. Lo siento. No quería ofenderte. He olvidado que sabes más que yo de estas cosas.

Ella se rio.

—Qué gracioso eres. ¿Qué estamos buscando?

—Algo que nos dé alguna pista sobre quién era Aneta Kobza o que ayude a la investigación. Ponte guantes porque hay que mandar esto a la científica.

Martina se puso unos guantes y una mascarilla y abrió la maleta. Levantó un jersey de cuello redondo.

—Esto es viejo. Indica que no tenía mucho dinero, que no estaba orgullosa de ello o bien que no le importaba su aspecto.

Martina le caía bien. Era de las que se manchaban las manos. Mientras Lei sacaba las revistas y los folletos de la caja, recordó las instrucciones de la jefa.

—Tenemos que catalogarlo todo también.

—Podría ser una pérdida de tiempo. Veamos primero qué encontramos y luego haremos una lista de lo que nos parezca importante. ¿De acuerdo?

—Como quieras. —No estaba muy seguro, pero Martina era la guardia más veterana.

La observó trabajar. Sacaba cada prenda como si fuera de diseño en lugar de un artículo del Primark pasado de moda. La admiraba por la reverencia con que trataba las pertenencias de la difunta. Sus dedos rastreaban costuras, botones y bolsillos en busca de algo oculto.

Él tenía que ser igual de meticuloso. Lo sacó todo de la caja de cartón y rebuscó en su interior, pero solo halló una araña perdida en un rincón. Pasó cada una de las páginas de los folletos y, al comprobar que no había nada de interés, las dejó a un lado. Luego se concentró en el pequeño fajo de papeles que quedaba en una pila apartada.

La mayoría estaban mecanografiados en un idioma extranjero. Polaco, supuso, ya que la mujer era polaca. Algunas parecían las páginas de un currículum, pero faltaba la portada, así que no aparecían ni el nombre ni la dirección.

—Bingo —dijo al fin, agitando una hoja de papel.

—¿Qué has encontrado? —Martina se limpió las manos en los pantalones, aunque, como él, llevaba guantes—. Un tesoro, espero.

—Una página de un extracto bancario. Con fecha 31 de diciembre de hace dos años. Su cuenta ascendía a quinientos eslotis entonces.

—¿Es su cuenta?

—Debe de serlo. Aparecen su nombre y una dirección de Cracovia. Tiene un IBAN. Debió de venir aquí después de eso.

—Podría haber usado el extracto para abrir una cuenta en un banco irlandés. Necesitaba una cuenta para pagar el alquiler y cobrar su sueldo. En Cuan deberían de poder dárnosla.

Tuvo una idea.

—Dame un minuto. —Escribió Hill Point en Google para buscar detalles sobre cómo alquilar un apartamento—. Se necesitaban, al

menos, mil euros para pagar la casa en la que vivía y, a menos que consiguiera dinero después de ese extracto bancario, no los tenía.

—Tal vez tenía dinero en efectivo, o abrió una cuenta en Irlanda. —Martina volvió a la ropa—. Añade el extracto a la lista de todas formas. Los detectives profundizarán en el asunto. ¿Algo más?

—Nada que entienda. La mayor parte está en polaco. Lo comprobaré en el traductor de Google.

—No tenemos tiempo para eso —dijo Martina—. Se supone que estamos buscando alguna pista sobre la vida de Aneta, sobre lo que le pasó y sobre por qué no se denunció su desaparición durante un año.

—Es fácil caer en el olvido. Hay mucha gente que no tiene a nadie en su vida que se preocupe por ellos. Siempre me pregunto...

—Lei, nuestro trabajo es averiguar por qué la secuestraron y quién la mató.

Exhaló. La sensación de euforia se disipó enseguida. Tenía que haber algo más.

72

Irene Dunbar no había dormido nada, y no había cantidad imaginable de maquillaje que disimulara las oscuras ojeras bajo sus ojos. Le hizo un gesto con la cabeza a Mona, entró en su oficina y cerró la puerta de una patada. Deambuló por la sala con el móvil en una mano y el café para llevar en la otra.

¿Debería llamarle? ¿Habría alguna diferencia? Tres personas vinculadas a Cuan habían muerto. ¿Y Shannon Kenny? Las noticias de la mañana habían emitido una petición de información sobre la chica desaparecida. Los cuatro tenían entre veinte y treinta años, así que podrían haberse cruzado en alguna otra parte, además de haber pasado un tiempo en rehabilitación. Los agentes habían hecho la conexión con Cuan muy rápido, y ella sabía que estaba a punto de someterse al escrutinio de ellos y de la junta.

Dejó el café, dispuesta a hacer la llamada, justo cuando Mona entró sin llamar.

—Lo siento, Irene, pero no dejo de pensar en Aneta. Tendríamos que haber indagado cuando no volvió al trabajo. Hubo un incidente el día que los benefactores vinieron en febrero. ¿Crees que algo relacionado con ellos la asustó?

—¿Cómo voy a saberlo?

No quería sonar borde, pero sus palabras sonaron exactamente así.

—Bueno... hablaste con ella después. Era una buena chica. Una buena trabajadora. Imagínate que hubiera desaparecido entonces y hubiera estado retenida todo ese tiempo. No vale la pena darle vueltas, ¿verdad?

Irene se sentó e intentó dar con una respuesta que sacara a Mona de la oficina antes de que lanzara el café al otro lado de la habitación. Pero la recepcionista no había terminado.

—Le he mandado un correo electrónico a los gardaí con las fechas en las que Aneta trabajó aquí. También las fechas en que John Morgan estuvo ingresado. —Debió de ver la expresión de sorpresa en la cara de Irene, porque enseguida añadió—: Es lo que me pidió la inspectora. Me pregunto si debería enviarle también las fechas de Laura.

—Por Dios santo, ¿por qué has hecho eso?

—Porque todo podría estar relacionado.

—¿Relacionado con qué?

Irene agarró el vaso de café con tanta fuerza que el líquido oscuro se salió por el borde.

—Con Cuan. Recuerdo que una vez escuché un pódcast de crímenes reales y...

—Tengo que hacer unas llamadas, Mona. No vuelvas a enviar nada a menos que yo lo diga. ¿Entendido?

—Por supuesto. Solo intentaba ayudar.

Mona salió del despacho y dejó un rastro de perfume barato y fuerte a su paso. Irene esperó un momento y respiró hondo tres veces antes de volver a coger el teléfono. Tenía la sensación de que el castillo de naipes sobre el que había creado un negocio de éxito estaba a punto de derrumbarse.

73

Lottie mandó a McKeown a la estación de tren para que comprobara si alguien recordaba haber visto a Diana y a su nieto. Si no daba resultados, debía revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad.

Volvió enseguida.

—Nadie recuerda haberlos visto, pero he hecho una comprobación rápida de los vídeos de seguridad. No se les ve salir del taxi, pero les he pillado entrando en la estación. Después los he perdido. El andén estaba lleno. Venía un tren de cercanías.

Lottie sacó el horario de trenes mientras hablaba.

—¿A dónde iba? ¿Dublín o Sligo?

—Solo llevaba una mochila y un bolso de mano —añadió McKeown—. No llevaba maletas.

—¿Y no tienes ni idea de qué tren iba a tomar?

—Ha llegado a tiempo para el tren de las siete y veinte a Dublín. Pero la cosa es que podría haberse montado en el autobús a Sligo.

Lottie dio un pisotón de rabia antes de encontrar los horarios de los autobuses. Pero Diana podría no haber tomado ni un autobús ni un tren. Podría haberse subido a un coche o haber vuelto al pueblo.

—¿Y no has visto el taxi?

—No, lo siento. Solo he echado un vistazo rápido. ¿Quieres que vuelva y lo compruebe?

—Déjalo por ahora. No quiero apartarte de tu otra tarea. Lo haremos si es necesario. ¿Has tenido suerte con el barbudo del Fallon?

—No, borran las imágenes de las cámaras de seguridad todos los domingos por la mañana.

Mientras él salía de la oficina, recordó las palabras de Martina contando que Diana se había puesto a rebuscar en los cajones de la

cómoda del salón. ¿De qué se trataba? ¿Estaba huyendo? Si era así, ¿a qué le tenía tanto miedo?

74

Tras el llamamiento sobre Aneta Kobza, entró una llamada en la sala de incidencias del bar Danny. Boyd condujo hasta allí. Había tenido una pequeña charla con Charlie en la oficina inmobiliaria para comprobar si Aneta había mostrado interés en Pine Grove alguna vez, pero no había registros de ello.

Había hablado con Amy por teléfono al salir de la oficina de Charlie para ver cómo le iba a Sergio. Ella le había dicho que el niño era maravilloso y que estaba encantada de que le hiciera compañía. Sintiéndose un poco mejor, golpeó la puerta del bar. Aún no era la hora de abrir.

Andrew, el encargado del bar, le hizo pasar y cerró la puerta con pestillo antes de conducirlo a través del oscuro salón.

—El departamento de prensa de la Garda ha compartido su foto en Instagram hace media hora —dijo a modo de explicación—. Cuando la he visto, he sabido que la conocía de algo. Tengo buen ojo para las caras. Sería un buen portero de discoteca si no fuera el encargado del bar. —Se rio.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace casi un año. Por San Valentín, por eso la recuerdo. Una mujer atractiva con un abrigo rojo.

—¿Qué recuerda exactamente?

Se habían detenido al fondo del bar. Andrew tomó una llave de una repisa, abrió la puerta y encendió una luz.

—Se fue sin el abrigo. Se lo dejó. El capullo de su cita desapareció. Es posible que para enrollarse con otra, y ella se largó. Vi el abrigo en el respaldo de una silla y lo traje aquí. Estaba seguro de que volvería al día siguiente a reclamarlo. Pero no apareció, y yo lo había olvidado hasta que he visto la foto. Una chica preciosa. Mi mujer me mataría si me oyera. ¿Dónde lo puse?

—¿Por qué no nos informó en su momento?

—Solo era un abrigo que alguien se había dejado en un bar después de una noche de borrachera. Si los denunciara todos, estarían hasta el cuello de papeleo durante un año entero.

—Cierto. —Boyd lo entendió cuando vio el montón de abrigos, chaquetas, jerséis y chaquetas de punto en el suelo del fondo del almacén.

—Tiene que estar por aquí. Probablemente al fondo. Los mandábamos a tiendas solidarias, pero hace años que no lo hacemos.

—¿Cómo es posible que recuerde su abrigo después de tanto tiempo?

—Era raro. Rojo, con una cosa blanca peluda alrededor de la capucha. Un poco como Santa Claus. Aquí está. —Cuando sacó un abrigo rojo, la pila se volcó—. Mierda. Ahora tendré que hacer algo con ellos.

Boyd cogió el abrigo. Era de un tejido rojo brillante, como un impermeable. El ribete de pelo blanco estaba manchado donde se unía con la cremallera. Posiblemente de maquillaje o bronceado falso. Palpó los bolsillos.

—Aquí hay algo. —Sacó un teléfono. Samsung. Un modelo antiguo. Por supuesto, después de un año guardado, estaba sin batería cuando pulsó el botón de encendido. Y quizá ni siquiera fuera de Aneta. Comprobó el resto de la prenda. Unos pañuelos rotos en el otro bolsillo. Un desgarro en el codo. Nada más digno de mención.

—Gracias, Andrew. Me lo llevo.

—Lamento no haber hecho más en su momento, pero estamos muy ocupados todo el año. Nos faltan horas en el día. Aunque eso usted ya lo sabe. ¿Cómo iba a saber que acabaría muerta?

—Supongo que no recordará con quién estaba.

—Dios, no. Seguro que con algún imbécil que no se preocupó lo suficiente por ella.

«Pobre chica», pensó Boyd. Nadie parecía haberse preocupado por ella.

—¿No tendrá algún vídeo de las cámaras de aquella noche, verdad? —preguntó con optimismo, pero la esperanza se desvaneció cuando Andrew lo miró.

—Estás de broma, ¿no? Ni por asomo. Las borramos todas las semanas.

—¿Le parecería bien mirar unas fotos para ver si algo le refresca la memoria?

Boyd no tenía ni idea de qué fotos estaba hablando. Tal vez de John Morgan, Gordon Collins o Greg Plunkett. De los obreros de Pine Grove, quizá.

—Claro, pero de verdad que no me acuerdo.

—¿Recuerda algo más de esa noche?

—Estaba lleno. Solo la recuerdo porque era atractiva y por el abrigo.

Boyd aceptó una bolsa de basura que Andrew le ofreció y metió el abrigo. Podría no aportar nada. Pero también podría ser una pista decisiva. Se fue con los hombros caídos. Una maleta, una caja, un abrigo de Papá Noel y un teléfono. Era todo lo que quedaba de la vida de Aneta Kobza. Nadie se había preocupado lo suficiente por ella. Ahora le tocaba a él.

75

Boyd le envió el teléfono a Gary, el informático, que empezó a buscar un cargador.

—¿Crees que el móvil era de Aneta? —preguntó Lottie.

—Estaba en el bolsillo del abrigo. —Boyd lo levantó—. Está desgastado y parece barato. Como algo que ella usaría, ¿no?

—Tal vez. Pero podría ser de cualquiera. ¿Andrew es fiable? ¿Podría tener algo que ver con su desaparición?

—Lo dudo. Solo quería ayudar.

—Pero lo ha hecho después de que hayamos hecho pública la foto.

—No, Lottie, ha sido sincero. Pero puedo hacer una comprobación rápida si quieres.

—No pierdas el tiempo con él si no es necesario. Le pediré a la super que haga un comunicado. Quizá aparezca el hombre que estaba con Aneta.

—Suenas escéptica, pero es una buena idea. ¿Qué hay de Greg Plunkett? ¿Te crees lo que dice de que Aneta no estaba registrada en su negocio de acompañantes?

—McKeown comprobó la base de datos y su nombre no aparece. Si resulta que trabajaba bajo un pseudónimo, entonces el asesino podría haber fijado como objetivo a estas jóvenes pensando que eran trabajadoras sexuales.

—Eso nos lleva de nuevo a Plunkett —añadió Boyd—. Nadie más tiene acceso a esa base de datos, ¿verdad?

—No que sepamos. ¿La revisión de los antecedentes ha dado resultados?

—No, hasta ahora.

—John Morgan es la anomalía. —Se rascó la cabeza y recordó lo mucho que necesitaba cortarse el pelo—. Puede que no tenga nada

que ver con las dos fallecidas. No lo mataron de la misma manera. Pero aun así...

—La otra conexión entre ellos es el centro Cuan.

—Sí, y no sé qué hacer, Boyd. Alguien ha asesinado a dos chicas y a un chico, y podría haber secuestrado a otra. Y todos estuvieron en ese centro de rehabilitación.

—Estoy de acuerdo con eso.

—Pero Laura y Shannon estaban inscritas en la agencia de Plunkett —dijo—. No lo descarto como móvil de un asesino enfermo. Sin embargo, necesitamos dar con la familia de Aneta.

—Si es su teléfono, debería darnos alguna información. ¿Había algo en su currículum sobre su vida antes de que viniera a Irlanda?

—No, era breve cuando menos. Me gustaría saber por qué vino aquí y por qué decidió trabajar en Cuan.

—Consiguió un apartamento bastante decente, así que debía haberlo planeado antes de llegar. Y de acuerdo con el agente Lei, habría necesitado unos mil euros para la fianza.

—El conserje dijo que pagó en efectivo.

—Así que sacó dinero de su cuenta bancaria polaca. Antes de viajar, solo tenía quinientos eslotis, que es alrededor de ciento veinte euros. Hablando de eso, ¿cómo iba al trabajo? El centro está a veinte kilómetros.

Lottie cogió el teléfono y marcó el número.

—Me gustaría hablar con la señora Dunbar. Es Mona —le dijo a Boyd antes de volver a prestarle atención—. Quizá pueda ayudarme, Mona. ¿Cómo iba Aneta al trabajo? —Escuchó un rato más antes de añadir—: Puede que me deje caer por ahí más tarde. Para los interrogatorios formales. A no ser que quiera venir a la comisaría. —Le guiñó un ojo a Boyd—. Me lo imaginaba. La llamaré antes para avisarle de cuándo llegaremos.

Colgó.

—Irene no responde llamadas. Pero Mona dice que Aneta no tenía coche y cree que, o la llevaban, o pedía un taxi de vez en cuando.

En ese momento, el agente Lei entró en la oficina sin llamar.

—No se va a creer lo que he encontrado en la caja del piso de Aneta Kobza.

—Vamos, ¿qué han encontrado? —dijo Lottie. Vio que sostenía algo con una arruga en el centro—. ¿Qué es?

—Una foto. Va a querer ver esto.

—Hoy, si es posible.

—Claro.

Se la dio desde delante del escritorio con una sonrisa triunfante. Lottie estudió la imagen.

De pie en lo que parecía un bar australiano, aparecía un sonriente John Morgan con una pinta en la mano.

76

—Quiero a Brenda Morgan aquí, y no me importa lo mucho que se niegue. Se aloja en el hotel Joyce. Y quiero hablar con Irene Dunbar. Y también con Gordon Collins. —Lottie caminó por el pequeño espacio detrás de su escritorio—. Vamos a trabajar en la sala de incidencias, donde podemos respirar. Haz copias de la imagen, agente Lei, y tráelas también. Buen trabajo.

McKeown agitó su iPad mientras entraba en la sala de incidencias detrás de ellos.

—He conseguido las cuentas de Aneta Kobza en Polonia. Tenía el IBAN del extracto bancario que apareció entre sus cosas, así que he maquillado la verdad. Me han mandado por correo electrónico los extractos de todo el año hasta diciembre, antes de que viniera a Irlanda.

—¿Y?

—Le transferían una suma mensual. He hecho la conversión. Alrededor de mil euros al mes.

—¿De quién?

—No lo sé. He vuelto a llamar a su banco. La transferencia se realizó desde un banco de Londres.

—¿A dónde ha ido todo? No le quedaba mucho en la cuenta según el extracto —añadió Boyd.

—Debió de sacarlo o habérselo gastado —dijo McKeown.

—¿El dinero seguía llegando a la cuenta cada mes? —preguntó Lottie.

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—El empleado que estaba al teléfono lo ha comprobado, pero no me ha mandado los extractos actualizados.

—Podría significar que quien se lo manda no sabía que se había mudado o que había desaparecido.

—A menos que sea alguien lo bastante prevenido para saber que lo comprobaríamos, y que esta sea su forma de parecer inocente de la desaparición —dijo Boyd.

—Una desaparición que nadie denunció —replicó Lottie—. ¿Y su familia? ¿Por qué no lo denunció?

—Investigaré un poco más —contestó McKeown.

—Tenemos que revisar ese móvil. Garda Brennan, ¿puedes ir a ver cómo le va a Gary?

Martina volvió en dos minutos.

—Me lo he encontrado en las escaleras. El teléfono está parcialmente cargado. Es de Aneta y el pin es 1234, ¿te lo puedes creer?

Le dio el aparato con el cargador colgando.

—De acuerdo. Vamos a echar un vistazo.

Lottie conectó el móvil para evitar que se apagara y abrió los mensajes.

—Solo hay un mensaje. Del 14 de febrero, a Cuan para decir que se tomaba el día libre. No hay nada antes ni después. Qué raro. ¿Por qué los borraría?

—¿Así que no hay nada de su cita? —preguntó Boyd.

—Al menos, no en los mensajes. Comprobaré las llamadas... Mierda. O no llamó a nadie, o borró el registro.

—Gary lo comprobará —dijo Boyd—. Debería ser capaz de restaurar todo lo que se haya eliminado.

—Pero necesito saberlo ahora.

Lottie no pudo tragarse su impaciencia. Shannon Kenny seguía desaparecida, y era muy probable que se la hubiera llevado el secuestrador y asesino de Aneta. Abrió la lista de contactos de Aneta.

—Solo tenía dos contactos. Cuan y Ragmullin Estate Agents.

Boyd inclinó la cabeza hacia un lado.

—He hablado con Charlie Lennon antes. No ha encontrado ningún registro de que Aneta solicitara visitar Pine Grove. Pero ha añadido que no graban las llamadas a menos que alguien lo pida.

—Maldita sea.

—No reconoció a Aneta en la foto, pero es posible que nunca visitara la oficina.

—Quizá tenía el folleto por John Morgan. Ella tenía su foto.

—Pero Morgan no trabajaba en Pine Grove entonces. Estaba en rehabilitación.

—Aneta trabajaba en Cuan —añadió Lottie—. ¿Por qué escondió su foto? No tiene ninguna en el móvil, algo raro para alguien tan joven. Debía tener otro teléfono. —Miró el tablero de incidencias con las imágenes de las tres personas muertas más Shannon Kenny—. Mira si Aneta tenía redes sociales. También debemos rastrear las cuentas de Shannon y obtener acceso a sus registros telefónicos a través de su operador. Kirby, hazlo y pregúntale a su hermano. Martina, dile a Gary que quiero que analice el teléfono en busca de cualquier cosa que se haya eliminado y todo lo que pueda encontrar.

—Ahora mismo.

Martina cogió el teléfono.

—No he encontrado a Aneta en las redes sociales. Podría revisar las de Shannon. Estoy más al día que el detective Kirby. Sabría qué buscar —dijo McKeown.

Kirby se aguantó la réplica y Lottie lo agradeció. Miró a McKeown.

—Tienes que acabar de revisar unas imágenes de videovigilancia, y necesitamos la información del banco irlandés de Aneta. Tramita esa orden. ¿De acuerdo?

—Claro —respondió McKeown, sin parecer sincero—. Es un poco raro que Aneta no tenga el contacto de ningún familiar en el móvil.

—Ya —dijo Lottie—. Así que debe haber un segundo teléfono.

—Hemos revisado tanto la maleta como la caja —informó el agente Lei.

—Tal vez quien la secuestró tenía sus llaves y se llevó el teléfono y cualquier otra cosa que lo incriminara.

—¿Deberíamos echar un vistazo en su apartamento? —propuso Kirby.

—Lo han redecorado por completo. También han puesto muebles nuevos. Tenemos suerte de que el conserje no tirara la maleta y la caja.

El garda Thornton, el sargento de recepción, asomó la cabeza por la puerta.

—¿Nadie contesta al teléfono? Brenda Morgan está abajo. Está hecha un basilisco, aviso.

—Gracias. —Lottie miró a su equipo—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. También tenemos que encontrar a Shannon Kenny. Por favor, por favor, traedme algo.

Siguió a Thornton fuera con la esperanza de tener pronto un golpe de suerte; de lo contrario, ella misma se liaría a golpes.

77

Lottie no había conseguido nada después de hablar con Brenda Morgan. Lo único que había deducido de hablar con la madre afligida era que Brenda quería cargarse a Collins. Negó rotundamente tener algo que ver con el dinero que iba a la cuenta de Aneta, y no tenía ni idea de quién era la polaca. Luego jugó la carta de «hable con mi abogado», y eso enfureció aún más a Lottie.

Su estado de ánimo no mejoró con la noticia de que Gordon Collins no estaba en casa, ni tampoco en la obra de Pine Grove.

—Tenemos que hablar con él —le dijo a Boyd.

—Probablemente esté visitando a su exmujer y a sus hijas en Dublín. O algo así...

—¿O algo así? ¿Por qué no contesta al teléfono? ¿Por qué el jefe de obra, Patrick Curran, no sabe dónde está? Madre mía, Boyd, si Collins está detrás de estos asesinatos, lo hemos dejado escapar.

—No te adelantes. No tiene motivos para pensar que sospechamos de él. Ni siquiera sabemos si sospechamos de él.

—Lo sé, pero la cara de Aneta ha aparecido esta mañana en todas las noticias y redes sociales. ¿Y si se ha asustado?

—Quizá —contestó Boyd—. No dijo nada cuando le enseñamos la foto de su rostro fallecido.

Observó la copia de la foto que habían encontrado del grupo en las escaleras de un edificio.

—Esto podría ser Cuan hace años, antes del incendio. Podrían haber cambiado la fachada durante la reconstrucción. Tal vez por eso necesitan grandes donaciones de tipos como Collins.

—Creo que estás estirando el chicle.

—Solo hay una forma de averiguarlo. Hagámosle una visita a Irene Dunbar.

Boyd condujo hasta Cuan y soltó un silbido bajo cuando llegaron a su destino.

—Es impresionante. ¿Qué precios tienen?

—Es caro —dijo Lottie.

Él aparcó el coche.

—¿Cómo podían permitirse pagar esto tanto Laura Nolan como Shannon Kenny?

—No lo había pensado. —Se dio una colleja mental. ¿Alguien les había proporcionado ayuda económica?—. Podríamos preguntar. Espero que hayas traído la foto.

Le dio un toquecito a la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—Tengo todo lo que necesitamos.

Mona presionó un botón para que entraran.

—Hola, Mona —dijo Lottie—. Este es el sargento Boyd. Nos gustaría hablar con Irene Dunbar.

—Le he dicho por teléfono que tiene reuniones todo el día —respondió Mona.

—Necesitamos hablar con ella. Si no, tendré que venir con una orden de arresto.

—Yo solo hago mi trabajo. —Mona puso una mueca triste. Se limpió las migas alrededor de la boca y, con el gesto, se le corrió el pintalabios rojo. Tras ponerlas en un pedazo de papel de aluminio, hizo una bolita y lo tiró a una papelera detrás de ella. ¿Era la hora de comer? Lottie tuvo la sensación de que podría comerse las migas—. Quizá yo pueda ayudarles, si me dicen qué quieren saber. Les he enviado todo lo que me pidieron ayer.

—Gracias, pero queremos hablar con Irene.

Mona dejó salir un fuerte suspiro y presionó un botón en el lateral de la prisión de cristal.

—Por ahí.

Introdujo un código en el panel y les guio por un corto pasillo. Llamó a la puerta y, cuando no obtuvo respuesta, la abrió. La oficina estaba vacía.

—Oh, Irene debe de haberse ido.

—De ser así, ¿no lo sabría?

—No necesariamente. Suele salir por la parte de atrás.

—Ha dicho que tiene reuniones todo el día. ¿Aquí o en alguna otra parte?

—Son por teléfono. Está intentando reunir a la junta porque va a haber consecuencias. Ya sabe. Porque Aneta trabajaba aquí.

—Y no lo olvide, Mona, las otras dos víctimas de asesinato y la mujer desaparecida están vinculadas con este centro.

—Eso no se ha hecho público.

—Todavía —dijo Lottie, que intentó retener la creciente irritación ante tantas evasivas—. ¿A dónde puede haber ido Irene?

—De verdad que no lo sé. Puedo darle la dirección de su casa y su número de teléfono.

—Gracias. —Lottie miró a Boyd. No parecía tener nada que añadir, así que preguntó—: ¿Qué tarifas tenéis?

—El Servicio de Salud cubre el centro de día y subvenciona parte del alojamiento a residentes con dificultades económicas.

—Entonces, ¿no necesitas ser rico para que te admitan?

—La verdad es que no, aunque tenemos lista de espera.

—¿Laura Nolan y Shannon Kenny eran aptas para obtener la subvención?

—Tendría que mirarlo.

—Estoy segura de que ha revisado sus expedientes desde mi última visita de ayer.

—Sí. Vale. Las estancias de Laura y Shannon estaban subvencionadas.

—¿Y la de John Morgan?

—Su cuota estaba completamente pagada.

—¿Y sabes por qué Aneta quería trabajar aquí?

—No.

—Parece que obtuvo el trabajo en cuanto llegó a Irlanda. ¿Es algo habitual?

—Todos los empleados deben pasar por un proceso de evaluación.

—Pero Aneta lo evitó —dijo Lottie, que leyó entre líneas.

—No sé nada sobre la contratación de personal. Alguien debió de hablar bien de ella.

—¿Quién podría haber sido?

Mona dejo caer la cabeza.

—Todo lo que sé es que Irene insistiría en que trajeran una orden para obtener ese tipo de información.

—¿De verdad quieres trabajar para una mujer como esa? —preguntó Boyd.

—Es una jefa genial. Ha construido este sitio sola a lo largo de los años. Sabrán que se quemó hace unos treinta años, ¿no? Irene lo salvó de la ruina. Recauda fondos y rellena multitud de solicitudes de subvenciones. No ha hecho nada malo.

Lottie permaneció de pie frente a la ventana del despacho de Irene. Vio a un trabajador en el jardín montado en un cortacésped.

—El día en que Aneta sufrió el ataque de nervios, por decirlo de algún modo, se celebraba un evento benéfico para donantes. ¿Cómo fue?

—Cenaron y luego les hicieron una visita guiada. Estábamos intentando atraer a nuevos benefactores.

—¿Tiene los nombres de quienes asistieron?

—Hay una foto en el periódico local, pero le conseguiré la lista.

—¿Sabe qué le ocurrió exactamente a Aneta ese día?

Mona apoyó las manos en el respaldo de la silla para las visitas y respiró hondo.

—Los donantes entraron a ver la sala común. Solo había unas pocas personas, todas habían dado su consentimiento. De repente, Aneta empezó a temblar de forma violenta, como si tuviera un ataque. Estaba hecha un mar de lágrimas y no conseguíamos calmarla. Yo estaba a punto de seguir al grupo de turistas, pero volví para ayudar. No sabía qué más hacer, así que le pedí a alguien que la llevara a la oficina de Irene para que la esperase allí.

—¿Aneta dijo algo sobre lo que lo había provocado?

—Podría haberlo hecho, pero hablaba en polaco.

—¿Quién estaba en el grupo que acababa de salir de la habitación?

Mona se mordió el labio. Empezó a enumerar nombres hasta que se detuvo. Lottie reconoció algunos de ellos. Personas de negocios locales.

—Continúa.

—También asistieron familiares.

—¿Quiénes?

Vio que Boyd había empezado a hurgar en el escritorio de la gerente. Mona no pareció darse cuenta.

—Ya sabe que Gordon Collins asistió. —La recepcionista se retorció las manos y rebotó sobre los talones como una niña que ha hecho algo malo y la han pillado—. Había estado hablando con John Morgan.

—Collins no era de la familia.

—Ya lo sé. Me he confundido. Es un donante.

—Volviendo a los familiares... ¿Por qué estaban allí?

—Estaban de visita.

—¿Quiénes eran? —Lottie estaba segura de que Mona le ocultaba algo—. Estoy segura de que lo has comprobado.

—Está bien, está bien. La madre de Laura Nolan estuvo aquí ese día.

—¿Diana Nolan?

Boyd levantó la vista mientras cogía un abrecartas. Mona dio un paso hacia él.

—No toque nada del escritorio, por favor. Pero sí, Diana Nolan.

—¿Aneta interactuó con ella?

Mona soltó una carcajada irónica.

—No lo sé. Es persistente. Me ha sacado más información de la que quería.

—Una cosa más. ¿Asistió algún familiar de Shannon Kenny? Tiene un hermano, George.

—Lo vi una o dos veces. Pero creo que no vino ese día.

Lottie echó un último vistazo por la ventana.

El tipo del cortacésped había desaparecido.

—¿Por qué están cortando el césped en enero?

—¿Qué? —Mona frunció el ceño como si estuviera loca—. ¿Qué tiene eso que ver?

—Solo me lo preguntaba —contestó Lottie.

Incluso Boyd la miró raro.

78

Shannon estaba demasiado enferma para hacer las tareas del hogar, pero no tenía elección. Se le cayó un plato y vio como se hacía añicos. Incapaz de retener las lágrimas, se dejó caer al suelo y enterró la cara entre las manos. Sintió un apretón en el hombro. Una manita. Magenta.

—Lo siento. Lo limpiaré —dijo Shannon, pero mientras intentaba ponerse en pie, se cayó al suelo.

—Que no te vea ahí sentada cuando llegue a casa. Está de mal humor y te aseguro que no quieres empeorarlo.

Shannon se preguntó si Magenta la estaba espiando para informar a la mujer. Ahora mismo, le daba igual. Solo quería que le bajara la fiebre y dormir en su propia cama.

Las manos le temblaban una barbaridad y supuso que era por la abstinencia. Eso le hizo acordarse de su etapa en rehabilitación, cuando dejó las drogas, y de que John lo hizo más soportable. Ahora estaba muerto. Laura también. Shannon jamás se hizo su amiga porque le parecía una estirada. O, ahora que lo pensaba, tal vez era muy tímida o incluso tenía miedo. Lo que sea que fuera, tanto Laura como John estaban muertos y ella estaba secuestrada en esta... ¿qué? Parecía una cárcel, con los candados y los cerrojos en las puertas y ventanas. ¿Cómo podía alguien vivir así?

Miró a Magenta, trató de adivinar de qué humor estaba, y se arriesgó:

—¿Podrías hablarme sobre la mujer que estuvo aquí antes que yo?

La niña se sentó en el suelo a su lado.

—Se supone que no debo decir nada. Pero me aburro. ¿Tú te aburres?

—Algo así. Háblame de ella.

—Estaba triste y hablaba raro. La llamaban la extranjera estúpida.

—¿No era irlandesa?

—Oí que él decía que era una «maldita polaca». No creo que sea una palabra muy bonita.

Shannon tenía la sensación de que la niña no sabía mucho más sobre esta mujer.

—Háblame de tu madre. ¿Cómo se llama?

—Ni siquiera sé si es mi verdadera madre. Es muy mala.

Magenta se mordió una uña.

—¿Cómo se llama?

—Si te lo digo, me pegará.

—No se lo diré a nadie. Puedes hablar conmigo.

—No. —Magenta se detuvo y Shannon aguantó la respiración, esperanzada. La niña siguió—: Ella tiene mucho cuidado, pero es posible que él hable contigo si eres amable. Mató a la última, sabes. La extranjera triste. La apuñaló.

Shannon se estremeció y sintió que le subía la fiebre, aunque el miedo le había calado hasta los huesos.

—¿Cómo sabes que la apuñaló?

—Bajé las escaleras y le vi hacerlo. Pero ella ya no les servía de nada. Ella..., ¿cuál era la palabra?, deliraba, les oí decir.

Desesperada porque siguiera hablando, Shannon estaba a punto de preguntarle por los candados y los cerrojos en la puerta principal cuando lo olió. Un hedor a hierbajos y estiércol. Era tan intenso que cuando atravesó la puerta pudo notar el gusto en la lengua.

Mientras recogía el plato roto del suelo, le tendió una mano a Magenta.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó.

—Me he caído. Ella me estaba ayudando a levantarme —dijo la niña.

Shannon se levantó y le sonrió a modo de agradecimiento. La niña la fulminó con la mirada. ¿Un intento de engañarlo? Confundida, tomó el resto de platos de la mesa y los metió en el fregadero. Esta vez sin tirarlos. Casi se desmayó cuando él se colocó detrás de ella.

—Ni se te ocurra —le susurró al oído—, por el bien de todos.

Entonces desapareció en las profundidades de la casa. Le llevó unos minutos regular su respiración y se tomó un vaso de agua para deshacerse de su olor, que se le había atascado en la garganta. Deseaba muchísimo tomarse una copa. Algo que la sacara de esta pesadilla. Entonces, se juró que jamás volvería a beber mientras viviera.

79

Después de la reunión en la sala de incidencias, McKeown volvió a centrarse en las imágenes de las cámaras de seguridad y en su búsqueda del chico que había visto. El trabajo se había quedado a medias, pero sentía que era importante localizarlo porque había estado cerca de la escena del crimen de Laura Nolan la mañana en la que se descubrió su cuerpo.

La comisaria Farrell se había negado a publicar la imagen, pero McKeown no pensaba igual. Si encontraba al niño, determinaría si era un testigo o no. Había trabajado hasta tarde la noche anterior, había llegado pronto a la comisaría y, después, todo el asunto del banco le había llevado mucho tiempo.

Se mantuvo ocupado con las imágenes de detrás del cine, que lindaba con la extensa urbanización Moorland. ¿El chico venía de ahí? Habían interrogado a todos los habitantes, pero no había nada útil en los informes resultantes.

Se pasó la mano por la cabeza. Empezaba a pensar que estaba perdiendo el tiempo. Bostezó mientras pensaba en irse a comer cuando oyó un pitido proveniente del ordenador de su jefa en su oficina. La puerta estaba abierta. Ella y Boyd habían salido. A lo mejor era importante. No le haría daño echar un vistazo.

Había dejado el dispositivo desbloqueado. «Mal hecho, inspectora», pensó.

Vio la notificación de un correo nuevo del laboratorio. Hizo clic en él para abrirlo y lo ojeó hasta que llegó al resumen, donde la información estaba redactada para personas legas en la materia.

El barro hallado bajo la uña de Laura Nolan y en su cuello coincidían con la tierra que había aparecido en las heridas de Aneta Kobza. No pertenecía a ninguna de las escenas del crimen. Esto confirmaba que estaban buscando al mismo asesino para las dos mujeres.

Le llamó la atención otro correo sin abrir. El análisis toxicológico de Laura había dado negativo en narcóticos con una pequeña cantidad de alcohol. Todavía no habían llegado los de John ni los de Aneta. Era demasiado pronto.

Sacó el informe forense de la escena del crimen de Laura Nolan y leyó la descripción de las huellas que habían visto allí. Las más pequeñas debían de pertenecer al niño que había visto en las grabaciones. Tenía que encontrarlo.

Se volvió cuando oyó a Martina entrar en la oficina.

—Mira quién ha aparecido. ¿Te apetece venir a dar palos de ciego conmigo?

—Ni aunque me fuera a morir de aburrimiento. ¿Qué haces en el despacho de la jefa?

—Santo Dios, ¿qué os pasa a todos últimamente?

Tomó el abrigo y se marchó antes de que tuviera la oportunidad de volver a insultarlo. Buscaría a alguien más que le acompañara.

* * *

Kirby fue el designado junto al agente Lei para acompañar a McKeown a la urbanización Moorland. Una vez vio al niño en la grabación, supo que la imagen estaría demasiado granulada para dársela a los medios de comunicación. Debían ir allí y buscarlo a la vieja usanza.

—¿Por qué crees que el testigo no ha aparecido? —preguntó Kirby.

Tenía una sensación extraña de que el detective alto y calvo tramaba algo. Pero jamás le daría a McKeown la satisfacción de admitirlo.

—¿Porque es un niño tal vez?

—Quizá.

—Pero deja que te diga una cosa, Kirby. Tengo hijos y hablan todo el tiempo. Si es algo nuevo para ellos, no paran de hablar del tema. Es gracioso hasta que se resulta irritante.

McKeown repartió la urbanización entre ellos.

—Solo tenemos una descripción vaga —protestó Kirby—. Apenas es una descripción. ¿Y quién va a admitir que su hijo iba solo por la calle a esas horas de la mañana?

—Si no llamamos a las puertas nunca lo sabremos.

—Al menos Lei está de humor.

Kirby veía al joven guardia yendo a toda prisa de puerta en puerta con la imagen granulada de las cámaras en la mano. Se alejó de McKeown y comenzó a hacer lo mismo. Veinte minutos después, se dio cuenta de que la misión rozaba el sinsentido. La mayoría de quienes estaban en casa decían que no veían nada en la foto. Sus hijos no saldrían a esas horas. Y así todos.

Decidió empezar por la fila del fondo antes de rendirse. Esperó después de presionar el timbre. No hubo respuesta. Caminó frente a la ventana frontal y se asomó al interior. Las cortinas estaban echadas, aunque aún había luz fuera. Tal vez las habían dejado así por la mañana.

Tras haberse anotado el número de la casa en la libreta, se dispuso a volver camino abajo cuando oyó que se abría la puerta. Era un niño de seis o siete años. Aún llevaba el pijama. Unos grandes ojos marrones miraron a Kirby.

El agente trató de leer esos ojos mientras se agachaba para estar a la altura del pequeño.

¿Era miedo? ¿O alivio?

80

Lottie masticó el bocadillo de pollo. Boyd había corrido al local de Millie a por él y había estacionado en una zona de carga y descarga junto al parque de la ciudad. Entendía que necesitaba tiempo para pensar lejos de la comisaría. Su cintura, sin embargo, no se lo agradecería.

—Explícame qué está pasando, Boyd.

—Tienes mayonesa en la barbilla.

Ella se lo limpió con una servilleta de papel.

—¿Contento?

Le sonrió y las motas color avellana de sus ojos refulgieron. Ella no pudo evitar reírse. Boyd tenía la capacidad de aliviar la tensión que acumulaba con solo una sonrisa. Sintió la necesidad de tirar el bocadillo y besarlo, pero su estómago protestó con un rugido. Además, sería poco profesional.

—Irene Dunbar no está ni en su despacho ni en su casa, y tampoco responde el teléfono, así que ¿dónde está? ¿Y a dónde se han esfumado Gordon Collins y Diana Nolan? —preguntó ella—. ¿Se han recluido a la vez y solo es una coincidencia?

Él se reclinó en su asiento y miró a través del parabrisas.

—Hablémoslo. ¿Qué tienen en común?

—¿Pine Grove? ¿O Cuan?

—Apuesto por Cuan y la gala benéfica del año pasado.

—Estoy de acuerdo. El día en que Aneta tuvo el ataque estaban todos allí. Aparte de Laura, John y Shannon. —Tragó un bocado de pollo y se deleitó—. Debemos actualizar los llamamientos públicos para conseguir información sobre el paradero de Shannon.

—Miraré si hay alguna novedad cuando volvamos. —Señaló la punta del bocadillo que había guardado en el envoltorio y alargó la mano—. Si no te lo vas a terminar...

—¿Me robarías también el alma? Dale, ya estoy llena.

Mientras él se comía las sobras de su bocadillo, ella se centró en los asesinatos.

—Necesitamos analizar cuál podría ser el motivo. Sin embargo, por muy retorcido que suene, tres jóvenes han sido asesinados. Sigue siendo una incógnita si John Morgan fue asesinado por la misma persona, pero podemos vincularlos a todos, y a Shannon, con Cuan. Eso fue hace un año, así que ¿qué ha provocado que los asesinen ahora?

—Concéntrate en Aneta un momento. Parece que desapareció más tarde aquel día. Irene Dunbar debería ser capaz de arrojar algo de luz sobre el motivo de esto, dondequiera que esté. Creo que es importante.

—Vale —dijo Lottie—, pero ¿por qué esperar un año a asesinarla, deshacerse del cuerpo y matar a Laura y a John? Y tal vez secuestrar a Shannon.

—El asesinato de Laura podría no haber sido planeado. A lo mejor la iban a secuestrar, algo asustó al raptor y la mató. Después se llevó a Shannon.

—Si establecemos que el asesino es la misma persona, seguro que tiene algo que ver con Aneta. Es evidente que la retuvieron en alguna parte, la maltrataron y le hicieron pasar hambre. ¿Por qué?

—Volvamos a la primera pregunta, ¿por qué matarla ahora? ¿Y qué ha provocado esta oleada de muertes? —instó Boyd.

—Quizá tenemos que buscar una conexión con Pine Grove —enfatizó Lottie—. Encontramos un folleto entre las cosas de Aneta. Laura estaba interesada en comprar una propiedad allí, pero el banco le denegó la hipoteca. John Morgan trabajaba para Collins, y su madre se había comprado una casa allí. Lo que no he averiguado aún...

—¿Y cómo encaja Shannon en todo esto? ¿Es la anomalía o el último eslabón de la cadena? Creo que Collins, Dunbar o Diana Nolan podría tener la respuesta. O los tres.

—Deberíamos activar una búsqueda con sus nombres —dijo ella.

—No será fácil.

—Lo sé. No han hecho nada malo, que sepamos. Pero son personas de interés y necesitamos hablar con ellos —insistió Lottie.

—Ve a hablar con la comisaria.

—Lo haré. —Pero no tenía demasiadas esperanzas de recibir una respuesta afirmativa—. Me pregunto por qué Diana no le contestó a Martina cuando le mostró la foto de Aneta. Podría haberla visto en Cuan.

—Se lo preguntaremos cuando la localicemos —dijo Boyd—. Y no te olvides de la implicación de Greg Plunkett y su negocio de acompañantes.

—No me olvido de él. No creo que sea el asesino, a pesar de que Shannon y Laura estuvieran registradas en su agencia. Sé que no hemos encontrado a Aneta en la base de datos, pero él o su asistente podrían haber eliminado su nombre de cualquier registro antes de que fuéramos a hacer preguntas incómodas.

—Vale la pena volver a preguntarle.

—Sí, pero, Boyd, aún no se me ocurre un motivo para todo este dolor y muerte.

—Lo encontraremos. Una vez hayamos rastreado todas las pistas.

—Eso me recuerda que debemos revisar los interrogatorios a los vecinos de la zona donde encontramos el cuerpo de Aneta.

—¿Por qué la tirarían en aquel estercolero en medio de la nada?

—¿Para que no la encontraran fácilmente?

—Exacto.

—Tal vez el asesino ha metido la pata —dijo Lottie, más esperanzada que convencida.

81

Latie tenía el móvil en la mano con los datos de contacto de Jackson en la pantalla. O Greg, o como sea que se llamase. La abuela Rose dormía mientras Louis hacía un puzle, aunque ella sabía que en realidad estaba viendo la televisión. Había aspirado y limpiado el polvo de la casa antes de guardar la ropa de su abuela. Con un pollo asándose en el horno, se había quedado sin nada que hacer.

Tenía que aclarar las cosas con él, pero al mismo tiempo dudaba de si quería hacerlo. Indecisa, estaba a punto de volver a meterse el móvil en el bolsillo cuando un fuerte golpe hizo que la puerta trasera retumbara. Si se trataba de Greg, estaba lo bastante enfadada con él para matarlo. Pero ¿cómo iba a ser él? No sabía dónde estaba ni dónde vivía su abuela.

Abrió la puerta y se quedó boquiabierta. ¿Lo había invocado de forma inconsciente? No dijo nada mientras esperaba a que él hablara.

—Eh... Mmm... Hola, Katie. Siento haberme presentado así. Tu hermana, la chica que trabaja en el Fallon..., ¿Chloe, no?, me ha dado esta dirección. Me ha dicho que entrara por la puerta trasera. Aquí estoy.

—Ni por un momento me voy a creer que te haya dicho eso. Se lo he contado todo.

—Lo entiendo, pero estaba dispuesta a darme una oportunidad y, aunque no me la merezco, me gustaría que hicieras lo mismo.

Katie pensó que si le pagaran un euro cada vez que se le pasaba por la cabeza matar a Chloe, ya sería rica. Le costó articular las palabras.

—Ya que estoy aquí, ¿puedo pasar?

Sonaba inseguro.

—Con la condición de que esta vez me cuentes la verdad.

Y, contra su buen juicio, lo condujo hasta la cocina de su abuela.

Estaba sentado con una taza de café que ella le había preparado a regañadientes. Se percató de que no la había tocado. Se limitó a pasar el dedo arriba y abajo por la cerámica desconchada. Estaba muy atractivo con ese polo azul marino y los tejanos azul oscuro. La chaqueta de cuero parecía nueva. Esperaba que su abuela durmiera un poco más, porque le vendría bien no tener interrupciones esta vez.

—Di lo que hayas venido a decir.

—No me lo estás poniendo fácil.

—No te lo mereces.

—Lo entiendo. Lo siento. Temía decirte mi verdadero nombre. Pensé que, si me buscabas en Google, descubrirías que aparte de ser fotógrafo, dirijo una agencia de citas. Sé que suena cutre, pero he conseguido bastante dinero y estoy a punto de comprarme mi propia oficina.

—¿Quieres una medalla? —Se detuvo, pues deseaba sacarlo por donde había entrado de un empujón—. Mi madre dice que diriges un negocio de *escorts*, y cuando pienso en una, lo primero que me viene a la mente es prostitución.

—No es así. Solo son citas *online.*

—Creo que alucinas, Greg. ¿Es ese tu verdadero nombre siquiera?

—Sí, lo es. A veces, cuando salgo, me hago llamar Jackson. Es mi segundo nombre.

—¿Qué haces aquí?

—Me gustas, Katie. Sé que la he liado... Me gustaría que volviéramos a empezar.

—Ni de broma. ¿Cómo ha sabido mi madre quién eras?

Notó que se mordía el labio. ¿Era lo que hacía cuando se inventaba una mentira nueva?

—Vino a verme como parte de la investigación.

—Hasta ahí lo sé. Está investigando el asesinato de Laura Nolan. ¿Qué tiene eso que ver contigo?

Él miró la mesa, incapaz de mirarla a los ojos.

—Laura era una de las chicas de mi agencia.

—Vale. Continúa.

—Y ha desaparecido una chica. Shannon Kenny. También estaba inscrita en mi agencia.

«Esto solo hace que empeorar», pensó Katie.

—No oí que mencionara su nombre anoche.

—No, pero lo hará la próxima vez que tu madre despotrique de mí.

Tuvo que sonreír.

—Creía que había mencionado otro nombre... Anita o algo así.

—Aneta, sí. Tiene un apellido extranjero. No la reconocí en la foto y lo he revisado todo esta mañana. No estaba registrada en la agencia.

—¿Y si usó un nombre falso? Como tú —propuso Katie, que inclinó el cuello hacia un lado.

—Hago todo lo que puedo para investigar a todo el mundo.

—Mmm. Quizá uno de tus clientes masculinos está detrás de los asesinatos.

—Es posible, ¿no? Se lo he dado todo a los agentes. Ni siquiera he esperado a que trajeran una orden. Podría meterme en problemas con la ley de Protección de Datos, pero voy a dejar este negocio. Veo cómo se puede abusar de él. Me centraré en la fotografía.

—¿Alguna de las mujeres se quejó de acoso?

—No, ninguna. Por eso no entiendo cómo es posible que la policía venga a por mí.

—¿De verdad van a por ti? —preguntó ella—. El equipo de investigación debe reunir toda la información relevante sobre la víctimas para identificar al asesino. Y si una víctima de asesinato ha resultado ser una acompañante, tu agencia será el primer lugar en el que mirarán.

Se preguntó por qué estaba defendiendo el trabajo de su madre.

—¿Crees que tenemos una oportunidad? —dijo él.

—Ninguna —respondió ella. Una tristeza repentina anidó en el vacío de su pecho y sustituyó a la ira—. Al menos, no todavía.

—¿Qué quieres decir?

Se inclinó un poco más, con el entusiasmo reflejado en la mirada. ¿Debería estar asustada?

—Ahora mismo estoy cuidando de mi abuela y de mi hijo. No tengo el tiempo ni la energía para pensar en salir contigo.

—Pero tal vez haya una oportunidad. ¿Pronto? ¿En el futuro? ¿En algún momento?

Ella sonrió sin querer. A Greg Plunkett se le daba bien venderse y ella entendía que fuera capaz de manipular a otras chicas. Tal vez «manipular» era una palabra muy fuerte, pero era encantador.

—Podría haber una oportunidad, Greg, si no resultas ser el asesino.

Él sonrió, decaído. Sus mirada se oscureció cuando la miró por debajo de las largas pestañas.

—¿Y qué si lo soy?

Ella empujó la silla hacia atrás tan rápido que golpeó el fogón y tiró una sartén vacía al suelo. El sonido reverberó por toda la cocina y Louis entró corriendo.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó.

—No pasa nada, cariño —lo tranquilizó Katie—. Solo es una sartén.

—Tú debes de ser Louis, hombrecito —dijo Greg.

—Soy yo, pero soy un niño, no un hombre. Qué tonto.

—Supongo que sí. Debería irme. Tienes mi número, Katie. Estaba de broma hace un momento. De verdad. Por favor, llámame.

Se fue sin decir nada más y ella tuvo la sensación de que no la dejaría tranquila tan fácilmente. ¿Podría ser el asesino? ¿Estaba siendo blanda con él? ¿O era quien decía que era, un fotógrafo nada más?

Rose caminó hacia la cocina.

—¿Qué es este ruido? Despertarías a un muerto.

Katie tomó a Louis en brazos y le sonrió a su abuela.

—No hables de despertar a los muertos aquí —se rio y le pasó la mano a Louis por el pelo.

82

Kirby no iba a entrar en la casa solo por nada del mundo. Le pidió al agente Lei que lo acompañara. Se le daban bien los niños.

El pequeño los guio hasta un salón abarrotado. Había una mesa con seis sillas alrededor en una punta y un sofá de cuero raído y color crema lleno de cojines en la otra. Un televisor de pantalla plana ocupaba casi toda la pared, y era el único elemento que parecía nuevo. Kirby se acomodó en una de las sillas y Lei se sentó en el sofá junto al niño.

—Rex, ese es tu nombre, ¿no? —dijo Kirby. El niño asintió—. ¿Dónde están tus padres?

—Trabajando.

—Vale. ¿No deberías estar en el colegio?

Se encogió de hombros.

—¿Sueles estar solo en casa?

El niño asintió.

—¿Cuántos años tienes?

—Siete.

Kirby pensó en Sergio, que tenía ocho años. Boyd no imaginaba una ocasión en la que lo dejaría solo en casa.

—¿No tienes amigos con los que te puedas quedar cuando papá y mamá están trabajando?

—La verdad es que no. Pero volverán pronto.

—¿Cómo se llaman tu mamá y tu papá?

El chico negó con la cabeza. No iba a decírselo.

—¿Cuál es tu apellido? ¿Rex qué?

Se encogió de hombros, pero no contestó.

—Vale. —Kirby miró a Lei y dudó. ¿Deberían esperar a los padres? Podría no ser nada. Tal vez el niño no había visto nada. Quizá ni siquiera era el pequeño al que estaban buscando. Pero debía arriesgarse y sufrir las consecuencias más tarde.

—Rex, no quiero asustarte...

—No me da miedo nada.

—Bien. Me preguntaba si saliste pronto de casa el viernes por la mañana. Ya sabes, antes que tus papás se levantaran.

El niño bajó la cabeza y se mordió el labio.

—No me dejan hacer eso.

—No pasa nada. Creo que podrías ayudarnos. ¿Qué te parece?

—¿Es sobre la mujer?

Kirby sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿De qué mujer hablas?

—La mujer muerta en la zona del cine.

—Por Dios... —dejó escapar antes de poder reprimirlo—. Sí, Rex. Me preguntaba si la viste.

Echó un vistazo a la ventana con las pesadas cortinas echadas, bloqueando la luz natural.

—Estaba allí tumbada. No me hablaba porque estaba muerta.

—Vale. Buen chico. ¿Qué hiciste?

El chico ladeó la cabeza y miró al agente Lei junto a él.

—¿Eres chino?

—Soy irlandés, pero mis abuelos son chinos.

—Cómo mola.

Con un gesto de la cabeza, Kirby le pidió a Lei que continuara con la conversación, sin dejar de preocuparse por si no deberían esperar a que llegaran sus padres para seguir con el interrogatorio. Pero ¿no habían dejado al pequeño solo?

—Eres un chico muy valiente —dijo Lei—. ¿Te gustaría ayudarnos a descubrir lo que le ocurrió a la pobre mujer?

—¿Puedo ir en el coche patrulla? ¿Con las sirenas puestas?

—Podemos organizarlo si tus padres te dejan.

Rex bajó la cabeza y jugueteó con las uñas. Kirby vio que las tenía limpias. Parecía que al niño lo cuidaban bien, pero no estaba en el colegio, sino solo en casa.

—Dirán que no —dijo el niño al final.

—¿Por qué dirían eso? —pregunto Lei en voz baja.

—Siempre están discutiendo. Yo solo soy una molestia.

—No lo eres. Eres un chico increíble y puedes ayudar a la policía.

—¿De verdad?

—Claro que sí.

Lei inclinó la cabeza hacia Kirby sin verbalizar la pregunta. Kirby asintió.

—Tendremos que llamar a tu mamá o a tu papá ahora —dijo—, para ver si les parece bien que hablemos contigo.

Rex se levantó de golpe.

—Será mejor que os vayáis —dijo—. Mamá me matará por haberos dejado entrar en esta casa.

Por la forma en que lo dijo, Kirby dedujo que no le gustaba la casa.

—¿Por qué dices eso? ¿Vivíais en otra parte antes?

Rex volvió a sentarse y se hizo un ovillo.

—Dejadme solo.

Kirby sintió que debían marcharse aunque el chico fuese un testigo viable. ¿Debía llamar a los servicios sociales? No sabía qué hacer, pero la jefa sí.

—No te preocupes, Rex, ya nos vamos. Volveremos más tarde, cuando tus padres estén por aquí. ¿Vale?

Le clavó esos ojos marrones.

—No les digas que os he dejado entrar. No se lo cuentes. Por favor.

—No diré nada.

Una vez en la acera, Kirby vio a McKeown correr hacia ellos.

—Se avecinan problemas —le susurró a Lei.

—¿Dónde habéis desaparecido, par de tontos?

El rostro de McKeown estaba morado de rabia.

—Hemos encontrado al chico —dijo Kirby.

Alternó la mirada entre uno y el otro hasta que lanzó las manos al aire.

—Entonces, ¿dónde está?

—Vive ahí, pero tenemos que esperar a que lleguen sus padres para interrogarlo.

—Menuda sarta de tonterías. Llámalos. ¿Cómo se llaman?

—Rex no nos lo ha dicho.

—¿Quién cojones es Rex? ¿El perro?

Parecía que alguien le había prendido fuego a la cabeza de McKeown.

—No. El niño se llama Rex. Es lo único que sabemos.

Kirby miró a Lei con una expresión que decía que no dijera nada.

—¿Cómo sabes que es el niño al que estamos buscando si no ha dicho nada?

McKeown no era estúpido. Kirby jugó con qué información compartir.

—Mira, tenemos que hablar primero con la jefa, ¿vale?

—¿Qué has hecho, Kirby? ¿Qué cojones has hecho?

—Necesito hablar con la jefa.

Anduvo por el camino, sacudiendo el móvil en el aire. Se dirigió hacia donde McKeown había aparcado el coche. Unos cuantos vecinos estaban sacando los suyos. No había señal de nadie que se dirigiera a la casa donde Rex permanecía sentado en el sofá de cuero raído color crema. Solo.

83

Lottie estaba golpeando la puerta de la agencia Right One cuando oyó un coche que se acercaba por la calle estrecha. Se volvió para ver a Greg Plunkett salir de él.

—Justo el hombre al que quería ver.

—¿Qué quiere de mí ahora, inspectora? Ya les he ayudado.

—Solo quiero tener una conversación.

—¿Una conversación? A mí ya me parece acoso.

—Podemos hablar aquí o en la comisaría. Como quieras.

Él abrió la puerta despacio antes de guiar a Lottie y Boyd arriba.

—¿Hoy estás solo? —preguntó ella.

—Le he dado el día libre a Cathy. Espero que le parezca bien. ¿O debería haberle pedido permiso?

—No te hagas el listillo conmigo —añadió.

Cuando Plunkett se sentó detrás del escritorio, Lottie pasó la mano por el archivador y dejó tras ella una marca en el polvo.

—Greg, necesitamos tu ayuda con las investigaciones.

—Vale. ¿Qué puedo hacer por usted?

Se preguntó por qué se había deshecho del tono beligerante de hacía un momento.

—Me gusta esa actitud.

—Sí, bueno, creía que había venido para pedirme que me aleje de su hija.

—Eso también, pero no es el momento. —Sintió la mirada de Boyd clavada en ella—. Hemos estado analizando los vínculos entre las víctimas de asesinato. ¿Y sabes qué? Nos lleva de vuelta a ti.

—Les he dado todo lo que me han pedido. ¿También quieren mi sangre?

Ignoró la burla.

—Aneta Kobza.

—No aparece en mis registros. Ya se lo dije.

—¿Le hiciste alguna foto?

Lottie se inclinó y deslizó la foto de Aneta por el escritorio.

—No.

Se detuvo y observó la imagen antes de alzar la cabeza con la mirada perdida. Estaba recordando algo. Ella aguantó las ganas de zarandearlo para que hablara.

—Quizá lo hice, ¿sabe? Un momento —respondió. Encendió el ordenador—. No había caído. Hice algún trabajo para el periódico local el año pasado. Su fotógrafa estaba de baja por maternidad. Viendo la foto de cerca, hay algo en el rostro de esa chica que me resulta familiar, pero a la vez no. Tengo buen ojo para la belleza.

Lottie puso los ojos en blanco y se volvió hacia Boyd. Él negó con la cabeza. Le pedía sin palabras que mantuviera la boca cerrada. El ambiente del pequeño despacho estaba cargado y la inspectora tuvo que aguantarse un estornudo.

—¡Sí! Es ella —exclamó Greg.

—¿Quién es ella? —Lottie se asomó por detrás de él y le dio un ligero apretón.

Greg señaló al montaje de fotos que aparecía en la pantalla de su ordenador.

—El año pasado asistí a una gala benéfica en Cuan. Es el centro de rehabilitación cerca de Delvin. ¿Lo conoce?

—Sigue.

Intentó que su corazón permaneciera en su pecho y no se le subiera a la garganta.

—Tomé muchas fotografías. Creo que solo una o dos acabaron en el periódico. Esta era de parte del personal. —Presionó en un icono y amplió la imagen—. Esa es ella, ¿verdad?

Lottie se inclinó por encima de su hombro.

—¿Tiene más fotos de ese día?

—Muchísimas. Las pondré en un USB. Deme un minuto.

—¿Esa es Aneta? —preguntó Boyd.

—Sí —dijo Lottie—. Es distinta de la foto del periódico. Venga, ponlas todas en un USB, por favor.

Quería salir de aquella oficina agobiante.

—Claro. Es tan irritable como Katie.

—Deja a mi hija tranquila.

—Eso dependerá de ella, ¿no?

Antes de que pudiera replicarle, sintió la mano de Boyd en su hombro. Permaneció callada y esperó a que Greg le tendiera el USB.

Cuando lo tuvo, dijo:

—Estaremos en contacto.

De vuelta en su despacho, Lottie leyó el correo electrónico del laboratorio. El barro hallado bajo la uña de Laura Nolan coincidía con la tierra en la herida de Aneta. Era posible que se la hubiera pasado el asesino. Debía de ser eso, pensó, de otro modo ¿cómo podía haber llegado la tierra a las heridas si no parecía pertenecer a los lugares donde habían aparecido los cuerpos? Era cosa del mismo asesino. Intentó entender el análisis, pero el lenguaje era demasiado técnico para su cerebro.

Entonces, en el resumen, leyó algo que sí entendió. Había un rastro de semillas de tomate en la tierra. ¿Se habían usado para plantar tomates en algún momento? ¿O era una anomalía? Todavía debían vincular el asesinato de John al de las otras dos mujeres.

Lottie se disponía a insertar el USB de George Plunkett en su ordenador cuando alzó la mirada hacia Boyd, que estaba en la puerta.

—¿No deberías pasarle un antivirus a eso antes de conectarlo a tu ordenador?

—Boyd, si esto tiene un virus, nuestro sistema debería ser capaz de erradicarlo, con todo el dinero que se ha gastado en eso el departamento. ¿Vale?

—No sé porque estás tan obsesionada con esas imágenes. Sabemos que Aneta estaba trabajando allí aquel día. Tiene sentido que la captaran, al menos, en algunas de las imágenes para la prensa, incluso aunque no las publicaran en el periódico.

—Tenemos que identificar a todos los que aparecen en ellas. Por lo que sabemos, esto es una prueba de una de las últimas veces que se vio a Aneta Kobza.

—Podría haber seguido por aquí después de eso.

—Lo estuvo, porque salió la noche de San Valentín y después... puf. Desapareció. Así que hasta que demos con un testigo o algún

tipo de verificación, tenemos que trabajar con esto.

—Está desviando nuestra atención de las otras víctimas.

—Si desciframos el misterio que rodea a Aneta, el motivo por el que la secuestraron y dónde la retuvieron, seguro que resolvemos los otros asesinatos. Y encontraremos a Shannon Kenny viva. Creo que Aneta permaneció secuestrada durante un año y que podrían haberse llevado a Shannon para reemplazarla.

—¿Y qué pasa con Laura Nolan? —preguntó Boyd.

—O se defendió o algo salió mal y él la mató poco después de haberla secuestrado. Es la única explicación que se me ocurre hasta que encontremos pruebas que demuestren lo contrario.

—¿Dónde encaja el asesinato de John Morgan?

—Todavía no lo sé, pero estuvo en Cuan cuando los demás residieron allí, así que encaja en alguna parte.

—Está bien.

No parecía muy seguro mientras salía a la oficina principal. Ella lo llamó de vuelta.

—Voy a mandarte este informe del laboratorio. Menciona una transferencia de tierra. ¿Puedes hablar con alguien del laboratorio para averiguar de dónde habría venido?

—Claro.

Una vez le hubo enviado el informe, introdujo el USB en el puerto del ordenador. Los iconos se cargaron uno a uno. Había 105 imágenes fechadas dos días antes de San Valentín del año pasado.

* * *

El móvil vibró y derrapó por el escritorio. Kirby. Podía esperar, pensó mientras abría la primera foto. Kirby se sentía mal por haber dejado al agente Lei en Moorland con órdenes de avisarlo cuando los padres de Rex llegaran a casa. Pero era urgente que sacara a McKeown de allí. Era posible que dijera algo incorrecto y que aterrorizara al niño hasta el punto de que no quisiera hablar. También podía hacer que los suspendieran por haber entrado en la casa y haber hablado con un niño de siete años sin que sus padres estuvieran presentes.

—Es una cagada —admitió ante Lottie cuando volvió a la comisaría.

—Y que lo digas.

—Debería haber llamado a servicios sociales.

—No deberías haber interrogado a un niño sin el consentimiento paterno. Esto es serio, Kirby.

—¿Habrías actuado distinto?

Lo pensó un momento.

—Si me hubiera visto en esas circunstancias, habría hecho lo mismo. Tal vez nos habría ayudado a identificar al asesino de Laura Nolan y, con eso, a rescatar a Shannon.

—He hablado con su hermano antes. George está destrozado. Su sobrino, Davy, no deja de preguntar por ella. Tenemos que llevarla a casa sana y salva.

Lottie asintió despacio.

—¿Qué motivo llevaría a alguien a asesinar a esos jóvenes?

—Cuando pillemos a ese bastardo, se lo preguntaremos. —Se sacó las manos de los bolsillos, incómodo, y retuvo un bostezo. Le sonó el móvil con un mensaje y lo abrió—. Lei dice que los padres de Rex han llegado a casa, los McGovern.

—Vale, me acercaré para ver si nos permiten hablar con su hijo.

—¿Me he metido en problemas, jefa?

Se encogió de hombros.

—Tal vez. Yo no se lo diré a nadie, pero no te aseguro que McKeown no lo haga. Podría ser un buen momento para camelártelo. O comprarlo con una pinta en el Cafferty. —Miró a Kirby, que sabía que era uno de sus favoritos—. Pero no sé qué dirán los McGovern cuando lo descubran.

—No creo que pueda camelarme a McKeown. No hay bastantes cumplidos en el mundo para eso.

—Puede ser, Kirby, pero tengo fe en ti.

* * *

Lottie echó un vistazo a las fotos que se había guardado en el ordenador y se preguntó si la respuesta a todo se hallaba entre

ellas. Pero lo primero era lo primero. Tenían un testigo. Cogió el bolso y el abrigo y dejó al detective rebuscando en su bolsillo el cigarrillo escurridizo.

84

Lo primero de lo que se percató Lottie al llegar a Moorland fue de lo cerca que estaba de la parte trasera de los cines, a pesar de que estaba rodeada de arbustos y vallada. Lo segundo fue la opulencia que reflejaba. Las casas de dos plantas, todas pintadas del mismo amarillo pastel, con enormes ventanales en la planta baja en cada lado de las elegantes puertas grises. En tercer lugar, se fijó en que la casa de los McGovern no encajaba allí. Las paredes tenían un aspecto triste, la puerta necesitaba que le pasaran un trapo para limpiar la suciedad y el polvo. Las cortinas o las persianas estaban echadas en todas las ventanas. ¿Para mantener algo fuera? ¿O dentro?

Antes de llamar a la puerta, hizo una búsqueda rápida sobre la urbanización en internet.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué? —preguntó el agente Lei.

—Gordon Collins construyó Moorland.

—Parece que mete la mano en todo lo que ocurre en esta ciudad.

—En demasiados lugares para mi gusto, o tal vez solo estoy celosa porque no puedo permitirme una casa decente.

Mientras alzaba la mano para tocar a la puerta, observó un telefonillo con cámara, así que presionó el botón en su lugar. Oyó unos sonidos amortiguados que venían del interior antes de que la puerta se abriera. El hombre que apareció al otro lado llevaba el pelo despeinado y tenía la mandíbula apretada. ¿Estaba enfadado?

—¿Qué? —gruñó.

Definitivamente estaba enfadado.

—Soy la inspectora Parker y este es mi compañero, el agente Lei. Nos gustaría robarle un minuto de su tiempo, si no le importa.

—¿De qué se trata? Acabo de volver del trabajo.

Se peinó un poco el pelo rebelde con la mano y se recolocó la corbata antes de meterse la camisa arrugada por dentro de los pantalones azules de traje. Ella vio la chaqueta correspondiente colgada de las escaleras.

—El señor McGovern, ¿verdad?

—Sí. Benny. ¿De qué se trata?

Mantuvo una mano firme en la puerta, con la intención de bloquear la entrada.

—Estamos investigando un asesinato y hablando con todos los habitantes de la urbanización. No nos llevará mucho tiempo.

—¿Y para eso hace falta una inspectora? Menudo desperdicio de recursos.

Al final cedió y abrió la puerta un poco más, con un suspiro audible.

—Será mejor que pasen.

Lei cerró la puerta tras ellos mientras Lottie seguía a McGovern hacia el comedor que Kirby había descrito a la perfección. Parecía que la familia podía permitirse la casa, pero el mobiliario era otra historia. Aun así, por el estado en el que se encontraba Farranstown, tampoco es que estuviera en posición de criticar. Se quitó el abrigo y se bajó las mangas de la camisa blanca, que se le habían subido.

Benny se sentó a la mesa del comedor antes de que Lottie y Lei se le unieran.

—Es una urbanización maravillosa —dijo—. Es nueva, ¿verdad?

—Llevamos aquí cinco años. Aunque podría ser una vida con la de problemas que hemos tenido.

—Oh, ¿y eso?

—¿Por dónde empiezo? Todo, desde el primer día, ha ido mal. Grietas en las paredes. Condensación en el baño. No hay conductos de ventilación en ninguna habitación. Un trabajo terrible por todas partes, y ese Gordon Collins se ha ido de rositas. He mandado más cartas a abogados de las que puedo contar. Bueno. Ese no es el motivo por el que están aquí. ¿Cómo puedo ayudarles?

Lottie se guardó la información sobre Gordon Collins.

—Estamos investigando el asesinato de Laura Nolan. Se halló su cuerpo en el terreno de los cines el viernes por la mañana. Cerca de

la urbanización.

—Algo he leído. Es una terrible tragedia para la familia de la joven. Ya no es seguro pasear por este pueblo de día, no quiero imaginar de noche.

Percibió cierta crítica en su tono, pero prefirió ignorarla.

—El jueves por la noche o el viernes de madrugada, ¿oyó o vio algo sospechoso?

—No. Nos acostamos pronto. Tanto mi mujer como yo trabajamos fuera de la ciudad, y nuestro hijo va al colegio que hay calle abajo. Lo lamento, no oí nada.

—Vale. ¿Puedo hablar con su mujer e hijo?

—Brigette ha ido a por comida para llevar y está haciendo la compra. Rex solo tiene siete años, así que no puede ayudarles.

Lottie miró a Lei, que le dedicó un discreto asentimiento de la cabeza para hacerle saber que era cierto que la mujer había salido de la casa.

—Aun así, me gustaría hablar un momento con Rex.

—¿Por qué? —McGovern señaló al agente Lei como si acabara de percatarse de su presencia—. Tú has venido antes con un tipo gordo. Tengo una alarma en el timbre vinculada a mi móvil y estoy seguro de que eras tú. ¿Con qué derecho habéis irrumpido en mi casa?

Su falsa docilidad se había esfumado. Lottie dedujo que había cooperado hasta este punto porque sabía que había actuado mal con respecto a su hijo. Ella también subió el tono.

—¿Sabe que dejar a un niño de siete años solo es un asunto de los servicios sociales, verdad, señor McGovern?

Parecía que lo hubieran atravesado con algo punzante.

—¿Qué quieren?

—Creo que su hijo podría tener información crucial que nos ayudaría en la investigación.

—Le he advertido una y otra vez que no abra la puerta. Deberían saber que no pueden interrogar a un niño sin el permiso de sus padres. Podría hacerle llegar una queja formal a su superintendente.

—Está en su derecho de hacerlo, y yo avisaré a los servicios sociales —dijo Lottie. ¿McGovern era un querellante habitual?—. Necesito hablar con su hijo.

—Mi mujer no está en casa... Y no sé... —titubeó.

—Solo serán unos minutos. Es lo único que le pido.

Se inclinó hacia delante con su expresión más sincera. McGovern se mantuvo firme. En la puerta, gritó:

—Rex. Al comedor. ¡Ya!

Lottie sintió que la ira la invadía por la forma en que había chillado, pero la sofocó cuando el niño entró en la sala. Sus ojos reflejaban tristeza. Como la fachada de la casa, pensó. ¿El abatimiento de esa familia traspasaba las paredes?

—Hola, Rex. No tienes nada que temer. Solo quiero hablar contigo.

El niño miró a su padre y asintió.

—Vale.

—Siéntate donde más cómodo estés.

Miró como se colocaba en el borde del sofá. Ella caminó hasta sentarse en una silla frente a él. Rex se volvió para observarla. Vestido con un pijama de Superman, iba descalzo con unos calcetines gruesos.

—Rex, has hablado con... —creyó que «compañeros» era demasiado formal para un niño— mis amigos antes. Quizá podrías ayudarnos. ¿Quieres?

—Si queréis. Me da igual.

—Les has dicho que saliste de casa muy pronto el viernes por la mañana y llegaste hasta los cines. ¿Es correcto?

—¿De qué narices está hablando? —intervino Benny McGovern.

Rex miró a su padre con los ojos muy abiertos.

—Solo fui a pasear porque no podía dormir.

—Señor McGovern, Benny, por favor. —Lottie esperó hasta que el hombre volvió a sentarse—. Entonces, Rex, les has contado que viste el cuerpo de la mujer. ¿Es eso cierto?

—Estaba sola. Me senté en la hierba húmeda para hablar con ella. Sabía que estaba muerta porque no me respondía.

—Vale, Rex, lo estás haciendo muy bien —dijo Lottie—. ¿Puedes hablarme de ella?

—Tenía la camiseta llena de sangre y no llevaba abrigo. Tenía los pies llenos de barro, así que no debía llevar zapatos. La hierba estaba mojada.

—¿La tocaste?

Se acurrucó entre los cojines.

—No. De ninguna manera. Qué asco.

—No te preocupes, yo tampoco lo haría. Entonces, ¿qué hiciste?

—Solo me senté para vigilarla hasta que alguien viniera a ayudarla.

—¿Y vino alguien?

—Sí, el chico que trabaja en la cafetería. Yo salí corriendo y me escondí detrás de los arbustos. Después vinieron los agentes y me fui a casa.

McGovern se sentó en el brazo del sofá junto a su hijo.

—¿Fuiste al cole, verdad, Rex?

Rex se mordió el labio.

—Estaba muy asustado para ir.

—Benny, ¿se dio cuenta de que su hijo no estaba en casa aquella mañana?

El hombre enrojeció.

—Brigette y yo, bueno, tuvimos una bronca enorme el jueves por la noche, así que me marché al trabajo enfadado. No fui a ver a Rex. Por lo general, se apaña para ir al colegio. Está calle abajo. Casi en la puerta de al lado. Empezamos a trabajar a las ocho.

—¿Dónde trabajan?

—Soy gerente del Tesco de Gaddstown y Brigette es peluquera en un salón de Maynooth. Salimos de casa pronto.

—¿Y Rex se levanta, desayuna y va al colegio solo?

—Brigette le prepara el desayuno y lo llama para que baje. Pero parece que el viernes por la mañana fue distinto. Seguramente, porque nos peleamos la noche anterior.

—¿Sobre qué?

—Dinero. ¿Qué otra cosa estropearía un matrimonio?

Lottie asintió, pero se inquietó ante la idea de que Rex se quedara solo. Tras la muerte de Adam, ella fue culpable de lo mismo, pero sus hijos eran adolescentes entonces, no niños de siete años. Volvió a prestarle atención al niño, que la miró con la cara pálida y los ojos tristes anegados en lágrimas.

—¿Estás bien, Rex? ¿Quieres que deje de hacerte preguntas?

—No me gusta que discutan. Hacen ruido y me duele la cabeza. Por eso estuve mirando por la ventana la noche de antes y vi...

Se quedó pensativo.

—¿Qué viste? —preguntó Lottie, que se percató de que el agente Lei estaba tomando notas. Bien.

—¿Me meteré en problemas por no haber ido al cole?

—No. Lo estás haciendo muy bien. Solo dime qué viste aquella noche. ¿Fue la noche anterior a que encontraras el cuerpo?

—Sí. Un taxi se detuvo junto a los árboles en la carretera y un hombre saltó el muro cargado con algo. Parecía que pesaba mucho. Como si fuera una bolsa grande de piedras.

—¡Por Dios, Rex! —Su padre se levantó de un saltó y agarró al niño para darle un abrazo—. ¿Por qué no me lo contaste a mí o a tu madre?

—Estabais enfadados el uno con el otro. No quería que también lo estuvierais conmigo.

Lottie vio que al pequeño se le escapaba una lágrima. Quiso limpiársela para darle su apoyo.

—Rex —dijo con delicadeza—, es importante que me cuentes más sobre esa noche. ¿Sabes qué hora era?

—Bueno, no había luz fuera del cine y estaba muy oscuro, así que debió de ser después de que cerraran. No sé a qué hora cierra. ¿Puedes mirarlo?

—Claro. ¿Estás seguro de que viste a un hombre?

—Eso creo. Podía cargar con ella. Bueno, no supe lo que era hasta la mañana siguiente, pero tenía que ser alguien muy fuerte si subió por el muro cargado con una mujer.

—¿Puedes describirlo?

—Estaba oscuro y él iba encorvado cargando con ella.

—¿Viste dónde la dejó?

—Justo donde la encontré, tumbada en la hierba alta sin abrigo ni zapatos. Hacía mucho frío. Estuve a punto de cubrirla con mi chaqueta para mantenerla caliente, pero no tenía sentido, ¿verdad?

—Hiciste bien. ¿Qué hizo el hombre después de dejarla allí?

—Corrió hasta el coche otra vez. Debió de marcharse enseguida, pero no me esperé para ver nada más porque me metí en la cama. Los gritos se volvieron más fuertes y supe que mamá y papá estaban subiendo las escaleras.

McGovern mantuvo la cabeza gacha, pero le dio un apretón en el hombro a modo de disculpa.

—Sobre el coche... —dijo Lottie—. Has mencionado que iba en un taxi. ¿Cómo lo sabes?

—Llevaba la señal en la parte de arriba, pero con la luz apagada. —Una arruga de preocupación le surcó la pequeña ceja—. Quizá he cometido un error y no era un taxi. ¿Los conductores principiantes no llevan una señal parecida?

—Sí, pero en aquel momento estabas seguro de que era un taxi, ¿no?

—Sí, porque Maggie, una niña de mi cole, viene todos los días en taxi. Es muy guay. —Vacilante, preguntó—: ¿Ya puedo irme a jugar?

—Todo esto nos resultará muy útil, eres un chico muy valiente. Gracias por tu ayuda. Tengo un último favor que pedirte.

—Vale.

—Es importante que me digas la verdad y...

—Mi hijo siempre dice la verdad —intervino Benny.

—No dudo de su palabra, pero es esencial para la investigación que le haga esta pregunta. —Esperó a recibir el permiso del padre y, cuando este asintió, ella miró al pequeño a los ojos—. Rex, no estás en problemas, pero necesito preguntarte esto. ¿Te llevaste algo de recuerdo del cuerpo o de la zona donde encontraste a la mujer?

Debía preguntar porque algo parecido había ocurrido en su última investigación.

—No, de ningún modo. No la toqué ni nada parecido. Solo me dio pena. Nunca miento.

—Está bien. Perdona, pero mi trabajo me obliga a hacer preguntas incómodas a veces.

Relajó los hombros.

—No pasa nada.

Oyó que la puerta principal se abría y se cerraba, y una diatriba enfurecida precedió a la recién llegada.

—Hay un maldito coche bloqueando la entrada y he tenido que aparcar... ¡Oh! ¿Quién es usted?

85

La mujer frustrada dejó las bolsas de la compra y la del McDonald's en el suelo. Sin desabrocharse el largo abrigo negro, lanzó una mirada asesina a Lottie y a Lei cuando vio el rostro surcado de lágrimas de su hijo.

—¿Qué le han hecho a mi hijo?

Corrió hacia él y lo levantó del sofá. Era demasiado grande para sus brazos, a pesar de lo pequeño que parecía sentado. Lottie hizo las presentaciones.

—Ya han acabado. Se estaban yendo —comentó Benny.

—¿Acabado con qué?

Lottie recogió su bolso del suelo.

—Su hijo podría ser un importante testigo en mi investigación actual. Lo ha hecho muy bien. Deberían estar orgullosos de él.

—¿Quién es usted para hablar de mi hijo?

—Brigette. Déjalo.

Benny se levantó y le dio una palmadita en el hombro. Ella lo apartó.

—¿Qué investigación?

Entrecerró los ojos con desconfianza. Lottie agarró el abrigo de la parte trasera de la chaqueta y dijo:

—Su marido la pondrá al día. Pero primero me gustaría decirles algo antes de marcharme. Sin que Rex esté delante.

Benny recogió las bolsas de la compra y acompañó a Rex fuera del salón. Brigette se bajó la cremallera del abrigo y se movió como un león en una jaula. Aún llevaba el delantal de la peluquería, unos tejanos azules y unas zapatillas negras.

—Me muero de hambre, así que dese prisa, por favor —dijo ella cuando su marido volvió.

—Creo que deberían buscar algún servicio de cuidados infantiles —comentó Lottie—. No deberían dejar a Rex solo.

—¿De qué está hablando?

—Su marido se lo explicará. Pero es posible que tenga que informar a los servicios sociales. Por ahora, quiero mostrarles una serie de imágenes. Puede que hayan visto a estas personas en las noticias esta semana, pero necesito saber si los reconocen de otra cosa.

—Adelante —dijo Brigette, con el cuerpo tenso.

En la mesa, Lottie le pidió al agente Lei que les mostrara las imágenes que había traído.

Colocó las fotos de las víctimas una a una. Laura Nolan. John Morgan. Aneta Kobza. Y Shannon Kenny.

Ambos adultos negaron con la cabeza.

—Vi la imagen de la primera chica en las noticias el otro día. La asesinaron cerca de aquí, ¿no es así? No la conozco ni a ninguno de los demás —añadió Brigette.

—¿Es la mujer que Rex encontró? —preguntó Benny.

—¿De qué estás hablando? —espetó Brigette.

—Te lo contaré más tarde, Bri. Ahora no es...

—Quiero saber de qué va esto. ¡Ahora!

—Brigette —dijo Lottie en tono calmado—, su marido se lo explicará, pero voy a contrarreloj con el asesino, así que necesito respuestas, no más preguntas.

—¿Un asesino? ¿Rex está en peligro? Ay, Dios mío.

—No, no lo está. Pero no nos hará ningún daño mantener lo que sabe en secreto por ahora.

—¿Qué hostias? —soltó Brigette—. ¿Rex sabe algo sobre el asesino? ¿Es eso lo que me está diciendo? ¿Y dice que no está en peligro? Por Dios... —Lottie pensó que se estaba paseando por la habitación en busca de algo que golpear. La mujer cogió un cojín y lo estampó contra el sofá—. Es una maldita pesadilla. —Alzó un dedo y señaló a su marido—. Todo ha sido una pesadilla desde que nos hiciste mudarnos aquí.

—Tengo una última pregunta —añadió Lottie, que no quería verse metida en su refriega—. Rex ha mencionado algo de pasada. Se podría interpretar como que no le gusta vivir en esta casa. Ha dicho que solo llevan aquí cinco años.

—No le he oído decir eso —respondió Benny.

—Ha ocurrido antes, cuando ha venido mi compañero. —Miró al agente Lei.

Brigette se hundió en el sofá.

—¿Han venido antes? ¿Por qué nadie se ha puesto en contacto con nosotros?

—No queríamos asustarles —dijo Lei.

—Como si ahora no lo estuvieran haciendo.

—La otra casa —insistió Lottie—. Háblenme de ella.

—Nos mudamos aquí antes de que Rex cumpliera los tres años —comenzó Benny—. Le encantaba la antigua casa, pero quedaba demasiado a las afueras de Ragmullin para ir al colegio y a nuestros trabajos. Entonces yo trabajaba en la ciudad, así que nos mudamos cuando esta salió al mercado.

Brigette presionó el cojín contra su pecho.

—El mayor error de nuestra vida. Ese Gordon Collins debería estar entre rejas.

—Rex echa de menos el campo y nuestro antiguo jardín —continuó Benny.

Satisfecha, Lottie caminó hacia la puerta.

—Me voy por ahora. Quiero que busquen alguna forma de cuidar de su hijo o me veré obligada a llamar a los servicios sociales. Y, por favor, vigilen a Rex. Podría tener pesadillas después de lo que ha visto. Necesita su apoyo.

—Yo también tendré pesadillas con esto.

Brigette se levantó, volvió a lanzar el cojín contra el sofá y salió de la habitación para dejar a Lottie atrás.

—Disculpe el comportamiento de mi mujer —dijo Benny—. Estamos teniendo problemas financieros. Avíseme si podemos ayudar con algo más.

—Gracias, y dele a Rex un abrazo de mi parte.

—Lo haré.

Siguió a Lei fuera. Comprendió que la tristeza que llenaba la casa manaba de una familia preocupada y con problemas económicos. Pero no excusaba sus acciones. Nadie debería dejar a un niño de siete años solo.

86

El equipo se reunió en la sala de incidencias cuando el agente Lei y Lottie volvieron de la casa de los McGovern. Ella sabía que debía denunciarlos a los servicios sociales, pero ya tenía bastante de lo que ocuparse como para añadir algo más. Esperaba que aprendieran la lección. Le pediría a Lei que los vigilara.

Resumió su visita antes de darles todas las órdenes.

—Agente Lei y detective Kirby, contactad con todas las empresas de taxis de la ciudad. Quiero saber cuáles estaban operativas el jueves por la noche y los nombres de los conductores. También quiero las horas de entrada y salida.

—Tal vez la persona que el chico vio cargando con el cuerpo era un cliente de un taxi y no un conductor —comentó Boyd.

—No lo había pensado. Eso podría suponer un problema, pero intentad conseguir los detalles de los taxis que tomaron esa ruta el jueves por la noche.

McKeown se unió a la refriega sin aportar nada de valor.

—¿Estamos seguros de que fue un taxi lo que vio el chico?

Lottie pensó en ello un momento.

—Parecía seguro de ello, porque a una niña, Maggie no sé qué, la llevan en uno todos los días al colegio.

—Hay niños que viven como reyes —dijo Kirby.

Boyd miró el móvil.

—Se hace tarde y debería ir a recoger a Sergio.

—Llama a Amy —añadió Kirby—. Seguro que puede quedárselo un poco más.

Lottie volvió a centrarse en McKeown.

—Analizaste las imágenes de las cámaras. ¿Cómo es que el taxi, el coche o lo que fuera que el niño vio no aparece en ellas?

—Encontré al niño, ¿no? —contestó con petulancia.

—No te estoy criticando. Solo estoy preguntando.

¿Por qué se estaba disculpando? Era su jefa, por el amor de Dios.

McKeown miró las notas fotocopiadas de Lei, que esperaban a que las transcribieran a un ordenador.

—El niño dijo que estaba aparcado debajo de un árbol. Necesitamos encontrar ese árbol y registrar la zona. Hubo un apagón en el campo de fútbol, por eso el coche no aparece en ninguna de las cámaras.

—Llévate a la garda Brennan contigo y registrad la zona.

—Se está haciendo tarde —dijo Martina, que enseguida se mostró disconforme con el emparejamiento.

—Echad un vistazo rápido. Si encontráis algo sospechoso, acordonad el área hasta mañana por la mañana.

—Entendido —contestó la joven garda malhumorada mientras cerraba de golpe la libreta.

Lottie ojeó sus notas apresuradas.

—El informe del barro. ¿Alguien tiene alguna idea de dónde puede proceder?

—Los técnicos del laboratorio están haciendo más pruebas —dijo Boyd.

—Estate pendiente de ellos —dijo ella—. ¿Podrías investigar la historia de la familia McGovern también, por favor? Han mencionado que se han quejado de Gordon Collins. Quiero asegurarme de que es cierto. No me gustan las coincidencias.

—Claro.

El agente Lei levantó la mano.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

—Por supuesto —respondió Lottie, y se dejó caer en una silla junto a las pizarras de incidencias.

—Tiene que ver con John Morgan, y sé que no lo hemos mencionado, pero yo..., eh..., esto...

—Puedes decir lo que sea, Lei. Adelante.

—Vale. Sí. Bueno, Benny McGovern ha dicho que sabía que habíamos estado antes en su casa por la cámara de la puerta. Tenemos imágenes de los residentes de Pine Grove. Creo que deberíamos echarles un vistazo, en especial las de aquellos que

viven cerca de la casa piloto. Tal vez veamos a John Morgan o a su asesino.

Lottie se levantó.

—¿Aún no hemos hecho eso?

—Había mucho que revisar con el asesinato de Laura, así que todavía no he podido revisarlas —respondió McKeown.

—El asesinato de Morgan fue hace unos días —comentó Boyd—, ¿pero cómo nos ayudará un vídeo de la puerta?

—La mayoría están vinculados con los móviles de los clientes —añadió McKeown—, y la copia de seguridad de las imágenes está en la nube. Según el rango de alcance de las cámaras, tal vez encontremos algo.

—En cuanto puedas, quiero que lo revises. ¿Alguien más tiene algo que añadir?

Un murmullo grupal y las sillas arrastrándose por el suelo le indicaron que habían terminado.

—Shannon sigue desaparecida —dijo Kirby.

—Iré a hablar con su hermano.

87

El cielo estaba oscuro para cuando la garda Martina Brennan y el detective Sam McKeown llegaron a los cines. Las luces tintaban la zona de un tono bermejo como si de una sábana vieja se tratara. Aparcaron delante del cine y caminaron calle abajo, hasta dejar atrás la calle donde habían encontrado el cuerpo de Laura. Ahora que habían retirado la cinta policial, lo único que quedaba era una extensión desolada de flores marchitadas y una sensación de arrepentimiento y tristeza.

Mientras andaba en silencio junto al muro exterior, McKeown miró hacia el club de fútbol y después al camino que se extendía ante él.

—Es una locura hacer esto a estas horas de la noche —protestó Martina, que marchó por delante de él.

Estaba enfadada con la jefa por haberlos puestos juntos y no tenía nada que decirle a McKeown, por lo que decidió no abrir la boca.

—Estamos en modo trabajo, Martina. No tiene sentido que me hagas el vacío. No voy a abalanzarme sobre ti.

—Que te den, Sam. —Adiós al silencio—. Te crees que eres lo más, cuando en realidad no eres más que un capullo.

—Como quieras.

Comenzó a caminar a grandes zancadas y la dejó atrás. «Por mí perfecto», pensó ella. El muro acababa entre arbustos y matorrales. Ahí fue cuando ella se percató de que había una brecha en el seto, tal vez del ancho de un coche. Parecía un camino artificial que conducía a las urbanización Moorland.

—Espera —le gritó a la espalda ancha de McKeown, pero él siguió andando.

Sacó un par de guantes antes tomar la linterna del cinturón y avanzar hacia el pequeño sendero. La tierra estaba fangosa y era

más que evidente que había marcas de neumáticos en el suelo. Avanzó un poco más a través de la hierba del borde hasta ver que los caminos se hacían más visibles. Alzó la mirada y vio que el hueco acababa a unos cincuenta metros de la carretera principal. Un atajo hacia Moorland. Hecho por los peatones. ¿El asesino conocía la zona?

Dejó la linterna en el suelo, con la luz apuntada hacia los caminos, y tomó una serie de fotografías con el móvil.

Miró tras ella y vio que McKeown la observaba.

—¿Qué haces ahí? —preguntó él.

—Ve al coche a por la cinta.

—¿Para qué?

—Hay que acordonar esta zona. Hay marcas de neumáticos aquí, aunque los peatones las han pisoteado.

—Esto no está en ningún mapa que haya visto.

Madre mía, ¿tenía que cuestionarlo todo y a todos?

—Es artificial. —Mantuvo un tono neutro en un esfuerzo por no gritarle—. O alguien lo ha hecho, como quieras decirlo. Tenemos que acordonar la zona hasta que venga la científica, y eso no ocurrirá hasta mañana.

Le mostró las fotos que acababa de tomar. McKeown se frotó con la mano la barbilla sin afeitar.

—Si el asesino del taxi lo utilizó, quienquiera que sea, ¿cómo conocía su existencia? No se ve desde la carretera.

—Tal vez vive por aquí cerca.

—Hemos ido a todas las casas y no hemos encontrado nada, pero bueno, buen trabajo —dijo en tono reticente—. Yo me quedo aquí. Ve tú a por la cinta.

Ella se enganchó la linterna al cinturón y se marchó, dejando a McKeown allí, como una sombra al acecho en la oscuridad.

88

Irene Dunbar había asistido a una reunión sin programar con el ejecutivo del Servicio de Salud sobre financiación, y en cuanto hubo terminado, había vuelto a la oficina. Le alegraba haber tenido la reunión, así podría concentrarse en el trabajo y en nada más. Al entrar por la puerta, una Mona contrariada salió de detrás de su escritorio para hablar con ella.

—Irene, ahí estás. No contestabas al teléfono. No puedes desaparecer como si nada y dejarme con todo esto.

Lanzó los brazos al aire, como si el techo fuera a caerles encima.

—¿Con todo el qué?

—Con la plantilla de la cocina protestando, los terapeutas, los clientes, por no mencionar a los guardias.

Irene enderezó la espalda y se puso en alerta de inmediato.

—¿Qué querían?

—Los terapeutas necesitan que fumiguemos y pintemos la sala principal. Hay hongos en el techo. Las limpiadoras se niegan a entrar. Dicen que es un peligro para la salud y...

—Eso forma parte del edificio antiguo.

Irene intentaba mantener un tono de voz plano mientras el corazón se le aceleraba en el pecho.

—Ya, pero en la página web y en los folletos damos la imagen de que el establecimiento está renovado con muebles de última generación.

—Hablaré con alguien por la mañana. ¿Qué querían los guardias?

—Preguntaban cómo pueden permitirse los clientes pagar esto.

—¿Qué les has contado?

Se le crispó el vello de la nuca.

—Les he explicado que contamos con un sistema de subvenciones. Es información de dominio público, así que no he mentido, si es lo que insinúas.

—Solo trato de averiguar qué es lo que querían esos malditos guardias. ¿Ha vuelto a venir la mujer? ¿La inspectora Parker?

—Sí, y un adonis.

—¡Mona!

—Perdón. Ha preguntado por Aneta y por cómo consiguió un empleo tan rápido nada más llegar a Irlanda.

—¿Y?

—He mencionado que tenemos procesos de selección, pero han deducido que eso habría llevado algún tiempo, así que he tenido que contarles que alguien nos dio buenas referencias de ella.

—¿Que qué? Madre mía, Mona, no. Eso va en contra de las normas.

—¿Que yo se lo haya contado o que lo hayas hecho?

Irene detectó el desdén que teñía las palabras de la recepcionista.

—Supongo que les has contado quién habló a favor de Aneta.

—No, no lo he hecho porque no lo sé. Tampoco está anotado en ninguna parte.

—Vale, vale. —Irene se quitó los guantes y se colocó detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había salido del sitio—. Estaré en mi despacho.

Se dirigió a la puerta.

—Ah, también querían saber qué provocó el ataque de nervios de Aneta aquel día y quién estaba en la zona cuando ocurrió.

—Supongo que se lo has dicho.

—Les he contado lo que sabía, que no es mucho. ¿Qué está pasando? ¿Cuan está relacionado con todo este asunto de los asesinatos?

Irene se detuvo.

—Este lugar no tiene nada que ver con los asesinatos. Es una coincidencia. ¿Los guardias han dicho algo que te haya hecho pensar lo contrario?

—Para nada. —Mona se encaminó a zancadas dentro de su cubículo y empezó a golpear el teclado. Mientras Irene introducía el código para abandonar la recepción, la otra mujer añadió—: Creo que nos estaban tanteando. Hasta han preguntado por qué cortamos el césped en enero.

—Ahí podrías tener razón; nos están tanteando, pero ya te digo que aquí no encontrarán nada.

Dicho eso, dejó que Mona volviera a centrarse en su trabajo. Una vez en su oficina, Irene se dejó caer en la silla. Cerró los puños y se frotó las sienes. Debía ser fuerte, porque esto iba a empeorar mucho antes de mejorar. Ya había superado la adversidad; volvería a hacerlo. Se quitó el abrigo y se puso a trabajar.

89

George Kenny estaba tenso y nervioso. Tenía los ojos inyectados en sangre y necesitaba cambiarse de ropa. Un olor a sudor le envolvía.

—No me creo que Shannon estuviera en una agencia de acompañantes.

—¿Sabe si hay alguien que quisiera hacerle daño? —preguntó Lottie.

—¿Hacerle daño? ¿Cómo? ¿Sabe algo?

—No, solo estoy intentando encontrar respuestas.

—Shannon era su peor enemiga. Abusó de las drogas, pero creo que no había tomado nada desde su paso por rehabilitación.

—¿Sabe si tenía amigos en Cuan?

—No recuerdo que hablara de ninguno de los residentes.

—¿Podría ver su habitación?

Quería echar un vistazo ella misma, aunque ya había sido registrada, y Kirby también la había visto.

—Está arriba —dijo él—. Estoy intentando que Davy tome líquidos. Tiene la varicela. Las desgracias nunca vienen solas.

—Comprendo esa sensación.

Arriba, en la habitación de Shannon, recordó las notas de Kirby. Habían ordenado. No había ropa tirada por el suelo y la cama estaba hecha. Pasó las manos por debajo de las almohadas. Nada. Levantó un lado del colchón. Nada. El otro. Era una pérdida de tiempo y lo sabía. Pero aún tenía la esperanza de que podría dar con algo. De vuelta abajo, encontró a George con una botellita de paracetamol en la mano.

—¿Shannon le comentó alguna vez que quisiera mudarse?

—Todo el tiempo. Le gustaba hacerme rabiar.

—¿Llegó a mencionar Pine Grove?

—No que yo recuerde. Jess podría saberlo. Eran como uña y carne.

—Ya la hemos interrogado, pero ¿podría darme su número de teléfono de todas formas?

—¿De Jess? Por supuesto.

Esperaba que la chica fuera capaz de darle algo de información sobre la vida de Shannon y, a su vez, alguna pista de dónde estaba.

Fuera, llamó a Jess y quedaron en verse media hora después.

Comenzaba a anochecer y el Fallon estaba tranquilo. Chloe todavía no había llegado para su turno. Bien. Con un café en la mano, sentada en un rincón, Lottie esperaba a que Jess llegara. Debería irse a casa y preparar la cena. En cambio, llamó a Sean y le dijo que sacara algo del congelador y que llegaría en una hora. Tenía que hablar con Jess para comprobar si había algo que se hubiera dejado sin mencionar cuando Kirby la interrogó.

La clientela del *pub* estaba formada principalmente por oficinistas que habían quedado después del trabajo y no hablaban demasiado fuerte. Cansados, como ella, tomaban algo antes de volver a casa. Pensó en la época en la que también había buscado fuerzas en una copa de vino, pero ahora solo tomaba Coca-Cola *light*, café o té. Era más seguro.

Una joven cubierta con un abrigo cálido y un gorro de lana se le acercó y se detuvo delante de la mesa.

—Soy Jess. Usted debe de ser la detective que me ha llamado. Una vez la vi en la televisión.

—Por favor, siéntese. ¿Puedo pedirle algo?

—Estoy bien, gracias. ¿Saben algo de Shannon?

Se quitó la chaqueta y el gorro y se sentó cruzando unas piernas enfundadas en vaqueros. Su rostro mostraba señales de cansancio y tenía los ojos hundidos.

—Lo lamento, todavía no hemos encontrado nada. Esperaba que pudiera ayudarme.

—Ya le conté todo lo que sabía al otro detective.

—Sé que ya ha hablado con el detective Kirby, pero tal vez haya recordado algo desde entonces que nos sea de ayuda.

—Suena desesperada.

Lottie tuvo que admitirlo.

—Lo estamos.

Jess se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, y la barbilla, en las manos.

—Lo he repasado en mi cabeza un millón de veces. No hay nada.

—¿Qué puede contarme del paso de Shannon por rehabilitación?

—La pobre Shannon iba por mal camino en aquel momento —dijo—. Tocó fondo. Pero estuvo bien después de eso. Muy bien. Me alegraba mucho por ella.

—¿Cómo ha estado últimamente?

—Creo que estaba cansada de vivir con George y su novia. La utilizan como niñera, cuidadora, lo que sea. Él trabaja desde casa y está por allí todo el tiempo. A Shannon le resultaba difícil encontrar algún momento para estar sola, así que empezó a salir. Estaba decidida a encontrar un buen hombre. Quizá ese es el motivo por el que se unió a la agencia. Fue a hacerse unas fotos con la absurda idea de entrar en el mundo del modelaje. Yo le dije que solo quieren a jovencitas de dieciocho años, pero lo siguiente que supe era que trabajaba de acompañante.

—¿No lo aprobaba?

—No es más que un servicio para *sugar daddies*. Tampoco es que tuviera mucho éxito, y ahora... No me creo que alguien se la haya llevado.

—Volvamos a su estancia en Cuan. ¿La visitó allí?

—Una vez, y fue suficiente para mí. Estaba peor que nunca. Dicen que siempre empeoran antes de mejorar, y es cierto.

—Después de eso, ¿le habló de su época allí?

—La verdad es que no. Pero mencionó a John Morgan, el chico al que asesinaron. Decía que era un buen amigo suyo.

—¿Amigo?

—Sí. No tenían relaciones sexuales, si es lo que está pensando.

—¿Mantuvo contacto con él al salir?

Jess entrecerró los ojos y pensó en la pregunta.

—Nunca me lo dijo.

—¿Hablaba de alguien más que estuviera con ella en Cuan?

—No le caía bien la gerente. Irene no sé qué. Shannon decía que era como una maestra chapada a la antigua. Incluso hizo llorar a una trabajadora en un evento importante. Shannon decía que era horrible.

Lottie se enderezó.

—¿Recuerda algo que dijera sobre aquel incidente?

Jess se arrancó una cutícula del pulgar.

—La tal Irene daba una gran fiesta para atraer a nuevos donantes y había invitado a un montón de peces gordos de la ciudad. Entonces, una pobre chica perdió los nervios y se puso histérica. Eso es lo que me contó Shannon.

—¿Dijo cómo se llamaba?

Jess negó con la cabeza.

—Si lo hizo, no lo recuerdo.

—Vale. ¿Algo más?

—Conocía a Laura Nolan.

—¿Shannon conocía a Laura?

—No, bueno, sí. Recuerdo que mencionó que Laura había consolado a la joven que perdió los papeles.

«Y ahora las dos estaban muertas», pensó Lottie.

—¿Cómo conoció Laura a Aneta?

—¿Quién es Aneta?

—Creemos que Aneta Kobza es la joven de la que habla.

—He oído ese nombre en alguna parte. Tal vez Shannon lo mencionó.

O Jess lo había escuchado en las noticias, pero no lo había conectado. Aún.

—Háble me de Laura y Aneta.

—Eso es todo lo que sé. Ah, sí, la madre de Laura estaba allí aquel día y, al parecer, se marchó de forma apresurada justo después del incidente con Aneta. Shannon dijo que era raro.

«Interesante», pensó Lottie. Diana había salido corriendo cuando se enteró de que Aneta había muerto. ¿Qué estaba pasando por alto?

—¿Y seguro que no recuerda que Shannon mencionara nada sobre lo que lo provocó?

—No. La estaba escuchando a medias. Ahora me arrepiento. Shannon es una buena persona y lo de la agencia de acompañantes me preocupaba. Tal vez porque estaba intentando ganar el dinero suficiente para mudarse. Lo que era una locura, si lo piensa, porque se gastaba cada céntimo que ganaba en salir de noche.

—¿Mencionó a dónde quería mudarse?

—Tenía grandes aspiraciones. Le encantaban las casas nuevas de Pine Grove. Me acuerdo que dijo que, si ganaba la lotería, ahí es donde querría vivir. ¿Se puede creer que incluso fue a ver la casa piloto? Hablaba de darse caprichos, pero no tenía un centavo.

—¿Cuándo fue esto?

Lottie se inclinó hacia delante.

—Ay, no lo sé. Hace unos meses, tal vez.

—¿Estuvo con alguien allí?

Jess puso los ojos como platos.

—¡Ah! Se refiere a John Morgan. Trabajaba en la obra, ¿verdad? Y ahora está muerto. Mierda.

—¿Shannon mencionó si iba a verlo allí?

—No lo sé. Recuerdo que me reí porque dijo que la agente inmobiliaria se creía la reina de Saba. Aunque Shannon pensaba eso de cualquiera con un buen empleo, porque ella no tenía un centavo.

—Vale. —Lottie necesitaba hablar con Charlie Lennon para comprobar si se acordaba de Shannon—. Aquí tiene mi tarjeta. Por favor, dele alguna vuelta a la conversación y, si recuerda alguna cosa más, llámeme. No importa que sea de día o de noche.

A Jess se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Cree que Shannon está muerta. —Fue una afirmación, no una pregunta.

—Creo que está viva. Y voy a encontrarla.

—¿Lo promete?

—No hago promesas, pero lo haré lo mejor que pueda.

—Gracias.

Jess aceptó la tarjeta. Le dio un apretón de manos a la detective, se apresuró a ponerse el abrigo y se marchó. Lottie alejó

el café frío. El ruido iba en aumento a su alrededor y el olor a vino y cerveza amenazaba con atraerla hacia la barra a por alcohol. La investigación iba despacio, pero al menos ahora Shannon tenía un vínculo con Pine Grove, aunque solo fuera provisional. El diagrama de Venn empezaba a cerrarse en la intersección vital. Esperaba poder reducirlo al mínimo antes de que alguien más muriera.

90

Boyd sabía que debía irse a recoger a Sergio de casa de Amy, pero quería echar un vistazo rápido a la familia McGovern. No tenían antecedentes, así que era una buena señal. Para la familia. No para él. La base de datos del registro penal era una fuente de información, pero no había nada sobre los McGovern.

Introdujo el nombre de la pareja en Google. Apareció un artículo del periódico local con una foto. Benny y Brigette estaban de pie fuera de la oficina de Gordon Collins en Pine Grove, y sujetaban una carta de un abogado que pretendían llevarle. En el artículo, el periodista enumeraba la larga lista de quejas, incluidas grietas, paredes que se resquebrajaban y humedades. Malo para Collins, pensó Boyd, porque Moorland era una urbanización bastante nueva. Entonces, miró dónde había vivido antes la familia. Después de rebuscar, descubrió que tenían una casa a las afueras de Ragmullin, como el mismo Benny les había dicho. Pero lo que le llamó la atención fue la ubicación.

La casa estaba a siete kilómetros de Ragmullin, en el pueblo de Drinock, a unos dos kilómetros de donde se había descubierto el cuerpo de Aneta Kobza.

—¿Cómo? —dijo Boyd en voz alta.

¿Benny o Brigette podrían estar relacionados con su muerte? Pero Rex les había dado una coartada para la muerte de Laura sin querer, y era muy posible que la misma persona hubiera acabado con Aneta. La pareja se había mudado hacía cinco años y se encontraba en plena batalla legal contra Gordon Collins. ¿Era el enlace? ¿Collins tenía algo que ver con su otra propiedad?

Echó un vistazo al reloj y se levantó de un salto. Tenía que ir a por Sergio. Todo esto tendría que esperar a mañana.

* * *

Antes de marcharse a casa, Lottie decidió ir a ver si Diana había vuelto. Al salir del coche, se percató de que no había señal de la señora Molloy, la vecina cotilla. La casa de las Nolan seguía cerrada.

Se dirigió a la parte trasera. El jardín estaba bien, con el césped cortado, una pequeña cama elástica y un cajón de arena. Se preguntó dónde había llevado Diana a su nieto. ¿No quería ayudar a dar con el asesino de su hija? ¿O sabía lo que había ocurrido? Y lo que sería peor, ¿estaba involucrada?

Las cortinas de las ventanas traseras estaban abiertas. Juntó las manos y se asomó al interior. Parecía que habían abierto todos los armarios y, al menos, uno de los cajones estaba fuera de su sitio. ¿Había sido Diana? Martina había sugerido que había estado buscando algo. ¿El qué? ¿Un pasaporte para salir del país? Pero lo había revisado, y Aaron Nolan no tenía pasaporte y Diana no había usado el suyo recientemente. Nada tenía sentido.

—¿Qué estarías buscando para arrasar con tu propia casa, Diana? —murmuró Lottie.

Intentó mover la manilla. La puerta estaba cerrada con llave. Probó con las piedras sueltas y las macetas de alrededor, pero no hubo suerte. Hizo lo mismo en la puerta principal. Quizá la vecina... ¿Soportaría su cháchara solo para ver si tenía una llave de sobra?

Llamó al timbre de la señora Molloy y se preparó.

—¿Cómo puedo ayudarla, inspectora?

—Me preguntaba si Diana Nolan llegó a darle una copia de la llave de su casa.

—Dios, no. Ya se lo dije, esa mujer apenas me hablaba.

—Ah, es cierto. Disculpe que la haya molestado.

Lottie hizo ademán de alejarse.

—Espere. Una vez, Laura y su hijo se quedaron fuera y tuvieron que esperar a que su madre llegara a casa. Unos días más tarde, Laura llamó. Me dio una llave de repuesto en caso de emergencia, y me pidió que no se lo dijera a su madre. No creo que me hablara antes ni después de ese día.

—¿Podría prestarme la llave, por favor?

—¿Necesita una orden para entrar?

—No si tengo la llave. Se la devolveré. Lo prometo.

«¿Prometer? Madre mía, Lottie, contrólate», se reprendió.

Tras el sermón sobre que no la perdiera, la señora Molloy le dio la llave y Lottie escapó de ella agradecida.

Estaba oscuro, la farolas formaban sombras, y le costó insertar la llave en una cerradura desconocida. Una vez dentro, encendió la luz de la entrada. Había un cochecito plegable al final de la escalera y un montón de abrigos colgaba de las perchas de pared.

Echó un vistazo en la cocina, que desde fuera había visto hecha un desastre. Ahora que estaba dentro, no parecía tan terrible, pero resultaba evidente que alguien había estado buscando algo. Aparte de los armarios y los cajones abiertos, la habitación estaba bastante ordenada, con solo un par de tazas en el fregadero. Había algo de comida en la nevera, entonces, ¿Diana pretendía volver?

El salón estaba igual de desastrado. Los cojines de los sillones y los sofás estaban en el suelo, y los cajones del mueble estaban totalmente abiertos.

Arriba, entró en el dormitorio de Laura. Estaba casi igual que cuando lo registró brevemente en la visita que realizó tras su asesinato. En la quietud, la habitación respiraba soledad y tristeza, pues su ocupante no regresaría jamás. Cerró la puerta con cuidado y revisó el resto de los dormitorios.

En el de Diana, el rastro de destrucción era peor que en la planta de abajo. La ropa colgaba de los percheros del armario y asomaba por los cajones. Había dos cajas abiertas en el suelo con papeles alrededor. Se arrodilló para examinarlos.

Entre las muchas facturas, recibos y calendarios, Lottie encontró unas escrituras de propiedad. Quitó la goma elástica que las sujetaba y abrió el papel amarillento mientras cruzaba los dedos mentalmente. Pero las escrituras resultaron ser de la casa en la que estaba arrodillada ahora mismo. Las dejó a un lado y siguió rebuscando en la caja sin dar con nada rompedor. ¿Diana había encontrado lo que había estado buscando y se lo había llevado?

Volvió a meter los papeles en las cajas y se sentó en el suelo antes de mirar a su alrededor. No se le ocurría qué habría llevado a Diana a huir. Antes de levantarse, vio que la esquina de algo asomaba de la parte de atrás del armario junto a la cama. Lo sacó

con dos dedos. Era una única hoja de papel doblada en tres. Era antigua y estaba arrugada. La estiró en el suelo y descubrió un certificado de nacimiento. Cuando leyó el nombre del bebé y la fecha de nacimiento, frunció el ceño.

—¿Quién eres?

No tenía sentido. Se preguntó si esto lo uniría todo o lo complicaría más.

91

Lottie sentía que tenía algo tangible entre manos y deseó poder dedicarle más tiempo, pero estaba agotada y ya había trabajado demasiadas horas extras. Los muertos la necesitaban, pero su familia la necesitaba más todavía. A pesar de haber discutido, el rostro de Katie se iluminó de alivio cuando Lottie llegó a casa de Rose.

—Sé que nos peleamos y discutimos, mamá, pero tenemos que hablar seriamente sobre los cuidados de la abuela. Cuando Betty se marchó la semana pasada, su condición empeoró. No le sienta bien estar sola. Louis se ha portado genial y, cuando está por aquí, ella se anima. Pero lo confunde con alguien de su pasado. Antes le ha llamado Eddie. ¿No era ese hermano tuyo que falleció cuando era pequeño?

—Sí, y tienes razón. —Lottie se quitó el abrigo y se hundió en la silla dura—. Estaba a punto de buscarle una interna, pero me aferré a Betty. Es buena para Rose, pero tiene su propia vida y no puedo recurrir a ella todo el tiempo.

—Es una decisión difícil.

—Lo sé. ¿Cómo ha ido el día?

—La abuela está muy confusa. Ha llorado durante una hora. Después se ha dormido en la mecedora junto a la estufa. Al final, he conseguido que se fuera a la cama. No me importa cuidar de ella, pero podría estar diciendo o haciendo las cosas mal.

—No te preocupes. Lo has hecho de maravilla. Vete a casa y yo me quedaré con ella. Que Sean prepare la cena.

—¿En serio? ¿Sean? No, da igual. Me quedo. Tengo muchas cosas que hacer aquí y Louis está a gusto. Estás destrozada, mamá. Dormir una noche en condiciones te vendrá bien. Hablaremos del asunto de la abuela cuando acabes con este caso.

—Sobre Greg...

—Ahora no, mamá. Vete a casa.

Lottie abrazó a su hija mayor. Después, sin esperarse a ver a su madre o buscar a su nieto para llenarlo de besos, se fue con los huesos cansados y el cerebro agotado.

* * *

Amy le abrió la puerta a Boyd.

—Hola. Sergio está en el comedor —dijo, y le llevó a la cocina renqueando con la muleta—. Quería hablar contigo un momento.

Mark se preguntó si estaba a punto de negarse a cuidar de su hijo al día siguiente. Si lo hacía, tendría que pedírselo a Chloe o a Katie. Siempre se prestaban cuando no tenía otra, pero debía encontrar algo permanente para su hijo, al menos hasta que comenzara el colegio.

Amy preparó dos tazas de café instantáneo y colocó una delante de Boyd.

—¿Leche?

—Un chorrito. Yo la cojo.

Abrió la nevera y se la sirvió en la taza antes de guardar el cartón.

—Sé que no me incumbe —empezó a decir ella—, pero ¿crees que Sergio necesitaría ir a terapia?

—Ya va a terapia. —Se preguntó qué había provocado el comentario de Amy—. ¿Por qué lo preguntas?

—No deja de hablar de su madre. La echa de menos, Boyd. Sé que estabais divorciados y que teníais una relación difícil, pero tu hijo está sufriendo. Muchísimo. Parece que se culpa de su muerte.

—Fue un accidente de coche. No tiene nada que ver con él. Lo sabe.

—Tiene ocho años y...

—Sé qué edad tiene... —Boyd se detuvo cuando vio un reflejo de dolor en su rostro—. Lo siento, Amy. No pretendía que sonara así. Sí, tienes razón sobre lo de su madre. Se ha pasado la mayor parte de su vida con ella. Espero que no crea que mi negativa a hablar de

ella se debe a que lo culpo de algún modo. Creía que la terapeuta ya habría tratado ese tema con él.

—La terapeuta puede hacer una parte. Tienes que ser abierto y sincero con él.

—Le he dado toda mi atención. He estado con él constantemente y solo hace unos días que volví al trabajo...

Dejó vagar los pensamientos. ¿Le estaba fallando?

—Al estar con él día y noche, seguramente no se perdía tanto en sus pensamientos sobre la muerte de su madre. Ahora que has vuelto al trabajo, tiene más tiempo para darle vueltas a todo lo que ocurrió. Casi muere. Está traumatizado. Sé lo que es. Necesitas hablar con él, Boyd. Muéstrate más abierto con tu hijo.

La estaba escuchando a medias.

—Me pregunto si Grace le habrá dicho algo. Mi hermana es capaz de soltar cualquier cosa.

Amy negó con la cabeza, agotada.

—Estás escurriendo el bulto de nuevo. Tú también necesitas hacer terapia. Has pasado por mucho. El cáncer. Tu complicada relación con Lottie, y luego está el tema de tu ex y todos los problemas que venían con ella.

—¿Cómo sabes tanto sobre mi vida?

—A Larry le gusta hablar.

—Debería haber sabido que sería incapaz de mantener la boca cerrada. —Sonrió y volvió al tema—. Estoy de acuerdo contigo, Amy. Necesito afrontar todo lo que ha ocurrido en mi vida y pensar en el futuro que quiero con Sergio. Y con Lottie.

Ella le dio un sorbo al café antes de seguir.

—Habla con él, Boyd. No te comportes como un libro cerrado con tu hijo.

—Vale, y gracias. Creo que necesitaba una charla de estas. ¿Dónde está el chivato de Kirby?

Ella se rio.

—Sergio le está enseñando a usar el mando de la PlayStation.

—¿Tenéis una PlayStation?

—No, pero Larry llamó a Grace cuando acepté cuidar de Sergio. Había vuelto a por su maleta y aprovechó para traer la consola en

un taxi antes de marcharse a la estación. Esa sí que es una mujer inteligente.

—¿Grace?

—Sí. No teme expresar lo que siente y piensa con palabras. Dice mucho de ella que sea tan abierta.

—Mi hermana no tiene filtro y me ha roto el corazón, pero la quiero.

—Grace es sincera consigo misma y es feliz con lo que tiene, y con Bryan. Es una lección para todos nosotros, ¿no lo crees? No puedes hacerlo solo.

—Estoy de acuerdo. Gracias, Amy. —Le dio un abrazo por instinto, y se preguntó si era lo correcto—. Espero que no te importe, pero he sido abierto y he expresado mis sentimientos.

Le guiñó el ojo.

—No hace falta que te burles. —Le dio una palmada juguetona —. Aprecio el gesto. Ahora ve a por tu hijo y salva a Larry. Estoy segura de que tiene la cabeza frita con tanta tecnología.

92

Diana abrazó a su nieto, que estaba sentado sobre su rodilla con la *tablet* en la mano, mientras veía una serie de dibujos en YouTube. Se había deshecho de su móvil y se había comprado uno barato que había pagado en efectivo. Había alquilado un coche con más efectivo y había conducido hasta una residencia vacacional en Doon Lake, a kilómetros de Ragmullin. Había pagado al dueño en efectivo al llegar a la puerta. Esperaba que haber ido a la estación fuera suficiente para que le perdieran la pista. Necesitaba tiempo para pensar en su siguiente movimiento, pues sabía que aún estaba cerca de la ciudad.

A la casa le costó una eternidad calentarse. Estaba helada, pero en su mayoría se debía al miedo. Era todo culpa suya. Su preciosa hija estaba muerta. Por ella y las decisiones que había tomado. Había mantenido un secreto enterrado durante treinta años, y ahora corría el peligro de que saliera a la luz. Tal vez ya lo había hecho. Y no solo se jugaba su seguridad. La muerte de Laura era prueba de ello.

Lloraba desconsolada y las lágrimas empapaban el pelo de Aaron. Su hija había muerto. Asesinada. ¿Qué le había traído, solo pérdida y tristeza? Un vacío inmenso en el que era incapaz de no hundirse.

Había sido muy cuidadosa, tal vez demasiado, muy estricta, hasta el punto en que a su hija le resultó imposible crecer. Ser ella misma. ¿Empezó cuando se quedó embarazada de Aaron? ¿Los fuertes gritos de Diana habían sido la causa de que Laura cayera en las profundidades de la depresión, que solo había sido capaz de paliar con las drogas que la condujeron hasta Cuan?

¿O había sido el hecho de que todas sus imposiciones habían llevado a su hija a buscar una casa propia? Para que después le denegaran la hipoteca. ¡Pero en Pine Grove! En cualquier lugar

menos allí. Cualquiera menos Gordon Collins. ¡Ese hombre! Se estremeció ante el pensamiento de cómo se pavoneaba por Ragmullin para presumir de mujer e hijas como si fueran meros trofeos. Diana estaba segura de que era la raíz de todo mal. Había intentado hablar con él, pero aquello había resultado un desastre.

Y estaba metido en todo, incluido Cuan. Casi se atragantó el día que lo vio allí. Pero esto se vio sustituido por la conmoción al ver a la joven. Con el pelo fino peinado hacia atrás, la mandíbula prominente y esos ojos tan familiares que le hicieron preguntarse cómo alguien podría negar su existencia.

Pero ella lo había hecho. Diana Nolan y otros ya la habían ignorado. Viejos recuerdos afloraron y casi había salido corriendo de la habitación. Al final lo hizo, y dejó a Laura atrás. Y eso, creía ella, fue lo que estaba provocando una oleada de crímenes casi doce meses después.

Abrazó a su nieto contra su pecho con tanta fuerza que el pequeño se quejó. Había intentado proteger a una niña hacía treinta años y era evidente que había fallado. También había fracasado a la hora de proteger a Laura. Debía proteger a Aaron a toda costa.

Esta vez, fallar no era una opción.

93

Ahora el temor era real. El miedo atravesó el cuerpo de Shannon como un fuego abrasador. Se sentó a solas en la pequeña habitación, su celda, como la llamaba. La mujer le había cubierto la boca con cinta americana y le había atado las manos a la cama. Quería rascarse los granitos que le estaban saliendo por todo el cuerpo. Necesitaba aliviar el picor. No le habían ofrecido medicina. Tenía que sufrirlo.

Su situación era imposible. Esa palabra ardía y ardía sin cesar. *Imposible.*

La casa estaba en silencio. ¿Habían salido todos? Sabía que él se marchaba por las noches. A merodear. ¿No la había secuestrado cuando volvía a casa del bar? ¿No llevaba una señal de taxi en la parte de arriba en el coche? Ese había sido el motivo por el que se había montado en el coche con él. Estúpida idiota.

Una puerta se abrió y se cerró en alguna parte de la casa. Todo sonaba amortiguado. La habitación debía estar insonorizada, pensó. Un paso. Fuera de su puerta. El pestillo que se movía hacia atrás. Una llave en la cerradura. La puerta se abrió muy despacio.

Shannon esperaba que no fuera la mujer. Odiaba la constante oscuridad en su mirada. El pavor que le provocaba en su alma. La forma en que agitaba las manos cuando hablaba, como si quisiera lanzarte algo, y lo haría si tuviera algo cogido.

Pero quizá era él. Con esa actitud de apaleado con la que iba por la casa. Totalmente distinto a la persona que la secuestró. Eran dos personalidades en un mismo cuerpo. Esa era la única forma en la que podría describirlo si le preguntaban. Y sabía quién manipulaba sus transformaciones.

O quizá era la pequeña Magenta, con esa voz delicada y los ojos amenazadores. Esa voz que podía volverse chillona y desagradable en un instante. La pareja había moldeado a la niña en algo terrible,

y aunque Shannon creía que Magenta era su única esperanza para escapar, se había dado cuenta de que estaba tan aterrorizada de la niña como de los otros dos.

Echaba de menos a su sobrino y sus manitas suaves en las suyas. Añoraba empujarlo en el columpio del parque. Hasta echaba de menos al pesado de su hermano. Anhelaba tanto recuperar su vida anterior, una vida que no había respetado ni celebrado, y solo hacía que tuviera ganas de llorar y llorar y llorar.

La puerta se abrió un poco y alguien se deslizó dentro. Un haz de luz brilló desde el pasillo. Una oscuridad más ligera. Y entonces volvió a sumirse en la más absoluta negrura al cerrarse la puerta. Un paso ligero en el suelo. El frufrú de la ropa. El sonido de una respiración cerca de su oído. El olor de algo muerto. La incapacidad de ver quién estaba tan cerca de ella aumentaba su temor y la impotencia.

Gritaría si pudiera.

Pero no tenía energía de ningún tipo.

94

Gordon Collins sabía que no tendría que haber salido de casa esa mañana. Le hacía parecer culpable. Ahora que había vuelto, la casa le parecía una prisión. Era como si las paredes se estrecharan, asfixiándole, incluso con las enormes puertas de cristal y las persianas de la cocina subidas. ¿Debía llamar a una de sus hijas para que se quedara con él? No, podría ponerlas en peligro. ¿Él lo estaba? No estaba seguro, pero necesitaba armarse de valor para pasar la noche.

Abrió una botella de *whisky* irlandés Kilbeggan, se sirvió una cantidad generosa, se lo bebió de un trago y se sirvió otro. Atenuó las luces y se sentó en su sillón Eames en la oscuridad, bebiendo y mirando el jardín sombrío con el lago detrás. Quería preguntarse cuándo se había torcido todo. Una pregunta retórica, porque podía señalar con exactitud la fecha y la hora. Notaba el nudo que no dejaba de crecerle en la boca del estómago, el latido acelerado del corazón y el calor que le subía por el rostro.

Se acabó el trago y lo lanzó contra la pared de triple vidrio. El vaso de cristal Waterford se hizo añicos. El ventanal reforzado, no.

—¿Así que estás enfadado?

La voz tras él le sobresaltó más que el estallido del vaso. Se levantó de un salto, se giró y apoyó las manos en la parte de atrás del sillón que se sacudía para estabilizarse.

—¿Qué narices? ¿Cómo has entrado?

—Me diste el código, ¿recuerdas? ¿O solo soy otra muesca en el cabecero de la cama?

Se rio, con una risa forzada bajo la que se ocultaba un tono siniestro. Venía con un niño, lo que le llevó a retroceder primero hasta que, al final, encontró la voz.

—¿Qué quieres?

—Quiero saber qué pretendes matando a toda esa gente.

—No he matado a nadie y lo sabes.

—No, Gordon, no lo sé. Todos estaban vinculados contigo. De esta no te libras con tu labia. Los mataste. Y me aseguraré de que los guardias me crean.

Sintió que el sudor se le acumulaba en la frente y le goteaba por las arrugas a ambos lados de la nariz. Sabía que ella era inteligente, y ahora era peligrosa.

—No hay pruebas de nada.

—Hay suficientes.

—Entonces ve a la Garda. ¿Por qué no lo has hecho ya? ¿O hay otro motivo por el que te has visto obligada a allanar mi casa y a acusarme sin fundamento?

—Has estado manteniendo a esa guarra estos años. Oh, lo sé. Me lo contó. ¿No tienes conciencia? ¿No sabes diferenciar el bien del mal?

—Creo que eres tú la que no tiene conciencia. —Le devolvió el golpe—. No olvides que lo sé todo de ti y sé lo que has hecho. No dudaré en usar esa información si te atreves a acercarte a mí o a entrar en mi casa de nuevo.

—No estás en posición de amenazarme. Lo sé todo.

—Solo crees que lo sabes.

—Oh, ¿y qué se supone que significa eso? —Por primera vez, había un deje de incertidumbre en su voz.

—Exactamente lo que he dicho.

—Podría contar que pediste que mataran a John Morgan. Lo encontraron en tu puñetera urbanización después de todo. Y sé que usabas la agencia de acompañantes. ¿Cómo has podido caer tan bajo?

Las palabras le atravesaron el cerebro e hicieron que se le acelerara el latido del corazón. ¿Cómo sabía lo de las acompañantes? Utilizaba un perfil falso. Ese Greg Plunkett no se enteraba de nada.

Caminó a grandes zancadas por la habitación, con la intención de agarrarla y sacarla de un empujón por el mismo sitio por el que había entrado. Pero se detuvo cuando vio los ojos muy abiertos del niño; solo en ese momento vio el cuchillo en la mano de la mujer.

—Eh, no hace falta que recurramos a la violencia —dijo, y se forzó a mostrar un tono calmado—. Podemos arreglarlo.

—Esa es siempre tu respuesta. Arreglar las cosas, pero mira el caos que has montado.

—Lo digo en serio. Esta vez puedo arreglar las cosas.

Esperaba de verdad que lo creyera.

Si no lo hacía, era hombre muerto.

95

Martes

La partida de nacimiento le cosquilleaba en la mano. Lottie sabía que no tenía derecho a entrar en casa de Diana, menos todavía a llevarse nada, pero la mujer había desaparecido con su nieto y no le había dejado otra opción.

El documento amarillento arrugado no tenía sentido. Los nombres del bebé y de la madre no le decían nada. Tampoco se mencionaba al padre. Estaba datado hacía treinta años. Buscó los nombres en la base de datos de la Garda, pero fue en vano, y obtuvo el mismo resultado en Google. Dos fantasmas más que añadir al misterio de los asesinatos y las desapariciones.

Kirby estaba con los técnicos forenses en el camino junto a las casas de Moorland. Se había ejecutado la orden para investigar las finanzas de Laura Nolan y el banco les había enviado la información esa mañana. McKeown estaba ojeándola tras haberse dado por vencido en su tarea de mejorar la antigua fotografía de grupo que habían encontrado entre las cosas de Aneta. Le había mandado la imagen al informático. Lottie esperaba que la foto o los informes financieros dieran algún resultado, porque necesitaba que sucediera algo pronto.

Fue en busca de Boyd.

—Necesito salir de aquí.

—Acabas de llegar —dijo él.

—No me centro. Vamos a ver si Gordon Collins ha reaparecido.

Mientras Boyd conducía, ella reclinó la cabeza contra la ventanilla.

—¿Qué tal le ha ido a Sergio con Amy?

—De maravilla. No ha puesto objeciones cuando le he dicho que tenía que volver esta mañana.

—Trabaja en la ciudad, ¿no?

—Dos mañanas a la semana. Ha mencionado que puede pedírselos de fiesta esta semana para cuidar de Sergio.

—A Kirby le ha tocado la lotería con esta chica. —A medida que avanzaban por la estrecha carretera hacia la casa de Collins, ella se percató de la gruesa columna de humo gris en el cielo—. ¿Eso es fuego?

—Ostras, puede que sí.

Después del desvío en la carretera, el camino estaba bloqueado por un camión de bomberos. Boyd aparcó en el límite del césped, y Lottie saltó del coche y echó a correr hacia donde el humo se espesaba, obstruyéndole la garganta. Se detuvo en la puerta abierta. Había una actividad frenética, con un enjambre de bomberos echando agua en la casa.

—¿Dónde está el dueño? —le preguntó a uno de ellos.

—Eh, no puede acercarse más. Hay peligro de derrumbe.

—¿Hay alguien dentro?

Él se encogió de hombros y siguió trabajando.

Al final, Lottie encontró al oficial de bomberos a cargo.

—La ambulancia está de camino. —Estaba de cuclillas junto a un hombre ennegrecido por el humo, envuelto en una manta isotérmica—. Pero necesitamos alejarlo ya. —Se volvió hacia Lottie —. ¿Puede ayudarme?

Ella lo agarró por un hombro mientras que el oficial hacía lo mismo en el otro lado, y entre los dos pusieron al hombre de pie. Ella lo miró con los ojos entrecerrados a través del humo al tiempo que avanzaban por la hierba, hacia la carretera para esperar a la ambulancia. Entonces, lo sentaron en el límite del césped.

—¿Puede quedarse con él? —preguntó el bombero.

Ella asintió y él volvió al lugar en llamas.

Lottie se sentó junto al hombre, que temblaba en silencio, y le preguntó:

—¿Puede contarme qué ha ocurrido?

Para su sorpresa, se echó a llorar. Con unos sollozos fuertes y estremecedores. La asustó más que si le hubiera puesto un cuchillo en el cuello.

—¿Qué ocurre? —Volvió a mirar el infierno que había sido su hogar—. ¿Hay alguien dentro?

Él convulsionaba por las lágrimas y no podía, o no quería, responder.

Boyd apareció poniéndose el abrigo.

—¿Qué narices?

—¡Encuentra al oficial de bomberos a cargo. Dile que se asegure de que no hay nadie dentro.

Boyd se marchó y ella volvió a centrarse en Gordon Collins. Él volvió la cabeza hacia ella. Las lágrimas le habían limpiado parte del hollín del rostro.

—¡Estoy acabado! Lo he destruido todo y a todos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se acabó. Todo lo que siempre he querido se ha esfumado. Ella me ha destrozado.

—¿De quién está hablando?

Pero se limitó a bajar la cabeza y a llorar con delicadeza mientras la sirena de la ambulancia sonaba a lo lejos.

* * *

Los técnicos estaban tan ocupados como una colonia de hormigas en el camino junto a Moorland, pero de momento no habían dado con nada de lo que informar a Kirby. Un poco más lejos, bajo un árbol, el detective se encendió un cigarro antes de doblarse hacia delante por la tos. Quizá Amy tenía razón. Debería dejar esa porquería. Lo apagó y se lo guardó en el bolsillo mientras Grainne Nixon se acercaba.

—Tengo algo para ti. —Le tendió una bolsa de pruebas—. Puede que no tenga nada que ver con el asesinato de la chica Nolan, pero vale la pena asegurarse.

Él inspeccionó el contenido de la bolsa transparente. Una hoja de un libro infantil.

—Se le podría haber caído a cualquier niño que hubiera tomado el atajo hacia el colegio.

—Sí, podría, pero hay una gotita de lo que parece sangre en la esquina. Tal vez proceda del coche en el que transportaron el cuerpo de Laura —dijo Grainne—. Dale la vuelta.

Lo hizo. Había un nombre escrito en bolígrafo en la esquina superior derecha de la página del título.

—Maggie. Ese nombre no me dice nada. ¿Dónde lo has encontrado exactamente?

—Incrustada en los surcos de los neumáticos. Hemos levantado moldes. Está empapada, pero la protegían los arbustos. Tal vez podamos extraer algo de ADN.

Tomó fotos con el móvil de ambos lados de la hoja y se la devolvió.

—Gracias, Grainne. Será mejor que le lleve esto a la jefa. Llámame si encuentras algo más.

96

McKeown no descubrió nada que lo alarmara entre los extractos bancarios de Laura Nolan. Las únicas transferencias que se habían producido eran sus cheques. No había pagos para la manutención de Aaron por parte del padre misterioso. Los gastos eran principalmente en comida y ropa. No había descifrado ningún misterio.

—Menuda pérdida de tiempo —murmuró, dejando los extractos a un lado.

Echó un vistazo al montón de trabajo que tenía y decidió ponerse con el caso de John Morgan. Empezaría revisando las imágenes de videovigilancia de las puertas de Pine Grove que había ignorado.

Mientras cargaba el primer archivo, McKeown vio que solo habían descargado el día de la muerte de Morgan y el día anterior. Tendría que servirles por el momento. Empezó con el viernes, el día del asesinato.

Algunas de las cámaras estaban enfocadas hacia el camino de entrada de la casa. Enseguida se aburrió de ver gente paseando a sus perros y algunos niños corriendo camino al colegio o volviendo de allí. Entonces reprodujo los vídeos de la vivienda vecina a la casa piloto.

John Morgan paseaba por allí con las manos en los bolsillos de la chaqueta fluorescente de trabajo y desaparecía. McKeown enseguida buscó las imágenes de la casa de enfrente, para descubrir que no enfocaba más que la puerta de entrada.

—Maldita sea.

No había forma de saber si Morgan había entrado en la casa piloto, que era la primera de la urbanización, o si había seguido caminando.

De vuelta a las imágenes donde había visto a Morgan, decidió reiniciar el vídeo. Las cámaras se activaban solo cuando el sensor

detectaba movimiento. Observó, esperó y observó. John Morgan no reapareció. McKeown llegó a la conclusión de que, o había entrado a la casa piloto a las diez de la mañana del viernes, o se había marchado a otra parte a pie y no había vuelto a la urbanización por ese camino. Había otra entrada directa hacia la obra, pero su cuerpo había aparecido en la casa más tarde ese día. ¿Era lógico asumir que entró y que jamás salió?

Adelantó el vídeo hasta la misma tarde y vio a su jefa y a Boyd llegar a Pine Grove. Observó cómo salían del vehículo. La casa piloto estaba fuera del rango, pero sabía que habían entrado.

No vio llegar a la agente inmobiliaria. Era viable que hubiera aparcado el coche al otro lado de la calle o en la carretera principal antes de ir a la casa. Quizá ese era el motivo por el que el Boyd había aparcado donde lo había hecho. Aún esperaba verla llegar. Si resultaba relevante, tendrían que interrogarla.

Volvió al día anterior al asesinato de Morgan y reprodujo las imágenes de otra casa al otro lado de la calle. Poco después de las once de la mañana se descubrió mirando a una mujer que reconocía.

—¡Hostia puta!

Se levantó de un salto para ir a hablar con la jefa, pero en cuanto descubrió que Lottie había salido hacia el incendio en casa de Gordon Collins, volvió a su escritorio y estudió la imagen pausada en la pantalla. Con el corazón demasiado acelerado, presionó reproducir y vio cómo se desarrollaba la escena.

Diana Nolan miraba a su alrededor antes de entrar en la casa piloto.

¿Había quedado con alguien? Si así era, no veía a nadie más en la zona.

Comprobó todos los archivos de las puertas y luego revisó una y otra vez los vídeos de las cámaras de seguridad. Dio con algo gracias a una cámara de un jardín trasero enfocada hacia el callejón que pasaba por detrás de las casas. Mierda, ¿por qué no había revisado esto aún?

Observó a Gordon Collins entrando en el camino y desapareciendo directamente por la puerta trasera de la casa piloto.

¿Se había reunido con Diana Nolan? Las horas coincidían.

Revisó las imágenes de la misma cámara del día del asesinato, consciente de que había metido la pata. No había analizado esas imágenes todavía porque se había centrado en Laura Nolan. Ahora ya no podía hacer nada para remediarlo. Contuvo la respiración cuando la cámara se activó con algún movimiento.

La mujer caminaba con paso decidido junto a los cubos de basura alineados y desaparecía por la puerta trasera.

Dejó escapar un fuerte silbido.

97

Tumbado en una camilla en el pasillo de Urgencias, Gordon Collins parecía haberse reducido en estatura. A la espera de tratamiento, le habían cubierto las manos con unos vendajes temporales. De no haber sido porque estaba tosiendo flemas negras, habría parecido que no estaba herido.

—Me han dejado aquí para que me pudra —dijo con autocompasión, mirándose las manos.

—Ha tenido suerte de salir antes de quemarse vivo.

—¿Suerte? Mi casa ha desaparecido. Todas mis cosas preciosas están hechas cenizas.

—Las cosas se pueden sustituir.

Exhaló un suspiro áspero.

—Supongo.

—¿Cómo se ha iniciado el fuego?

—No lo sé, la verdad. —Un destello iracundo se coló en su tono —. Dormía hasta que el humo me ha despertado. He corrido escaleras abajo. La cocina estaba en llamas. No encontraba el extintor porque no estaba colgado en su lugar de siempre. Alguien me ha hecho esto. A mi casa. Cabrones.

—¿Cree que otra persona ha iniciado el fuego a propósito?

—¿A qué se refiere con otra persona? ¿Piensa que yo me he hecho esto? —Levantó las manos—. Está loca.

—Antes ha dicho: «Ella me ha destrozado». ¿De quién hablaba?

—Yo... Yo no he dicho eso.

Se dobló hacia delante mientras tosía. Más flema negra se le quedó pegada a la barbilla.

—Sí lo ha dicho.

—Debía de estar delirando.

—¿Puede hablarme de Aneta Kobza?

Después de limpiarse la barbilla con el brazo, dijo:

—¿Quién?

—La joven que encontramos muerta el domingo por la mañana. Creo que la conocía.

—¿Qué?

—No reaccionó muy bien al ver su foto.

—No estoy acostumbrado a ver gente muerta.

—Entonces, sabe de quién estoy hablando.

—Yo no he dicho eso.

—Alguien le estaba pagando mil euros al mes.

—No tiene nada que ver conmigo.

—Las transferencias provenían de un banco en Londres.

—Sigue sin tener nada que ver conmigo.

—Creo que usted hace uso de un banco londinense para algunos de sus negocios.

Se estaba basando en la última entrevista que había tenido con Brenda Morgan.

—¿Qué está insinuando?

—Tengo muchas insinuaciones, pero preferiría que me dijera la verdad.

—Le estoy diciendo la verdad.

Su cadencia mostraba la determinación de un hombre de negocios acostumbrado a salirse con la suya. Acostumbrado a mentir.

—Está fingiendo, Gordon. Está involucrado en estos asesinatos de forma directa o indirecta. Deje que le diga lo que pienso.

Se detuvo y esperó a que objetara. Él se limitó a asentir para que ella continuara.

—Le estaba pagando a Aneta Kobza para que guardara silencio por algo. No sé qué era, pero es posible que fuera algún trato turbio que ella descubrió. Entonces, decidió venirse a Irlanda y le dio un susto de muerte. O tal vez fue usted quien la asustó aquel día en Cuan, durante el evento para los donantes. Ella se puso nerviosa, después la secuestraron y no vuelve a aparecer hasta un año más tarde. Cuando lo hace, está en los huesos, la han maltratado y matado. ¿Me acerco?

Él negó con la cabeza, dejando una mancha de hollín en la funda de la almohada.

—Hemos encontrado una foto de John Morgan entre sus cosas.

—No sé nada de eso.

—¿Por qué le estaba pagando?

Gordon Collins formó una fina línea con la boca. Entonces, su semblante tomó una nota melancólica a medida que hacía la confesión:

—Aneta era mi hija.

—Mierda. —Lottie se apoyó en la pared y resopló—. ¿Cómo? ¿Cuándo? Mierda. Siento mucho su pérdida. ¿Ella lo supo siempre o lo descubrió y le chantajeaba?

—Lo descubrió porque alguien se lo contó. Aneta fue el resultado de una desafortunada indiscreción hace años. La dieron en adopción poco después de que naciera. Tras la muerte de sus padres adoptivos, tal vez alguien que quería acabar conmigo se lo contó. O sus padres adoptivos lo sabían y se lo dijeron. No importa, ¿verdad? Le mandaba una pensión de manutención para que permaneciera en Polonia, pero no fue suficiente. Vino a Irlanda en busca de su madre biológica porque yo no quería darle esa información, y tampoco se la voy a dar a usted.

—¿Por qué no?

—Me han amenazado. Han incendiado mi maldita casa. Casi muero dentro.

—No lo entiendo.

—Inspectora, jamás he matado a nadie, pero me hago una idea de quién puede estar detrás de los asesinatos, y me han hecho una advertencia, así que voy a mantener la boca cerrada.

—Podría arrestarle por obstruir una investigación.

—Arrésteme entonces. He terminado de hablar.

Cerró los ojos y los labios. Lottie vio como otra gota escapaba por el lateral de su boca y descendía por la hendidura de su barbilla. Collins estaba muy débil y, pese a todo, se compadeció de él.

—Si cambia de opinión, contácteme, pero le entrevistaré formalmente cuando esté recuperado.

No mostró indicaciones de haberla escuchado. Ella lo dejó allí, tumbado en la camilla en medio del abarrotado pasillo de Urgencias, y se preguntó cómo afectaba al caso esta nueva información.

* * *

El olor a humo se le había pegado al traje, a la piel y al pelo como si fuera pegamento. Boyd quería desesperadamente darse una ducha, pero no tenía tiempo. En los huesos sentía que la investigación estaba avanzando. El incendio en la casa de Gordon Collins le había dado una nueva perspectiva. El jefe de bomberos le había dicho que había pruebas de que se había empleado un acelerante. Boyd dudaba de si lo había provocado el mismo Collins. El hombre parecía estar obsesionado con su casa. Alguien estaba intentando matarlo. O advertirle de algo. ¿Collins había asesinado a tres personas y secuestrado a Shannon? ¿Se estaba dejando algo crucial?

Había conducido hasta el campo donde habían encontrado el cuerpo de Aneta. Quería echar otro vistazo a la zona, sobre todo después de haber descubierto que los McGovern se habían mudado desde el municipio de Drinock. Imaginaba que la transacción olía a Collins. ¿Qué significaba si resultaba ser cierto?

Respiró el aire fresco del campo y estudió el paisaje. Alguien debía de haber conducido carretera abajo, detenido el coche y cargado el cuerpo hasta el campo. ¿Por qué había escogido este en concreto? Estaba a unos dos kilómetros de la antigua casa de los McGovern. ¿Era una coincidencia o estaban involucrados? La vida en un pueblo pequeño implicaba que la gente se relacionaba mucho y las coincidencias abundaban. Los McGovern iban a por Collins a causa de los múltiples defectos que tenía su casa actual. Parecían una pareja trabajadora con problemas y un niño pequeño que, sin querer, había sido testigo del momento en que se deshicieron del cuerpo de Laura Nolan.

Oteó el horizonte. No veía ninguna casa desde donde estaba, aunque el terreno era plano. Las agujas de la catedral de Ragmullin apenas eran visibles en la distancia. Todo a su alrededor era pasto. Se había demostrado que el granjero que había encontrado el

cuerpo no estaba involucrado, y tampoco había arrojado mucha luz sobre el motivo por el que habían escogido sus tierras para deshacerse del cuerpo de la joven.

Boyd volvió a observar la zona. ¿Lo habían escogido porque estaba lo bastante lejos de la escena del crimen como para que no la detectaran? ¿O estaba suficientemente cerca para alguien que tenía prisa?

De vuelta en el coche, introdujo la antigua dirección de los McGovern en el GPS y, por curiosidad, condujo hasta allí. Se trataba de una antigua rectoría protestante que databa del siglo xix. La carretera se estrechaba a medida que conducía hasta que no hubo nada más que un camino. Llegó a una verja cerrada, que supuso que tendría unos tres metros de alto. Detuvo el vehículo y se percató de que había un intercomunicador en la columna junto a la puerta. La casa no se veía. Estaba rodeada de muros y árboles. ¿Era solamente una antigua rectoría convertida en la residencia de alguien, o era algo mucho más siniestro?

No obtendría respuestas fuera del muro, y necesitaba más información antes de presionar el telefonillo por impulso. Decidió volver a la comisaría para echar un vistazo al registro de la propiedad. Su humor no mejoró cuando se percató de que tenía que conducir marcha atrás quinientos metros mientras rezaba por no toparse con un tractor.

98

—No estoy segura de esto, Kirby —dijo Lottie mientras salían del coche aparcado fuera del colegio.

Era un extenso revoltijo de edificios interconectados, ubicado en una pequeña colina a unos cientos de metros de las casas de Moorland.

—Bueno, dijiste que Rex había mencionado que una tal Maggie iba en taxi al colegio.

—Ya, pero... A ver dónde llegamos.

Sacudió los brazos en un intento de deshacerse del olor a humo mientras Kirby entraba al colegio mostrando su identificación. La secretaria de pelo gris parecía un *rottweiler*, y no dejaba de insistir en que necesitaban tener cita para acceder a las instalaciones.

—La seguridad y protección de los menores es esencial.

Con la paciencia al borde del precipicio, Lottie le mostró su propia identificación con el dedo bajo la palabra «Inspectora».

—Es de vital importancia que hablemos con el director. Que salga aquí fuera si no podemos acceder.

Con un suspiro ahogado, la mujer presionó un número en el teléfono.

—Señor Cohen, han venido dos detectives a hablar con usted. No tienen cita.

Alzó una ceja antes su respuesta y el interfono pitó en la puerta junto a Lottie. Entró a un pasillo largo y estrecho lleno de puertas cerradas y pequeños abrigos colgados en percheros. Un joven apareció y les hizo un gesto para que entraran a su oficina.

—Disculpen a Belinda. Es buena en su trabajo.

—Podría tener mejores modales.

Lottie se habría mordido la lengua cuando vio su expresión decaída.

—Lo lamento, pero tenemos que ir con cuidado. El año pasado, unos padres enfadados me agredieron en dos ocasiones. Siéntense, por favor.

Él se dejó caer en una silla giratoria demacrada detrás de un escritorio abarrotado, con el rostro hundido y cansado. No podía tener más de cuarenta años, pero unas líneas provocadas por el estrés le perfilaban los ojos y la boca. A la camisa le hacía falta un planchado y la corbata estaba tan desaliñada como su pelo rubio.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Necesitamos información sobre una de sus alumnas.

—No estoy seguro de qué puedo contarles, pero pregunten.

—Estamos investigando una serie de asesinatos y el secuestro de una joven. En el curso de la investigación, hemos encontrado esta página de un libro escolar. —Le pasó la fotocopia que Kirby había preparado; la original se la habían mandado a los forenses para que la analizaran—. Aparece el nombre de Maggie en ella. Necesitamos hablar con la niña.

—¿Por qué creen que viene a mi colegio?

—Rex McGovern viene aquí, y nos contó que a Maggie la traen en taxi. Esperamos que pueda ayudarnos.

—Aunque quisiera, tengo las manos atadas. Tenemos que proteger a nuestros alumnos y...

—Señor Cohen, necesito saber si esto ha salido de su colegio.

—Podría ser, sí.

—Conoce a Maggie, ¿verdad?

Tecleó en el ordenador.

—Sí.

—Necesito su nombre completo y su dirección.

—Lo lamento, no puedo darle...

—Encontramos esta hoja cerca de la escena de un crimen. Necesito hablar con Maggie.

—Es imposible. No vendrá a clase en toda la semana. El mensaje decía que tenía la varicela. Es bastante común en esta época.

Lottie abrió la boca para protestar, pero vaciló. Había oído que alguien tenía la varicela. «Piensa. Ayer». George Kenny dijo que su

hijo la tenía. ¿Estaba vinculado con Maggie? Pero Davy era demasiado pequeño para ir al colegio. ¿Había una conexión?

—Volveré con una orden, señor Cohen. Y si Maggie acaba herida o la mujer desaparecida muere, le haré responsable por no haberme dado la información que le he pedido.

Sabía que debería bajar el tono, pero a la mierda.

—Eso está muy fuera de lugar, inspectora. Debería marcharse.

—Quiero su nombre completo y dirección —insistió Lottie.

—Inspectora Parker —dijo Kirby—, creo que deberíamos marcharnos. Ya.

—Lo siento —contestó el señor Cohen—. De verdad que lo lamento.

99

El garda Thornton llamó a Lottie aparte cuando esta entró en la comisaría con Kirby.

—Charlie Lennon está en la sala de interrogatorios 1. Querías verla.

—Genial, gracias. Necesito darme una ducha y cambiarme de ropa, pero a la mierda. —Vio a Boyd entrar por la puerta principal—: Boyd, conmigo. Saca tus encantos. Le gustas.

—¿A quién le gusto?

—Sala de interrogatorios 1. Vamos. —Mientras caminaban, añadió—: ¿Huelo tan mal como tú?

—¿Por qué vamos...?

La pregunta se desvaneció cuando McKeown les salió al paso sacudiendo unas hojas de papel.

—He encontrado algo. Tenéis que verlo.

—¿Puede esperar? Quiero interrogar a Charlie Lennon ahora. Tengo que comprobar si recuerda a Shannon de cuando fue a ver la casa de Pine Grove. Jess dijo... ¿Qué ocurre, McKeown?

—¿Charlie Lennon está ahí dentro?

—Sí. ¿Por qué?

—Primero échale un vistazo a esto.

Nunca circulaba suficiente aire en la sala de interrogatorios. Siempre olía a cerrado y hacía mucho calor. Lottie supuso que estaba pensado para que los sospechosos soltaran antes sus confesiones. Fuera hacía frío, pero dentro sentía que iba demasiado vestida, y el olor a humo se le metió en la nariz. Se quitó el jersey, lo hizo una bola en su regazo y apoyó las manos en la mesa. Trató de relajar la respiración antes de enfrentarse a Charlie Lennon.

Al principio, quería descubrir si lo que Jess le había contado la noche anterior era cierto, pero después de lo que McKeown había

encontrado, el interrogatorio había tomado otro rumbo. Al tenderle la carpeta a Boyd, se percató de que tenía las uñas llenas de hollín.

—Hola, Charlie —dijo Boyd de forma educada—. Estamos grabando la conversación. Eres libre de irte en cualquier momento. Solo buscamos algo de información.

—No hay problema. Quiero ayudar si puedo. Parecía urgente cuando he oído el mensaje en el contestador esta mañana.

Sonrió con dulzura, pero Lottie notó lo rápido que la expresión desapareció de su rostro cuando Boyd bajó la cabeza para encender la máquina.

Charlie vestía con un estilo casual y, aun así, se las ingeniaba para parecer una modelo: unos tejanos, una camisa blanca planchada a la perfección y un jersey ligeramente atado alrededor de los hombros. Llevaba el pelo suelto y un poco húmedo de la ducha. Aparentaba veintiséis años en lugar de cuarenta y seis. Debía de ser el bótox, pensó Lottie.

—Valoramos que estés dispuesta a ayudarnos. —Boyd tenía encanto a raudales—. Necesitamos hablar sobre el viernes por la tarde. Nos encontramos contigo alrededor de las tres y media en Pine Grove para ver la casa piloto. ¿A qué hora llegaste?

—Oh, llegué mucho antes. Tenía que hablar con Patrick, el jefe de obra, en su despacho.

—¿Sabes a qué hora fue eso?

—No tengo ni idea. Ya hace unos días de eso.

—¿Quedaste con alguien o viste a alguien más en la oficina de la obra?

—No lo recuerdo. Gordon Collins podría haber estado allí, o tal vez eso fue después de..., ya sabes, después de que encontráramos el cuerpo.

—¿Y viste a John Morgan aquella mañana antes de que lo encontráramos muerto?

Boyd estaba siendo amable, pero si Charlie volvía a decir que no se acordaba, Lottie estaba dispuesta a abofetearla.

—No que yo recuerde.

Charlie tenía los labios fruncidos y ya no parecía una modelo. Algo bullía bajo la superficie, Lottie estaba segura de ello. Era hora

de intervenir.

—¿Cuál era su relación con John Morgan?

Charlie volvió el rostro hacia ella, despacio.

—¿Relación? No tenía ninguna relación con él. Solo era un chico que trabajaba en la obra.

—Pero seguro que coincidió con él alguna vez al entrar o salir de la obra.

—Iba allí con posibles clientes. Alguna vez me reunía con Gordon o Patrick.

—¿De verdad?

—¿Qué insinúa?

Charlie estaba incómoda, Lottie lo oía en su tono.

—Me resulta difícil creer que cuando iba a la obra no pasara tiempo con John o que no hablara con él.

—Yo no he dicho eso. He dicho que no recuer...

—Sí, sí. Que no lo recuerda.

Lottie se cruzó de brazos y se reclinó en la silla.

—No me gusta su actitud, inspectora —espetó Charlie—. He venido por voluntad propia y creo que quiero irme.

Boyd intervino.

—Charlie, agradecería que te quedaras. Solo tenemos un par de preguntas más.

—Vale, está bien.

Recuperó la sonrisa empalagosa.

—Hemos revisado muchas imágenes de las cámaras de vigilancia de Pine Grove. ¿Puedes echarle un vistazo a esto? —Sacó una foto de la carpeta y la deslizó por la mesa—. Esta eres tú, Charlie.

—Parezco yo.

—¿Sabes de dónde es? —preguntó Boyd.

—Sí, del camino que está junto a la entrada trasera de la casa piloto.

—¿Ves el día y la hora?

—No estoy ciega.

—Es de la mañana de la muerte de John Morgan.

—¿Y?

—¿Y? —interrumpió Lottie—. En ningún momento ha dicho que estuviera allí tan pronto.

—Bueno, es evidente que estuve.

—¿Qué hacía allí?

—Seguramente me estaba asegurando de que la casa estuviera presentable para los visitantes.

—¿Le abrió la puerta principal a alguien?

Lottie mantuvo la mirada fija en el rostro de Charlie. ¿Iba a soltar otro «no lo recuerdo», o era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que sabían a quién había dejado entrar?

—¡Ay, señor! —Se llevó las manos a la boca. De una forma demasiado dramática para Lottie—. Ahora me acuerdo. Había un enchufe suelto en la cocina. Llamé a la oficina de la obra y un chico joven entró a arreglarlo. Debió de ser John. —Puso una mueca de confusión—. ¿Eso significa que fui la última persona que lo vio con vida? ¿Aparte de su asesino?

—Eso parece.

—Dios mío, le dejé trabajando allí. Si tienen imágenes mías entrando en la casa, deberían tenerlas también de cuando me marché. ¿Las cámaras también captaron al asesino?

Lottie se preguntó si McKeown había revisado las imágenes de todo el día tanto de la parte trasera de la casa como de la delantera. No se lo había preguntado y él tampoco se lo había dicho.

—Comprobaré su historia con la oficina de la obra. ¿Con quién habló sobre lo del enchufe?

—Podría haber sido el mismo John, pero no lo recuerdo.

Tras una pausa, Lottie decidió insistir un poco más.

—¿Shannon Kenny llegó a ir a ver la casa piloto?

—¿Quién es?

—Está desaparecida, al parecer la secuestraron.

—¿Cree que también vino a ver Pine Grove? Tendré que revisar el diario de la oficina. Podría haber tratado con alguna de mis compañeras. —Charlie miró a los detectives. Sus cejas formaban dos curvas ansiosas a causa de la confusión—. ¿Qué está pasando?

—Su amiga nos ha dicho que usted le mostró la casa en algún momento del año pasado.

—No me acuerdo de todas las personas a las que atiendo.

—¿Tantos posibles compradores tiene?

—No todo el que viene a ver la casa tiene intención de comprar. —Charlie le lanzó una mirada afilada a Lottie—. Algunas personas vienen a cotillear. Solo me hacen perder el tiempo.

Lottie se enfureció ante la pulla.

Boyd colocó dos fotos más en la mesa: una de Shannon y otra de Laura.

—Estamos intentando encontrar la conexión entre ambas víctimas. Pine Grove es nuestra mejor opción de momento.

Lottie le dio una patada debajo de la mesa. No era el momento de enseñarle su baza. Charlie negó con la cabeza.

—Es terrible. —Atrajo la foto de Laura hacia ella—. A esta la recuerdo. Se quejaba de lo caro que era. Me hizo perder el tiempo. No volví a verla. Por eso no me sonaba el nombre.

—¿Y Shannon?

Boyd señaló la imagen de la joven. Charlie frunció los labios y negó con la cabeza.

—No estoy segura. Les diré algo más tarde, cuando vuelva a mi oficina.

Lottie le quitó la carpeta a Boyd y deslizó una foto de Aneta.

—¿Qué hay de esta chica?

Charlie dudó mientras observaba la imagen.

—Esta ya me la había mostrado, y lo comprobé. Por lo que sé, no vino a ver la casa.

—Tenía un folleto de Pine Grove.

Lottie tenía que ir con cuidado. No podía revelarle lo que Gordon Collins le había contado sobre su relación con Aneta. Necesitaba verificarlo primero y, de todos modos, no tenía nada que ver con Charlie Lennon.

—Eso no significa nada. Los folletos están en todas partes.

—Trabajaba en el centro de rehabilitación Cuan. —Lottie le pasó otra imagen. La foto de grupo que Greg Plunkett tomó el día del evento para donantes—. Esa es usted.

—Sí. Fue una fiesta tremenda. Gordon me pidió que lo acompañara. Me dijo que habría gente rica y que podría buscar

compradores.

—Mmm... —Lottie fingió saber algo más—. No nos había contado que asistió.

—¿Acaso me preguntaron?

Muy buena. Lottie miró a Boyd, que se encogió de hombros. Señaló a la joven de pie al fondo de la imagen.

—Esa es Aneta.

—¿La fallecida? —Charlie vaciló y observó la foto—. No recuerdo que estuviera allí. Estaba más interesada en la gente con dinero.

Lottie apretó los puños debajo de la mesa. Señor, esta mujer la estaba poniendo de los nervios.

—¿Han terminado? Quiero irme —dijo Charlie.

Lottie asintió y esperó a que Boyd terminara la grabación y apagara la máquina.

—Gracias por su ayuda —dijo ella.

Charlie se levantó y se apretó el jersey alrededor de la garganta.

—Les ayudaré con todo lo que pueda, pero no me gusta su tono, inspectora. No he hecho nada malo.

Con eso, abandonó la sala de interrogatorios. Lottie y Boyd se giraron el uno hacia la otra.

—¿Qué es lo que no estamos viendo? —preguntó ella.

100

Cuando le quitaron las ataduras, Shannon tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no arrancarse la piel de la cara y del torso. Estaba cubierta de pequeñas ampollas. Como las de Magenta. La niña acababa de volver del colegio y estaba de un humor de perros.

Al parecer, la mujer estaba en el trabajo y el hombre se había marchado después de encerrarlas. Había revisado todas las ventanas y las puertas antes de marcharse.

—Ojalá estuviera en el colegio —dijo Magenta—. Me gusta el cole, pero tengo que fingir.

—¿Qué tienes que fingir?

—Quién soy.

—¿A qué te refieres?

—Aquí soy Magenta y allí soy Maggie. Es una mierda.

La niña se rascó una ampolla hasta que sangró. Shannon no la detuvo.

—¿Por qué tienes dos nombres?

—No lo sé.

—¿Te sabes los nombres reales de ellos?

—¿Estas de broma? Claro que me los sé. Pero no me engañarás para que te los diga.

—No pretendo engañarte. Necesito salir de aquí, y tú también. Esto no es normal, lo que nos están haciendo, lo que te hacen a ti. Todas las puertas están cerradas con cadenas. Atarme y taparme la boca con cinta adhesiva. ¿No ves lo mal que está?

La niña siguió rascándose en el mismo punto y se quedó mirando el dedo cubierto de sangre.

—A mí me gusta estar aquí. Es como una gran aventura.

—¿Cuánto llevas viviendo aquí?

—Años. Vinimos en barco por el mar. Después, tomamos un autobús y un coche. Un hombre amable le dio un coche a ella y esta casa. Creo que es bonita.

Dios santo. A Shannon se le ocurrían un montón de palabras para describir la casa, pero esa no estaba en el radar.

—Es horrible.

—No eres muy amable —dijo Magenta, y los ojos se le oscurecieron—. Sé dónde guarda el cuchillo. No te muevas.

A Shannon le comenzaron a temblar las manos sin control. Miró a su alrededor en busca de algo con lo que escapar de esa pesadilla. No iba a esperar a que la niña volviera con el cuchillo para atormentarla, y tal vez matarla.

Probó con los cajones, aunque sabía que el que contenía los cuchillos estaba cerrado con candado. En el armario superior vio unas tazas y unos vasos. Un vaso. Podría romper uno y armarse con un pedazo. Pero ¿sería capaz de herir a una niña? Por supuesto que sí, si eso significaba protegerse.

Sacó un vaso de pinta y lo estampó contra el fregadero de cerámica, con la esperanza de que el ruido no llegara a donde Magenta había ido. Cogió el pedazo más largo y afilado y lo agarró con cuidado de no cortarse.

—Yo no lo haría si fuera tú.

La voz llegó desde la puerta. Era grave y amenazadora. En cuanto se volvió, la persona que estaba frente a ella la pilló totalmente a contrapié.

Antes de que pudiera levantar la mano para empuñar el arma improvisada, sintió el cuerpo en llamas y chisporroteante, y cayó al suelo.

101

Hacía tanto frío en la casa vacacional cuando Diana se levantó, que el vaho de su aliento pendía en el aire. Había cubierto a Aaron con todas las mantas disponibles. Al menos estaba cómodo y roncando. Se preparó una taza de café y la sostuvo entre las manos heladas para calentárselas.

Tras encender el televisor, examinó la poca oferta de canales hasta que encontró uno de noticias veinticuatro horas. En ese momento, estaban en la sección de deportes, así que tuvo que ver el repaso de la noche anterior de la Premier League, cuando el Manchester City perdió contra el Liverpool antes de que aparecieran los titulares.

Se inclinó hacia delante y observó el humo que fluía a lo lejos, detrás del corresponsal de noticias de la región central. Un dron voló por encima del lugar para mostrar la devastación que había causado. Se atragantó con el café y se lo tiró por las manos. La casa de Gordon Collins. ¿Qué narices?

Leyó los subtítulos sin atreverse a subir el volumen para no despertar a Aaron. Las imágenes mostraban una ambulancia que se marchaba a toda velocidad seguida por un coche camuflado de la Garda, con las luces azules parpadeando en el radiador. ¿Estaba muerto? Los subtítulos no mencionaban ningún fallecimiento, así que debía de estar bien.

Se estaba acercando demasiado. Había perdido a su hija. Gordon su casa, si no la vida. Su protegido, John Morgan, había muerto. Aneta había muerto. Y otra chica había desaparecido.

Tendría que volver a Ragmullin. Sabía que la persona que estaba detrás de todo esto se aseguraría de culparla si se daba el caso. Tenía que contar la verdad.

Una vez se hubo decidido, la tranquilidad la invadió. Lo contaría todo, enterraría a su hija y se marcharía para siempre.

Mientras apagaba el televisor, oyó un golpe en la puerta.

Se levantó, congelada, con la taza en la mano. Nadie sabía que estaba allí. Contrólate, Diana. Debía de ser el propietario. Se asomó a la ventana. Había un coche aparcado más allá del seto con una luz de taxi apagada en la parte de arriba. ¿De qué iba esto?

Fue a abrir la puerta.

102

Lottie reunió al equipo en la sala de incidencias y fue a buscar a la comisaria Farrell.

—Huele mucho a humo aquí dentro —dijo Farrell, que se aflojó la goma de la corbata y se sentó en la parte delantera de la sala.

—Estuve con Gordon Collins en el incendio y he hablado con él en el hospital —dijo Lottie—. Me han informado de que van a operarlo de una mano y no he tenido tiempo de hacer pis, ni de lavarme ni de cambiarme de ropa. Boyd huele peor.

El aludido se olió la manga.

Farrell lo ignoró.

—Con suerte, lo resolveremos todo pronto y encontraremos a Shannon Kenny. Viva. Ya tenemos bastantes familias de luto. ¿Qué ha dicho el señor Collins?

—Sin andarse por las ramas —respondió Lottie—, me ha confesado que Aneta Kobza era su hija.

Una cacofonía de «¡qué!» y «¡no jodas!» se extendió por el equipo.

—¿Y? —dijo Farrell, que era la única de la sala que no se había quedado perpleja.

Lottie detalló la conversación que había tenido con Collins.

—Le estaba pagando a Aneta para que se quedara en Polonia después de que alguien le dijera que él era su padre. Aun así, ella vino a Irlanda en busca de su madre. Sospecho que podría ser Diana Nolan por el viejo certificado de nacimiento que encontré en su habitación. Menciona a una niña, Magenta McCabe, que nació hace treinta años. Debía de ser el nombre de Aneta antes de que la adoptaran. El nombre de la madre en el certificado es Christine McCabe. Diana podría haber usado un nombre falso.

—Alguien no quería que Aneta descubriera quién era su madre biológica. Es difícil de entender —añadió Boyd.

McKeown sostuvo la antigua fotografía tomada fuera del edificio y la de John Morgan.

—Estas dos fotografías estaban entre las pertenencias de Aneta. Deben de ser la clave.

—Pero ¿por qué tendría una foto de John Morgan? —preguntó Kirby.

—Según Charlie Lennon —dijo Boyd—, John Morgan era el protegido de Collins. Quizá, quienquiera que se las mandó a Aneta, quería apuntar en su dirección.

—Pero Aneta sabía que Collins era su padre —añadió Lottie.

—Tienes razón —coincidió Boyd—. ¿Alguien estaba celoso de la atención que Collins le prestaba a John?

—Las tres víctimas estaban conectadas de algún modo con Pine Grove —dijo Lottie—. Igual que Shannon Kenny.

—Y todas tienen un vínculo con Cuan. —McKeown señaló la antigua foto de grupo—. Gary ha analizado la foto y puedo asegurar que en ella aparecen un Gordon Collins y una Diana Nolan más jóvenes. Tal vez deberíamos identificar a los demás.

—Espera un minuto. —La comisaria Farrell se levantó a examinar la foto—. Esa es Irene Flood. Se casó con un Dunbar de Athlone. Jugué a golf con ella.

—Ahora dirige el centro de rehabilitación Cuan. —Lottie sintió una oleada de emoción—. Volveremos a interrogarla. Puede que nos dé más información sobre la imagen.

—Si no está involucrada —dijo Boyd—. Es escurridiza como una anguila.

—Necesitamos encontrar a Diana —añadió Lottie—. Lo último que se sabe es que un taxi la llevó a la estación de tren.

—Hablando de taxis —intervino McKeown—. He contactado con las empresas de taxis de la ciudad y nadie recuerda haber recogido a Laura Nolan el jueves por la noche.

La garda Brennan alzó una mano:

—¿Qué se sabe de la página con el nombre de Maggie que la científica encontró en el camino?

—Lo han enviado al laboratorio, pero los resultados de ADN tardarán. Apenas nos han dado información en el colegio. Se está

tramitando una orden para conseguir el nombre completo de la niña y su dirección.

—Podría ser crucial —dijo Kirby.

—O podría no tener nada que ver con el caso —le contradijo McKeown.

—¿Puedes dejarlo ya?

—Quiero respuestas, no especulaciones —soltó la comisaria Farrell—. ¿Tenéis hechos sólidos o pruebas?

—Disculpas por adelantado, pero tengo más especulaciones —dijo Boyd—. La ubicación, el campo en el que se deshicieron del cuerpo de Aneta me intrigaba. Los padres de Rex tenían una casa en esa zona. Están en constante batalla con Collins a causa del estado en el que se encuentra su residencia actual...

—¿A dónde quieres llegar con esto? —preguntó Lottie, sorprendida. Era la primera vez que lo mencionaba.

—Antes he conducido hasta la vieja casa. Es una rectoría convertida en una maldita barbacana. Tiene unas enormes puertas corredizas con un intercomunicador. Está completamente rodeada de árboles y de muros de tres metros de altura. Agente Lei, ¿has descubierto a quién pertenece?

—He buscado en el censo electoral, pero no aparece nadie con esa dirección. Después he revisado el registro de la propiedad. Bingo. Está a nombre de GC Construcciones.

—Gordon Collins —dijo Lottie—. ¿Le compró la casa a la familia McGovern? Él no vive ahí, entonces, ¿quién vive ahí?

—No hay forma de descubrirlo si no llamamos a la puerta —añadió Boyd—. Si llegamos a la puerta, claro está.

—Podríamos preguntarle a Collins —propuso Farrell.

—No sé cuándo estará lo bastante recuperado para interrogarlo, y no podemos esperar más tiempo. Iré a la rectoría esa con Boyd.

—Un momento. —El tono de Farrell iba teñido de autoridad—. ¿Qué tiene que ver esa casa con todo esto?

—Está a dos kilómetros de donde se encontró el cuerpo de Aneta —replicó Boyd—. Llevaba desaparecida un año, aunque nadie se diera cuenta. Una casa apartada y fortificada de esa forma es un buen lugar para esconder a alguien.

—Es una conjetura. —Farrell no iba a retroceder—. ¿No he dicho que primero quiero hechos y pruebas?

—Con todo el respeto —dijo Lottie—, de repente Gordon Collins está en medio de todo lo que hemos encontrado hasta el momento. Me ha contado que estuvo en rehabilitación hace treinta años. Que tuvo una hija, Aneta, a quien dieron en adopción poco después de que hubiera nacido. Le enviaba dinero, pero se acabó presentando aquí y poco después desapareció. Es posible que la retuvieran en esa casa.

—¿Crees que mató a su propia hija?

Farrell se mostró escéptica. Lottie no la culpaba. Aun así...

—Si se estaba acercando a algo que él no quería que saliera a la luz...

—Pero ¿por qué mataría a los otros? —preguntó Farrell.

—Hemos establecido que todos tenían algún tipo de conexión con Pine Grove y que ingresaron más o menos a la vez en Cuan el año pasado.

—También lo hicieron muchas otras personas.

Farrell no daba su brazo a torcer.

—¿Puedo añadir algo más? —preguntó McKeown.

—Claro que sí.

Lottie se dejó caer en la silla más cercana. Notó cómo le vibraba el móvil en el bolso a sus pies. Lo abrió con el pie y echó un vistazo a la pantalla. Katie. «Ahora no», susurró.

—He vuelto a revisar la base de datos de Right One para verificar las coartadas de los clientes en persona. Uno de los hombres que nos dio su coartada no reside en la dirección que nos proporcionó. Jamás ha vivido ahí.

—Creía que Greg Plunkett revisaba el trasfondo de sus clientes —dijo Lottie.

—Eso nos contó —contestó Boyd.

—Es obvio que no hizo un buen trabajo —añadió McKeown.

—Estoy de acuerdo con que es sospechoso que el hombre nos diera la información incorrecta. —Lottie se levantó e ignoró el móvil, que empezó a vibrar de nuevo—. Quizá tiene mujer e hijos. Sin embargo, necesitamos encontrarlo.

—Es una pérdida de tiempo cuando tenemos otros rastros que seguir —respondió Kirby—. ¿Qué tiene este tío de especial?

La cabeza de McKeown se enrojeció cuando miró la *tablet* y volvió a alzar la cabeza.

—Tuvo un cita con una *escort* la noche de San Valentín del año pasado. Y... mierda. Me acabo de dar cuenta de una cosa...

—Pero... —empezó Kirby.

—Aneta no estaba registrada con ellos. —Lottie miró a McKeown para ver a dónde quería llegar—. ¿O sí?

—Podría haber utilizado una identidad falsa.

—Parece que Plunkett no era tan diligente como decía ser. —Lottie se levantó y se paseó por delante de las pizarras, consciente de que Farrell la observaba—. ¿Cómo se llamaba la chica con la que quedó?

El rostro de McKeown tenía un tono morado ahora.

—Magenta McCabe.

—Mierda. —Señaló la pizarra—. El nombre de nacimiento del certificado que encontré en casa de Diana Nolan.

—Lo tenía delante de la cara. —McKeown negó con la cabeza—. Lo siento, la he cagado.

—Dios santo —dijo Farrell.

—Necesitamos...

El garda Thornton entró apresurado e interrumpió a Lottie.

—Hay otro incendio. En Doon Lake.

—Que se ocupe el equipo de bomberos. —Farrell se acercó a él moviendo los brazos en el aire—. No tiene nada que ver con nosotros.

—Creo que sí.

—Entonces, adelante.

—Una de las cabañas vacacionales está en llamas. El propietario dice que la alquiló ayer por la mañana a una mujer con un niño pequeño.

—¡Dios mío! —Lottie soltó un grito ahogado—. ¿Diana y su nieto?

—No tenemos el nombre... —dijo Thornton, que se echó hacia atrás.

—Boyd, ven conmigo.

103

—Bueno, no podemos culpar a Gordon Collins de este incendio. Sigue en el hospital. —Boyd observó el desastre ardiente. Un pequeño bungaló había quedado reducido a cemento y cenizas—. Estoy harto del humo.

Lottie se acercó al jefe de bomberos, que también había estado en la casa de Collins.

—¿Qué puede decirme?

—Se ha empleado un acelerante. Se huele desde aquí. Gasolina.

—¿Había alguien dentro?

—No que hayamos visto de momento. De acuerdo con una testigo, se han oído unos gritos antes y, cuando se ha asomado, ha visto un taxi que se alejaba justo antes de que se prendiera el lugar.

—¿Así que no hay cuerpos?

—No podré decirle nada seguro hasta que esté completamente extinguido. Todavía es demasiado peligroso para que mi equipo entre. Puede que en una hora.

Lottie volvió con Boyd, que había estado hablando con el dueño.

—¿Y bien?

Él revisó sus notas mientras el otro hombre temblaba y se mordía las uñas.

—Se lo alquiló a una mujer y a un niño. Pagaron en efectivo. No dieron nombres. Lo alquilaron para una semana.

—¿Le dieron alguna identificación? —preguntó Lottie. El hombre negó con la cabeza—. Joder.

—Creo que eran Diana y su nieto —añadió Boyd.

—Si así es, ¿cómo llegaron hasta aquí?

El hombre señaló un Volkswagen Golf gris que, milagrosamente, había escapado de las llamas y se dirigió al jefe de bomberos.

Boyd inspeccionó el coche con la mirada e intentó abrirlo. Estaba cerrado. Una pegatina en el parabrisas mostraba que era de

alquiler.

—Lo comprobaré.

—Tiene que ser ella, pero ¿qué se trae entre manos?

—¿Crees que Diana ha quemado este sitio, igual que hizo con la casa de Collins?

—No lo sé. ¿Por qué no se ha llevado el Golf? ¿Por qué tomaría un taxi?

—Si tenemos que volver a preguntar a los taxistas, volveremos a la casilla de salida.

—Espera. —Lottie se acercó a una mujer con los hombros cubiertos con una bata. Iba completamente vestida, pero no dejaba de temblar—. ¿La señorita Farnham?

—Sí. He llamado a emergencias. Espero que no hubiera nadie dentro.

—¿Ha visto el taxi?

—Sí.

—Dígame qué recuerda.

—He oído gritos. Una mujer. Puede que chillara. Para cuando me he asomado, he visto un taxi que se iba carretera arriba y el fuego había comenzado en la puerta de al lado.

—¿Puede decirme algo sobre el coche? ¿El color? ¿La marca?

—Solo era un taxi. Tenía la señal del techo apagada. Era de un color oscuro, tal vez negro. No puedo pensar con claridad.

—¿Había algún número o alguna letra en la señal?

—No lo he visto. Casi había girado la esquina cuando he mirado.

—¿Pero está segura de que era un taxi?

Se encogió de hombros.

—Llevaba la señal.

—Vale, gracias.

Lottie volvió hacia Boyd.

—Donde sea que haya ido Diana, no ha ido por voluntad propia. La testigo ha oído gritos. No hay cámaras de seguridad aquí fuera, así que hemos llegado a un callejón sin salida. Creo que deberíamos ir a ver a Irene Dunbar.

—¿Crees que tiene algo que ver? ¿O que Diana habrá ido hasta allí?

—No necesariamente. Pero quiero preguntarle por el incendio que hubo en Cuan. La casa de Gordon Collins se ha quemado, y ahora esta cabaña. Nuestro asesino podría haber empezado como pirómano.

Con un tono autoritario, al borde de la tiranía, Lottie pasó por delante de Mona.

—Abra la puerta.

No hubo quejas ni protestas esta vez. Lottie, seguida de Boyd, se apresuró a entrar en la oficina de Irene Dunbar.

La mujer se sobresaltó y se llevó una mano al corazón.

—¿Qué está pasando?

—Dígamelo usted.

—No tengo ni idea de...

—Ya es suficiente. —Lottie estampó la foto que encontró entre las pertenencias de Aneta contra el escritorio—. Quiero saber los nombres de todos los que aparecen en la foto.

—Parece... vieja.

—Es de hace treinta años.

Irene se hundió en su silla.

—¿Qué sabe sobre ella?

—He dicho...

—Vale, vale. —Recogió la foto—. Algunas personas solo quieren rebuscar en el pasado cuando sería mejor que permaneciera enterrado.

—¿A quién se refiere?

—Aneta. No dejaba de rebuscar y no se rendía.

—¿Sabía quién era?

—Al principio no, pero no podía negar esos rasgos. Era la viva imagen de... cuando era joven.

Lottie se quedó confusa un momento.

—¿Quién? ¿Su madre? ¿Quién era su madre?

Irene esquivó la pregunta.

—También había pinceladas de su padre. Sin compasión. Perseverante.

—¿Se refiere a Gordon Collins?

—Entonces lo sabe.

—Solo que él era su padre —admitió Lottie.

—Pregúntele sobre ello.

—No puedo. Han quemado su casa y lo están operando.

—¡Dios mío! ¿Está bien?

—Creo que sí.

—Tiene que hablar con Diana.

—Han incendiado la cabaña en la que se alojaba.

Irene giró la cabeza de golpe y tragó.

—Entonces, ahora vendrán a por mí e intentarán quemarme también. Señor, ¿qué hemos hecho?

—Cuéntemelo. —Lottie se sentó en una de las sillas y Boyd hizo lo mismo. Permanecieron en silencio. No se oía nada más aparte de la máquina cortacésped—. Adelante, Irene.

—Era una manipuladora de manual. Nos utilizó a todos, sobre todo a Gordon. Cuando se quedó embarazada, intentamos ayudarla. Dios, ya lo creo. Pero ella se negó. Se plantó y dejó las cosas claras. Entonces, el centro fue pasto de las llamas. La mitad se quemó. Supe que había sido ella, pero no podía probarlo. Y Gordon... Pobre Gordon. Ha estado haciendo donaciones que no puede permitirse porque se siente culpable y, tal vez, porque tiene miedo de que yo hable. Jamás hablaré. Valoro mucho la vida.

—Me he perdido, Irene.

Lottie miró a Boyd de reojo para confirmar que él estaba igual.

—Asistió al evento el año pasado. Casi me muero de la conmoción. Creía que seguía en el Reino Unido. No sabía que había regresado. Entonces, descubrí que llevaba cinco años trabajando en Ragmullin. Me temo que, cuando Aneta sufrió el ataque aquel día, tuve que admitir quién era su madre.

—¿De quién habla?

Irene señaló con rabia a la chica de la imagen, pero sin tocarla, como si fuera a quemarse.

—Deme su nombre —dijo Lottie, que retomó la pregunta.

—Le temo más a ella que a la ley. Es un camaleón. Su rostro podría contar cientos de historias distintas en una hora. Una nunca sabía con quién iba a tratar.

—Tenemos coartadas de todos los involucrados en la investigación, aunque algunas no se sostienen demasiado —añadió Lottie, como pensando en voz alta.

—¿Y qué pasa con su ayudante? —dijo Irene.

—¿Quién?

—Me observa fijamente cada día desde que descubrí que había vuelto.

—¿Y a quién se refiere?

—Al jardinero. Ella me obligó a que lo contratara. Me dijo que sabía muchas cosas sobre mí que me destrozarían si se hacían públicas. No tengo nada que esconder. No he hecho nada malo. Al menos, no en los últimos años. En aquel entonces solo quería ayudar. Lo que hicimos fue un error, y ella no podría revelar el secreto sin implicarse. Pero sé que retorcería tanto las cosas que no podré volver a llevar la cabeza alta en público.

—¿Cómo se llama el jardinero?

—Es probable que no sea su nombre verdadero. Y le pago en efectivo. Sus normas. Que no haya ningún rastro. Es una zorra inteligente.

El cuerpo de Irene se hundió, como si las confesiones le hubieran absorbido la vida.

—¿Su nombre?

—Thomas McCabe.

Lottie se preguntó si tenía alguna relación con Magenta McCabe, el nombre en el certificado de nacimiento. Debía de ser así.

—¿Sabe algo más sobre él?

—No. No habla. Sabe manejar el invernadero, lo admito.

—¿Plantan tomates en el invernadero?

—¿Por qué narices...? Sí, pero ¿por qué?

—No importa. ¿Cómo se mueve por aquí?

—Conduce un taxi. Creo que es falso.

—¿Traía a Aneta al trabajo?

—No trabajaba aquí entonces. Empezó poco después de que ella se marchara.

Lottie pensó en lo que Irene había dicho sobre Aneta y los rasgos que compartía con su joven madre. Visualizó las fotos del

tablero de incidentes, a los fallecidos, a los testigos... Le vino en un *flash*. Se levantó y se acercó a Irene antes de bajar la mirada hacia ella.

—Si le digo quién creo que es la mujer, ¿me lo confirmará?

—Supongo.

Lottie pronuncio el nombre y obtuvo el asentimiento que estaba esperando.

104

Boyd aparcó el coche fuera de la inmensa puerta corrediza en la antigua rectoría.

—Creo que deberíamos esperar a los refuerzos.

—Llegarán pronto —dijo Lottie—, pero no sabemos a qué nos enfrentamos.

Los árboles sin hojas se veían negros a causa de los pájaros posados en las ramas, que graznaban con fuerza.

—Mal presagio, el graznido de los cuervos —dijo.

—Con que no muera más gente, pueden graznar todo el día —dijo Boyd, que le tendió un chaleco antibalas.

Se ajustó el velcro del suyo mientras ella se lo ponía.

—Esta es la dirección de nuestro sospechoso, el jardinero, y es la misma que el colegio nos ha enviado con la residencia de Maggie. Está en casa con la varicela. El sobrino de Shannon, Davy, también la tiene. Así que es probable que Shannon se la haya contagiado a Maggie.

—Son suposiciones. El periodo de incubación es de, al menos, diez días.

—Y encontramos una hoja de su libro de texto donde se detuvo el taxi del sospechoso la noche en que mataron a Laura. —Lottie estudió la imponente puerta y los muros—. Espero tener la energía para esto. Me muero de hambre.

—¿Has comido hoy?

—Tenía la intención de ir a casa a por algo... Mierda. No le he devuelto la llamada a Katie. —Se inclinó hacia el coche para coger el móvil cuando un estruendo atravesó el aire y la estrelló contra el asiento—. ¿Qué narices...?

—Ha sido una explosión —dijo Boyd, agachado junto a la puerta abierta—. Agáchate.

—Tenemos que descubrir qué ha sido eso. Shannon podría estar ahí.

Lottie se estiró, olvidó llamar a Katie, y permaneció de pie mientras observaba la puerta impenetrable.

—¿El muro es demasiado alto para escalarlo?

—Sí. Tenemos que esperar, Lottie.

—A la mierda. —Se aseguró de que llevaba el arma cargada y se dirigió hacia el muro—. Debe de haber una forma de entrar.

—Esto es una locura.

Aun así, la siguió.

Las paredes estaban recubiertas de hiedra y enredaderas. Había árboles por todo el trayecto. Cuando llegó a lo que pensó que era la parte trasera de la propiedad, el muro era todavía más alto. Otra explosión sonó y los tiró a ambos al suelo, más por el ruido que por cualquiera de los escombros. Boyd amortiguó la caída de Lottie.

—¿Estás bien?

No oyó ni sus propias palabras ni la respuesta de él. El estallido la había dejado sorda. Se levantó y se volvió hacia él. Le sangraba la parte trasera de la cabeza y la hierba se oscureció. Había aterrizado sobre una roca dentada.

—¡Boyd!

—No grites. Los alertarás.

—¿Y una puta explosión no? Estás sangrando.

—Es un rasguño. —Se puso de rodillas con dificultad antes de levantarse. Pero entonces las piernas le fallaron y se inclinó en el hombro de ella—. Esperemos a los demás en el coche.

—Vuelve tú. Tengo que ver qué está pasando.

—No vas a ir sola. Estoy mareado, Lottie. Veo doble.

—Iré contigo. Venga.

Cuando lo sentó en el asiento, echó un vistazo camino arriba. Todavía no se oían las sirenas.

—Quédate ahí. No tardaré.

—No hagas tonterías.

—Están ahí dentro, destruyendo pruebas. No puedo permitirlo.

Cerró la puerta de golpe. Consciente de que Boyd no estaba en situación de seguirla, salió corriendo hasta el punto por donde

habían caminado antes.

Tenía que entrar.

105

Caminaba en círculos alrededor del jardín ennegrecido, su santuario diezmado. Su caseta se había convertido en una bomba de humo. La gasolina había funcionado con el coche en la entrada, pero el siguiente estallido no había sido lo bastante fuerte para afectar a los muros externos. Se arrepentía de haber aprendido a hacer bombas con fertilizante.

—¿Por qué no podemos irnos ya? —preguntó—. ¿Por qué tenemos que destruirlo todo?

—Por las pruebas, idiota —espetó ella—. Si vamos a desaparecer de nuevo, a empezar de cero, no podemos dejar ningún rastro. Ya lo hemos hecho antes. Podemos hacerlo otra vez.

—Estoy harto de correr. Cansado de matar a gente por ti.

—¿Quieres que acabe con tu miseria? No me costará nada.

—¿Como hiciste con John Morgan?

—Se pasó de listo —replicó ella—. Sabía bien lo que hacía con Gordon. Un hombre que solo tiene hijas necesita un hijo adoptivo. Un hombre que desheredó a su primera hija. Cabrón.

—Pero ¿por qué mataste a John?

—Porque no podía arriesgarme a que descubriera lo de Aneta.

—Nadie sabía...

—Collins sí. Morgan estaba en rehabilitación en el centro en el que ella trabajaba y era muy cercano a Collins, ergo... Utiliza el cerebro, si es que lo tienes. Alguien tenía que encargarse de ellos.

—Les diste bien, ya lo creo.

—Sí, pero el cabrón de Collins sobrevivió al incendio.

—Habiendo matado a Aneta, él ya no era ninguna amenaza.

—Deberías haber visto su rostro cuando le dije cómo la privé de comida y la maltraté durante un año, cuando él pensaba que había vuelto a Polonia. Recordaré su mirada de incredulidad el resto de mi vida.

—¿Qué vamos a hacer con los demás? No podemos llevárnoslos.

—Nos llevaremos a Shannon para que cuide de Magenta y de Aaron. Pero tengo algo muy desagradable preparado para Diana.

—Mataste a su hija, ¿no es suficiente?

—Tú mataste a su hija, imbécil. Ni siquiera pudiste hacer eso bien. La quería viva. Eres un lastre. A lo mejor también deberías morir.

Le preocupaba haber hablado demasiado. Pensaba que había dominado el arte de mantener sus pensamientos a raya ante ella.

—Me necesitas. Siempre lo has hecho.

—No te necesito. Desde que me hicieron aquello tan terrible, desde que él me violó cuando solo tenía dieciséis años, no he necesitado a nadie. Utilizo a las personas para conseguir lo que quiero. ¿Cómo, si no, crees que te registré en esa cuenta de acompañantes y te mostré a por quién quería que fueras? Le pagué a Cathy, de la oficina de Right One, para que me permitiera acceder a la base de datos. Obligué a Irene a darte un empleo en Cuan para que me informaras. He dominado el arte de la manipulación a la perfección. —Se detuvo. Se le oscureció el rostro, y eso lo asustó más que si estuviera empuñando un cuchillo—. ¿Y sabes qué? No te necesito más.

—Me necesitas para acabar con la mujer.

Se volvió para mirar a Diana, que estaba atada como un pavo en la silla detrás de ellos.

—Disfrutaré viendo cómo acabas con su inútil vida. Conspiró con Gordon para arrebatarme a mi hija y...

—Estabas de acuerdo —dijo Diana, que se había aflojado la cinta que le cubría la boca—. Nos dijiste que no querías que creciera y te recordara a Gordon Collins.

—Cállate, mujer.

—¡Ibas a quemarla viva!

—¡He dicho que te calles!

—Si vas a matarme, hazlo ya. No soporto oír más tus mentiras.

—Primero sufrirás. Quizá te gustaría ver cómo sufre su nieto mientras mueres. Ve a por él.

Le dio un empujón y él salió a trompicones de la habitación.

Esto no le gustaba. Se suponía que ella lo quería, pero ¿acaso sabía lo que era amar? Se lo había arrebatado todo, a él y a todos. Y él había sido su cómplice. Un debilucho. ¿Era el momento de plantarle cara? Pero el miedo penetró en su interior y estuvo a punto de gritar.

Mientras se dirigía a la habitación donde se encontraban los niños, se preguntó si debería seguir caminando. Cruzar la puerta principal. Salir por la verja. Camino arriba. Atravesar los campos. Y seguir andando hasta poner la distancia suficiente con la que sentirse seguro por una vez en su vida.

En la puerta de entrada, vaciló lo bastante para oír un estallido y dos disparos que provenían de alguna parte tras él. ¿De dónde había sacado un arma?

Retrocedió de la puerta sin abrirla.

Algo iba muy mal.

* * *

Se había rasgado las dos rodillas de los pantalones y la manga del abrigo hasta el hombro, pero Lottie había conseguido escalar el muro a pesar del chaleco antibalas. Un árbol caído, con el tronco podrido, le había permitido darse el impulso necesario. Los cuervos habían salido volando en una confusión de graznidos, pero ella había permanecido oculta gracias a las ramas que colgaban por encima del muro.

Había un coche en llamas a la entrada de la casa y una caseta ardía junto al muro trasero. La escena confirmaba que estaba en el lugar adecuado. Alguien intentaba cubrir su rastro mientras se preparaba para escapar.

Se dejó caer al otro lado del muro y oyó sirenas a lo lejos. Se tumbó bocabajo y reptó por el suelo cubierto de losas hacia una sólida puerta trasera. Se levantó y miró a través de la ventana oscurecida. Una hendidura al final de las persianas le confirmó sus sospechas.

Una vez ante la puerta, vio que no tenía manilla, solo una cerradura para una llave. La empujó, pero estaba cerrada. Disparó dos veces y le dio una patada. Gritó cuando el dolor le atravesó el pie, pero lo ignoró. La siguiente puerta fue más fácil de patear, y se adentró en una escena propia de una pesadilla.

—Suelta el cuchillo, Charlie.

—Y un cuerno.

Charlie Lennon, aún vestida con sus vaqueros de marca y la camisa arrugada y manchada de sudor y humo, estaba de pie detrás de una Diana Nolan atada y con un cuchillo contra su garganta. Ya había atravesado la piel y un hilillo de sangre corría por el cuello de la mujer. Tenía los ojos muy abiertos por el miedo y su rodilla derecha temblaba de manera descontrolada.

Lottie se obligó a mantener la calma.

—No ganarás nada matando a otra mujer. Sobre todo, con un testigo presente.

—No he matado a nadie, puta loca.

¿Cuántas veces habían llamado loca a Lottie a lo largo de su vida? La palabra hizo que la sangre le hirviera de rabia y se abalanzó para golpear a Charlie en un lado de la cabeza con la pistola antes de que la mujer pudiera reaccionar. Echó el brazo hacia atrás de nuevo para volver a golpearla, pero se detuvo. Charlie estaba inconsciente. No muerta. Una pena.

—¿Está bien, Diana?

Se agachó para desatarla.

—No se preocupe por mí. Él ha ido a por Aaron. Tiene que encontrarlo.

Lottie se sacó las esposas del cinturón y se las colocó a Charlie en las muñecas, detrás de la espalda, antes de dejarla en el suelo gimoteando al recobrar la conciencia.

Escuchó a través de la puerta interior. Silencio. Demasiado.

Agarró el picaporte cuando la puerta se abrió con fuerza y la empujó hacia atrás, contra la cocina. Se golpeó la cabeza con la esquina de un armario y resbaló hasta el suelo. Oyó a Diana gritar mientras una oleada de oscuridad la engullía y se entregó a su abismo.

106

El hospital estaba más tranquilo que por la mañana, cuando había acompañado a Gordon Collins. Parecía que había pasado una vida entera. Lottie tenía la sensación de que le habían abierto la cabeza con un mazo, aunque solo le habían puesto cinco puntos. El ojo morado y el pómulo amoratado desaparecerían. El pie afectado también se curaría. A Boyd le habían puesto diez puntos en la parte de atrás de la cabeza y tenía una contusión. Compararían heridas de guerra una vez volvieran al trabajo.

Lo observó dormir en la camilla junto a la ventana. Amy y Kirby habían aceptado cuidar de Sergio unas cuantas noches para que no tuviera que preocuparse por él. Diana Nolan se había incorporado en la otra camilla para tomarse una taza de té. Aaron estaba en la unidad de pediatría, donde comprobaban su estado físico y psicológico. Lottie se bajó de la camilla y fue a sentarse junto a Diana, cojeando y dolorida a causa de la rotura de ligamentos del pie.

—Lo siento —dijo la mujer mayor—, debería haberle contado lo de Charlie, pero estaba aterrada como una estúpida. Sabía cómo era en la adolescencia, y por eso temía plantarle cara.

—¿Por qué tenía el certificado de nacimiento de Magenta McCabe en su casa?

—Era el nombre de nacimiento de Aneta. Encontró el certificado entre las cosas de su madre adoptiva cuando esta falleció, y el día que fui a ver a Laura a Cuan me lo dio para que lo guardara. Me reconoció por las fotos. Y también a Charlie en el evento. Dijo que era como ver su propio reflejo, y se quedó helada. Aunque cuando vi la imagen de ella fallecida, no tenía para nada el aspecto de aquel día. ¿Cómo puede una mujer ser tan cruel con alguien de su propia sangre?

Lottie no acababa de creerse del todo la historia sobre lo ocurrido hacía tantos años.

—Creemos que Maggie L. es la hija de Charlie. Tenemos el ADN de Charlie en la base de datos, ya que estaba presente cuando encontramos el cuerpo de John. No estamos seguros de que Thomas McCabe sea el padre. Estamos esperando al resultado de la muestra de ADN.

—Es el hermanastro de Charlie.

—¿De verdad? —Lottie se preguntó cómo habría sido su dinámica—. No puede hablar. El equipo de respuesta armada fue demasiado contundente al atravesar la puerta principal. Le han inducido el coma.

—¿Y Charlie?

—Bajo custodia. No ha hablado demasiado, pero el detective McKeown y la comisaria Farrell se están esforzando mucho con los interrogatorios.

—Menudo desastre de familia.

—En su certificado de nacimiento, Aneta aparece registrada como Magenta McCabe. El nombre de la madre se falsificó, pero ¿por qué no se nombró a Gordon Collins? Dice que es su padre.

—Me duele la cabeza con solo pensarlo. —Diana dejó la taza en la bandeja y la alejó de ella—. Quién sabe lo que se le pasa por la mente a esa mujer. Charlie insistía en que Gordon la había violado cuando ella tenía dieciséis años. Decía que la trató como si fuera una prostituta. No me lo creo. Se dedicaba a manipular los hechos constantemente. Manipulaba a las personas con su mente retorcida. Él la creyó cuando ella le dijo que la había dejado embarazada. Dijo que solo pasó una vez. En aquel entonces era vulnerable, como yo. Había ingresado en Cuan por temas de adicción y yo salía con él en aquella época. Lo odié después de todo lo sucedido. Tal vez Aneta ni siquiera fuera hija suya.

—¿Thomas podría ser el padre de Aneta?

—No, solo tenía diez años entonces. No creo que Charlie fuera tan malvada.

—Un test de ADN confirmará una cosa o la otra.

—Inspectora, ¿cómo se las ingenió Charlie para tener una casa tan grande en el campo?

—Necesito hablar con Gordon Collins sobre eso.

—Utilizaba a todo el que se cruzaba.

Lottie suspiró.

—Cuanto más descubro sobre esta mujer, más convencida estoy de que era una experta explotadora. Volveremos a hablar, Diana. Cuídese.

Tras un tortuoso paseo por el pasillo hasta el ascensor, Lottie llegó a la sala en la que Shannon se estaba recuperando. Davy estaba sentado sobre su rodilla y George se encontraba de pie, al final de la cama. Los días que había pasado encarcelada no le habían hecho ningún bien.

George tomó a su hijo en brazos.

—Vamos a por un zumo, Davy.

Dijo un «gracias» mudo y dejó a Lottie sola con Shannon.

—¿Cómo te encuentras?

—Peor que en rehabilitación. —La joven intentó reírse—. Le estoy tremendamente agradecida.

—Solo hice mi trabajo.

—Nos habría matado a todos. A él le dijo que nos llevaría con ellos, pero sé que estaba demasiado absorta en sí misma para llevar equipaje a la hora de escapar. No me hago a la idea de que sintiera tanto odio hacia sus propias hijas, tanto hacia Aneta como hacia Maggie.

—Creo que Charlie es la clásica sociópata. Necesito recopilar más información para entender su relación con Aneta. Por lo que sé hasta ahora, estaba criando a Maggie a su imagen y semejanza.

—Entiendo que estuviera moldeando a la niña para que fuera como ella. Magenta... Maggie encontró el cuchillo en la vaina. Estoy segura de que me habría matado si Charlie no nos hubiera atacado con el táser. ¿Dónde está la pequeña?

—Con los servicios sociales.

—¿Qué le ocurrirá?

—Necesitará pasar por rehabilitación psicológica. Después de eso, quién sabe.

—¿A quién le importa? —Shannon frunció los labios con aire sombrío—. No, eso está mal. Es rebajarme a su nivel.

Lottie le tomó una mano y le dio un apretón.

—Necesitarás terapia después de todo lo que has pasado.

—Ya he tenido suficiente terapia.

—Al menos, apóyate en tu familia o en tus amigos. Habla con Jess si sientes que hacerlo con George es demasiado.

—Jess es un cielo.

—Lo es. Deja que te dé su apoyo. —Lottie dudó de si Shannon habría sufrido abusos sexuales, pero no quiso preguntárselo. No quería añadir nada más a su trauma. Los doctores lo confirmarían más tarde—. ¿Fuiste a ver la casa de Pine Grove con Charlie?

—Sí.

—¿No la reconociste cuando te secuestró y viviste en su casa?

—Me resultaba algo familiar, pero, claro, me interesaba más la casa que ella cuando fui a visitarla. Los días de cautiverio se me hicieron eternos, y cada vez que la miraba, me parecía una persona distinta.

—Charlie es una narcisista, aparte de una sociópata de manual. Un camaleón capaz de manipular a cualquiera. Una persona con la que no me gustaría encontrarme mientras vuelvo a casa sola en la oscuridad de la noche.

Shannon le mostró una débil sonrisa.

—Y justo yo iba sola por la calle hasta que me topé con la persona a la que más había manipulado.

—Thomas no es tan inocente como parece. Cuídate, Shannon.

107

Tres días más tarde

Lottie se sentó con un Gordon Collins alicaído en la cocina de la casa piloto. Ahora que estaba sin hogar, se había mudado allí temporalmente, con la bendición de Brenda Morgan.

—Charlie me engañó. Me manipuló. —Se pasó una mano por el pelo e hizo una mueca de dolor. Los injertos de piel en las manos vendadas aún se estaban curando—. Hace años no lo entendí, pero he leído sobre los de su calaña desde entonces. Apenas había cumplido los dieciséis, pero tenía la misión de escapar de su vida, de su padrastro. Él volvió a Cuan y ella lo acusó de ser violento con ella, pero quizá fuera otra mentira, y yo me convertí en su vía de escape. Yo estaba dolido y tenía problemas con mi adicción. Era una presa fácil. No estoy justificando mis acciones de hace treinta años, pero con el paso del tiempo lo he entendido mejor.

—Explíquese —dijo Lottie.

—Todo empezó a cobrar sentido entre bastidores cuando acogí a John Morgan bajo mi ala el año pasado. Creo que Charlie vio cómo le daba algo que a ella nunca le proporcioné. Respeto y tiempo. Estaba increíblemente celosa de él. Y de mí. Me había manipulado para que comprara y luego le cediera la antigua rectoría. Me embaucó para que le diera dinero para establecerse en el sector inmobiliario y me obligó a contratarla para vender mi mejor proyecto de viviendas. Me amenazó con hacer públicas mis acciones de hace treinta años. Incluso metió a su hermanastro, Thomas, en Cuan para que espiara a Irene Dunbar. —Collins tomó un largo sorbo de agua antes de seguir—. En aquel entonces, Irene era una joven secretaria en Cuan. Unió fuerzas con nosotros después de que el edificio se

quemara parcialmente. Ayudó a Diana con la adopción del bebé. Tuvimos que ser cautelosos, y cuando Charlie regresó a Ragmullin, creo que intentó entrar de nuevo en nuestras vidas para controlarnos otra vez. Como si no fuera suficiente lo que había hecho treinta años atrás. Quería destruirnos a todos.

—¿Usted supo lo que le había ocurrido a Aneta?

—Supuse que había regresado a Polonia, pero debería haberlo sabido. Charlie se llevó a Aneta como esclava porque eso era el máximo control sobre otro ser humano, aparte de matarlo. Disfrutó mucho cuando me contó cómo la había maltratado y asesinado. No la veía como a su propia hija, solo como la mía. Y tenía que castigarme. Además, sentía unos celos enfermizos de John por tenerme como mentor. Quería expandir su crueldad para hacerme caer todavía más.

—¿Cuánto tiempo estuvo en contacto con Aneta?

—Antes no he podido contarle demasiado. Me horrorizaba pensar que iría directa a por Charlie y que ella pondría a mis hijas en el punto de mira. Cuando su madre adoptiva falleció, Aneta encontró su partida de nacimiento original y unos papeles antiguos. Me localizó y mantuvimos el contacto. Le mandaba dinero. Hablábamos por teléfono. Teníamos conversaciones largas. Yo le hablaba de mis hijas, le mandaba fotos y comentábamos mis problemas matrimoniales. Le interesaba mi vida; sabía escuchar. —Miró por la ventana de forma melancólica—. Le hablé de John y de cómo había aceptado entrar en rehabilitación. Le mandé su foto por correo electrónico porque parecía interesada en él. Debió de imprimirla, si usted encontró una copia. Me pregunto por qué lo haría. Tal vez quería establecer un vínculo conmigo a través de él, pero no sabría qué decir.

—¿Por qué vino a Irlanda?

—Quería conocer a su madre biológica. Seguí desalentándola sin darme cuenta de que ya estaba aquí, hasta el evento que Irene celebró en Cuan. Y entonces Aneta desapareció. Como he dicho, asumí que había vuelto a casa. Seguí enviándole el dinero, pero no volvimos a hablar.

—¿Por qué Charlie no señaló a su mujer o a sus hijas como objetivos?

—Podrían haber estado en su lista. Quién sabe lo retorcida que puede ser su mente.

—Estoy intentando comprender por qué Aneta empezó a trabajar en Cuan —dijo Lottie—. Tenía una vieja foto de grupo tomada hace treinta años en las escaleras de las instalaciones. ¿Sabe cuándo se tomó y por qué?

—Esa fue la noche del incendio. La noche que nos cambió las vidas para siempre.

108

Treinta años antes

Las llamas no habían engullido el edificio entero. La fachada de Cuan estaba formada por retablos rojos y amarillos. Sentían el calor a pesar de que estaban bajo unos árboles a un lado. El día había comenzado como otro cualquiera, y se habían reunido en las escaleras para hacerse una foto con algunos amigos que habían asistido ese día. Y entonces Charlie se había convertido en lo que todos sospechábamos: un demonio.

Gordon no se creía lo que acaba de soltar por la boca.

—No puedes estar hablando en serio, Charlie.

—Lo digo muy en serio. He iniciado el fuego y la haré arder en él si no me llevas lejos de aquí y te casas conmigo.

—Pero no puedo. Estoy saliendo con Diana.

—Deberías haberlo pensado antes de violarme.

—¿Violarte? ¿De qué está hablando? Tuvimos un rollo de una noche. Eso es todo.

—Desde mi punto de vista es lo mismo. Me usaste como si fuera una puta, igual que mi padrastro. Dirigía este sitio como un tirano y traicionó a mi madre al follarme como lo hacía con sus prostitutas. Tuve que vivir aquí con él, viéndolo todo. Viendo cómo mi madre moría de pena. Ahora voy a quemar todo por lo que él trabajó tan duro, su estúpido refugio, Cuan. ¡Ja!

—Estás loca.

Él se dio la vuelta. Ella lo agarró por la manga y le tiró hacia atrás con fuerza.

—¡Jamás vuelvas a decirme eso! ¡Jamás!

—¿Pero qué te pasa?

Intentó zafarse de su agarre, pero no había forma de escapar. Parecía que la había poseído una fuerza sobrehumana.

—¿A mí? Soy una víctima de abuso de dieciséis años. Tú eres el que tiene problemas de adicción, no yo. ¿A quién va a creer la gente cuando les cuente que me violaste y me dejaste embarazada?

—Fue consensuado —dijo, pero le faltó convicción.

—¡Tengo dieciséis años!

—Me dijiste que tenías dieciocho. Me perseguiste como un perrito hasta que cedí. Eres como una enfermedad, Charlie. Necesitas ayuda. Cuan no te va a servir de nada porque eres adicta a hacer sufrir a la gente. Tú y el perrito faldero de tu hermano.

—Hermanastro. Llámalo como quieras, pero no es de mi sangre.

—No deja de ser tu perrito faldero.

Intentó sonar valiente, pero solo sentía temor ante su presencia.

—Voy a quemar el maldito centro con tu niñita mimada dentro. ¿No ves que hablo en serio?

—Sí. —La voz llegó por detrás de ellos, y él se giró para ver a Diana aparecer entre las sombras—. Yo me quedaré con la niña y tú vete a seguir adelante con tu vida.

Charlie la miró con desdén.

—Oh, Gordon, necesitas que la heroína de tu novia te saque de esta. No eres un hombre. Eres un felpudo.

Miró a Diana y negó con la cabeza, pero ella avanzó hacia delante.

—Quiero ayudarte —dijo ella—. Entiendo que no quieras cargar con un bebé. Dámela y me aseguraré de que esté bien cuidada. Encontraremos a una familia que se encargue de ella. Entonces, serás libre.

—Seré libre si la lanzo al fuego.

La risa de Charlie provocó que a Gordon lo atravesara una avalancha de terror. Se obligó a responder.

—Pero cuando encuentren sus huesos, la vincularán contigo. No quieres eso, ¿verdad? ¿No querrás pasar los mejores años de tu vida en prisión?

Vio la mirada en sus ojos. Las maquinaciones detrás de su desolación. La comprensión de que esta era la única salida los iluminó como las llamas que comenzaban a descontrolarse.

Al final, ella habló:

—Necesito el dinero. Puedes pagarme para que salga del país. A mí y a Thomas. Y no quiero volver a ver a esa niña. ¡Nunca!

—¿Dónde está el bebé? —preguntó Diana.

Charlie se giró hacia el tronco detrás de ella.

—Sal.

El pequeño Thomas, de diez años, dio un paso adelante sujetando a una recién nacida envuelta en una manta. Charlie no tocó a la bebé; se limitó a pedirle a su hermanastro que se la diera a Diana.

—Aquí tienes el certificado de nacimiento. —Le tendió una hoja doblada—. Puse el nombre de mi madre, Christine McCabe, en lugar del mío. Esa estúpida adoptó el apellido de mi padrastro cuando se casaron, pero yo he mantenido el de mi padre: Lennon. Jamás vincularán a esta niña conmigo. El certificado debe ir a donde la llevéis. No me importa lo que hagáis con ella, pero no quiero volver a verla. Si lo hago, tú y todos los que te importan lo pagaréis. Y ella también.

109

La sala de interrogatorios de la prisión era lóbrega, pero, de algún modo, Charlie se alegró al entrar. Su piel todavía no había adquirido el tono grisáceo que suele afectar a los prisioneros. Tenía un brillo maníaco en la mirada, y Lottie se preparó para que le mintiera.

—Tienes muchos problemas, Charlie.

—Oh, no lo creo, inspectora.

Se sentó mientras Lottie activaba la grabadora.

—Mataste a Aneta, a Laura y a John. Secuestraste y encarcelaste a Shannon. Todo eso, antes de que llegue a lo que les has hecho a Diana y a su nieto.

—Creo que descubrirás que el culpable es Thomas, no yo.

—Te gusta culpar a los demás, ¿verdad?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Dijiste que tu padrastro abusó de ti, pero, por lo que he investigado, aunque ya lleva tiempo muerto, Michael McCabe era un buen hombre. Dirigía el centro Cuan con cuidado y atención y...

—¿Alguna vez has oído la expresión «lo que pasa a puerta cerrada...», inspectora?

—Sí, y eso es lo que tú eres, una puerta cerrada. Pero la abriré y conseguiré que me des una confesión.

—Disfruta intentándolo. —Charlie se rio y se pasó el pelo por encima del hombro—. He oído que tienes una familia maravillosa. Y un nieto. Si fuera tú, estaría más preocupada por ellos que por mí.

Un escalofrío helado le atravesó la espina dorsal a Lottie. Se sacudió para deshacerse de él. No podía permitir que la asustara. Tenía que apelar al narcisismo de Charlie.

—Debo admitir que admiro cómo has conseguido que Thomas sienta tal adoración por ti y se muestre tan dócil. Haría cualquier cosa por ti.

—En el fondo, sigue siendo un niño de diez. Es fácil de moldear.

Charlie no se dio cuenta de lo que acababa de admitir. Lottie sintió que había conseguido engañarla.

—Eras muy joven cuando te viste obligada a cuidar de él. Debió de ser difícil para ti.

—Para nada. Disponía de su herencia después de que su padre falleciera.

—¿Por qué volvisteis a Irlanda hace cinco años?

—Magenta. Maggie para ti. Quería que creciera en mi país natal.

Lottie no se lo creía. Charlie había regresado para provocar el caos entre aquellos que creía que le habían hecho daño.

—¿Es hija tuya y de Thomas?

—No tiene nada de él. Me he asegurado de ello.

—Es una niña, y la estabas moldeando para que hiciera el trabajo sucio por ti de la misma forma que lo hiciste con Thomas, ¿no?

—Todo iba bien hasta que la zorra de Shannon se adentró en su cerebro. Hizo que empezara a cuestionarse cosas.

Lottie de percató de que Charlie estaba tan absorta en sí misma que ni siquiera había preguntado dónde estaba su hija ahora.

—Fue muy inteligente utilizar la agencia de acompañantes para atraer a las chicas.

«Venga —pensó Lottie—, dime cómo lo hiciste».

El rostro de Charlie se iluminó.

—Soy un genio. La tal Cathy no tenía ni idea de qué tramaba. Lo único que quería era el dinero. Una persona superficial. Una vez tomé el control de la página, me resultó muy sencillo engañar las chicas a base de mentiras. Sabía dónde estaban, y lo único que tenía que hacer era juntarlas con Thomas.

—Dice que fuiste tú quien secuestró a Aneta la noche de San Valentín del año pasado. ¿Por qué?

Lottie había hablado con el asesino roto. Sus heridas estaban sanando, pero estaba segura de que él jamás sanaría.

—No podía permitirme que metiera la pata. Me disfracé, pero debí haberla quemado en el fuego hace treinta años, así no habría venido a remover las cenizas.

—¿Cómo supo de ti?

—Descubrió lo de Collins tras la muerte de su madre adoptiva. Y lo siguiente que sé es que trabaja en Cuan, el sitio que más odio del mundo. Collins debería haber cerrado la boca.

—Gordon no le habló de ti. Fue Irene.

—¡Debería haberlo sabido! —Un frío destello le refulgió en los ojos—. Trabajaba para mi padrastro entonces. No me di cuenta de que estaba tan involucrada.

—¿No sabías que Diana y Gordon pidieron ayuda para sacar a Aneta del país hace treinta años?

Lottie esperaba que Charlie se rompiera si la provocaba.

—Pandilla de manipuladores.

Casi se rio ante la ironía. Charlie estaba tan sumida en la narración de su propia genialidad que no parecía estar atenta a lo que le estaba contando. Y tampoco parecía importarle. Eso asustaba a Lottie.

—¿Cuándo te diste cuenta de que Aneta estaba en Irlanda?

—Cuando la vi en Cuan aquel día. Supe quién era al instante, y ella me conoció. Fue como mirarme en un espejo. No podía dejarla libre. Disfrutaba golpeándola, pero se convirtió en un lastre. Tenía que sustituirla. Fue muy ingenioso por mi parte arrebatarle a Laura a Diana. Pero el idiota de Thomas perdió los papeles y la mató.

—¿Qué te hizo John Morgan?

—Empezó a hacer las preguntas erróneas. Gordon no pudo mantener la boca cerrada y le preguntó por Aneta durante la estancia de John en Cuan. Cuando Laura murió, una cosa llevó a la otra y John me acusó de estar involucrada. Cayó como una pieza de dominó.

—Y tú tenías la coartada perfecta. Que nosotros encontráramos el cuerpo contigo presente.

—Fue de maravilla. Durante un tiempo.

Lottie veía que Charlie se moría de ganas de preguntar cómo habían dado con ella al final, pero no se lo contaría. El pequeño, Rex, que una vez había vivido en la rectoría, debía permanecer a salvo, y no tenía ni idea de dónde acabaría Charlie. Con suerte, pasaría mucho tiempo en la cárcel. Pero quién sabía qué

manipulaciones y extorsiones podría llevar a cabo detrás de los barrotes. Y eso aterrorizaba a Lottie más que los oscuros ojos demoníacos que la observaban desde el otro lado de la mesa.

110

Unas semanas más tarde

Era la noche de san Valentín y Lottie había reunido a toda su familia bajo el mismo techo, al menos, por una noche. La cena había sido un éxito; no había habido ninguna discusión entre Katie y Chloe. Aunque parecía que no se hablaban, de todos modos. Sean había aceptado que Sergio durmiera en una cama plegable en su habitación. Lottie pensó que no dormirían demasiado, pero al menos los auriculares con cancelación de ruido ayudarían.

Había vuelto a cambiar las sábanas de su cama porque creía que seguía oliendo a humo, aunque habían pasado semanas, y las introdujo en una funda de almohada para llevarlas a la lavandería. De ningún modo tenía la energía de lavarlas, secarlas y plancharlas. Echaba de menos a Rose para eso. La antigua Rose. Discutían y se peleaban, pero Lottie había descubierto que la echaba de menos. ¿La auténtica Rose seguía ahí dentro? La miró mientras hacía punto en la mesa de la cocina. Con la cabeza gacha, estaba concentrada en cada punto laborioso. Habían pasado los días en los que sus dedos volaban a una velocidad pasmosa por la lana y las agujas, mientras leía el periódico al mismo tiempo. También era triste.

A medida que subía las escaleras, con un juego de sábanas y fundas de almohada limpias bajo el brazo, lamentaba no haber apreciado más a su madre. Con cada paso, decidió buscar más tiempo para estar con ella en adelante.

Katie la siguió arriba.

—¿Necesitas ayuda?

—Claro.

Mientras colocaban la sábana bajo el colchón, Katie dijo:

—Lo siento, mamá, por haber sido tan borde.

—Solo me preocupo por ti. Espero que Greg haya desaparecido del mapa.

—Emm, en realidad no. He quedado con él para cenar la semana que viene.

Lottie se detuvo, con la almohada en la mano, e intentó no quedarse boquiabierta.

—¿Eso es inteligente? Sabes que la unidad antivicio lo está investigando.

—Puede que no sea lo más inteligente, pero me gusta. La jugarreta de Cathy lo ha dejado devastado y va a dejar el mundo de las páginas de citas. Quiere centrarse únicamente en la fotografía. O eso dice.

—¿O eso dice?

Lottie alzó una ceja.

—Sí, lo sé, pero es mono y Louis le cae bien.

—Lo ha visto una vez, que yo sepa.

—Que tú sepas.

Katie le guiñó el ojo.

En un intento de no dejar ver su exasperación, Lottie golpeó la almohada con más fuerza de lo debido.

—También es mucho mayor que tú. Y no olvides que salía con mujeres utilizando un nombre falso.

—Nadie es perfecto.

—Tienes razón. —Tendría que ceder—. Prométeme que tendrás cuidado.

—Te lo prometo. ¿Te puedo pedir un favor? ¿Puedes hablar con Chloe por mí? Cree que es una mala idea.

—¿Por qué no hablas tú con ella?

—Lo he intentado. Casi me arranca la cabeza.

—Hermanas.

Cuando acabaron de hacer la cama, Katie rodeó a Lottie con los brazos para abrazarla.

—Gracias por ser tú, mamá.

—¿Qué quieres decir?

Katie sonrió y salió de la habitación antes de cerrar la puerta tras ella.

Lottie se dejó caer en la cama inmaculada, deseando poder dormir durante un año. La puerta se abrió despacio y Boyd asomó la cabeza.

—¿Puedo acompañarte?

—Por favor.

Se movió a un lado y le dio un toquecito al hueco junto a ella.

—No me importaría recibir un abrazo y un beso —dijo él—. Al fin y al cabo, es San Valentín.

—A mí me serviría dormir toda la noche y desayunar en la cama por la mañana.

—Tus deseos son órdenes.

—Genial, aquí están el abrazo y el beso que querías.

Él sonrió. Aún llevaba un vendaje inmenso en la parte trasera de la cabeza, lo que habría sido gracioso si la herida no hubiera sido tan profunda. Sufría dolores de cabeza y estaba más delgado, si era posible.

—Somos dos viejos lisiados —dijo él, antes de presionar sus labios contra los de ella.

Lottie sintió que algo despertaba en la boca del estómago. Un intenso cosquilleo que fue precioso antes de que lo sustituyera un momento de temor.

—¿Has cerrado la puerta?

—Dame un minuto. —Él se levantó de la cama—. No está la llave.

—Mueve el armario contra ella.

—De verdad que necesitamos nuestra propia casa.

—¿Dónde vamos a encontrar un lugar en el que meter a una familia como la de los Walton?

Boyd se rio y se tumbó a su lado. Le sonó el móvil.

—No lo hagas —le advirtió ella.

Miró la pantalla.

—Es Grace. Será mejor que...

—Cógelo.

Lottie ahuecó los cojines y se apoyó en un codo, lo bastante cerca para oírlo mientras observaba el contorno de su cara, el destello dorado en sus ojos avellana, como un ascua refulgiendo en un fuego. El fuego era peligroso, como su investigación había demostrado, pero este era emocionante.

—Hola, Mark. Soy Grace.

—Veo tu nombre en la pantalla.

Boyd se rio y Lottie se cubrió la cara con un cojín para amortiguar una risotada.

—Sé que te estás riendo de mí, Mark. No es gracioso.

—No me estoy riendo.

—Qué tonto eres. ¿Me quieres escuchar?

—Sí.

—Creo que estabas muy estresado cuando me quedé en tu casa el mes pasado. No es que vivas en las mejores condiciones. El apartamento es demasiado pequeño. No es sano para un niño. Necesita un jardín al que invitar a sus amigos para jugar.

—Aún no tiene amigos.

—¿Cómo va a hacer amigos si no puede llevarlos a ninguna parte? Eres un hombre muy tonto, Mark.

—Supongo que lo soy.

Le guiñó el ojo a Lottie, que intentó no reírse.

—Escucha, Mark —dijo Grace—. Bryan y yo... y no digas con i griega porque sabes que te machacaría si estuviera ahí...

—Continúa.

—Hemos tomado una decisión. Es una sorpresa para ti y para Sergio.

Boyd silenció el móvil y se volvió hacia Lottie.

—No creo que vaya a mudarse aquí, ¿verdad?

—Bryan con i griega no dejará la granja —susurró Lottie.

Volvió a encender el micrófono.

—¿Qué decisión, Grace?

—Bryan y yo vamos a comprarnos una casa en Ragmullin.

—¿Y qué hay de su granja?

Boyd abrió más los ojos, presa del terror.

—Si sigues interrumpiéndome, no te lo diré.

—Vale, perdón.

—Podríamos vender la casa de mamá y dividirnos el beneficio, pero quiero que sea para ti y para Sergio. Y para Lottie también, si quiere. Si te la regalo, te van a coser a impuestos, así que la pondremos a nuestro nombre. Mío y de Bryan. Podemos redactar un contrato de alquiler, y cuando yo muera, que espero no ocurra durante mucho tiempo, será tuya. Pero como soy mucho más joven que tú, probablemente morirás primero. Me aseguraré de que vaya para Sergio en ese caso.

—¿Por qué harías esto? ¿O Bryan?

—Tiene dinero y quiere invertirlo, así que le dije que mi familia va primero. Él no es mi familia aún.

—¿Puedo pensarlo?

—¿Por qué querrías pensarlo?

—No me lo esperaba.

—Ni siquiera me has dado las gracias, Mark. No sabes apreciar a tu generosa hermana.

—Te quiero, Grace. Y gracias.

—Hecho, entonces. Saluda a Lottie. Sé que está ahí contigo. Adiós.

Boyd apagó el teléfono y lo dejó en la mesita junto a la cama.

—¿Cómo ha sabido que estabas aquí conmigo?

—Es más lista que su hermano.

—No deja de sorprenderme. Tenemos que hablar de ello. No quiero acabar viviendo con Bryan.

—¿Ni siquiera con Bryan con i griega?

—Ahora te estás burlando de la sorpresa de Grace.

—¿Puedo sorprenderte yo para variar? —preguntó Lottie mientras se incorporaba.

—Puedes intentarlo.

—Primero, necesito darme una ducha. ¿Me acompañas?

Se quitó la camiseta por encima de la cabeza.

—Necesitaré un gorro de ducha para mi cabeza herida.

—Pagaría por verlo.

Lottie se rio hasta que las lágrimas le corrieron por el rostro.

—No es gracioso.

—Sí lo es, pero ¿sabes qué? Que le den a la ducha.

—Estoy de acuerdo.

Tiró de ella tumbándola sobre él. Ella sintió las tensas líneas de su cuerpo a través de la ropa justo antes de empezar a quitársela. Ni siquiera se dio cuenta del goteo de agua que caía del techo. Eso podría esperar a otro día.

Carta de Patricia

Hola, querido lector:

Estoy encantada de que hayas leído mi decimocuarto libro de la serie de Lottie Parker. Espero que hayas disfrutado de *Las huellas del fuego*, y si quieres estar al día con mis publicaciones más recientes, solo tienes que registrarte en el siguiente enlace:

www.bookouture.com/patricia-gibney

No se compartirá tu correo electrónico, y puedes darte de baja cuando lo desees.

Si has disfrutado de la lectura, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon o en la página web donde adquirieras el libro electrónico, la copia en papel o el audiolibro. Me anima mucho y estoy muy agradecida de las reseñas que he recibido hasta ahora.

Si también has leído los demás libros de Lottie Parker, *Los niños desaparecidos, Las chicas robadas, El secreto perdido, No hay salida, No digas nada, La última traición, Las almas rotas, Los ángeles sepultados, Las voces silenciadas, Los huesos ocultos, La chica culpable, Las tres viudas* y *Las chicas del coro*, agradezco tu apoyo y las reseñas. Si *Las huellas del fuego* es tu primer encuentro con Lottie, espero que tengas ocasión de leer los libros anteriores. También puedes contactarme a través de las redes sociales.

De nuevo, gracias por leer *Las huellas del fuego*. Espero que volvamos a coincidir en mi decimoquinto libro de la serie.

Con cariño,

Patricia.

facebook.com/trisha460

x.com/trisha460

instagram.com/patricia_gibney_author

Agradecimientos

Quiero empezar dándote las gracias por leer *Las huellas del fuego*. Espero que lo hayas disfrutado igual que el resto de la serie.

Mis días oculta del mundo tecleando en mi portátil son más llevaderos gracias al apoyo de mi familia. Gracias a mis hijos (que ahora son jóvenes adultos), Aisling, Orla y Cathal, por acompañarme en este viaje. Sois unos jóvenes increíbles y estoy muy orgullosa de ser vuestra madre. Y la vida nunca es aburrida con mis nietos dándome su versión del mundo. Os quiero a todos.

Aunque escribir es un negocio solitario, se necesita un equipo de personas para publicar un libro y sacarlo al mundo. Como siempre, quiero aprovechar esta oportunidad para darles las gracias.

Mi agente, Ger Nicol de The Book Bureau, me ha acompañado desde el primer día y le estaré eternamente agradecida por su sabiduría, su amistad y su incansable trabajo en mi nombre. Gracias también a Hannah Whitaker de The Rights People por buscar editores para las traducciones extranjeras de mis libros.

Me encanta trabajar con mi editora, Lydia Vassar-Smith, y le estoy eternamente agradecida por su experiencia editorial y sus consejos. Este es para ti, Lydia. La jefa de publicidad de Bookouture, Kim Nash, siempre ha estado a mi lado, así que gracias a ella y a su equipo de Sarah Hardy, Noelle Holten y Jess Readett. Gracias también a Mark Walsh, de Plunkett PR, por su trabajo publicitando mis libros publicados con Hachette Irlanda.

El equipo de Bookouture es profesional en todo lo que hace. Gracias a Lizzie Brien, Mandy Kullar, Alba Proko, Peta Nightingale, Jen Shannon y Melissa Tran.

De nuevo, estoy encantada de que Jean Selley sea mi correctora. Su experiencia es inestimable tanto para mí como para mi trabajo.

Sphere Books y Hachette Irlanda os traen mis libros en tapa blanda en inglés. Gracias a todos los involucrados. Un agradecimiento especial a mis editores de traducciones extranjeras por producir mis libros en sus idiomas nativos, y gracias también a los traductores.

Michele Moran ha sido la voz de mis audiolibros en inglés desde *Los niños desaparecidos*. Estoy encantada con sus excelentes narraciones y con que dé vida a mis palabras en el formato de audio en inglés. Gracias también al equipo de 2020 Recordings por su trabajo en *Las huellas del fuego.*

Estoy muy agradecida por tener a mi hermana, Marie Brennan, que me ayuda con las primeras lecturas y las revisiones. Gracias, Marie. Gracias a cada lector que se toma su tiempo para publicar una reseña, pues esto me anima como escritora y también ayuda a otros lectores a descubrir mis libros. Un enorme agradecimiento a los entregados blogueros que leen y reseñan mis libros. Valoro mucho el tiempo y el esfuerzo que eso conlleva.

Gracias también a los vendedores y libreros que siguen apoyando mi trabajo y el de otros escritores al llevarles los libros a los lectores en las ciudades y los pueblos de todo el mundo. Por otro lado, el apoyo de otros escritores también es importante, y doy gracias y me siento bendecida por tenerlos de mi lado. Trato de agradecerles su amabilidad siempre que puedo y donde pueda. Un agradecimiento especial a Roísín, de Amma Massage, por deshacerme las contracturas en los hombros de estar encorvada delante del ordenador escribiendo este libro. Gracias al personal de la Garda que me ha ayudado a lo largo del camino. Quiero aclarar que ficciono muchos de los procedimientos policiales para darle ritmo a la historia, y cualquier imprecisión es exclusivamente cosa mía.

Una vez más, querido lector, estoy sinceramente agradecida de que hayas leído *Las huellas del fuego* y espero que me sigas acompañando es este increíble viaje. No tardaremos mucho en volver a sumergirnos en el mundo de Lottie.

Gracias.

Sobre la autora



Patricia Gibney es una artista y escritora de Mullingar, condado de Westmeath, en el centro de Irlanda. Es viuda y madre de tres hijos que la mantienen cuerda, o tal vez mantienen su locura a raya.

Patricia quiso ser escritora desde que leyó a Enid Blyton y Carolyn Keene, y tras la repentina muerte de su marido, decidió refugiarse en la escritura para lidiar con la pérdida. Durante años, asistió a cursos de escritura y se unió al Irish Writers Centre para adentrarse en el mundo literario de forma profesional.

Los libros protagonizados por la inspectora Lottie Parker se han convertido en *best sellers* en Reino Unido, Estados Unidos, Canadá y Australia y han hecho de Patricia Gibney la nueva sensación de la novela policíaca internacional.

V.1: mayo de 2025
Título original: *Her Last Walk Home*
© Patricia Gibney, 2024
© de la traducción, Gemma Benavent Galbis, 2025
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2025
Publicado mediante acuerdo con Rights People, Londres.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).
Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Imágenes de cubierta: Freepik —kensweb, jomphon, parinya_13, revoteagency1, ZedAitch, christiannastasestore, EyeEm, dmitrytph
Corrección: Teresa Ponce, Fernanda Raventós
Publicado por Principal de los Libros
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, despacho 10
08013, Barcelona
info@principaldeloslibros.com
www.principaldeloslibros.com
ISBN: 9788410424142
THEMA: FFPX
Conversión a ebook: Taller de los Libros